MAXIMILIANO ALVAREZ SUAREZ

946.19
Al82s

SANGRE de OCTUBRE: U.H.P.

episodios de la revolucion en Asturias

EDITORIAL CENIT

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

DEC 26 1973

DEC 5 1973

MAXIMILIANO ALVAREZ SUAREZ

Sangre de Octubre:

U. H. P.

EDITORIAL CENIT, S. A.—MADRID

1936

Imp. Editorial Cenit, Madrid.

946.19
Al82s

El autor de este libro es un proletario asturiano que vive la cuenca minera con plena consciencia de su deber de clase, ocupando al estallar la insurrección de octubre un puesto de lucha. Hasta aquí, Maximiliano Alvarez cumple igual que tantos otros camaradas suyos que encendieron en Asturias el fuego de la revolución; pero aquel movimiento arrollador llevaba, como todos los grandes movimientos de la Historia, dentro de sí, no en su retaguardia pequeñoburguesa, su narrador sincero y su más claro enjuiciador.

Maximiliano Alvarez escribió en los días de emigración las páginas de SANGRE DE OCTUBRE: U. H. P., *con criterio parejo al del célebre autor de la* Historia de la Commune de París, *Lissagaray, cuando proclama: «Quien le vaya contando al pueblo leyendas revolucionarias, es tan criminal como sería el cartógrafo que trazase al navegante rutas marinas falsificadas.»*

Queriendo dar en estas líneas los datos biográficos del autor, nada mejor podemos hacer que transcribir íntegramente las cuartillas que, con destino a nuestro archivo, el mismo nos ha proporcionado:

«La Editorial Cenit me pide una biografía. Problema harto difícil y complejo. Yo no soy de los que tienen las cosas coordinadas—y menos las de carácter personal—, para en un momento dado lanzarlas a la luz pública. Y, además, no soy ningún hombre excepcional, para que pueda interesar a nadie mi «historia». Soy un militante de la base, como nosotros decimos, y nada más. Pero, no obstante, vamos a ver si, haciendo un pequeño esfuerzo, recopilamos algunos datos, y con ellos hacemos lo que se ha dado en llamar una biografía.

»Empecemos por donde nacimos. Nací cuando agonizaba el año 1902, en un apartado concejo de la cuenca minera asturiana (en Teverga) y soy hijo de un maestro de escuela, de esos que en el Magisterio llaman del segundo Escalafón; pero esto no dice nada. En la casa paterna había más hambre que ortografía.

»*A los nueve meses de haber nacido, permutó mi padre con otro maestro, y nos trasladamos a Riosa (concejo apartado de la cuenca minera, también del partido judicial de Pola de Lena). Allí transcurrió mi infancia hasta los diez u once años. A esta edad comencé a trabajar en una botica en La Foz (Morcín). Estuve poco tiempo de aprendiz de farmacéutico. En aquella casa, a pesar de comerse mal, estaban todos neurasténicos. Tanto es así, que el dependiente encargado del despacho llegó al extremo de colocar un petardo en la casa de una joven que no hacía caso de sus requerimientos amorosos. De este atentado, además del correspondiente proceso, nació una copla popular que decía:*

Si quieres saber, Laura,
quién te tiró el «cartuchu».
Fué el «mancebo» del boticario
que tiene cara de «guchu».

»*Recuerdo que el boticario me decía que, cuando lo tuviese ganado, me compraría un mandilín blanco, para presentarme decente a la clientela. Yo, maldito caso hacía de estas palabras. Estaba a disgusto; no sentía vocación de farmacéutico.*

»*Cuando me quedaba solo, solía dedicarme a beber vino tónico o jarabe dulce. Estas extralimitaciones tuvieron un pronto «handicap». Un día me cogió el boticario «infraganti», me dió un par de pescozones y me escapé de su casa volviendo a la paterna. Pero esto no era ninguna solución al problema económico, agravado hasta el último extremo. Éramos trece hermanos, y mi padre ganaba un sueldo de doscientas cincuenta pesetas anuales y demás emolumentos legales, que sumarían unas cien pesetas, anuales también.*

»*A los pocos días de estar en casa, volví a marcharme y me dediqué a servir amo, como vulgarmente se dice, en una casa de labranza, en el concejo de Mieres, hasta cerca de los quince años. Antes de cumplir esta edad, comencé a trabajar en la mina.*

»*En el año 1927 quedé seleccionado en la cuenca minera, después de la huelga contra el aumento de jornada.*

»*Aunque en un plano secundario, he tomado parte en todos los movimientos huelguísticos, ya de un carácter, ya de otro. Las luchas habidas en la cuenca minera, en el período que abarca de 1922—después de la expulsión de aquellas secciones del Sindicato Minero Asturiano—a 1927, las he vivido en toda su intensidad. Trabajábamos un poco anárquicamente; pero, así y todo, era preferible a la táctica del buen ver y pan llevar que optaron los que seguían a la Segunda Inter-*

nacional. En nosotros influía mucho la Tercera y, sobre todo, la Revolución rusa.

»Estas actividades, a pesar de ser secundarias, como queda dicho, me valieron para adquirir, antes de que me saliese la barba, el título de perturbador del orden público, que gratuitamente nos adjudicó el dictador jerezano. Y, como consecuencia de ellas, a principios del año 1926, di con mis huesos en la Cárcel Modelo

»Cuando la huelga minera del año 1927, después de una persecución sistemática, pude escapar a Madrid. Al calmarse la atmósfera política, regresé a la cuenca; pero en ningún grupo había trabajo para mí. Mi nombre estaba en el índice (libro verde se dice allí). En vista de esto, me fuí a trabajar a Avilés, donde continué en la brecha hasta octubre. Fracasada la insurrección, dirigí mis pasos hacia las montañas de Occidente. Allí ejercí de «maestro» en una aldea del concejo de Tineo. Un día me dijeron que la Guardia Civil andaba buscando por aquellos contornos a un revolucionario que, por las señas que daban, no era otro más que yo. Coincidía esto casi con el vencimiento de mi contrato de «pedagogo». Y, sin esperar más preámbulos, por lo que pudiera ocurrir, salí con dirección a Madrid, y de Madrid a Francia.

»La mayor parte del tiempo de emigración la pasé en Levallois Perret, al lado de París. Al arrancarse la amnistía, regresé a España, como todos los emigrados que estábamos en París.

»Esto es, a grandes rasgos trazado, lo que tengo que contar, sin meterme en pormenores ni detalles. Si se llama biografía o no, yo no lo sé; pero, si tiene tal nombre, digo que una biografía la tiene cualquiera.»

No vamos a entrar a hacer la crítica del libro; únicamente lo aportamos a la controversia planteada sobre la literatura proletaria. Para nosotros SANGRE DE OCTUBRE: U. H. P. *es una manifestación auténtica, cien por cien, de la literatura proletaria española, que surge, en ortodoxia marxista, del movimiento social revolucionario más intenso producido en la Península, y como tal lo ofrecemos a nuestros lectores.*

CENIT.

A mis compañeros de octubre

AVILES

—I—

El viejo reloj del Ayuntamiento toca siete campanadas. Las siete de la mañana. Es la hora de levantarse para ir al trabajo. En la calle se oyen rumores y cuchicheos nada ordinarios a estas horas. "¿Qué ocurrirá?" Me asomo a la ventana y presto atención. En seguida salgo de dudas. Dos vecinas que conversan en el patio me descifran el enigma:

—Sí, mujer—dice una—. Hay huelga con revolución. Esto no sé en qué va a parar.

Pasa luego un grupo de obreros hablando de la huelga general. ¿Darían los socialistas orden de ir a la calle, como protesta por la solución dada a la crisis del gobierno Samper?—me interrogo.

Salgo de la habitación y paso a la cocina a desayunar.

—Tú no te metas en na—me dice una vieja con egoísmo maternal—. Dicen que hay revolución.

—¡Qué va a haber, coño!—le contesto con indiferencia.

—¡Que sí, que la hay!

—Bueno, pues lo vamos a ver en seguida.

—Vale más que no salgas de casa; puede tocarte un tiro.

—¿Pero hay tiros ya?

—No; pero pa lo que va a tardar...

Terminado el desayuno salgo a la calle, dirigiéndome al Parche, (Plaza del Ayuntamiento). Está llena de obreros que comentan en animados grupos la orden de huelga general revolucionaria.

—¡Rivero! ¡Rivero!

Oigo que me llaman. Miro hacia donde parte la voz. Es Jesús Fernández, obrero ebanista, afiliado a la Juventud So-

cialista y directivo de la misma, el cual se dirige a mí lleno de alborozo, diciendo:

—¡Ahí tienes, hombre, la hora de la revolución! ¿No deciáis los comunistas que los dirigentes socialistas jamás la declararían? ¡Pues, ahí la tienes! Huelga general revolucionaria.

Me quedo un rato mirando, pensativo, sin saber qué decirle. Fernández respira optimismo por todos los poros. Las ansias de lucha, de acabar con un sistema caduco, contenidas por direcciones absurdas y tácticas descabelladas, se manifiestan en él de una manera inequívoca.

—¡Sí, hombre, sí! ¿En qué piensas?—me dice al verme tan pensativo—. ¿Temes acaso la revolución después de propagarla por doquiera, y de llamar a los dirigentes socialistas traidores, porque la frenaban?

—No es que la tema—le replico—; es que no lo concibo sin plena ofensiva del proletariado, y hoy, desgraciadamente, estamos en plena ofensiva capitalista.

—Y la que vendrá ahora con la Ceda en el poder, si no le cortamos el paso.

—Ni tampoco tenemos creados los órganos revolucionarios, que son imprescindibles en toda revolución. No sé lo qué resultará; pero no me siento optimista.

—¡Pamemas, chico: es sacar el culo!—ataja malhumorado.

—Nada de eso. Tú ya sabes nuestra táctica: de un movimiento cualquiera aunque nos conduzca a la más aplastante derrota, siempre se sacan enseñanzas. Como decía Lenín, un día de revolución enseña más al proletariado que un millar de libros.

—Bueno, bueno; ahora no estamos para teorizar. En el parque dan pistolas. Vamos allá a ver si queda alguna. Hace un rato que las estaban repartiendo y quizá se hayan terminado; pero de todas maneras, vamos allá.

Nos dirigimos al parque, donde Fernández dice que reparten pistolas. Durante el corto trayecto, me va contando c por b, todo lo que les había sucedido la noche anterior. Noche de preparativos por si llegaba la orden...

—No dormimos nada. Estuvimos toda la noche en la casa del pueblo esperando noticias. Las horas que pasaban parecían siglos. Todos nos decíamos: "Dentro de una hora llegan". Pero pasaba esta hora y otra y nada. No sabes lo que se sufre cuando se espera y tarda en llegar lo que se desea. Ya estábamos impacientes y desesperados, creyendo que iba a pasar, sin nuestra enérgica protesta, la intromisión de la Ceda en el Poder, cuando, sobre las cuatro de la madrugada recibimos, por fin, la orden de huelga insurreccional.

No soy capaz de describirte nuestra emoción. El corazón

saltaba del pecho. Nuestros semblantes cambiaron radicalmente, reinando el optimismo donde ya empezaba a hacer mella la desesperación, creyéndonos defraudados.

Inmediatamente nombramos el COMITE REVOLUCIONARIO y también varias comisiones, para que se desplazasen unas, a los lugares de trabajo y otras para que saliesen al encuentro de los obreros que muy de madrugada acuden a trabajar. Había que comunicarles a todos, sin pérdida de tiempo, la orden de huelga general revolucionaria.

No te puedes dar una idea de lo bien acogida que era entre los obreros de todas las tendencias. A mí me tocó ir a varios sitios y pude comprobar el entusiasmo con que la acogían. La participación de la Ceda en el poder disgusta al proletariado, cuyo descontento no tiene límites. Y nosotros lo aprovecharemos como un acicate para desplazar del Gobierno a la Ceda, a Lerroux y a toda la burguesía. Ahora llegó la nuestra, compañero Rivero: **La revancha de los que ansían pan.**

Yo voy escuchando a Fernández; sin parar mucha atención en su delirante discurso. Lo que a mí me preocupa no es lo que él me pueda decir por muy interesante que sea; es la manera de actuar en casos imprevistos, como el presente, con las masas en la calle, dispuestas a batirse contra su enemigo de clase y sus testaferros. Y lo que es más triste, sin átomo de la organización que semejante lucha requiere. De esto, ¿Fernández qué sabe? ¿Cuándo se habían preocupado sus dirigentes de darles las más simples nociones de táctica revolucionaria? ¿Las saben ellos, acaso?

Llegamos al parque, en el que también hay bastantes grupos de obreros que, al dirigirse al trabajo, como de costumbre, les había sorprendido la orden de huelga general. Fernández y yo damos unas vueltas por él, para ver si vemos los que repartían pistolas; pero en seguida nos dicen que ya se terminaron, y muchos lo lamentan, porque se han quedado también sin ellas.

Los tibios rayos del sol son como un sedante al fresco húmedo de la mañana. Sopla una brisa de mar, fría y cortante, con humedad de salitre y olor a pescado. El sol brilla sobre los tejados, sacando reflejos rojizos de ladrillo y baja describiendo ángulos por las fachadas, hasta besar las aceras cuyas losas refulgen estremecidas a su contacto.

Ansiedad en el ambiente. Ruído y murmullo de voces, bajo las copas de los árboles que sonríen mirando al sol. De las calles adyacentes afluyen más obreros. Se forman nuevos grupos, y se hacen cábalas y comentarios de todos los gustos y colores. Sonrisa, optimismo, semblantes de triunfo antes de entrar en la batalla. Ruído estridente

y prolongado. Silbidos intermitentes de locomotora, en el aire. Un tren cruza a toda marcha frente al parque. La tierra tiembla bajo el estruendo de la velocidad. Miradas de odio hacia él y maldiciones en el vacío. Revuelo, incertidumbre, interrogaciones entre los trabajadores medio asombrados.

—¿Qué es esto, Fernández?—le pregunto a mi compañero—. ¿No decías que la huelga era insurreccional?

—Y lo es.

—¿Entonces, este tren?

—Ten calma, hombre, que todo no se puede hacer en una hora.

—¿Y qué consignas hay?

—Por ahora no hay orden de actuar. Estamos esperando consignas de Oviedo.

—Mucho me extraña eso. Quieres apostar a que viene prensa en ese tren?

Muchas veces medimos la envergadura de un movimiento por la aparición o no de la prensa, durante él.

—¡Qué va, hombre! ¡Tienes cada cosa!...

Antes de terminar la frase, aparecen los vendedores voceando "Región". Fernández y yo vamos al encuentro de ellos; pero un grupo de obreros que se encuentra más próximo, les arrebatan todos los ejemplares, prendiéndoles fuego, en un abrir y cerrar de ojos; ardiendo confundidos en una amalgama, muy propia para hacerse ceniza, los elogios a la Ceda, y la condenación de las aspiraciones del proletariado, que es el invariable menú que "Región" sirve cotidianamente a sus ignorantes y fanáticos lectores. ¿Cuántos autos de fe no habrían realizado sus antecesores con libros que no aceptaban su dogma, en tiempos de su predominio absoluto?

Algún día se había de dar vuelta a la tortilla.

Se forma con ellos una hoguera de bastantes dimensiones y nosotros, formando un corro alrededor de ella, contemplamos, satisfechos, la obra realizada. Cruje la tinta impresa al verse devorada por las llamas, mientras los vendedores piden un escrito para justificarse ante los corresponsales administrativos.

—Ya no hace falta eso—les argumenta Fernández. Esta inmundicia ya no ve más la luz. Y los corresponsales se guardarán muy bien de formular ninguna reclamación.

En poco tiempo la pila de ejemplares quedó hecha humo. Consumado este trabajo, abandono el parque a toda prisa, deseando ponerme en contacto con los mismbros responsables del comité de Radio del Partido Comunista, para ver qué se determina, dadas las circunstancias especiales que de impre-

visto se presentan, con la insurrección declarada y las masas en la calle esperando para actuar.

Nos reunimos sin pérdida de momento, examinando la situación política presente, sus características y las consignas que se debían de lanzar en semejantes casos. Teniendo en cuenta la gravedad del momento si las masas no operaran por falta de armas y consignas, acordamos también, entrevistarnos con el Comité revolucionario, para ultimar algún detalle y actuar inmediatamente.

Partimos pues, en busca del Comité. Aunque oficialmente no sabemos quiénes lo integran, lo barruntamos en seguida, porque donde todos nos conocemos no se necesita ser un lince para descubrir el secreto; pero para cerciorarnos, se lo preguntamos a Fernández, al encontrarlo otra vez de nuevo; y en efecto nuestra suposición no falló en un ápice. Todos sus componentes eran los que nosotros sospechamos.

Nos dedicamos a su búsqueda.

Después de dar vueltas y más vueltas por todo Avilés, y de preguntar a todo el que nos admite confianza, lo encontramos a la una de la tarde. Le pedimos una entrevista en nombre del Partido Comunista, para exponerle nuestros objetivos inmediatos y nuestros temores ante la tardanza en operar de las masas. Accedieron a ella, y después de un debate de más de una hora, no llegamos a un acuerdo sobre la inmediata actuación revolucionaria.

Nosotros queremos que, sin pérdida de momento se actue; y sin dejar a la burguesía resollar y organizarse, ganarle la delantera. Desarmar Guardia Civil, Municipal y Carabineros, y con estas armas organizar un pequeño ejército rojo, para hacer frente a cualquier eventualidad, puesto que, la experiencia revolucionaria nos demuestra que la burguesía no se deja arrebatar, así como así, la posición que detenta. También le exponemos la urgente necesidad de detener a todos los políticos reaccionarios, y constituir un Tribunal Revolucionario que los juzgue, como así también, a las fuerzas mercenarias.

Estos son los objetivos inmediatos que planteamos al Comité, sin que éste haga mucho caso de ellos. Por último y para refutarlos, habla su presidente:

—Compañeros: No tenemos orden de actuar. La única que recibimos es de huelga general revolucionaria.

—¡Basta eso!—interrumpe el camarada Ortiz.

El presidente continúa hablando:

—Estamos esperando noticias de Oviedo. En cuanto las recibamos, os las comunicaremos y juntos iremos a la lucha. Respecto a vuestros temores, compañeros comunistas, sobre las actividades de la burguesía, he de manifestaros

que los desechéis por completo. A la burguesía, este golpe la ha cogido desprevenida y aterrada de espanto, mal puede organizar su defensa. En lo referente al desarme de sus fuerzas, os he de decir que ese punto está bien trabajado: Bastará una pequeña indicación nuestra para que nos entreguen sus armas. No se impacienten, pues, los compañeros comunistas por actuar pronto que tiempo tendremos para todo. Esperemos noticias de Oviedo y luego ya actuaremos.

Y con esto, doy por terminada la reunión, porque a mi juicio, está bastante esclarecido el objeto de la misma. No perdamos tiempo en discutir cosas que ya están de antemano aquilatadas.

Salimos. La negativa del Comité para ordenar la inmediata actuación revolucionaria, nos produjo cierto recelo. En la reunión no nos reimos de la confianza y optimismo del Comité expresados por su presidente, debido a la gravedad de las circunstancias, pues sus manifestaciones no eran para menos. Salimos, como queda dicho, dispuestos a actuar por nuestra cuenta, es decir, prescindiendo del Comité, puesto que no sacamos más que una negativa a nuestras proposiciones. Pero nos encontramos sin armas. Nosotros estamos desarmados. Cuando por la mañana bajé con Fernández al parque, donde éste decía que repartían pistolas, ya se habían terminado, y no indagué, aunque sí era mi intención, entre quiénes estaban repartidas. La quema del diario "Región", la búsqueda de los compañeros del Radio, la reunión que tuvimos, más la entrevista con el Comité, me entretuvieron toda la mañana sin que me dejasen un minuto libre para dedicarme sobre el paradero de las pistolas.

A pesar de todo esto, nos dedicamos a preguntar entre los obreros que nosotros sospechamos les pudiese tocar alguna. Después de minuciosas investigaciones y de preguntar a todo elemento de significación revolucionaria, no llegamos a reunir media docena. Las demás, sin duda estaban repartidas entre los prosélitos del partido socialista, y éstos, como esperaban órdenes de Oviedo para actuar, a nuestras pesquisas contestaban con evasivas, a pesar de los vehementes deseos de entrar pronto en la lucha; pero, las órdenes que había dado el Comité sobre el particular, había que acatarlas. Y he aquí el motivo de que, aun en contra de su voluntad, evadiesen nuestras preguntas.

Viendo ya que pocas más podíamos reunir celebramos una pequeña asamblea, para organizar las escuadras o grupos armados, en la que hay muchos obreros y pocas armas. Pero en fin, nuestro objeto es formarlos y que ellos, aunque no sea más que con una pistola cada uno se de-

dique a buscar armas donde sea y como sea. Damos cuenta también a los obreros de nuestra entrevista con el Comité revolucionario, y les hacemos ver la gravedad que encierra, en estos momentos, el error en que están imbuídos, al no disponer la inmediata actuación revolucionaria de las masas que controlan. La asamblea condena este proceder por creerlo contraproducente.

El camarada Esteban, hace uso de la palabra en nombre del partido comunista. Explica breve y sencillamente la significación del movimiento y hasta dónde debemos llegar con él, y termina diciendo:

"La huelga general revolucionaria está declarada. Yo no voy a hacer un análisis de si es o no el momento oportuno, porque ya es tarde. Sólo diré que carece de organización, y que ésta hay que crearla sobre la marcha, para que podamos coronar nuestra obra con éxito indestructible. Una revolución es una guerra en la que dos ejércitos luchan a muerte. Aunque nosotros carecemos de armas, sabemos dónde las hay. La manera de apropiárnoslas es bien sencilla: con haces, azadas, cuchillos, revólveres, todo instrumento ofensivo y defensivo sirve para la revolución y también para hacerse con armas mejores. En la guerra como en la guerra, y nada más".

¡Bien, bien! ¡Viva la revolución. ¡Abajo la burguesía!

Se grita y se aplaude al mismo tiempo, atronando el local. Un joven de pie sobre el banco, entona una estrofa de la "Joven Guardia". Los demás le acompañamos:

—Es la lucha final que comienza.
La revancha de los que ansían pan;
Es la revolución que está en marcha.
Los esclavos el triunfo alcanzarán.

En este ambiente caldeado suena como clarín de guerra esta estrofa de la "Joven Guardia". Luego comienza el mismo joven otra de la "Internacional":

—Basta ya de tutela odiosa.
Que la igualdad ley ha de ser.
No más deberes sin derechos;
Ningún derecho sin deber.

Agrupémonos todos...

Vibran las voces, roncas y claras, en armoniosa confusión, bajo la embriaguez del deseo incontenible de lucha que nos transfigura a todos. Se citan nombres de lugares, donde se cree que hay armas, y de compañeros que las poseen; se cuentan y recuentan las cápsulas de las pocas pis-

tolas que poseemos, con delirio febril, como si su acero nos produjese inmenso placer al pasarle de una mano a otra; se meten en los cargadores y se vuelven a sacar con rapidez para entrenamiento.

—¿A qué burgués matará ésta?—pregunta Melchor exhibiendo una del 7,65.

—Ya lo verás más tarde—le responde Combila.

Nombrados los jefes de grupos o de escuadras salimos dispuestos a la acción dirigiéndonos hacia el Ayuntamiento, con intención de asaltarlo. Cuando llegamos frente a él, Guardia Civil, Municipal, Carabineros, Guardas Jurados y todo el elemento de significación derechista, en grupos y provistos de armas largas, patrullaban por las boca-calles adyacentes para defenderlo de un posible ataque de los revolucionarios.

Lo que nosotros habíamos previsto, y para atajar, expuesto al Comité Revolucionario, salió con precisión matemática. La confianza y optimismo del Comité, expresada por su presidente quedó bien malparada. Aquellas manifestaciones suyas de que "a la burguesía, este golpe la había cogido desprevenida y presa de terror no acertaría a organizar su defensa", se han evaporado, como una de tantas "geniales" visiones políticas que anidan en las cabezas de los dirigentes socialistas.

Y otra no menos ingeniosa "visión política", era la de que, según el Comité, las fuerzas armadas, a la menor indicación de los revolucionarios, entregarían a éstos sus armas.

Bien se ve ahora por la tarde a todas estas fuerzas, al mando del teniente de Carabineros, limpiar a tiros los alrededores del Ayuntamiento.

Los primeros disparos rasgan el aire quieto de la tarde, produciendo la consiguiente alarma entre los indefensos ciudadanos. Apuntan los fusiles parapetados estratégicamente. Sus bocas escupen acero. Las balas silban y se estrellan contra los paredes. Revuelo, gritos, sustos y carreras. La multitud indefensa huye. Ruido sordo y continuo de pasos sobre el pavimento. Exclamaciones, imprecisas unas, y concretas otras, de mujeres a través de la huída:

—¡Ay Dios mío: en qué va a parar ésto!

Nosotros al ver ésta, aunque prevista, rápida acometida del enemigo, tratamos de buscar más armas. Con las que tenemos, dada la superioridad del enemigo, nada podemos hacer; nada pueden tres o cuatro pistolas contra cincuenta o sesenta fusiles. Necesitamos armas largas. ¿Dónde las habrá?—nos preguntamos unos a otros—, un poco cariacontecidos y cabizbajos, al ver que la burguesía, por torpeza nuestra, nos ha ganado la delantera.

—Esto es una consecuencia muy lógica, de la impericia del Comité Revolucionario—ruge, malhumorado el camarada Ortiz. Todas esas fuerzas ya estarían detenidas y sus armas en nuestro poder, si hubiese ordenado la actuación revolucionaria a primera hora de la mañana. No lo quisieron hacer por esperar consignas de Oviedo, y ahora ahí tienen el resultado. Lo malo es que lo pagamos todos.

Ortiz está inaguantable, nervioso. No hace más que lamentarse y blasfemar.

—Con lo bien que pudieran haber sido desarmados todos esos mercenarios por la mañana—dice a cada momento—. Sólo con una docena de pistolas que hubiésemos tenido, a estas horas sus fusiles ya eran nuestros.

Los obreros, al ser barridos del Parche por la fuerza pública, irrumpieron en avalancha en el parque y muelle. Donde quiera que nos ven nos acosan a preguntas que, para nosotros, por su justeza, se convierten en tormento:

—Pero ¿qué hacemos? ¿Qué esperamos? ¿Dónde están las pistolas que se repartieron esta mañana? No se puede hacer caso de vosotros. Sóis como los demás.

Esta es la cantinela con que nos encontramos a cada paso. Y con mucha razón. Ya empiezan a sentir las batidas del enemigo, y como están desarmados, no tienen más recurso que el de los pies, recurso muy pobre. Muy bien puede alcanzar una bala a uno... Y que se resulte herido por hacer frente, pase; pero en la huída sienta muy mal.

—¿Ves el daño que hemos hecho a la revolución—le digo a Ortiz—en medio día que hemos caído en el reformismo?

—Sí; lo comprendo! Esto es imperdonable. ¡Merecemos cuatro tiros!

—Por el daño que le hemos hecho en medio día de reformismo, se puede calcular el que le han hecho los que nunca han salido de él.

Cuando ya empieza la desesperanza a apoderarse de nosotros, por lo infructuoso de nuestro trabajo buscando armas cortas y largas, como sean, recibimos un aviso del Comité. Enterado de nuestros pasos, sin duda, nos dice que no nos preocupemos, que esta tarde, después de oscurecer, llegará un camión con armas de Oviedo. Desde este momento, a los obreros que nos preguntan por ellas les citamos para que estén a las diez en un sitio que les señalamos en las afueras de Avilés, para recoger las que traiga el susodicho camión. Algunos recelan.

—A ver si va a ser otra como la entrega de las armas de la fuerza pública—arguyen.

Dejamos por completo nuestra búsqueda y esperamos, confiados, la llegada de tan oportuno camión.

* * *

La noche nos oculta y envuelve en su negrura junto a un muro, a la orilla de la carretera, donde estamos esperando al camión. El aire trae hasta nosotros un bullicioso e imperceptible rumor. Los hilos del teléfono martillean con insistencia sobre nuestras cabezas. Urgentes llamadas telefónicas. Se precisa a través de su ruido el grado de inquietud y de desesperación que vive la burguesía avilesina, todo el día colgada del aparato, pidiendo fuerzas al Gobierno civil. El camarada Alonso garrapatea, sin escaladores, por el poste arriba, y corta los cables.

—Ahora—dice—que llamen por telegrafía sin hilos.

Auscultamos atentamente la lejanía. No se percibe ni el más leve rumor de motores. Silencio y soledad en los alrededores.

La oscuridad es profunda. No brilla una estrella en el firmamento.

—Mucho me parece que tarda en llegar ese camión—dice Ortiz—. Cada vez se afirma más mi creencia de que es un camelo. Me lo figuré al principio, cuando lo dijeron, y temo resultar profeta. No os he dicho nada; pero malo es que yo barrunte una cosa...

Sonreímos al ver la desconfianza del camarada Ortiz, pareja a la nuestra, que aún no hemos manifestado.

—¿Qué opinas entonces de la revolución, ya que te sientes profeta?—le pregunta Alonso, bromeando, por pasar el tiempo—. ¿No te atreves a aventurar algún juicio?

—De la revolución—contesta—, poco os voy a decir. No estamos en tiempo de vaticinios, sino de atacar. Ahora que tengo metido en la cabeza, y aquí, entre nosotros, se puede hablar porque, como militantes probados, no produce desmoralización, que va a resultar una austriacada. El que me diga a mí que la revolución se puede hacer de la noche a la mañana, echándose a la calle a la desesperada, como creen los socialistas, le digo que está en un error: error de táctica y estrategia, error fundamental. Toda revolución, para triunfar, necesita, por lo menos, de dos factores imprescindibles: organización y ofensiva del proletariado. Y ésta, desgraciadamente, carece de ambos. La entidad que la desencadena está encajada en viejos moldes muy siglo pasado, que hoy resultan inservibles para sacar a flote una empresa de semejante magnitud. Ahora bien; nuestra misión es imprimir al movimiento un carácter revolucionario de masas, ampliándolo lo más posible y organizándolo sobre la marcha, puesto que la organización no existe, para avanzar en seguro. O sea, elevar este "putchs" a la categoría de movimiento revolucionario.

—¡Muy bien—asiente Esteban, completamente de acuerdo—; pero el camión de armas no aparece.

—Ni aparecerá—replica vivamente, y continúa—. Cosa que se me mete a mí en la cabeza, raramente falla. Esto del camión ha sido una inventiva del Comité revolucionario para que, esperando confiados por él, abandonásemos la búsqueda de armas.

Ellos, como ya nos han manifestado, no tienen pensado hacer nada en serio hasta que no reciban consignas concretas de Oviedo; pero, a pesar de ésto, según he oído, esta noche, promoverán alguna algarabía para dar la sensación de que hay revuelta. Tirarán petardos por ahí y cuatro tiros de pistola. Plan de ataque no tienen ninguno.

—Bueno. Y nosotros ¿qué hacemos aquí?—interroga Alonso—. Ya son cerca de las diez, y de ocho y media a nueve decían que llegaba. Por lo tanto, ya no viene.

—Vamos a esperar que den las diez y, si a esa hora no llega, nos vamos—responde el camarada Esteban—. Hay que ir a avisar a los que están esperando y decirles lo que pasa.

—De eso te encargas tú, Rivero—me dice Ortiz.

—¡Yo, de ninguna manera!—replico—. ¿Qué queréis, que me tiren al río? Pues buenos se van a poner al recibir la noticia. Al descontento natural que les ha producido la labor negativa del día, añadirles ahora esto, no sé qué resultados producirá. Ellos no se fijan en si tenemos o no nosotros la culpa. Quieren armas, y nada más.

—Pues entonces, vamos todos y correremos la misma suerte—interviene Esteban—. Avisar, hay que avisarles.

—Por supuesto—afirma Alonso.

El aire arrastra en el vacío un claro y débil sonido de metal. Prestamos atención. Es el reloj del Ayuntamiento. Contamos diez campanadas.

—Vamos—ordena Esteban—, que ya son las diez y el camión fantasma no aparece.

Saltamos del muro a la carretera. Los cables del teléfono se enredan a nuestros pies. La atravesamos y nos dirigimos al lugar de la cita, donde unas docenas de obreros están esperando por armas. El alumbrado público ilumina, allá abajo, un extenso perímetro. No se ven las bombillas; pero se distingue el claro que produce en la noche el conjunto de ellas, como rayos de luz hendiendo la oscuridad.

Caminamos sin pronunciar palabra, abstraídos en un laberinto de meditaciones que las sombras de la noche no nos dejan descifrar. ¿Iremos pensando los cuatro en lo mismo? ¡Quién sabe! Aunque la preocupación es única, debido a las circunstancias, el pensamiento de cada uno irá buscando

soluciones para resolver a su manera el problema candente que nos presenta la falta de armas.

Damos unos silbidos quedos al llegar, como hacen en el cine los bandidos americanos, y en seguida empiezan a dibujarse bultos negros en las sombras negras. Llegan hasta nosotros y formamos un corro numeroso. Expectación antes de hablar. Palabras veladas por la emoción. Preguntas a media voz. Delirio de armamento. Resumiendo: apetencia de lucha.

—Qué, ¿dónde están las armas?

—¿Llegaron, llegaron?

—¿Vinieron muchas?

Al ver que tardamos en contestar, uno lanza el presagio:

—No llegaron, ¿eh?

Tenemos que hablar claro y no engañar a los compañeros.

—Eso del camión con armas—les dice Esteban—no es más que una inventiva, un camelo o un cuento, para entretenernos.

—¡Me cago en d...!—ruge Melchor, desesperado—. ¡Esto es una casa de putas! ¿Para qué hacéis caso de nadie?

—No te desesperes, hombre—le dice Ortiz—. Si hoy hemos sido unos ingénuos al creer en paparruchas de esta índole, mañana será otro día, y sin hacer caso ni de Dios, iremos a lo nuestro, desquitando lo perdido.

La desesperación es grande. Nos cuesta trabajo convencerlos, atajando con argumentos y alentando con palabras.

—Si continuáis así—arguye uno—trayéndome de la ceca a la meca sin hacer nada práctico, me meto en casa y de allí no me saca ni María santísima.

Calmados los ánimos, nos disolvemos y regresamos a Avilés. Nosotros lo hacemos por carretera, porque todavía bulle en el cerebro una interrogante: Si llega el camión y, por no estar nosotros aquí no nos toca un triste fusil, ¿qué disculpa vamos a dar luego? Caminamos despacio, mirando a cada momento para atrás, a ver si vemos algún faro encendido o sentimos el ruido de algún motor.

Se oye una descarga cerrada. Los máuseres de la fuerza pública chascan en el silencio nocturno el odio antiproletario de sus poseedores. Luego menudean los disparos sueltos. Los secos restallidos: paf, paf, pueblan el vacío de extrañas sonoridades. Ruido de voces y carreras y, de pronto, una patente explosión, que ahoga, con su zumbido, los rumores dispersos que se agitan en el aire.

—Vaya, ya tenemos danza—le digo a Ortiz—. ¿Recibirían, por fin, los socialistas la orden de actuar?

—No sé; pero se me figura que esto forma parte del número de algaradas que esta noche tenían pensado desarrollar.

—Algo es algo.

—No hagas caso. Escaramuzas, y nada más.

Esquivando los fusiles para no ser blanco propicio del enemigo, llegamos hasta el parque, donde se encuentran numerosos compañeros al abrigo de los tiros, protegidos por las sombras de los árboles y de la oscuridad. Se comenta con apasionamiento la huída de las descargas. Hay fervor en las discusiones.

—Así vamos mal—dice uno.

—Así no podemos continuar—exclama otro.

Por entre los grupos y, sin saber su origen, empieza a circular de boca en boca el rumor de que, procedentes de Gijón y pedidos con toda urgencia por el alcalde, llegarán de un momento a otro dos camiones de guardias de Asalto para sofocar la rebelión de Avilés.

—No estaría mal—dice Ortiz—ir a esperarlos hacia Llaranes y tenderles una emboscada, ahora de noche.

Sin esperar más averiguaciones de si sería o no cierto el rumor, partimos para dicho pueblo, que dista un kilómetro, aproximadamente, de Avilés. Vamos bastantes para hacer cualquier cosa; pero el noventa por ciento no lleva una mala pistola.

Atravesamos unos obstáculos en el puente que hay a la entrada; nos parapetamos estratégicamente para cogerles entre dos fuegos y nos ponemos a esperarlos tranquilamente. Llegan pronto más compañeros. Algunos traen escopetas y un poco de dinamita. Por algo se empieza. La dinamita me es entregada a mi por el camarada Braulio.

—Toma, Rivero—me dice, al mismo tiempo que me la entrega—; tú, que fuiste minero y sabes manejarla bien, prepara estos cartuchos para bombardear a los de Asalto cuando lleguen.

Preparo los cartuchos con una pulgada de mecha, que buen efecto han de hacer, por ser de primera, cuya potencia es inconmensurable, y me coloco al lado de Braulio y de Ortiz, detrás del muro que elegimos de parapeto, a tres metros de altura, sobre la carretera.

Desde aquí divisamos perfectamente a Avilés. Ofrece el aspecto de un campamento de guerra durante un ataque del enemigo. Se suceden las descargas y menudean las explosiones de bombas o petardos. El alumbrado eléctrico tiembla y se estremece bajo el estruendo de las detonaciones. Algunas luces se apagan. Los estampidos resuenan al otro lado de la ría con ilimitada prolongación, lo mismo que el tronar de tormenta. Y todo esto, para nada. Plan de ataque en serio, no existe ninguno.

Los compañeros colocan bombas o petardos donde quiera y como quiera, y la fuerza pública hace descargas cerradas contra la menor sombra que columbra.

—Las escaramuzas que tú decías—le digo a Ortiz—parece que van tomando caracteres de guerra civil. Las explosiones y disparos son intensos y dan a entender que los socialistas ya han recibido órdenes de operar.

—No hagas caso—replica—. Escaramuzas dije que eran, y me sostengo en lo dicho. Y si no, ya lo verás cuando regresemos. Tenían pensado levantar un poco de polvo, y lo están levantando. ¡Cuánto mejor se emplearía ese material en un ataque a fondo, y no así, tontamente, como lo están gastando!

Braulio y Esteban a mi derecha, apoyados sobre el muro, con la pistola en la mano, apenas despegan los labios; no pronuncian palabra. Las pistolas apuntan a la carretera por donde han de pasar los de Asalto. Sobre el muro, los cartuchos esperan que los lancen a la destrucción. Yo los contemplo satisfecho, por la labor que van a realizar. Antes de entrar en fuego ya me proporcionan cierto placer, que previene de la confianza que tengo depositada en ellos.

La oscuridad nos envuelve en su tupido cortinaje de tinieblas. Sopla una brisa de hielo que fustiga nuestra cara, con la frialdad de sus alas, finas y cortantes. El eco de los rumores que se perciben en Avilés se eleva como un clamor en el corazón de la noche, desgarrando la quietud de las horas y el sentimiento burgués que resbala sobre ellas, en el devenir histórico de las cosas y de los hechos. Es un clamor nuevo de justicia, de rebeldía, de emancipación que no se adapta, porque le son estrechos, a los viejos moldes de la sociedad que lo constriñe.

Las explosiones y las descargas lo ahogan de vez en cuando con sus estridencias; pero vuelve a reaparecer de nuevo más firme y claro, con notas de triunfo y acentos de firmeza. Es el clamor del pueblo, avalancha que se impone y arrolla los obstáculos que le interceptan el camino. Nadie lo contendrá.

Las horas transcurren en medio de una monotonía mortificante. No hablamos una palabra. La atención está puesta en los ruidos que se puedan precisar. Avizoramos a lo largo de la carretera, donde fulgen sobre el negro asfalto las luces públicas, de trecho en trecho. No se precisa un ruido metálico ni se vislumbra un faro hendiendo la oscuridad. Está helando, y esto hace que la espera se haga más aburrida. El frío penetra en nuestras carnes a través de la ropa y los músculos se contraen bajo el azote de la brisa.

—¡Esos no vienen hoy!—exclama Ortiz.

—Pues es una lástima—arguye Braulio—. Con el recibimiento que les tenemos preparado... Si llegan a venir, mañana comemos tortilla a la francesa.

—No. Tortilla a la francesa, no—replica Esteban—. Jamón de Galarza. Creo que está muy sabroso.

—Ni tortilla, ni jamón—vuelve a exclamar Ortiz—. Lo que cenaremos hoy y desayunaremos mañana si continuamos de esta manera, es el frío que estamos pasando. Parece que esta noche tenemos la misión de esperar fantásticos camiones, que sólo existen en la mente de algún visionario. Primero, el de las armas; ahora, los de Asalto. Si seguimos así, estaremos esperando camiones hasta jueves santo.

—Tienes razón—corrobora Esteban—. Ni que fuésemos tontos para hacer caso de cualquier rumor que se propale; pero es el caso, ¿y si vienen?

—¡Qué van a venir a estas horas!—le objeto—. Y, además, ¿crees tú que en otros sitios no necesitan fuerzas, para que manden aquí dos camiones de asalto nada menos?

En vista de que no aparecen, emprendemos el regreso a Avilés cuando dan las tres de la mañana en el reloj del Ayuntamiento.

—Por ahí arriba—dice Ortiz—no debe de andar el asunto del todo mal. Cuando no mandan fuerzas para aquí es que la cosa anda por los pelos. Algún burgués debe de estar a estas horas dando ortigas ya. Hay que tener en cuenta que otras veces, para celebrar sesión en la Alcaldía, traían una sección de Asalto, y hoy a pesar de que el alcalde estuvo todo el día colgado del teléfono pidiendo fuerza, todavía no le han mandado ni un solo guardia.

—Y nosotros aquí sin hacer nada—objetó Braulio.

—¿Qué quieres que hagamos?—le replica Esteban—. Primeramente, el cogernos así, tan de sopetón y desarmados, la insurrección, hasta parece que nos incapacitó para actuar rápidamente. Después, la entrevista con el Comité, la búsqueda de armas, la espera del camión con ellas, y ahora la de estos dos camiones, se nos fué el día sin que pudiésemos dedicar nuestras actividades a otras cosas. Yo apenas tuve tiempo para ir a comer; estoy con el desayuno.

—¡Vaya unas disculpas más pobres que das! Aunque no fuésemos bolcheviques. Si nuestro trabajo no dió el rendimiento deseado, es que trabajamos mal. Ya sabes tú que para nosotros no hay disculpas. Los hechos realizados son los que se suman al haber; los que se disculpan es que no se trabajan o trabajan mal. Y esto último es lo que hicimos nosotros. Luego no tenemos disculpa que dar.

—Tienes razón—asiente Ortiz—. Si por la mañana, cuando nos encontramos con esto, obramos revolucionariamente, a estas horas no habría más voz cantante que la del proletariado.

Clarea la noche sobre la madrugada. Se disipan las nubes y aparecen las estrellas brillando en el firmamento, color

marrón. Luces rutilantes, lejanas y multicolores, anticipándose al nuevo día. Nos introducimos en Avilés cautelosamente. Aullan furiosas las bocas de los fusiles de la fuerza pública en sus descargas intermitentes contra sombras invisibles. Fogonazos rojizos y rápidos como relámpagos. Tormenta de amanecer.

II

Como no se ha dormido, las caras tienen una palidez de cansancio que las ensombrece y hace adustas. Los ojos, enrojecidos, se revuelven en las cuencas bajo las sombras de las pestañas; se revuelven en su propio dolor, heridos por el fresco de la mañana, clara, limpia y diáfana, de cristal. Bien temprano se empiezan a formar grupos de compañeros en el parque. Se madruga como de ordinario, o quizás más. Desde luego, Muchos no se han acostado. Ya circulan noticias de la marcha del movimiento en otros lugares, que se comentan con apasionamiento. Esteban, Ortiz y yo nos aproximamos al grupo, donde el calor de los comentarios toma mayor incremento.

—¿Qué se dice por ahí? ¿Hay algo nuevo?—les pregunta Ortiz.

—¡Nada! ¡Qué se va a decir!—responde uno—. Que somos unos gallinas. Mientras que por ahí arriba ya no hay cárceles donde meter a los enemigos, aquí estamos como el gallo de morón: sin plumas y cacareando, batidos por ellos, cuando a estas horas debían estar todos a buen recaudo. Ya tenemos un herido, y si seguimos así...

—¿De cuándo? ¿De anoche?—pregunto yo.

—Sí—responde—. Cayó herido en una descarga. Ahora que no es grave.

—Y noticias de la provincia, ¿se sabe alguna en concreto? —vuelve a preguntar Ortiz.

—¿No lo acabas de oir?—interviene otro—. Que ya no hay cárceles dónde meter burgueses, guardias civiles y de Asalto. La cuenca minera está en poder de los nuestros, y se rumorea que los mineros avanzan hacia Oviedo.

Estas noticias zahieren y excitan, al mismo tiempo, el amor propio, colectivo y revolucionario, en vista de la esterilidad del primer día de insurrección en Avilés.

—Con lamentaciones tardías no adelantaremos nada—le dice el camarada Ortiz—. Procuremos ganar hoy lo perdido ayer, y asunto concluído. ¿De cuántas armas largas dispone el enemigo? ¿Sabéis algo?—termina preguntando.

—Lo menos de sesenta—responde Combila—. Entre la

guardia civil, municipal, jurados y carabineros, forman casi un regimiento. Y todos ellos con armas.

—Siendo así—dice Ortiz—, aunque reuniésemos unas cuantas pistolas para asaltar el Ayuntamiento seríamos rechazados sin lograr el objetivo.

—¡Cá, hombre!—exclama otro compañero—. Cualquiera intenta semejante asalto con pistolas solamente.

A medida que avanza la mañana van convergiendo en el parque más compañeros, deseosos de noticias sobre la marcha del movimiento. Llega entre un grupo de ellos el joven socialista Fernández, que nos saluda al aproximarse a nosotros.

—Salud, camaradas.

—Salud—contestamos.

—¿Qué hay de nuevo?—le pregunta Ortiz—. ¿Ya habéis recibido consignas de Oviedo?

—No; pero es igual. Hoy estamos dispuestos a todo. Ya no esperamos más.

—Y de por ahí arriba, ¿se sabe algo?

—Según noticias, la cosa marcha bastante bien. Hay algunos encuentros entre la fuerza pública, reforzada por el ejército, y los nuestros; pero los mineros lo arrollan todo en su marcha sobre la capital.

—Eso nos salvará—arguye Braulio—, que lo que es nosotros...

No termina la frase, quizá arrepentido de lo que iba a decir. Paseando y hablando vamos hasta el muelle. Al poco de nosotros llegar se presenta en él una pareja de Carabineros.

Los rayos del sol se proyectan a lo largo de la ría y refulgen sobre el lomo azul de las olas en el pleamar. Los barcos de pesca surtos en ella, con la chimenea apuntando al cielo, esperan tranquilos la mano del hombre para hacerse a la mar. Se balancean, como movidos por resortes, al compás de las olas y chocan entre sí y contra el muro al ser empujados por la fuerza ascendente de las aguas.

—¡Camaradas!—exclama Ortiz—: la burguesía, sabiendo que no existe entre nosotros odio hacia los subalternos del Cuerpo de Carabineros, porque todavía no se envuelve con esa aureola sangrienta con que se ciñen los demás Cuerpos represivos, pero que, en casos excepcionales como el que vivimos, hecha mano de él para enfrentarlo contra nosotros, envía esta pareja, no sé si con el propósito de explorar el ambiente o con el fin de que no cometamos desmanes. Para el caso es lo mismo. La ocasión la pintan calva. ¿De cuántas pistolas disponemos?

—¡Yo, de una!—responde Fernández.

—¡Y yo, de otra!—dice Braulio.

—¡Y yo, de otra!—contesta Rodrigo.

Como nadie más responde afirmativamente, Ortiz aclara:

—Tres y con la mía cuatro. Son bastantes. Vamos a desarmar a esta pareja; vamos a aproximarnos, cautelosamente a ellos, hablando de cualquier cosa, para que no sospeche nada, e inopinadamente, les ponemos las pistolas al pecho, y que nos entreguen las armas. Si hacen cualquier ademán de defensa, hacemos fuego.

—¡Ni más ni menos!—asiente Braulio. Así, sino las entregan de grado, las entregarán por fuerza.

—Eso es—aprueba Ortiz.

Hablando de fútbol nos vamos aproximando a la pareja. Lángara, Gorostiza y Zamora, aquí y para allá. Las manos acarician las pistolas en los bolsillos. Oscilaciones y balanceo de los barcos en la ría. Ruído claro y blando, chás chás, de las olas contra el muro. Pleamar. Superficie azul. Brillan los correajes y el sol saca relumbres de fuego de los cañones y de los cerrojos. Tentación irresistible. El corazón palpita en el pecho y se estremece de ansiedad. Relucen las pistolas apuntando a los uniformes, y suenan unas exclamaciones en el aire.

—¡Manos arriba!

—¡Entreguen las armas!

Dan un paso atrás, haciendo ademán de defenderse de la inesperada acometida, y el camarada Ortiz, con inusitada rapidez hace dos disparos, despide humo la pistola y los Carabineros ruedan al suelo heridos. Ayes y quejidos. Hilos de sangre resbalando por los uniformes. Aceleramiento y ruido de correajes, al despojarlos del armamento. En un dos por tres, se realiza la operación.

Un herido se queja lastimeramente. El proyectil le ha penetrado en el vientre, y, por los quejidos que da, la herida debe de ser mortal de necesidad, como dice el lenguaje forense. El otro lleva el tiro en un costado, y es menos grave.

—Ahora que los lleven a la cruz roja—ruje Fernández.

Abandonamos la carretera y nos tiramos al campo, para en caso de que salga fuerza en nuestra persecución, buscar un sitio estratégico, desde el cual hacerle frente, hasta ver qué plan de ataque se determina.

—El que tiene un fusil, según me han dicho hoy por la mañana—dice Rodrigo—es Horacio Mesa en su quinta de Caliero.

—¡Sí lo tendrá!— asiente Ortiz.

—Pues, vamos allá—ordena Alonso.

A campo traviesa nos dirigimos al Caliero. Braulio y Ortiz se han puesto los correajes y llevan los fusiles en banderola. Al pasar por Gaxín, nos encontramos con unos

jóvenes socialistas de Piedras Blancas que vienen a Avilés, a ver si aquí se les puede proporcionar fusiles para asaltar el cuartel de la Guardia civil de dicho pueblo.

—¡A buen hospital os venís a curar!—les dice Alonso—. Para hacernos nosotros con estos dos, hemos tenido que mandar a la cruz roja a sus dueños, y sólo sentimos que no hayan sido civiles o de asalto.

Nos dicen que en el cuartel de Salinas hay poca fuerza, y que atacándolo, será fácil que se rinda. Acordamos atacarlo esta tarde. Ellos quedan en esperarnos a las cuatro, en Raíces, con un grupo de escopeteros, para cooperar al ataque. Ultimados los detalles, emprenden el regreso, y nosotros continuamos nuestro camino.

El sol va subiendo lentamente, y sus rayos se descuelgan casi verticales. Reluce el verde de los campos, bajo su fuego de oro, a esta hora del mediodía límpido y otoñal, sesgado por la brisa del Nordeste, fresca y fina, que sopla, dejando a su paso, la humedad salitre del mar. Respiramos optimismo. La operación nos ha salido a pedir de boca, y ésto nos produce gran satisfacción.

Llegamos al Caliero. Curiosidad pueblerina al vernos armados. Cuchicheos y miradas convergentes, recelosas. No hay que olvidar que, el Caliero es un pueblo, donde Horacio Mesa ejerce un virreynato. Registramos la quinta; pero no encontramos el fusil, ni una mala escopeta.

—Ya la tendrá bien guardada—dice Braulio, al ver lo infructuoso del registro. Le dió tiempo ayer previendo ésto. Salimos, y ya afuera, el camarada Ortiz dispone:

—En vista de que aquí no hacemos nada, nosotros, con los fusiles, vamos a Raíces, a esperar los de Piedras Blancas. De paso comeremos algo en San Cristóbal. Tú, Esteban, sería conveniente que fueses a Miranda, a ver si podías reunir un grupo de escopeteros para que bajen a Avilés, después que haya oscurecido. A esa hora, aproximadamente, regresaremos nosotros. Y tú, Rivero da la vuelta y observa el efecto que ha producido entre los compañeros, el desarme de los carabineros. ¿Comprendes?

—Sí—le contestó.

Dicho ésto, nos separamos. Yo emprendo el regreso a Avilés. No está mal observar el ambiente, como dice Ortiz. Por la mañana estaba un poco enrarecido. La atmósfera revolucionaria, había bajado la presión, consecuencia lógica de lo infructífero del primer día de insurrección; pero hoy varía; hoy, segundo día del movimiento, ya tenemos dos fusiles. Y esto producirá una reacción favorable entre los trabajadores, levantando el espíritu revolucionario hasta la exaltación. Yo mismo siento una sensación desconocida dentro de mí. El día de ayer fué demasiado pródigo en decep-

ciones. Estas producen una depresión moral en las masas catastrófica en semejantes situaciones, y que, si no se cortan pronto, conducen, inevitablemente a la desmoralización más completa. Veremos ahora qué reacción ha producido el acontecimiento de esta mañana.

Como el camino está en declive me deslizo por él abajo con suma facilidad, hasta llegar al muelle. Por él circulan todavía los obreros formando grupos o peseando. Algunos comentan:

—Eso ya se debía haber hecho ayer—arguye uno.

Se refieren al desarme.

—Ya lo creo—aprueba otro. Y entonces veríais cómo no había más voz cantante que la nuestra.

Dos pasos más adelante, esta conversación:

—¡Los comunistas son la hostia! ¡Desarman a Dios por menos de una perrona! Dos tiros, y gente para el hospital.

—Claro, claro. Si queremos hacer algo práctico, no se puede andar con rodeos, como se hizo ayer.

—Yo te lo digo por la rapidez con que les quitaron los fusiles.

—Si es la cosa más sencilla. Antes de que te manden a ti al hospital, procura mandarles tú a ellos, y nada más.

Desde aquí voy hasta el parque, donde también hay bastantes compañeros hablando de lo mismo. El desarme de los carabineros es el plato del día en todos los grupos y discusiones. Se aprueba sin reservas, se aplaude. Ha producido buen efecto. Se recoge buena impresión. No era de esperar otra cosa. Los trabajadores saben mejor que nadie por dónde hay que empezar.

*
* *

Empieza la ofensiva del enemigo. Nos sorprenden en el parque, e inopinadamente nos suelta una serie de descargas cerradas, que producen un desconcierto general. Echamos a correr, atropelladamente, en dirección del muelle. Chascan en el aire apacible de la tarde, los ruidos metálicos de los cerrojos y crujen las ramas de los árboles, desgajadas por las balas que pasan silbando sobre nuestras cabezas. Se oyen más de cincuenta tiros a la vez. Las detonaciones son diferentes; predominan las de fusil, de mayor potencia y sonoridad.

En nuestra precipitada carrera, carretera de San Juan abajo, yo me voy diciendo interiormente, al sentir tan cerca de mis oídos el rugido del plomo enemigo: "Ahora caigo, ahora caigo", extrañándome bastante no ir herido ya.

No paramos hasta el almacén de Balsera, adonde llegamos con la lengua fuera como los perros, acosados por la fatiga.

—¿Hasta cuándo vamos a andar así? ¿Dónde están los fusiles que se quitaron a los carabineros? Si no nos han de servir para hacer frente, no sé para qué los queremos.

—Pronto vendrán, y alguno más para con ellos—le respondo.

Toses, expectoraciones, respiración acelerada, sofocación. La carrera ha irritado nuestros fuelles asmáticos, y los bronquios carraspean, excitados, echando esputos.

Sol de media tarde. Los rayos se proyectan casi horizontales, sobre el paisaje verde que azulean los nítidos fulgores de la puesta, volvemos al muelle, creyendo el peligro alejado, en vista de que ya no se oyen tiros; pero apenas llegamos frente al paso a nivel, nos sorprende otra descarga cerrada. Nueva alarma, gritos femeninos, carreras en todas las direcciones. Volvemos grupas carretera de San Juan, dando con los talones en el culo y enseñando las suelas de los zapatos al enemigo. Las bocas de los fusiles rugen, furiosas, tras de nuestras espaldas, en el aire apacible del atardecer.

Protestas entre los que corremos.

—¡Esto no lo debíamos de consentir!—arguye uno. No debía de correr nadie.

—¿Qué quieres—le replica otro—: esperarlos con las manos en los bolsillos? Eso quisieran ellos. Sería darles demasiado gusto. ¡Vaya blancos que iban a hacer!

—Pues siempre, no vamos a correr. Hay que hacerles resistencia.

La tarde, combada, palidece en el horizonte, envuelta en una estela gris—el crepúsculo—, llena de lividéces. La tierra adquiere, bajo las sombras crepusculares, un color turbio que la ensombrece. Los edificios esconden su perfil arquitectónico, en la espesura de estas sombras. Surgen de pronto, como obedeciendo a una consigna, el alumbrado eléctrico. La luz bailotea en el suelo y tras los cristales de las ventanas. Sensación de tranquilidad. Brisa fresca del Nordeste, que tonifica y limpia el olor a pólvora y a pescado.

Estamos otra vez en el parque. Otra arremetida del enemigo. Se oye una descarga. Las balas rugen entre las ramas, y las luces tiemblan al compás del movimiento de las cañas.

—¡Qué nadie corra—ordena una voz—, que ahora es de noche!

Sacamos las pistolas y apostados detrás de los árboles, hacemos frente. Se entabla un nutrido tiroteo. Relumbra

en las glorietas la luz rojiza de los fogonazos, que las encienden. El restallido de los fusiles se impone, ahogando la débil voz de las pistolas. El enemigo al ver que no le hacemos frente más que con esta clase de armas, avanza decidido. Las pistolas no sirven para contenerlo. Reculamos hasta el muelle y nos parapetamos en los barcos de pesca, surtos en la ría. Sobre el muro de contención, reluce bajo las sombras del anochecer el acero de nuestras armas empuñadas. Pulso firme, alterado de vez en cuando, por el balanceo de las naves, que oscilan al compás de las olas, con movimiento pendular. Le esperamos impacientes; pero no asoma el hocico. Por lo visto, se conforma con desalojarnos del parque.

Al ver que no se aproxima salimos a tierra. En este momento el muelle se inunda de una avalancha, humana, que se dedica al saqueo. Vuelan las mercancías depositadas en él con una rapidez que asombra.

—Esto no lo debíamos de consentir—dice un compañero.

—Primero—replica otro— aplastemos el enemigo; después ya lo evitaremos. ¡Quién sabe cuántos parados comerán hoy con eso!

—Si sólo fuesen parados todavía; pero veo algunos con cajas a cuestas que se manejan, económicamente, mucho mejor que yo.

—Eso ocurre siempre. Son los especialistas del botín. Y no vas a andar con ellos a tiros; ya los meteremos en cintura.

Cierra la noche, y nos trasladamos al alto de Sabugo, donde a estas horas quedamos en reunirnos con los compañeros que fueron a Salinas. El barrio, marinero y proletario hierve en un hormiguero de rumores. Cuchicheos en grupo, por las calles y a las puertas de las casas. Las mujeres hablan de la Revolución. ¡Ya era hora! Este despertar, aunque tardío es muy sintomático.

Bajo las sombras de la noche, Sabugo descubre su desnudez—antiestética y antihigiénica—de barrio proletario: calles estrechas, tortuosas, llenas de baches y de regodones. Viejos edificios, medio derruídos y mugrientos, sin simetría ni urbanidad, esperando la piqueta para remozarlo. El escaso alumbrado vigila, desde las esquinas la negrura de las calles formando un semicírculo alrededor de cada una. La luz se proyecta en el suelo, desde la altura de los postes, blanqueándolo. Ya han llegado los compañeros; pero traen los mismos fusiles.

—¿Cómo ha sido eso? le pregunto a Ortiz. ¿No habéis atacado el cuartel

—No; responde. No han aparecido los escopeteros que quedaron en venir a ayudarnos, y como nosotros solos, nada

podíamos hacer; más que gastar municiones, optamos por no atacarlo.

—¿Qué hacemos ahora?—pregunta Alonso.

—Levantar barricadas y apoderarse de este barrio—ordena Esteban—, y a medida que nos vayamos haciendo con armas, vamos avanzando hasta asaltar el Ayuntamiento. ¿No os parece?

—No está mal eso—dice Ortiz—. Por mí, aprobado; ahora que nos hacía falta tomar una buhardilla de estas más altas que nos sirva de atalaya, y colocar en ella un compañero con arma, para que dé la voz de alarma cuando se aproxime el enemigo.

—Sí, sí; hay que hacer eso—asiente Fernández.

Empezamos a levantar barricadas, colocando sacos llenos de arena en medio de las calle que dan entrada a Sabugo. Hay una calma impropia de la hora que se vive. Ni un sobresalto, ni un disparo perturba el aire de la noche que se introduce en los rincones del barrio, y aletea en las boca calles, sobre las que va dejando su humedad marina.

Se ha corrido la voz de que ya están, de regreso en Sabugo con los fusiles, y por tal motivo, empiezan a acudir a él, multitud de compañeros, acuciados por esa satisfacción, muy natural que nos produce, ver estas armas en manos proletarias, manejadas contra el enemigo. La avalancha humana, invade el barrio y lo puebla de clamores, gritos y preguntas. Rumor imponente que ahuyenta las sombras y ensordece el vacío. Aparecen también las primeras escopetas, casi todas de un cañón, oxidadas y ferruñosas. Da pena verlas. Con éllas no se puede ir a ningún sitio. Un compañero porta un rifle.

—Ese para la buhardilla—exclama Ortiz al verlo.

Y se dirige al que lo posée, sin más preámbulos, diciéndole:

—Oye, camarada, ese rifle nos hace falta para una buhardilla, desde la cual hay que hacer frente al enemigo.

—Yo para eso lo traigo—responde—, para que sirva a la revolución.

Las calles están materialmente tomadas por la gente que deambula por ellas, de un lado a otro, sin rumbo fijo. La animación es extraordinaria, y levanta un murmullo insistente. La noche está oscura, y para hacer esta oscuridad más densa, y burlar la puntería al enemigo sobre nuestro frente, apagamos las luces, y el barrio queda envuelto en una tupida sombra que lo hace sórdido y misterioso, bajo la cual trazamos nuestros planes de ataque y defensa.

—En la Central eléctrica—dice una voz—hay siete carabineros custodiándola. "Se metieron" allí al oscurecer.

—Bueno es saberlo—dice Braulio. Por si tratan de ata-

carnos por detrás, hay que poner una guardia a ese lado.

Ultimados los preparativos de defensa, tenemos un cambio de impresiones con el Comité Revolucionario, para concretar puntos sobre el trabajo. Al tener conocimiento de que hay carabineros en la central, se acuerda atacar ésta, desde el muro de la quinta de Pedregal.

Dicho ésto, sin más espera nos disponemos a asaltar la quinta. Cojemos piedras y maderas y empezamos a golpear la puerta que da al camino de San Cristóbal. Retumban los golpes en la cavidad de la noche, como mazazos estridentes sobre un cuerpo sonoro. Ruido sordo, seco y prolongado. Las tablas ceden, ante la violencia de los golpes. Penetramos en el interior, con la emoción—prejuicio burgués—que invade al individuo cuando éste toma algo vedado.

Arboles, sombra y silencio; silencio quieto, apacible, de mansión señorial. La brisa susurra entre las ramas. Avanzamos hasta el muro frente a la central, nos parapetamos tras de él, rompiendo fuego contra puertas y ventanas. El tiroteo es graneado. Desde adentro responden al ataque. Los fogonazos rojizos de los disparos rasgan la oscuridad y relumbran en el vacío. Luz roja en la noche oscura, hendiendo las tinieblas. Las detonaciones son distintas, y forman un concierto bastante desarticulado, la multiplicidad de sonidos. Prestamos atención un momento, para ver si atisbamos algún movimiento del enemigo; pero no precisamos más que llamadas telefónicas.

—¿Estarán pidiendo refuerzo?—pregunta Ortiz.

—Es de suponer—responde Alonso. Si no, ¿para qué iban a llamar?

—Para dar la novedad, sin duda.

Nos corremos un poco hacia abajo, en previsión de si llegan refuerzos, cortarles el paso.

En vista de que no aparecen, volvemos al ataque. Las sombras hacen extraños movimientos, bajo el fuego de los disparos. Vaivén continuo que les imprime el aire y descubre la luz rojiza. La noche se desgarra en mil girones, acribillada por los tiros que la traspasan de parte a parte, haciéndola crepitar con estridencia. Restallidos sordos y claros de escopeta y fusil, pueblan la oscuridad. Ruido estrepitoso de cristales por el suelo. Las balas del enemigo pasan rozando el muro y rugen entre la arboleda, chascando las ramas que encuentran al paso. Aire macilento. Olor a pólvora.

—Esos no se rinden—exclama Braulio y lo que estamos haciendo es gastar municiones en balde.

—Quién sabe—replica Alonso. Vamos a «apretar» un poco más a ver qué señales dan.

Se intensifica el ataque. Llueve plomo sobre las venta-

nas, y de nuevo chascan los cristales, rodando hechos añicos. El enemigo se resiste; no hay el menor asomo de rendición. Se oye de pronto un ¡ay! seguido de unos débiles quejidos que nos hacen volver la cabeza y prestar atención hacia dónde parten. Es un compañero, que ha resultado herido, y no por el enemigo. Se le ha disparo la escopeta a otro, y el perdigón se le ha incrustado, a boca jarro, en el pie, deshaciéndoselo por completo. Le ha abierto un gran boquete, y los desgarros de la piel, cuelgan como sostenidos por pinzas. Se le traslada a la cruz roja, y se recomienda serenidad. A algunos compañeros les baila el arma en la mano. El nerviosismo se apodera de éllos. Cosa muy natural, si se tiene en cuenta su inexperiencia en la lucha y con el armamento. Por tal motivo, resulta peligroso y hasta violento; estar a su lado.

Volvemos al ataque. En el intervalo de los disparos se percibe el ruido de llamadas telefónicas. Los cables cantan al transmitir la voz; martillean en el vacío, con insistencia, un rumor ininteligible. Agazapados tras el muro, la cabeza asomando y las armas terciadas sobre él, parecemos fantasmas desprendidos de las sombras. Relucen los cañones a la luz de los chispazos. Relumbres vivos y rápidos, a través del fogueo que es intenso; pero el enemigo no da señales de rendirse.

—Aquí no hacemos más que gastar municiones—vuelve a exclamar Ortiz.

—Bajar—ordena Alonso.

Nos bajamos del parapeto, para tratar qué se ha de hacer, en vista del infructuoso del ataque. Los cañones de las armas recalentados, queman al menor descuido. Silencio en la quinta. Rumor de voces en Sabugo y más allá, y algún tiro suelto, perdido en las tinieblas. Fuera de estos ruidos, la noche descansa en medio de una quietud que enerva. El aire es fresco y barre pronto el olor a pólvora.

—A ver ¿qué hacemos?—pregunta Alonso.

Tardamos en contestar, meditando sobre la pregunta. Por fin, el camarada Braulio rompe el mutismo, diciendo:

—Yo propongo el asalto a la Central. Estamos dando largas al asunto y no hacemos nada. Aunque no tenemos armas para protegerlo, intentémoslo. Si lo podemos realizar bien, sin no, ¡qué le vamos a hacer!

—El asalto es más difícil de lo que parece a simple vista—objeta Ortiz. No tenemos más que dos fusiles; las municiones son escasas, pistolas y escopetas no sirven más que para meter ruido, y hay que tener en cuenta que son sicte u ocho los fusiles del enemigo. Conviene, pues examinar bien lo que vamos a hacer, para que luego no tengamos que lamentarnos de nuestra irreflexión.

—Atacarlos con dinamita—propone Melchor.

— ¡Es verdad!—exclama Ortiz, como si viese ya las puertas del asalto abiertas. No me daba cuenta de eso. Aquí está cerca, y desde el muro podemos bombardearlos bien.

—¿Dónde está la dinamita que teníamos ayer en Llaranes, Rivero?

—¡Qué sé yo chico, —le contestó. Al marcharnos de allí me la volvieron a pedir y la entregué.

—Creo que la gastaron hoy toda—dice Combila—, tirando petardos por las afueras.

—Siempre nos ha de pasar lo mismo, refunfuña Ortiz. No tenemos precaución de nada.

—Estamos lamentándonos de la escasez de armas largas —interviene Melchor—, y quizás a muy pocos pasos de aquí, haya alguna.

—¿Dónde?—pregunta Alonso, con impaciencia.

— En casa de Pedregal—, responde.

—Quizá sea verdad, —asiente Ortiz—, porque esos burgueses suelen estar armados hasta los dientes.

—Pues vamos allá sin más discusiones ordena Alonso.

Nos dirigimos desde el fondo de la quinta hacia el centro, donde tiene un hermoso, aunque no soberbio chalet, el ex Ministro de la monarquía, miembro del Tribunal de Garantías Constitucionales, y máximo exponente del caciquismo reformista del distrito de Avilés. En nuestro rededor silencio profundo, alterado solamente por el ruido de nuestros pasos sobre el césped y de las ramas al tropezarlas. Sombras de árboles, bajo las sombras de la noche. Ecos de rumores lejanos. La brisa susurra entre las hojas. En medio de la oscuridad blanquea la fachada principal del edificio. Picamos a la puerta y nos colocamos con precaución alrededor de ella. En seguida sentimos un ruido como de pasadores. Se abre una ventana—la claridad de la habitación traspasa las sombras de la noche.

—¿Quién llama, qué quieren; qué desean?—pregunta desde el interior una voz femenina, trémula y balbuciente,

—Que abran la puerta—responde Ortiz.

—Esperen un momento.

Se retira, cerrando la ventana. Se oyen disparos en Sabugo. Primero uno de rifle. Señal de alarma. ¿Llamarían por teléfono al Ayuntamiento, pidiendo fuerza, al ver que le invadimos la quinta. Mandamos un compañero a enterarse de lo que ocurre, y nosotros volvemos a llamar. Nuevo silencio. Han cesado los disparos. El aire bate sus alas entre el ramaje de la arboleda. Olor fresco. A resina y rosal.

Pronto sentimos un ruido, como de pasos escaleras abajo; luego más cerca, y cuchicheos de incertidumbre. Se com-

prende que les asalta la duda de abrir o no. Vacilan. Se abre por fin la puerta y nos abalanzamos sobre élla. Los cañones van delante, despejando las sombras. En el umbral aparece Pedregal. Lo encañonamos. Ha sido una sorpresa. Ya lo creíamos en Madrid.

—¿Quiénes son ustedes?—pregunta, después que se hubo repuesto de la impresión producida de momento.

—Los dueños de la situación—le contesta Alonso.

—¿Y qué desean?—vuelve a preguntar.

—Las armas que haya en casa.

—Yo no tengo armas o, mejor dicho, sólo tengo un revólver viejo y oxidado, que de nada les podrá servir. No obstante, si ustedes lo desean, lo entregaré.

—¡Claro que lo deseamos!—aclara Ortiz—. ¿A qué venimos más que por armas? Y, además, le vamos a registrar la casa, porque no cabe duda de que en ella ha de haber algún fusil.

—Regístrenla ustedes si no se fían de mi palabra.

—¡No están los tiempos para fiarse de los burgueses!—le replica Alonso vivamente.

Practicamos un registro, que resultó infructuoso. Para salir, Ortiz arranca el teléfono, y deliberan un momento él, Braulio y Alonso. Como hablan en voz baja no se precisa de lo que tratan. Se acercan y, Ortiz, dirigiéndose a Pedregal, le dice:

—Usted tiene que acompañarnos. Queda detenido a nuestra disposición, o sea, del nuevo Poder. Y ustedes—dice a las mujeres—quedan detenidas en el domicilio hasta nueva orden. Conque vamos—termina, indicando a Pedregal que nos siga.

Apenas pronuncia estas palabras, madre e hija se abrazan al ex ministro del Borbón y empiezan a llorar, gritando y rogando, con voz entrecortada por el llanto, que por Dios y no sé cuántas lindezas más no nos llevemos a su padre y marido. Las criadas, por no ser menos, también lanzan gritos histéricos, para hacer ver a los amos que hacen suya la tragedia.

¡Qué manera de comprender la liberación! Les pasa lo que a los esclavos de la antigüedad que, después de conquistada la libertad, no sabían qué hacer de ella.

Nuevos gritos y voces suplicantes. El aire se agita alrededor y arrastra en el vacío los lamentos hasta perderse el eco en la soledad negra e infinita. Suena lejos el ronco bramido del mar. ¿Podemos nosotros compadecernos del enemigo? El aire, al chocar contra las ramas, dice que no.

—Acordáos—nos advierte, con su voz delgada y fina—del trato que sóis objeto por él y sus testaferros. ¿Se com-

padece él de vosotros acaso? Pues hacer como hacen no es pecado—termina con este viejo adagio.

—Bueno, bueno—ruge Ortiz, al ver que no cesan las imploraciones—. Hemos dicho que nos acompañe y no nos haga perder más tiempo.

Al oír esta orden de apremio se reanudan los llantos y las imploraciones. Las voces, los ayes, desgarran el silencio y conmueven hasta las piedras; pero la revolución también grita en nuestros oídos.

—Yo no puedo estar a merced del dolor enemigo—nos dice—. Yo quiero hechos. Soy intransigente.

—Ustedes lo que quieren—gime Pedregal—es llevarme delante para hacer frente a la fuerza pública; para eso quiero más que me maten aquí.

—Nos ha sugerido usted una idea—le contesta Alonso—que no había pasado por nuestra imaginación.

—¡Por Dios, no lleven a papá!—grita la hija, colgándose de él. Mátennos a todos aquí; pero no le lleven.

Las sombras tragan los gritos, que se pierden en la oscuridad de la quinta. Se oyen tiros al fondo, frente a la central. Sin duda, nuestros compañeros han descubierto algún movimiento del enemigo y hacen fuego sobre él. La situación se prolonga demasiado. Hay que obrar enérgicamente. No nos vaya a invadir a nosotros el estúpido sentimentalismo burgués. Ortiz, encañonando a Pedregal, vuelve a rugir enfurecido:

—¡Me cago en d...! ¡Fuera sentimentalismos! Ahora mismo, con nosotros.

Pedregal avanza bajo la amenaza de los cañones que convergen hacia él. Mujer e hija, colgadas de sus hombros, empiezan a suplicar lloriqueando.

—Nosotras vamos con papá—suspira la hija—. No nos separen de él.

Pedregal interviene, implorando:

—Ya que ustedes no tienen patria, por que son internacionalistas, les pido por sus familias que no me separen de la mía.

—Nuestras familias—le replica Ortiz—hace dos días que no las vemos y, en este momento, no nos preocupan. Es la gran familia la que hay que emancipar por medio de la revolución la que absorbe nuestra atención. Lo demás es burgués.

Meditamos un rato sobre si sería o no conveniente llevar las mujeres con él; pero resolvemos en sentido contrario. Es demasiado engorroso cargar con dos mujeres de noche, buscarles alojamiento, etc., etc.

—No puede ser, de ninguna manera—les dice Ortiz—. Ustedes se quedan aquí detenidas, como hemos dicho, bajo

la vigilancia de un guardia permanente. Y usted—termina, dirigiéndose a Pedregal—, síganos sin más preámbulos, que no estamos para contemplaciones sentimentales.

Pedregal avanza en medio de nosotros. Las mujeres se abrazan a él de nuevo para despedirse. Adióses, besos, lloriqueos, suspiros. Hasta la noche se estremece bajo esta ola de sentimiento que inunda la quinta.

Libres ya, por fin, de la impertinencia, nos dirigimos por entre los árboles hacia la puerta de salida que horas antes habíamos violentado. Atrás quedan las imploraciones y lamentos de la mujer e hija de nuestro "ilustre" prisionero. Ruegan a Dios y a nosotros, algo más a nosotros que a Dios que no matemos a su padre y marido. La noche, está fría y oscura, y en el interior de la quinta la hace más sombría el tupido ramaje que se extiende sobre nuestras cabezas. Paramos en el alto de Sabugo. Ortiz ordena que esperemos allí con el prisionero mientras él, Alonso y Braulio van a entrevistarse con el Comité para ponerle en antecedentes y determinar lo que se ha de hacer. Quedamos vigilándole Fernández, Melchor, Combila y yo.

Pedregal, de pie, con la cabeza agachada y la vista fija en el suelo, parece un espectro viviente. Apenas osa mirar a nadie, dando a entender con esta actitud un miedo kilométrico a la muerte. Yo, con la mano en el bolsillo, acaricio la pistola y lo contemplo. Lo veo triste, con tristeza de misántropo; cabizbajo y pensativo, como un delincuente ante el juez, y me digo interiormente: "Si tratas de escaparte, te aplico la ley de fugas, lo mismo que hacéis vosotros. ¿Qué digo? Como hacéis vosotros, no; vosotros aplicáis la ley de fugas a los obreros y después decís que trataron de escaparse, para cubrir el expediente. Y nosotros éso no lo hacemos. Si no tratas de escapar, no hay ley de fugas. Pero tú no te escapas. Tú no puedes con el miedo que tienes».

Llegan Ortiz, Braulio y Alonso.

—Vamos para Miranda. Tú vete delante, Rivero—ordena Ortiz, dirigiéndose a mi.

Y en medio de la oscuridad y de la noche, emprendemos el camino de Miranda con nuestro prisionero de guerra. Durante el trayecto, yo voy hablando conmigo mismo, a poca distancia de los demás, sobre la suerte que le espera a Pedregal. "Pena de muerte—resumo—. En la reunión acordaron fusilarlo." El llevarlo para Miranda no tiene otro objeto. En Miranda está el cementerio. Luego, ¿para qué más explicaciones?

En Avilés se dice de un enfermo cuando está grave: "Ese va a ir pronto "pa" Miranda"—refiriéndose al cementerio—. Y yo, que no sé fijamente, aunque sospecho lo acordado en la reunión con respecto a Pedregal, creo sincera-

mente que va sentenciado a muerte. Sin pompas fúnebres y por sus propios pies camina hacia ella. Allí un Consejo de guerra y, después, cuatro tiros, si no se los damos primero y celebramos el Consejo después. Porque, Consejo, hay que celebrarlo, hay que explicarles a los burgueses antes de morir el motivo de la revolución, la necesidad de tomar medidas de salud pública. Yo actuaré de fiscal. El fiscal acusa. ¡Y qué bien me viene a mí acusar a los burgueses, con la «hincha» que les tengo! A mi mente afluyen rotundos argumentos para aducir en mi informe acusatorio. Allí, en medio de la paz de los muertos, bajo la presidencia de las marmóreas lápidas, yo diré en mi acusación:

—Camaradas (una pausa): La revolución exije que impermeabilicemos nuestro corazón para inmunizarlo de todo sentimiento exterior, del enemigo. (Otra pausa.) La voz se agarrota en la garganta, tampoco quiere salir al exterior y, como medida de higiene revolucionaria, pido el fusilamiento del ciudadano burgués José Manuel Pedregal.

Así, una acusación breve, rotunda, sin considerandos ni citaciones de Códigos, capítulos, artículos, párrafos ni apartados. Sencillamente: fusilamiento. Todo lo demás huele a burguesía y hay que fusilarlo también.

Al llegar cerca de Miranda, como voy delante, cojo el camino del cementerio.

—Rivero—oigo que me llama Ortiz:

Doy la vuelta y, acercándome a él, pregunto, al ver que siguen otro camino:

—Pero ¿no le llevamos para el cementerio?

—¡No, hombre! Se acordó por el momento tenerlo detenido cerca de Avilés para, en caso de que intenten rescatarlo, no sepan dónde está.

—¿Ya andamos con paños calientes?

—No tengas prisa, que todo se andará.

Paso delante otra vez. Quedo traspuesto, como si hubiese salido de un sueño, esfumándose ante mis ojos el informe acusatorio y el fusilamiento.

Llegamos a Miranda y, una vez dentro de la casa destinada a prisión, le decimos que, si intenta escapar, además de exponerse a morir en manos de la guardia que dejamos para su vigilancia, nosotros tomaremos represalias con su mujer e hija.

—Pierdan ustedes cuidado—responde—, que nada intentaré sobre el particular.

Regresamos a Avilés comentando jocosamente el apuro que están pasando el prisionero y su familia.

—Y que den gracias que no ha sido más que esto—dice Alonso—, que si llega a caer en otro sitio, quizá lo pasaría peor.

—¿Qué cuenta se echará a estas horas—exclama Ortiz—, al verse prisionero de los revolucionarios él, que hace más de veinte años que ejerce el cacicato reformista en Avilés, verse, de la noche a la mañana, en esta situación, con la implacable interrogante de la muerte por todo horizonte...?

—¡Que se joda!—arguye Brauliq—. La culpa ha sido suya por no haberse encontrado en Madrid. Tanto quiso retrasar el veraneo, que ahora le vamos a invernar nosotros una temporada.

—O quizá le saldría peor—interviene Alonso—. ¿Quién sabe a estas horas cómo estará Madrid? O ¿crees tú, acaso, que no ha estallado la revolución allí, que es la sede del socialismo?

—De todas maneras—interviene Ortiz—, si tiene alguna queja de nosotros, que recurra al Tribunal de Garantías Constitucionales. Como es parte integrante de dicho organismo, a buen seguro que le han de admitir la querella; pero mientras tanto, ¡ni Dios le libra de estar bajo nuestra disposición!

—Pues yo bien creí—expongo—que al traerlo para Miranda lo habíais sentenciado a muerte en la reunión que celebrásteis.

—Todo se andará—replica Ortiz—, no te apures.

—Lo que parece un hecho es la revolución—dice Alonso—. Llevamos ya dos días de movimiento y no han mandado ninguna fuerza para reducirnos.

—Yo, de la revolución no quiero hablar nada—contesta Ortiz—; pero, como ya lo he expuesto ayer, temo una austriacada. Ahora bien; nuestra misión no es hablar del hipotético fracaso, sino empujarla hasta sus máximas consecuencias, ganándonos la dirección de las masas, para que no se repita otro 14 de abril; nuestra misión es estar en la vanguardia y con el ojo avizor hacia la retaguardia.

La nota lanzada estos días en la Prensa por los partidos políticos llamados de izquierda y centro—que ni son centro ni izquierda—, deja entrever alguna concomitancia en el movimiento. Y eso constituye un peligro para la revolución. Muy bien pudiera ocurrir que esos burgueses quieran ganarse las simpatías del pueblo sirviéndole de Jordán que los purifique sus ataques a Lerroux y a la Ceda, y en connivencia con los dirigentes socialistas, subirse de nuevo al Poder, aplastar otra vez la revolución y nosotros volver al punto de partida. Esto es lo que puede suceder, si nos quedamos dormidos en los laureles.

—¿Y se prestarán a eso los dirigentes del Partido Socialista?—interroga Braulio.

—Préstense o no—replica—, no hay que dormirse.

—El 5 de octubre no es el 14 de abril—aclaro yo—. En

poco más de tres años el proletariado ha vivido más de un siglo en lo que se refiere a la lucha política y social y ha pasado por dolorosas experiencias para que se preste a nueva carnavalada. Si el 14 de abril estaba bajo los efectos de la democracia capitalista, hoy es todo lo contrario, y es difícil que se avenga a servir de clown a la burguesía de izquierda.

—Perfectamente de acuerdo—asiente Ortiz—; pero nuestra misión, como partido revolucionario, es señalarle el horizonte, la meta, el camino del poder, igual que la brújula señala el Norte.

La animación—extraordinaria en las primeras horas del anochecer—ha decrecido bastante en Sabugo. A aquel ruido tumultuario que levantaba un sordo y potente rumor, ha sucedido una paz casi virgiliana. Como la noche está fría, los que carecen de armas se han resguardado de sus heladas caricias metiéndose por las casas. Las guardias permanecen en sus puestos con las escopetas—los que las tienen; abundan más con pistolas—arrimadas y las manos en los bolsillos.

Quietud y oscuridad. Se han apagado las luces y el barrio parece una sombra más, donde apenas se distinguen los bultos ni los edificios. Más allá, el alumbrado público hiende y desgarra la negrura, descubriendo el perfil de las fachadas, de las calles y de las aceras; derramando luz sobre el asfalto, que reluce a través de la sombra.

Avanza la noche, sin otra novedad del segundo día de la revolución. No se oye un tiro. Solamente se percibe algún que otro cuchicheo, ruido de pasos y el rumor que arrastra la brisa. Lo demás, todo es silencio. Este segundo día ha sido más fructífero que el primero. Tenemos dos fusiles, nos hemos apoderado de Sabugo y Pedregal es nuestro prisionero. La jornada, aunque no satisface nuestros deseos, no ha sido del todo mala. El segundo día de revolución parece que nos sonríe. ¿Cómo será el tercero?

Empieza a circular de boca en boca un rumor. Algunos lo transforman en noticia y le dan cierto carácter alarmante.

El enemigo—se dice aquí y allá—, sabedor de lo que le ha ocurrido a Pedregal, tiene pensado, para libertarlo y limpiar, al mismo tiempo, a Sabugo de revolucionarios, emprender un ataque a fondo en el momento que amanezca.

—Bueno es estar en antecedentes—dice Fernández—. Así no nos cogen de sorpresa. Hay que poner las guardias sobre aviso y, si atacan, aquí nos encontrarán.

III

Reina un silencio profundo sobre la madrugada. Todo parece sumido en un sueño de quietud, de espera; ni nosotros, distribuídos en nuestros puestos esperando el ataque, pronunciamos una palabra; todos son cuchicheos a media voz. En el horizonte, un crepúsculo rojizo va rasgando las nubes y se extiende en gran lentitud. Los primeros resplandores del amanecer proyectan sobre la tierra débiles fulgores de luz, descubriendo el perfil de cuanto nos rodea. El parque, a nuestro lado, tiene una configuración oscura, siniestra. A nuestra espalda, la gran explanada hasta San Juan de Nieva, con vías y carreteras. Es la mejor perspectiva de Avilés. Contemplada a la hora en que el día empieza a clarear, ofrece un armónico contraste según se va perfilando el azul de la ría, el verde de los campos y, en medio, la carretera asfaltada, como una cinta negra, marcando límites divisorios.

Poco a poco, el crepúsculo rojo va perdiendo su primitivo color para devenir en azul. Avanza la mañana y se empiezan a divisar los contornos con bastante perfección. Pronto empezará el ataque, si es que lo van a emprender, según la noticia que llegó hasta nosotros, en el momento que amaneciese.

No transcurren muchos minutos cuando se oye un tiro. Es el rifle del vigía que hemos puesto en la buhardilla. Esto es señal de que el enemigo se aproxima. Se oyen más algo distantes y después más cerca. Vuelve a disparar el rifle. Sus disparos se distinguen bastante bien de los otros. Nos aprestamos a la defensa. A Sabugo hay que defenderlo como gato panza arriba. El enemigo, haciendo fuego sobre los portales y recodos de las calles próximas, trata de avanzar sobre nuestro frente. Hacen descargas cerradas y avanzan algunos, protegidos por el fuego graneado. Retroceden al sentir nuestros proyectiles rondar sus oídos; pero en seguida vuelven a la carga en su tentativa desesperada.

Ruido metálico de cerrojos y casquillos chascan en el aire fresco del amanecer. Silban las balas como un enjambre y se estrellan contra las paredes, produciendo rasguños en la pintura, y rugen los rebotes, rodando por el suelo. El enemigo arrecia en el ataque, disparando de lleno sobre los tres flancos, y el combate a cada paso cobra mayor intensidad. Parece más bien la conquista de una loma africana que la de un barrio ocupado por cuatro revolucionarios semides-

armados. El enemigo trae la orden concreta, tajante, de tomar a Sabugo a sangre y fuego para rescatar a Pedregal y a su familia, y nosotros estamos dispuestos a defenderlo a sangre y fuego también.

Braulio y Ortiz, con los fusiles, cambian de frente, porque el enemigo los rehuye y trata de atacar por donde no hay más que escopetas y pistolas para contenerlo. Al acudir a este flanco los compañeros con las armas de respeto, en seguida se decide la contienda. Retrocede y pierde terreno, escabulléndose por las calles hasta el Ayuntamiento, perseguido por nuestros disparos.

El ataque fué rechazado, a pesar de la desigualdad de armamento. Y Sabugo conquistó, con muestras inequívocas, el título de barrio rojo. No empieza mal el tercer día de revolución. Bien temprano hemos ganado la batalla. Abandonamos las posiciones—excepto el vigía—y nos vamos agrupando para hacer los consabidos comentarios de la jornada, muy satisfechos de haber hecho retroceder al enemigo.

—¿Qué os parece el desayuno, camaradas?—pregunta Alonso.

—Que no estuvo del todo mal—responde Ortiz—. Ahora, que, para comer de medio día, no tenemos bastante pan (municiones). Yo bien creí que lo terminábamos todo con el desayuno, como tú le llamas. Hay que buscar municiones sin más remedio, porque si tenemos otro ataque como el que acabamos de rechazar, a medio combate tenemos que salir de pitada.

El sol retoza en el horizonte, abriéndose paso entre las nubes, y proyecta sobre la tierra sus dorados fulgores con majestuosa solemnidad. El contacto de sus rayos con nuestros cuerpos produce una sensación agradable por lo tibia que nos conforta y repone de los efectos de la humedad de la noche.

Domingo, tercer día de la revolución. Es domingo, pero no tiene aspecto de tal. No se ven indumentarias domingueras. Todo tiene más trazas de trinchera que de misa y jolgorio.

Domingo, día 7 de octubre; tercer día de revolución; tercer día que la burguesía no duerme, temiendo perder sus inconfesables privilegios; tercer día en que la burguesía, aterrada de espanto ante los caracteres que toma el movimiento insurreccional, vigila y azuza a sus mercenarios defensores, dándoles bebidas alcohólicas y excitantes para que se embriaguen, primero, con alcohol y, después, con sangre popular; pero quizá yerre en sus propósitos. Sus fuerzas flaquean y no son capaces de resistir el empuje arrollador del pueblo, alzado en armas.

En Sabugo se van concentrando de todos los alrededores, atraídos por la voz de la revolución que los llama, un sin fin de trabajadores, que llegan pidiendo armas a todo trapo.

—¿Hay armas para nosotros?—preguntan todos apenas llegar.

Ante este incesante requerimiento de material bélico, nosotros les indicamos que se organicen en patrullas y vayan por las aldeas a requisar cuantas armas sea posible. Y, según lo indicamos, así lo hacen. Cogen dos o tres escopetas de las que consideramos inservibles y, con éstas, van a buscar más en grupos de cuatro o seis.

Apenas marchan unos llegan otros con la misma canción:

—¿Hay armas? ¿Hay armas para nosotros?—preguntan con ansiedad rayana en el delirio.

Y, como a los primeros, les indicamos el camino a seguir para adquirirlas.

Las palabras preguntando por armas circulan por todo el barrio como reguero de pólvora. Una apetencia de lucha contagiosa se extiende por los cuatro costados del frente revolucionario, al que acuden todos los obreros solicitando armas para combatir. ¡Ah! ¡Si hubiese siquiera una docena de fusiles!...

Se siente tal avidez de ellos en este ambiente enfebrecido que, si se llegasen a poseer, bastarían dos segundos para aplastar a la burguesía avilesina y su cohorte de defensores. Tal es el fervor revolucionario que reina en el barrio rojo. También acuden mujeres en demanda de pan. Hace tres días que no amasan los panaderos y la necesidad de este artículo se deja sentir, como es natural, con caracteres alarmantes. Su demanda inesperada nos hace reflexionar porque, hasta la fecha, no nos hemos preocupado más que de combatir. Sin darnos cuenta hemos establecido el Soviet. Todo el mundo se dirige a nosotros en demanda de esto y de lo otro. El pueblo, al enemigo no le pide nada para atender a sus necesidades. El Poder, sin pensarlo, radica en Sabugo. No hay más remedio que hacer lo que, por olvido o abandono, no habíamos hecho antes: requisar la panadería de Muñiz y mandar a los panaderos que la pongan en marcha y hagan pan inmediatamente. Hay que abastecer las necesidades del pueblo, y esto exige, de una manera ineludible, que las industrias de productos alimenticios estén bajo el control revolucionario. De este modo iremos expendiendo los artículos a medida que se elaboren, evitando las aglomeraciones de público con su cortejo de impertinencias.

Púsose, pues, a funcionar la panadería y, al poco rato, ya humeaba su horno y las poleas comenzaron a producir ese ruido ensordecedor, anejo a toda actividad fabril.

Ante nosotros se presenta un problema de difícil solución:

hay que tomar el Ayuntamiento y no tenemos armas ni municiones para emprender el ataque con probabilidades de éxito. Municiones apenas nos quedan para resistir al enemigo, cuanto más para atacarlo. Yo no sé de quién parte la idea, que es aceptada unánimemente: ir a Trubia en busca de armas y municiones para realizar el asalto. Requisamos unos colchones y, con ellos, blindamos toscamente una camioneta, que parte inmediatamente camino de Trubia, ocupada por unos compañeros.

Hacia las dos de la tarde, el jefe del grupo que vigila la quinta de Pedregal, camarada Rosendo, me llama aparte y, mostrándome una carta de la mujer del prisionero, dirigida a éste, me dice que si se puede llevar a su destino; que se lo han pedido por favor. Le digo que sí, que no hay ningún inconveniente en ello. Y como el paradero de Pedregal no lo saben más que los que le han conducido, no tengo más remedio que ir yo mismo a llevársela. Por el momento, no los queremos privar de comunicación; más adelante haremos lo que determinen las circunstancias.

El sol cae de plano y quema como plomo derretido sobre las espaldas, haciéndome sudar a chorro limpio camino de Miranda, a campo traviesa para acortar la distancia. Me siento un poco a la sombra. Es demasiado sofocante el calor. Acuciado por el deseo de saber lo que le dice a Pedregal su mujer, saco la carta del bolsillo y me pongo a leerla. Entre otras cosas sin importancia, que más bien pertenecen a los asuntos familiares que a los de la revolución, leo lo siguiente: "Somos tratadas con todo miramiento por los revolucionarios; no tenemos ninguna queja de ellos. Solamente nos preocupa, tanto a mí como a Toto, lo que te pueda suceder a ti." Firma María. Me levanto, diciéndome interiormente: "Conque no tienen ninguna queja que dar, ¿eh? La procesión andará por dentro, como suele decirse. Aunque, desde luego, tienes razón en eso del tratamiento. Pocos burgueses estarán hoy en poder de los revolucionarios que los reciban como a vosotros».

Llego a Miranda y, para no dar lugar a sospechas entre los vecinos, mando a un compañero que se la entregue y le diga que si quiere contestar que lo haga pronto.

Al momento regresa con la contestación. La leo. ¡Oh! Tampoco el prisionero se queja de los revolucionarios. Les dice que está muy bien y, respondiendo a la ley del recíproco, solamente le preocupa la suerte de ellas. Les manda que vayan, si quieren, para Galiana, ignorando, sin duda, que sufren prisión atenuada. Por último envía besos para Toto, abrazos para María, y firma Pepe.

Al llegar a la quinta, de regreso, me dirijo al chalet para entregarles la carta. La guardia me dice que ya no están

allí, que han sido trasladadas a la casa que linda con el camino de San Cristóbal, al quedar el chalet convertido en campamento general. Giro a la derecha y me dirijo al domicilio indicado. Penetro en el interior y me encuentro las prisioneras en la cocina. ¡Cuán diferentes de las dramáticas actrices de la escena de la noche pasada cuando nos llevamos detenido a Pedregal! Ni una huella de dolor veo en sus semblantes.

Quien sabe por dentro... Les entrego la carta y salgo en dirección a Sabugo. Mientras yo fuí a Miranda, se ha tomado la estación del Norte y un tren rojo a salido para Villabona en busca de armamento. Por todo el barrio se conmenta con indignación, el que la guardia civil haya matado a un paisano y herido a otro, que en nada se metían, por no ser revolucionarios y encontrarse, de paso, a más de medio kilómetro de nuestro frente. También, y con más indignación, si cabe, se condena el sangriento proceder del fascista Orbón que, con una pistola ametralladora, «paquea» desde el balcón de su domicilio, habiendo herido a un paisano y a un chiquillo de trece años. A éste le atravesó los muslos de dos balazos, y ha sido trasladado al hospital en grave estado. Esto ha exacerbado los ánimos de tal manera, que, a la menor observación que se haga, se puede ver un ambiente de venganza contra Orbón.

—Eso de ametrallar a niños indefensos, es de criminales —dicen unos y otros.

El tercer día de revolución, ya se diferencia bastante de los que le han precedido, en el sentido revolucionario de la palabras, en lo que a su organización se refiere. Se empiezan a sentir, aunque débilmente, los primeros síntomas de ella. Comunistas, socialistas y anarquistas, somos todos uno. Han desaparecido los tapujos y cortapisas ideológicas, que ya adolecían de crónicas, en aras de la revolución. Esta armonía revolucionaria pone un sello indestructible entre las tres tendencias del proletariado, que hasta la fecha se han debatido en luchas fratricidas y asesinatos ideológicos.

Poco a poco se va desglosando el hormiguero humano que durante el día imprimía al barrio un gráfico de fiesta, para devenir en una inquietud, que, bajo el crepúsculo, preside algún que otro disparo. El barrio vuelve a su estado de guerra, de campamento rojo; con sus vecinos barricadas y escuadras de escopeteros. Pocos tiros hubo en verdad, durante el día. Después que el enemigo fué rechazado por la mañana, no ha vuelto a asomar las narices por aquí, aunque si disparaba contra nosotros, desde lejos, fuera del alcance de nuestros tiros.

Cierra la noche y el cielo se cubre de estrellas, festoneándolo con la diversidad de sus colores. Sobre las ocho y media,

el tren rojo, que por la tarde había salido para Villabona, entra en agujas, a una velocidad fantástica, pitando desaforadamente. En la estación surge un júbilo espontáneo. Se oyen vítores y aplausos a la llegada del tren. Suben luego a Sabugo los expedicionarios, con las armas que traen. Son muy pocas: tres o cuatro mosquetones y una carabina. De municiones, como para resisitr esta noche. En vista de la escasez, la esperanza se concentra ahora en los que fueron a Trubia. Estos si las traerán en abundancia; pero tardan en llegar. Nos impacienta ya su tardanza. Y bajo la noche, entre el fárrago de cuchicheos y rumores, empieza a obsesionarnos un interrogante:

—¿Qué les habrá pasado?

Llegan hasta Sabugo noticias de la inquietud que reina en el Ayuntamiento, por la suerte que pueda correr el miembro del Tribunal de Garantías en poder de los revolucionarios. La burguesía allí concentrada, dirige la lucha de la contrarrevolución, contra la revolución; allí planea los ataques contra el barrio rojo, para libertar a su jefe; pero ¿quién entra en Sabugo? Desde el Ayuntamiento se verá muy fácil la toma de la posición rebelde, como ellos la llaman; pero, al llevarlo a efecto, se estrellan contra una fortaleza inexpugnable. No es lo mismo un plan de operaciones que las operaciones mismas.

Nuestra situación va resultando inquietante, por su estado estacionario. No avanzar y ganar posiciones al enemigo, es echarse la soga al cuello en toda revolución. Nuestra obsesión es la toma del Ayuntamiento, el Versalles de la burguesía avilesina.

Hacia las diez de la noche nos avisan para que vayamos a cenar al campamento general. Llegamos juntos al chalet, Fernández y yo, y entramos en la cocina, que también sirve de comedor. Hay cocinero con dos ayudantes; asistentes de mesa, varias ollas sobre la chapa del fogón, tarros de dulce, vino añejo y otros licores en la mesa.

—Estos burgueses están repletos de todo —arguye Fernández.

—¡Qué lo digas!—asiento. ¡Cuán diferente es nuestra despensa de la de ellos, y con cuanta justicia combatimos para terminar con esta desigualdad!

—Pero ahora se acabará todo esto. Y las cenizas de sus privilegios serán tan aventadas por la revolución, que jamás renacerán.

—Así sea—corroboro.

Terminada la cena nos levantamos, volviendo otra vez a Sabugo, Braulio, Ortiz y Alonso, discuten en alto, y a su alrededor se forma un numeroso grupo. Nos acercamos a ellos y nos ponen en antecedentes de la que ocurre. Que el enemigo,

según noticias, las noticias de siempre, tienen pensado atacarnos esta noche, sin tregua, hasta conseguir su objetivo.

—Pues que ataquen, que aquí nos encontrarán — objeta Fernández empleando la misma frase de la madrugada. A ver si ahora tienen más éxito.

Se distribuye la gente por los frentes y se prohibe terminantemente fumar en los puestos. Me entregan un mosquetón de los traídos de Villabona y tres peines, y me destinan en compañía de un escopetero a hacer guardia en la calleja que va del alto de Sabugo a la cárcel nueva, pues el enemigo, según se dice, tiene pensado atacar también por aquí, para cogernos entre dos fuegos. Levantamos un pequeño parapeto, y me pongo a examinar el mosquetón. Es un viejo armatoste, todo ferruñoso, más propio para un museo de antigüedades, que para una barricada. Sobre la recámara, lleva la partida de nacimiento: (mil ochocientos setenta y dos—dice el grabado), que lo denuncia de haber pertenecido a la última carlistada. Poca confianza se puede tener en él. No obstante, lo prefiero a cualquier escopeta.

No ha transcurrido una hora cuando se presenta el camarada Alonso.

—¿Hay novedad?—le pregunto.

—Y gorda—responde. ¿No sabes lo que pasa?

—¡Yó qué voy a saber! Dí pronto lo que sea, para salir de dudas.

—Pues hay noticias de que esta noche llegará a San-Juan un barco de guerra con tropas de desembarco.

—Rumores, y quizás sin fundamento—objeto.

—Sean o no sin fundamento, nosotros debemos de tomar medidas.

—Y ¿qué hay pesando o se piensa hacer sobre el particular?

—Por ahora hemos pensado hundir un barco mercante, a la entrada de la ría, para que no entren en el puerto.

—¿Y si desembarcan por la playa?

—¡Qué le vamos a hacer nosotros? Además, por la playa, el desembarco es más difícil; y no lo harán hasta mañana, en caso de que llegue esta noche. De todas maneras, nosotros vamos a hundir el barco, como hemos pensado, y salga lo que saliera. Tú te vas a quedar aquí solo. Tenemos que adelgazar los puestos para que lleven armas los que van a San-Juan.

Al poco rato, sale una máquina camino de San-Juan, silbando ruidosamente. En ella van los que han de hundir el barco a la entrada del puerto, para impedir el desembarco del enemigo. Quizá no se adelante nada; pero es nuestro deber obtaculizar lo posible. No hay armas para hacerles frente y el único recurso que nos queda es éste, hundir un barco; aunque desembarque por la playa.

Rumores de pasos, órdenes, conversaciones a media voz, llegan hasta mis oídos, de todo el barrio, sumido en un mar de ecos. La noticia de la llegada del barco de guerra, ha despertado inusitada animación. Se forman grupos, que comentan la novedad, en los cuales, como es natural, hay opiniones encontradas, sobre la veracidad de la noticia. Vecinos y milicianos se apelotonan, para comentarla, exagerándola un cien por cien, bien en un sentido o bien en otro. Por regla general, en semejantes circunstancias, estas noticias o rumores, suelen ser bulos que el enemigo hace circular en nuestro campo, para sembrar el desconcierto. Nosotros, al recibirlas, pesamos sus pros y sus contras; pero ante la duda, surge la interogante de siempre: «¿Y si es verdad?» Y optamos por tomar las medidas pertinentes, para que no nos cojan desprevenidos.

Los comentarios sobre la llegada de este barco, no cesan un minuto. Hará poco más de una hora que estamos distribuídos en los frentes, ante el ataque que se avecina, y ya nadie se acuerda de él; parece que ha quedado relegado a segundo término. La atención gira, por el momento, alrededor de la noticia bomba, que absorbe todo lo demás. En el plazo de dos horas escasas, dos noticias o rumores, que no se pueden especificar, porque muchas veces, las noticias se convierten en rumores y viceversa. Si así vamos, cuando lleguemos al amaneya no tendremos donde echarla.

¿Por qué no circularán tan rápidamente las que nos son favorables? ¿No las habrá, acaso? Las que recibimos de toda Asturias son halagüeñas; de otras provincias nada sabemos.

El momento de efervescencia ha pasado, y los rumores pierden intensidad. Hay una quietud vigilante, en espera de acontecimientos. El barrio, a oscuras, bajo la noche estrellada, ofrece el aspecto de un pueblo de aldea, sin luz ni movimientos nocturnos. Solamente el eco de ruidos lejanos que el aire trae hasta la barricada, hace recordar dónde estamos y para qué estamos. La guardia, sin poder fumar, se hace demasiado aburrida. Las horas pasan lentamente. Distraen más los tiros que el silencio y la soledad.

Suena un disparo de rifle. Su estampido resuena, en medio del silencio y de la noche, como una granada. La detonación dura unos segundos, y el fogonazo puebla de chispas la oscuridad; luego se vuelve a oir otro disparo. Esto es señal de que se ha entrado en fuego. Los demás compañeros disparan también. Me parapeto lo mejor que puedo, quito el seguro al mosquetón, y con el ojo avizor, espero el ataque. El combate se generaliza y el tiroteo graneado, proyecta sobre el barrio un aluvión de fogonazos y estampidos que lo ensordecen. Los disparos de escopeta, pistola, mosquetón, y rifle, acompa-

ñados del chasquido metálico de cerrojos y casquillo, forman un laberinto de detonaciones, que aturden. Con la cabeza fuera, oteo cuanto alcanzo con la vista y no columbro una mala sombra sobre la cual disparar. Rugen con estrépito los rebotes. El aire gime y bate sus alas contra el muro del callejón, huyendo de la pólvora. Por este lado no asoma el enemigo. Sin duda, ha sido falsa la noticia de que atacarían también por aquí.

Si fuese cierta, ya lo estarían haciendo, a no ser que lo dejen para el último instante, si no pueden entrar por donde están operando ahora. El frente rojo resiste el ataque con tesón digno de encomio. El armamento es escaso y deficiente; pero ésto no obsta para que se haga una resistencia encarnizada al enemigo, que a todo trance quiere copar la posición revolucionaria.

Poco a poco el combate va perdiendo intensidad. El enemigo recula perseguido por nuestras avanzadillas, que lo hostilizan en la retirada. Los tiros se oyen ahora más ralos en nuestra línea de fuego. De pronto estalla una bomba, cuya enorme explosión retumba en el espacio hasta perderse el sonido en la lejanía. Se vuelve a la formación de grupo, dejando en cada puesto uno de guardia; se hacen comentarios del encuentro, y uno, dice:

—Hemos puesto una bomba en casa de Orbón.

Le replica otro enérgicamente, con voz gruesa, clara e imperativa:

—¿Le fuisteis a poner una bomba y no le prendísteis fuego a la casa?

Nadie responde; pero a la media hora el domicilio de Orbón empieza a humear. La noche está fría; sopla una brisa de hielo que trae olor de pólvora, eco de rumores, que acusan nerviosidad de trinchera, ritmo de guerra.

Me paseo para combatir el frío, fumando un pitillo, ahora que ya no hay peligro. Llega Alonso.

—¿Qué hay?—le interrogo—. ¿Hubo camorra?

—Un poco. ¿Y por aquí?

—Por aquí, nada. Ni un solo tiro he disparado.

—Ya lo dispararás mañana.

—¿Entonces, qué se prepara?

—Mañana, en el momento que lleguen con armas los que fueron a Trubia, si es que llegan, vamos al asalto del Ayuntamiento. Hay que terminar de una vez con esta situación anómala. Lo voy a dirigir yo. Ya verás tú técnica militar. Estamos peleando aquí, sin organización ni disciplina, lo mismo que quintos, como si nunca hubiésemos visto operaciones militares. Primeramente, tomaremos dos o tres casas de los alrededores, y desde ellas protegemos el asalto. Tú que sabes manejar bien la dinamita, ahora que la tenemos, entregas el

mosquetón a otro y vas de dinamitero. Con una pistola que lleves es lo suficiente. ¿Qué te parece?

—A mí bien. Vale más tarde que nunca, dice el refranero. Ahora que, eso, ya lo debíamos de haber hecho el viernes, en vez de andar de la ceca a la meca, en busca del Comité Revolucionario que, en resumidas cuentas no hizo más que frenar. A la revolución no hay que regatearle nada; hay que darle todo lo que exige. Y sobre nosotros, como miembros responsables de un partido, caerá el peso de la responsabilidad a que hubiésemos dado lugar, por no haberlo hecho así.

—No trates de buscar responsabilidades donde no existen. Nada podíamos hacer sin los socialistas, por dos razones. La primera y más fundamental, que no teníamos una mala pistola; y la segunda, que estábamos en la Alianza Obrera y no podíamos obrar independientemente. Eso sería sectarismo.

—La primera razón no resiste la menor crítica, aunque hay que reconocer que carecíamos de armas. En cuanto a la segunda, estoy en completo desacuerdo con ella. Déjate de sectarismos, húndase la Alianza Obrera, y que salga adelante la revolución. Y si no, ya que hablas de sectarismo, ¿avisaron ellos a nuestro Partido o algún miembro responsable de él para que vengas ahora con remilgos? Pues ellos también estaban en la Alianza. Y de la llegada del barco de guerra ¿se sabe algo más?

—Ahora se dice que ha sido el ministro de la Gobernación quien ha dado la noticia por Radio.

—¡Bulos y más bulos; patrañas para sembrar la desmoralización! También dijo el ministro, que en Avilés reinaba tranquilidad, y ya ves tú la que reina. Lo mismo puede ocurrir con la llegada de tropas de desembarco.

—Me parece, según he podido observar, entre los comentarios que se hacen por ahí, que esas tropas proceden de Africa. Sin duda el ejército no responde. ¿No lo crees tú así?

—Yo no creo en nada; ni en el triunfo de esta revolución. También, como el camarada Ortiz, barrunto una austriacada. Las revoluciones que se hacen a la desesperada están, de antemano condenadas al fracaso. Dónde no hay táctica ni organización, es indudable que no puede haber triunfo. Y además, hay que reconocer que estamos en plena ofensiva capitalista. Han sido estranguladas toda una serie de huelgas, y una de ellas de gran envergadura: la de campesinos. Llevamos más de un año leyendo en la prensa socialistas las consignas que los dirigentes dan a sus organizaciones y militantes, como preludio de la revolución, y todas ellas son a cual más contraproducentes. Tales como la «ineficacia de las huelgas económicas». No más huelgas políticas». «No más huelgas por solidaridad». «Hay que conservar las energías para el último momento». Y el último momento, según parece, es el de la Ceda en el

poder. Parodiando el refranero—«Dime con quién andas y te diré quién eres»—, a tales tácticas, tales éxitos. Así es esta revolución, a la desesperada, como el que se ve acorralado y, para salvarse, se arroja al río, y se ahoga. Lo mismo ocurrió en Italia, en Alemania, en Austria y ocurrirá en España, no te quepa la menor duda. Ahora bien; en la calle ya estamos, y nuestra misión es pelear hasta que se agote el último cartucho. Si triunfamos será el primer caso que se da en la historia; si perdemos, ésta se repite.

—Pues yo no soy tan pesimista como tú, Asturias está en nuestro poder, y el Ejército no responde, puesto que traen tropas de Africa.

—No te hagas ilusiones con el Ejército. Todavía no existe organización revolucionaria en él, para que de buenas a primeras, se ponga a nuestro lado. Las guarniciones de Oviedo y Gijón, han sido derrotadas por los mineros, cuando salieron a cortarles la marcha sobre la capital. Si no hubiese respondido, estaría acuartelado, o ya se habría pasado a nosotros. Hay que tener en cuenta un dato muy importante: en Madrid, nervio político de España, por ser la capital, aún continúa el gobierno cursando órdenes y dando noticias a su antojo, desde el Ministerio de Gobernación, cuando a estas horas ya debía de estar todos sus miembros fusilados.

—Bueno, me marcho. Voy a ver que hay por ahí. En el momento que regresen de San Juan vendrán a relevarte, para que vayas a tomar café; quizá con él se te quite el pesimismo—termina, alejándose.

Yo me quedo riendo de su optimismo, mitad ingenuo, mitad infantil. Para mí es algo sospechoso, que a los tres días de revolución, siga hablando el Gobierno, y pueda movilizar tropas, para enviarlas sobre Asturias. Y de otras provincias no se sabe nada. Unicamente circulan rumores...

Más allá de lo que abarca nuestra línea de fuego, no se oye una voz. El enemigo, después de haber sido rechazado y hostilizado en la retirada, no ha vuelto a dar señales de vida. El incendio de la casa de Orbón adquiere caracteres insospechados. El fuego se ha propagado a las casas colindantes, y ahora son varias las que están en llamas.

La situación se presenta bastante confusa. Nos encontramos en un callejón sin salida. Todo porque el día 5, a primera hora, no hicimos lo que como comunistas, nos correspondía hacer. Fuimos apéndice de un partido, en lugar de ser fuerza motriz dirigente de la revolución.

Regresan los compañeros que habían ido a San Juan. En seguida llega el mío a la barricada. Viene satisfecho del trabajo realizado.

—¡Ya está, compañero!—me dice—. ¡Por allí no entra ningún barco, por muy de guerra que sea!

—¿Cuál habéis hundido?—le pregunto.

—El *Agadir*. Es algo pequeño; no importa. Nuestra intención era hundir el *Luis Adaro;* pero tardaba mucho tiempo en levantar presión la caldera, y no hubo más remedio que echar mano al otro.

Dejo a mí compañero solo y me dirijo al barrio. Alonso me indica la casa donde puedo ir a tomar café. Penetro en ella y una mujer, entrada ya en edad, me pregunta:

—¿Qué queris, café?

—Si lo tiene hecho sí—le contesto.

—Y sinón faise, demonia, que pa eso tamos; pero, por ahora, hailo fecho. ¿Tendrás muncho frío, eh?

—Pesch. Hasta hace un momento, hubo bastante fuego afuera.

—Demonia cuantos tiros. Esto paez la guerra Melilla. Lo peor ye si non se fai na. Si les otros provinces non nos ayuden, tamos perdíos.

—No se preocupe, que ya está todo en nuestro poder—le digo para tranquilizarla.

—Non, demonia, que de Madriz tuvia habla el ministro po la radio. Si perdemos ésta non va quedar unu que lo cuente.

—No mujer, no; ésta bien ganada la tenemos ya

El café humea en la taza. Esta caliente, y mientras se enfría hago un pitillo. De vez en cuando, la mujer sentada en un taburete, con los codos sobre las rodillas, y la cabeza apoyada en la palma de la mano, me mira con una compasión de perdonavidas. Es de estas mujeres sobre las cuales pesa la tradición como una montaña de plomo. Para ellas, la revolución es un sueño lejano. Oyen hablar de ella para terminar con el hambre y las injusticias, del sistema capitalista y dicen: «Sí, demonia; eso ta bien; pero nunca se logrará.» No creen que sea capaz la organización y potencialidad del proletariado para derrumbar semejante sistema. Ven el aparato represivo del Estado masacrar los obreros en huelgas y manifestaciones, en cualquier asunto y por cualquier nimiedad en que se ventilen intereses opuestos; y como no tienen preparación política de ninguna clase, llegan a creerlo invencible. Cuando estalla un movimiento aportan a él todo lo que pueden; pero recelan. Algunas dicen, con una ingenuidad infantil, sin tener en cuenta la distancia ni los inconvenientes internacionales: «¡Si nos ayudara Rusia!...»

Termino el café, y me sirva más. Ahuyenta el frío que da gusto. Lo tomo en seguida. Enciendo otro pitillo, y cojo el mosquetón para salir. La mujer al verme cogerlo exclama:

—Téngoyos tanto mieo a eses armes que por na del mundo cogería una. ¿Tú sabes andar con ella?

—Regular.

—¿Tuviste sirviendo al rey?

—Sí.
—¿En Melilla?
—No; en Burgos.
El humo del cigarro juguetea sobre la cabeza y va subiendo hacia el techo en forma de caracol. La mujer, en la misma posición, me mira compasivamente. Se oyen tiros afuera, y me levanto.
Ella dice al verme salir:
—Demonia, ¿cuándo acabaremos con esos cabrones?
—En seguida—le contesto, cuando ya voy cerca de la puerta.
Clarea la noche bajo la luz que proyectan las estrellas. Las llamas del incendio, levantan cuatro o seis metros sobre el nivel de los tejados, y una columna de humo, densa y plomiza, se eleva hacia las nubes empujada por las llamas. Crujen con estrépitos, maderas, tabiques y techumbre, al venirse abajo, minadas por el fuego. El ruido que produce ensordece e impone. El enemigo trata de apagarlo, o al menos localizarlo, en vista de los caracteres que toma. Le hostilizamos. Si quieren sacar los muebles, que los saquen por la plaza.
De nuestras filas, surge una proposición de tregua para apagar el incendio, que es rechazada con violencia. Propone el pusilámine, aterrado de espanto, sin duda, que no hostilicemos al enemigo mientra lo extingue o localiza. Se rechaza, como queda dicho, diciéndole, que si lo quieren apagar, se rindan primero. Nos atacan para entretenernos en el combate, mientras que el elemento civil, que le rodea con la bomba contra incendios se aproxima. En seguida retroceden unos y otros al sentir nuestras balas rondar sus cuerpos. En vista de que fracasan en sus tentativas, lo abandonan definitivamente, aunque arda Avilés.
Las llamas son imponentes. El calor asfixiante llega hasta nosotros en grandes oleadas. La noche se embellece. Las chispas se desparraman en todas las direcciones, como fuegos artificiales, y ofrecen un espectáculo entretenido, que nosotros contemplamos con cierta satisfacción.
—Ahora que vuelvan a ametrallar a chiquillos indefensos—dice una voz.
¡Ras, ras, ras, chasca la madera devorada por el fuego! La techumbre, al derrumbarse, lleva por delante los pisos. Ahora son seis u ocho los edificios que están ardiendo. Se desmoronan con precipitada violencia. Si se llegase a desencadenar un poco de viento, Avilés sería pasto de las llamas en el término de dos horas. No hay ese peligro, porque la noche está serena.
Sobre el amanecer, el incendio pierde intensidad, disminuye, él mismo se localiza. Las llamas desaparecen, y solamente el humo denuncia el siniestro.

I V

Pespuntea el alba por abrirse paso entre las nubes plomizas del horizonte, cuyo espeso cortinaje obstruye el camino a los primeros fulgores matinales. La mañana está fresca. Ha caído una fuerte rosada — casi helada —, que blanquea el césped de un color semiblanco, vidrioso. El aire arrastra en vilo ráfagas de humo del incendio. Es frío, y en esta hora del amanecer, se acentúa más su frialdad, al rozar nuestros músculos faciales, demacrados por el cansancio y el sueño, de tres días y tres noches de continuo ajetreo.

Pronto empieza el sol a derramar sobre la tierra, con elocuente prodigalidad su fuego tibio, lento y cristalino, que diluye la rosada adormecida en la pradera. Los campos se sacuden las últimas gotas del rocío y cobran una fisonomía sonriente, al recibir de lleno los rayos del sol. El cielo está límpido y claro; parece de alumnio con alineaciones de plata. La mañana, diáfana y blanquiazul, presenta una hermosura de ninfa desnuda bañándose en un lago.

Avilés ofrece a la vista del observador, un panorama lleno de contrastes. Las ruinas humeantes del incendio son el testigo mudo de la catástrofe en que se vé envuelta la burguesía. El derrumbe, mejor dicho, de todo su sistema de robo, hambre y miseria.

Se va concentrando en Sabugo la aglomeración de todos los días. Las mujeres vienen en busca de pan y demás artículos alimenticios; los hombres, la mayoría de ellos, preguntando por armas; pidiendo informes del curso de la revolución, o si sabemos algo de otras provincias. Les contestamos que ya está ganada. Y en realidad, no tenemos noticias concretas de lo que sucede a veinte kilómetros de nuestro alrededor. No reina el confusionismo entre nosotros, porque no nos preocupamos más que de lo que tenemos que hacer, y creemos que en los demás pueblos y provincias harán lo mismo. Cuando circula alguna noticia que nos es desfavorable, la desmentimos con una frialdad, que no deja lugar a dudas. Para deshacer burdas patrañas que circulan, argumentamos con la noticia del barco de guerra, que ya debía de haber llegado anoche y aún no ha aparecido. La serenidad es un arma imprescindible en toda revolución. A nosotros no nos falta.

Es día de mercado; pero quizá éste no se celebre. Los traficantes se abstendrán, sin duda, de acudir a él para evitar el contacto de los tiros. Y además, tampoco hay plaza. A estas horas es un montón de ruinas.

El enemigo acorralado en el Ayuntamiento, no da señales de vida; no se descubre ni la menor sombra de él. Estamos esperando a los compañeros que fueron por armas a Trubia para ir al asalto, y la impaciencia, a medida que tardan en regresar, se acusa en nosotros de más en más, cada minuto que pasa. Se llega a dudar de su regreso, se teme que les haya ocurrido alguna novedad. Va a hacer veinticuatro horas que han partido, y es algo sospechoso el que no hayan regresado todavía.

En la cola de la panadería surge un incidente.

—¡A esa!, ¡a esa!—exclama una mujer, apuntando a otra, que considera intrusa—. ¡Echarla fuera! Los señores, si quieren pan, que vengan por él. Ahora somos todos iguales.

—¡El que quiere peces que se moje el culo!—ruge otra.

Y continúan abucheándola, hasta que por fin, avergonzada, se retira de la cola. Es una criada de servir, a quien los dueños habían mandado en busca de pan, y al descubrirse, levantó una ola de protestas.

Ruidos extraños y chirridos metálicos, como de motores zumban en el espacio, casi sobre nuestras cabezas. La gente se arremolina al sentirlos llena de curiosidad, con cierta estupefacción, no exenta de vagos temores, y mira al cielo, límpido y azul a esta hora del mediodía. Un avión que trae la dirección de la costa, vuela sobre Sabugo, descendiendo cada vez más sobre nuestra posición, para examinar, sin duda, las fortificaciones. Produce un ruido ensordecedor, debido a la escasa altura que evoluciona. Temiendo un bombardeo aéreo, se ordena a la gente que se retire a las casas. Continúa evolucionando, y nosotros, impacientes le soltamos una descarga, hasta con pistolas y escopetas, los que no tienen mosquetón. Los aviadores, al ver que les hacemos frente despliegan una bandera roja. Y entonces es el delirio. Voces, gritos de júbilo, vítores y aplausos, salen a torrentes de todos los pechos, henchidos de contagiosa emoción.

—¡Es nuestro; es de los nuestros! ¡La Aviación está con nosotros!—se repite sin cesar.

—¿Para qué disparastéis contra él?—preguntan hasta los que habían dado gusto al dedo, apretando el gatillo.

En seguida se presenta un miembro del Comité, y nos echa una escandalosa reprimenda, por haber hecho fuego al aparato. Nos dice que hay varios a nuestro lado, y nos da el número y el color de uno de estos: 906 el número, y el color azul, como el espacio que atraviesa.

Continúa el jubileo entre los milicianos ingenuos y el pueblo confiado. Echamos los prismáticos a la cara, para precisar la numeración del aparato. No es ni con mucho, la que nos ha dado el encolerizado miembro del Comité. Lo

de la bandera roja es un camelo. Los que lo pilotean querían examinar, tranquilamente nuestra posición; fijarse en nuestro armamento y en el número aproximado de milicianos rojos. Al ver que los hostilizamos la desplegaron para conseguir el objetivo con mayor seguridad. Una vez conseguido, levantó el vuelo, como vulgarmente se dice, rumbo al interior, zumbando con estrépido el motor en el espacio.

No transcurren diez minutos, cuando otro nuevo ruido, más intenso que el primero, vuelve a cantar en nuestros oídos. Miramos sorprendidos. Otros dos aviones aparecen en la misma dirección, cerca uno de otro, casi pegados. Ni descienden ni evolucionan. Siguen la ruta sin detenerse. Y esto nos extraña bastante, sembrando alguna duda entre nosotros. Si fuesen de los nuestros, ¿habían de pasar sin arrojar unas octavillas, informándonos sobre la marcha del movimiento?

Hay por tal motivo, un cambio de impresiones entre los que hacen de jefes y el Comité. El camarada Ortiz expone de una manera clara y terminante, que no debemos hacernos ilusiones sobre la Aviación, aunque el primer aparato haya desplegado una bandera roja.

—Alguna ruta vienen marcando—dice—, al mismo tiempo que exploran el campo revolucionario. Medidas éstas encomendadas a la Aviación en toda guerra.

Más gritos de júbilo. Parece que estamos viviendo hoy un día de jubileo o de emociones sorprendentes. A un costado del barrio, al que da al parque, la gente se desgañita, aplaudiendo y vitoreando. Es el recibimiento que se hace a los compañeros que regresan de Trubia. Por fin, después de tanto esperar, entra en Sabugo la camioneta blindada con colchones. El público la rodea y acosa a preguntas a los viajeros. Se suceden las interrogaciones sin interrupción. Unos preguntan por esto y otros por lo demás allá. Hay una sed de noticias indescriptible. Mujeres y hombres, que no habían salido de casa en toda la mañana, salen ahora, al enterarse de la llegada de la camioneta. Todo el mundo pregunta a los recién llegados. Se oyen nombres de provincias. Flotan interrogaciones en el aire aletargado, con nervioso aceleramiento.

—¿Qué se sabe de Madrid?

—¿Cómo está Barcelona?

—¿Y Bilbao?

—¿Y de Sevilla?

Las preguntas giran, desde luego, sobre las provincias donde el proletariado tiene más empuje, mejor organización. Contestan que todo está tomado, excepto el centro de Madrid; pero que no tardará en caer en nuestro poder, porque sus al-

rededores están tomados por los revolucionarios, que avanzan sobre él.

Hay satisfacción en los semblantes con noticias tan halagüeñas.

Se ríe con despreocupación, con alborozo, según sale del interior.

Hay manifestaciones de entusiasmo, de optimismo y de alegría.

Viendo este desbordamiento popular, al sentirse libre de una odiosa tutela, se deduce, que la burguesía tiene al pueblo laborioso siempre de luto. Las mujeres sonríen y comentan. Se interesan por la revolución. Sus melenas brillan, bajo el sol del mediodía, que calienta como una fragua.

El material bélico, que traen de Trubia, es más escaso de lo que esperábamos: cinco fusiles, quinientas balas y unas granadas de mano. Con los cinco fusiles más siete mosquetones que tenemos nosotros, ya hay bastantes armas para ir al asalto del Ayuntamiento; pero las quinientas balas más un centenar que nos quedaría, repartidas entre doce a pocas podemos tocar. Cartuchos de escopeta también tenemos bien pocos; no llegan a una cincuentena.

También traen unos cascos cubrecabezas. Me dan uno y un paquete de municiones. Me pongo el casco y por curiosidad, me miro al espejo. Me quedo asombrado de la metamorfosis en mí operada. Con la cara desencajada, los ojos enrojecidos saltando de las órbitas, el cuerpo inclinado hacia adelante, extenuado por cuatro días de mal comer sin dormir, el casco en la cabeza, el mosquetón en la mano y una cara sucia con la barba de ocho días, presento una fisonomía que da miedo. Estoy seguro que cualquier burgués que me vea retrocede asustado. Los compañeros que regresan de Trubia, nos dicen la contraseña que se usa entre los revolucionarios: U. H. P., que quiere decir «Unión de Hermanos Proletarios».

—No hay que esperar más—dice el camarada Ortiz—. Vamos a tomar el Ayuntamiento.

—Sí, sí—se oyen aprobaciones.

Nos disponemos a formar los grupos que han de tomar parte en el asalto. Cuando estamos distribuyendo las armas, empieza a circular un rumor con insistencia. Se dice, que vienen por Piedras Blancas y en dirección a Avilés, dos camiones de Guardia Civil. Nunca recibimos una noticia adversa con mayor satisfacción. Con ellos tendremos para almorzar. Y después, vaya cantidad de armas y municiones de que vamos a disponer. Cincuenta guardias, cincuenta fusiles que vendrán a nuestro poder, más once que ya tenemos y unos sesenta que habrá en el Ayuntamiento, suma más de un centenar con miles y miles de balas. Todo un arsenal. Jamás pasó por nuestra imaginación, adaptada a cuatro días de escasez

de material bélico, que nos íbamos a encontrar de buenas a primeras, con este alijo, que nos parece mayor que el de San Esteban de Pravia. Levantamos unas barricadas por el lado donde han de venir y nos disponemos a esperarlos tranquilamente.

El sol se va nublando poco a poco, y el firmamento pierde su nítido y azul color, poblándose de nubes plomizas que lo ensombrecen. La tierra ya no brilla, como antes, bajo los reflejos solares que la encendían. El aire es fresco y purifica. Los músculos se fortalecen a su contacto. El organismo extenuado, recobra con la noticia, nuevo vigor. Esperamos con ansiedad la llegada de los camiones.

Se oyen ruidos de motores. Levantamos la cabeza y miramos al espacio creyendo que son aviones; pero no vemos uno en toda la inmensidad que alcanza nuestra vista. Damos la vuelta para mirar a la espalda, y tampoco se divisa nada. El ruido continúa en aumento, acercándose cada vez más. Ya se precisa el sonido con mayor exactitud. Es de camiones. Andamos unos pasos en direción de donde parte, para salir de dudas. Por la carretera de San Juan, en línea recta, avanza una larga fila de camiones-autocares abarrotados de tropa, con traje de campaña. Los siguen detrás unos cuantos coches de turismo. Miramos con los prismáticos. En algunos autocares traen ametralladoras emplazadas.

El sol se desenreda de entre la montaña de nubes que lo ocultaban y vuelve a resplandecer sobre la tierra, sacando vivos reflejos sobre el acero de los cascos y los cañones. Carraspean débilmente los motores. Brillan, bajo el sol, los tricornios charolados de la Guardia Civil. El Ejército la trae a retaguardia, en los coches de turismo.

Al ver un ejército de más de mil hombres en Avilés, nos miramos unos a otros con estupefacción, perplejos, medio alelados. Yo, sin salir de mi asombro, me pregunto interiormente: «¿Pero cómo es posible esto? ¿Qué clase de organización tiene esta revolución que, sin saber una palabra, se presenta de sopetón un ejército enemigo? Y ahora, con cuatro fusiles, ¿nosotros qué vamos a hacer? ¡Así va todo!»

Nuestro frente, en el momento que se divisa al enemigo, cobra un ritmo acelerado, nervioso, desconocido. Se oyen voces de mando con órdenes terminantes de circular de un lado a otro. Se crispan los puños, apretando el arma con frenesí, y los ojos desorbitados agrandados por el prolongado desvelo lanzan miradas fulminantes, en todas direcciones, que denuncian el estado de excitación que se ha apoderado de nosotros. A las preguntas de si se hace frente, el camarada Ortiz responde enérgicamente, con voz gruesa y acento autoritario:

—¡Hay que hacer frente, aunque sea con pistolas!

Las ametralladoras del enemigo, empiezan a funcionar, cayendo sobre el barrio rojo las primeras ráfagas de plomo. Se organiza la defensa atropelladamente. Sacamos colchones de las casas para usarlos de barricada. Otros se ponen en las ventanas y sirven de parapeto. En cualquier recodo o desviación de calle, se improvisan barricadas. Detrás de ellas, los milicianos, parapetados, se aprestan a la defensa. Los jefes mandan que se retiren los que no tengan armas, puesto que no se pueden batir, que no se expongan a recibir un balazo. El sol empieza a combarse en el horizonte y sus rayos nos hieren los ojos al pegarnos de frente en la cara. Esto que parece no tener importancia, nos perjudica grandemente, impidiéndonos afinar la puntería, mientras que al enemigo nada le perjudica, porque le pegan en la espalda. El tac, tac, tac de las ametralladoras, acompañadas del fuego de fusilería, nutrido e incesante, el rugido de los rebotes y el chasquido de los cerrojos rasgando el aire quieto, al comienzo de la tarde, ahoga, con su estridencia, los rumores, las voces sueltas que se pierden en el vacío, sin que nadie haga caso más que de contener el avance.

El enemigo tiene su frente establecido junto a los almacenes de Balsera, donde, con elementos civiles, que debe traer prisioneros levanta barricadas, mientras los militares atacan. Ortiz y yo, abandonamos un parapeto, porque una ametralladora nos ha enfocado impidiéndonos asomar la cabeza para disparar. Penetramos en una casa próxima, y una joven nos conduce hasta la galería, para enseñarnos dónde tienen emplazada otra ametralladora. Según lo está haciendo, cae desplomada sin pronunciar una exclamación. El cuerpo produce un ruido sordo, de peso muerto al chocar contra el suelo. Nos quedamos estupefactos, mirándonos fijamente sin atrevernos a hablar. Es demasiado fuerte la impresión que recibimos. La joven permanece en la misma posición que ha caído. Ni se mueve ni lanza un quejido. La muerte ha sido instantánea. Un hilo de sangre roja, como la causa por la cual muere, mana de la herida, que le atravesó el cuello, y resbala, lentamente, sobre la blancura del pecho, hasta perderse entre el vestido y el cuerpo. Es joven y hermosa.

El color rosa de su cara va demudando poco a poco para devenir en una palidez de belleza espiritualizada. Los ojos fijos sin movimiento, tienen una expresión trágica, en medio del rostro ensombrecido. Relucen bajo las pestañas, como dos estrellas en el seno de la noche. Nos miran interrogantes. «¿Me vengaréis?» parecen decir desde el fondo de las cuencas.

La familia al darse cuenta de la tragedia prorrumpe en gritos y lamentaciones. La escena que se desarrolla es emocionante, indescriptible. No hay manera de calmarla. Afue-

ra cantan las ametralladoras. Su voz es potente, acerada, su boca escupe fuego y plomo, en acelerada confusión, inundando el espacio de disparos. El camarada Ortiz, apoyado en un extremo de la galería descarga sobre el enemigo.

Se retira el cadáver a una habitación contigua, y al realizar esta operación, se reproduce el griterío. Las voces, los gritos, traspasan las paredes y salen al exterior, envueltas en las sombras trágicas del dolor. El camarada Ortiz, continúa disparando. La ametralladora lo enfila, mandando ráfagas aceleradas que hacen añicos los cristales de la galería incrustándose las balas en los tabiques. Chascan los vidrios y saltan rebotes de cal sobre nuestras cabezas. La casa parece que se derrumba entre el estrépito de los rebotes y los lamentos desesperados. Sacamos colchones y los arrimamos a la galería. De vez en cuando, asomamos la cabeza para disparar.

El enemigo está allá abajo, mantenido a raya, sin poder avanzar. Trata de desplegar; pero retrocede en seguida, antes de hacer los disparos. El sol relumbra sobre los cascos de acero y saca vivos reflejos que denuncian sus movimientos. También se distinguen los trajes terrosos, a ras del suelo, como si anduviesen a gatas.

Un grupo de soldados trata de avanzar ocultándose al mismo tiempo. Cargamos sobre ellos, Uno echa mano al brazo, abandona el fusil y retrocede. Sin duda le ha picado una mosca. Los demás, cuerpo a tierra, le siguen arrastrándose.

—Dos de ellos me parece que ya llevan bastante—dice Ortiz—, y continúa disparando.

—Yo creo que es uno solo: el que va herido en el brazo.

—Y el primero que se tiró a tierra al dar la vuelta, también lleva lo suyo. Lo hizo de una forma un poco rara. Y además, le hice puntería y estoy seguro que va herido.

—Pues yo estoy viendo que, con este mosquetón, no hago un blanco en toda la tarde. Apunto, y me parece que las balas van cien metros más altas de donde hago la puntería.

—No me extraña; es más viejo que Dios. Lo viejo es viejo y no hay vuelta que darle. El mío, en cambio, es estupendo; estoy muy contento con él.

Vuelve la ametralladora a enfocar la galería de nuevo, escupiendo plomo en forma de abanico. Agachamos la cabeza instintivamente y una ráfaga de metralla ruge sobre ella, atravesando los cristales, para ir a incrustarse en las paredes del interior, de la que arranca grandes trozos de cal y pintura. Nos acurrucamos detrás de los colchones y esperamos un momento a que cese. Quizá no disparando nos crea fuera de combate y envíe sus ráfagas a otra parte.

Ahora son los lamentos de los familiares de la víctima, más suaves, más sensibles. Los gritos se han vuelto suspi-

ros, y parece que aceptan la tragedia con fatal resignación. El tac, tac, tac de la ametralladora continúa. No se cansa de describir letreros en la madera, en los cristales y en los tabiques.

—Aquí ya no hacemos nada—dice Ortiz. Se han dado cuenta que les hemos causado alguna baja, y son capaces de tenernos enfilados con la ametralladora hasta que oscurezca, sin dejarnos asomar la cabeza para disparar. Vale más que nos marchemos. Quizá en otro sitio hagamos falta. Además, estoy terminando las municiones.

—No me extraña. Pareces una ametralladora disparando.

—Lenín dijo que, cuando la burguesía nos entregase las armas para defender la «patria», aprendiésemos bien el manejo de ellas. Yo esta consigna la cumplí a rajatabla. Me llamaron a filas y a los seis meses, era uno de los mejores tiradores del regimiento. Pensando siempre en ser útil a la revolución, mi mayor gusto eran las prácticas de tiro y simulacros de combate.

—Pues no sobraba una ametralladora ahora, ya que también las manejas.

—No sobraba, no; aunque con menos me conformaba: con treinta o cuarenta fusiles y municiones suficientes, me daba por contento. Con esto y un poco de dinamita, quizá de noche los pudiésemos copar; pero estoy viendo que no vamos a hacer nada. Las municiones se van a terminar en seguida y luego nos quedaremos a la luna de Valencia, como el gallo Morón, sin pluma y cacareando.

—¡Es que los del Trubia tienen cada «arranque» que se caga Dios! Después de entretenernos allá la camioneta un día entero la despachan con cinco fusiles y quinientas balas. Sin duda, para ellos, Avilés, con sus vías de comunicación y puerto de mar, no tiene importancia alguna en lo que afecta a la revolución.

—No dispondrían de más armas.

—No van a disponer de éllas en una fábrica. Y esto tampoco me huele nada bien. ¿Qué clase de organización o espionaje tiene esta revolución que, de buenas a primeras se te presenta delante de las narices, un ejército enemigo sin que hayas tenido la menor noticia de é? Por la ruta que traen estas fuerzas, es de suponer que vengan de Galicia, con más de cien kilómetros andados por territorio de Asturias, y lleguen aquí tan frescas lo mismo que si fuese éste el primer encuentro que tienen. ¡¡¡Míralos cómo arrean! ¡Están farrucos!

La ametralladora continúa mandando plomo sobre la criba que antes era galería.

—Bueno, vamos—ordena Ortiz. Aquí ya es de todo punto imposible que podamos hacer algo.

Avanzamos en dirección a la calle, agachados, con los colchones a la espalda hasta la puerta. Cerca de ésta, sobre una cama, yace el cadáver de la joven. No parece ella ni su figura. Una palidez de cera amarillea su cara. Tiene los ojos hundidos, la boca entreabierta, los labios amoratados y el rostro violáceo. Produce un dolor profundo, casi incontenible, que no se manifiesta, debido a las circunstancias, que exigen se ahogue de una manera implacable, todo brote de sentimentalismo. Sobre el color nieve de las sábanas, hay unas manchas rojas de sangre, ¿Cuántas manchas de lo mismo habrá a estas horas regando las calles?

Salimos. El combate continúa cada vez más encarnizado. Redoblan las ametralladoras acribillando el aire que huye, retorciéndose, del tiroteo. En un mar de confusiones, acosado por los disparos, hace gestos y muecas de payaso, sin saber qué rumbo tomar. Es pesado, denso, casi irrespirable.

Se nubla el sol y el firmamento se encapota de nubarrones color marrón, precursores de lluvia. Esta oscuridad inusitada, en un cielo todo el día claro y despejado, dice bien a las claras que no tardará en llover, cosa que nosotros no deseamos, porque en toda revolución estorban los paraguas. Llevamos cuatro días de insurrección con un tiempo espléndido, y quizá venga ahora el tiempo de lluvias con su cortejo de impertinencias.

La tarde se comba en el horizonte, se ensombrece y nubla también cobrando un color pizarroso que la entristece. La rodea un cinturón de sombra que avanza sobre ella a paso de carga, sepultándola en la obscuridad gris del crepúsculo, prematuro, vidrioso, azulenco.

Se oyen voces de mando. «¿Qué ocurrirá?»—nos preguntamos, acercándonos hacia dónde parten. Las fuerzas mercenarias de la burguesía avilisina al enterarse de que el ejército nos está batiendo, abandonan la madriguera, y empieza a atacarnos por el otro frente, cogiéndonos entre dos fuegos. Las voces son de compañeros que, al darse cuenta piden refuerzo, para hacerles frente, evitando así que nos achicharren por la espalda. Acudimos varios a contenerlas. Desde el parque, parapetándose detrás de los árboles la fuerza pública ataca esta parte del barrio. Menudean sus disparos. Se les está conteniendo, malamente, con pistolas. Nuestra situación se hace demasiado crítica; estamos en medio de dos bandos del enemigo, sin armas, sin municiones. ¿De qué nos sirven los once mosquetones, si ya escasean las balas? El que más tiene son dos o tres cargadores.

Fuego graneado de fusil, y tac, tac, tac, tac, tac, acelerado de las ametralladoras. Ciegan y hieren los ojos los latigazos del aire que arrastran el polvillo de cal y rebozo que arrancan los rebotes de las paredes. En una mezcolanza de

humo, disparos y voces, no se oye ni se ve. El ruido es ensordecedor y atolondra. El tac, tac, tac, de las ametralladoras, ruge en los oídos con persistencia centuplicada y pueblan el vacío de continuos restallidos. Entre los silbidos de las balas en todas las direcciones, el ruido estrepitoso de las ráfagas al estrellarse, el de los cristales rodando por el suelo, y el de los cerrojos y casquillos, que se siente de vez en cuando, al abrir y cerrar la recámara, forman un laberinto, bajo las sombras amarillentas de la tarde, que siembran el desconcierto, sin que sepa uno a qué atenerse en esta ola de aturdimiento.

Gritos y golpes de puertas que se cierran. Voces enérgicas alentando. Disparos aquí y allá. Las balas zumban cerca de los oídos. La tierra salta y trepida bajo los pies. El firmamento oscila y el aire se desgaja en mil jirones acribillado a tiros. Sobre Sabugo descarga una tempestad de plomo, cual si quisiera arrancarlo de cuajo. Ahuman las bocas de los cañones y éstos, recalentados, queman al menor descuido. La atmósfera, enrarecida se hace irrespirable. Atufa el olor a pólvora.

Desde detrás de los árboles del parque, la fuerza pública continúa atacando por este frente y avanza. No la podemos contener por la dificultad de la arboleda. Los troncos de los árboles burlan nuestros disparos; pero para entrar en Sabugo, tienen que atravesar la calle, y es aquí, donde nosotros podemos cortarles el paso. Al otro extremo cantan las ametralladoras soltando ráfagas sin parar. Ortiz, a mi lado. se impacienta y refunfuña, al analizar nuestra situación que, por cierto, es bastante crítica.

—Estamos mal—dice—, y hay que resistir hasta que oscurezca, cueste lo que cueste, para hacer la retirada; hay que procurar no perder un tiro.

—¿Tienes muchas balas?—le pregunto.

—Dos cargadores; pero debe de haber más por ahí. En terminando éstas voy a ver si las encuentro.

Habla y dispara al mismo tiempo, con una tranquilidad que asombra. Arrecia el tiroteo con inusitada violencia. Las ametralladoras lo ensordecen todo. Su sonido es imponente; ahoga a los demás ruidos. A medida que avanza la tarde, el combate adquiere caracteres más insospechados. Nadie diría que pudiésemos hacer semejante resistencia ante un enemigo tan numeroso y tan bien pertrechado de material bélico.

A la esquina del gran hotel, embocando la calle que da a Sabugo, aparece la silueta siniestra de un tricornio charolado. Por algún sitio se habrá introducido sin que lo hubiésemos visto atravesar la calle. Echo el mosquetón a la cara y afino la puntería; pero antes de apretar el gatillo, el guardia civil cae despanzurrado sobre la acera con la cabeza des-

hecha. Alguien estuvo más oportuno que yo. Le siguen otros que al verlo caer, retroceden, echando a correr a todo trapo, parque adelante hasta perderse entre los árboles, desde donde continúan haciendo fuego.

Fernández, asomado a una ventana, a pecho descubierto, les hace frente con dos pistolas, una en cada mano. Al ver el guardia civil tumbado, sale a la calle y entre una lluvia de balas le quita el armamento y correaje. Es una lástima que semejante heroismo se encuentre bajo el control del pudridero de la II Internacional.

El momento del ataque ha sido emocionante. Sabugo ardía entre disparos, cuyos fogonazos expandían chispas en derredor. Nuestro nerviosismo subió a un punto culminante, casi de desesperación, cuando nos vimos entre dos fuegos, batidos por detrás y por delante, en medio de aquella avalancha de detonaciones que traspasaba el barrio de parte a parte, haciéndole estremecerse.

Ahora por este frente, se ha alejado el peligro. El enemigo, al ver a su compañero «patas arriba», tanto retrocedió, que apenas se le columbra. Debía de haber perdido el culo en la retirada. Es lo que más estorba en estos casos. Volvemos al otro frente y nos internamos en la fábrica de cristales. Al poco rato llega Combila preguntando:

—¿Tenéis municiones? Yo las estoy acabando. Estuve metido ahí en una casa, haciéndoles fuego sin parar desde un ventanuco; pero me enfilaron con una ametralladora, y no os digo nada... Si escapo de allí, me queman. El tabique tras del cual me parapetaba, es de estos antiguos que llaman de ripia, y vaya una manera de perforarlo que tenían las balas. No tuve más remedio que echarme al suelo y salir a gatas hasta la escalera. Creí que no salía vivo. A pesar de todo, era un gran sitio si no me llegan a descubrir. Y añade, después de una pausa, como si estuviese meditando lo que va a decir:

—¡Esto es la Virgen! ¡Aquí no entra ni Dios! Por cada paso que dan adelante, tienen que retroceder dos. Si tuviésemos una ametralladora y municiones en abundancia, a estas horas ya eran nuestros.

Termina, carga el fusil y se parapeta a un costado de la fábrica, con serenidad y aplomo. Allá abajo ametralladoras y fusiles se desgañitan de tanto disparar. Queman carga sin cuento. Allí no escasea. Enfilan las armas contra el barrio rojo que no se rinde a pesar del plomo que llueve sobre él. De vez en cuando, lanzan alguna bomba, que no surte efecto. Están demasiado lejos y caen muy distantes de nosotros.

El aire, caliente y espeso—huele a pólvora—, penetra en la fábrica, y se agita entre los ángulos que forman las paredes. Da unas vueltas rugiendo en el interior, al salir, hu-

yendo de los gases que arrastra, roza con sus alas las aristas de los huecos, ganando o tra vez el campo abierto, donde expansionarse a gusto, sin trabas.

—¿Acabaste las municiones?—me pregunta Ortiz.

—Tengo dos peines y alguna suelta por los bolsillos.

—Déjamelos y quédate tú con las sueltas.

—¡No te pide poco el cuerpo!

—Anda; no seas pelma y traelos, que estoy perdiendo tiempo. Le largo los dos peines. Cargo yo mi mosquetón con los que tengo en el bolsillo, y todavía me sobra alguna, que me reservo por si no dan más en toda la tarde. El camarada Combila, desde su parapeto, me pide también municiones. Yo me hago el sordo y no contesto a sus requerimientos. Insiste de nuevo, y le replico:

—¡Las hay allí; véte por ellas!—le indico el sitio donde está atrincherado el ejército. Como no se lluevan del cielo, o pongamos un saco para recoger las que nos manda el enemigo, no sé yo de donde las vamos a sacar—concluyo para que se calle.

—Pues yo—gruñe—voy a ver si las encuentro por ahí. Sin ellas no hago nada.

—Sí, sí; vete y trae todas las que puedas, que buena falta nos hacen—le dice Ortiz.

Se marcha, mascullando dicterios contra la escasez de municiones. Nos quedamos Ortiz y yo, solos de nuevo, hablando sin mirarnos siquiera, con la vista tendida hacia la ría y el mosquetón apuntando, para hacer fuego en el momento que se divise la menor sombra. En seguida regresa Combila, acompañado de Melchor.

—¡Esto es una mina!—dice mostrándonos un paquete de municiones. ¡Un paquete de cincuenta con virgu y todo! Es del alijo de San Esteban. Mirad lo que dice por fuera: «Fábrica Nacional de Toledo».

—¿Quién te lo dió?—le pregunta Ortiz.

—El Comité. Es el último que queda. No me lo querían dar entero; lo querían repartir. Les dije que estábais vosotros, también sin municiones y tanto insistí que, por fin, me lo dieron.

—Buena falta nos hacían treinta o cuarenta más—exclamo yo.

—Aunque fuera un millar—ataja Combila.

Lo repartimos entre los tres.

En esta hora en que agoniza la tarde, bajo la amenaza constante de lluvia, el combate se intensifica y prolonga. Tabletean las ametralladoras, con furia, batiendo con sus ráfagas la parte baja en nuestro frente. Los restallidos de fusil, adquieren, bajo las sombras opacas del atardecer, mayor sonoridad, es más ronco el estampido. Como disparan tantos al

mismo tiempo, las detonaciones, se confunden con el tac, tac, tac de las máquinas y pueblan el aire de sonoros zumbidos.

Con las armas dispuestas, siempre apuntando, asomamos la cabeza, protegida por los cascos y disparamos un cargador, sobre bultos que se mueven y se esconden y vuelven a reaparecer. Al momento, ráfagas precipitadas y fuego de fusilería cubren nuestro parapeto. Ruido de rebotes contra la pared, y el ronquido de alguna bala que pasa arrancando esquirlas de piedra, al coger de resbalón las aristas. Choque seco de acero contra las piedras, Agudos silbidos sobre nuestras cabezas.

El fuego es intenso y no lleva traza de aminorar. Avizoramos de nuevo en un pequeño intervalo, y descubrimos otra vez un movimiento de cuerpos terrosos, a ras del suelo, como queriendo avanzar, desplegados. Los cascos cubrecabezas tienen ahora un color más oscuro. No brillan; pero a través de las lividece crepusculares, se distinguen ténues reflejos. Ortiz al percibir este nuevo intento de avance, da la voz de alarma:

—¡Fuego, que tratan de avanzar!

Y disparamos los cuatro, sobre los bultos que precisamos, con serenidad, sin aceleramiento, para no malgastar municiones. Las ametralladoras, vuelven a cubrir nuestro parapeto con la misma furia, con el mismo empeño; pero el avance se malogra. El enemigo retrocede a sus barricadas, y sus ráfagas siguen cubriéndolo todo de plomo.

—¡Me cago en D..., cómo silban!—exclama Combila, al sentir rondar una bala a sus oídos.

—A las que silban échales un olé—le dice Ortiz, bromeando, mientras carga su fusil. Esas pasan de largo. No te hacen nada.

—¡Ya, ya; pero si vieras cómo ponen los pelos de punta!

V

LA RETIRADA A TRUBIA

Brumas grises y amarillentas, coronan la tarde en los confines del horizonte, imprimiéndole una fisonomía cadavérica, que delata las lividece de sus vagos contarnos. El paisaje adquiere un color vidrioso, violáceo, que resalta bajo la luz mortecina de las últimas sombras del atardecer. Los límites se acortan alrededor de un cerco de nieblas que, en forma de cinturón lo envuelven todo con su cortinaje, y sobre nosotros, el firmamento parece que desciende, aplastando la tierra con el peso de los nubarrones que cabalgan en el espacio, colgándose de él.

Reflejos amarillos, resplandores lívidos y azulencos, presiden el funeral de la tarde. Despiden chispazos rojizos, las bocas de los fusiles y ametralladoras al disparar. El aire, que ya es fresco arrastra oleadas de humo que son un azote para la vista. Estamos agazapados, esquivando las ráfagas que, como un aluvión se estrellan contra el parapeto. Los ojos parpadean, queriendo huir del polvo y del humo. Los labios agrietados, van concentrando la basura, hasta formar una espesa corteza, áspera y maloliente.

El enemigo arrecia. El tac, tac, tac de las ametralladoras ruge con desesperada impotencia. En el interior de la fábrica empieza a oscurecer. Allá abajo todavía se divisan bultos sobre los cuales disparamos. Los cañones queman.

Sabugo se agita en medio de un bullicioso rumor. Se oyen, voces apremiantes, y luego se repite más cerca. Son de compañeros que abandonan sus puestos por falta de municiones. Las han agotado y ahora recorren toda la línea, pidiéndolas aquí y allí. Al pasar por donde estamos nosotros, con una nerviosidad febril, preguntan sin detenerse:

—¿Tenéis municiones?

—¡Ni media!—contestamos los cuatro a un mismo tiempo.

Y siguen hasta el próximo puesto, y de allí a otro, cre-

yendo encontrarlas en alguno. Luego pasan otros con el mismo cantar. Las voces pidiendo municiones, levantan un clamor de angustia y desesperacion que hace mas trágico el intenso tiroteo del enemigo. Llega un compañero y penetra en la fábrica pidiendo que, por favor le demos unas cuantas balas. Dice que en su puesto se han agotado completamente y que el enemigo avanza ahora por allí al ver que no se le hace frente.

—¡Mierda! ¡me cago en D...!—ruge Combila enfurecido. Ir a robarlas.

—Voy allá yo—dice Melchor—, que todavía tengo dos cargadores.

—Y yo también—cede Combila saliendo. Mientras tengamos un cartucho que no avancen un paso.

—Nos quedamos en la fábrica Ortiz y yo solos otra vez. Nuestra situación se hace por demás insostenible. No solamente se han agotado las balas de fusil, sino que también los cartuchos de escopeta. Nos quedan algunas granadas; pero de nada nos sirven. Están demasiado lejos para lanzarlas sobre ellos. Unicamente si intentase un asalto, nos podrían servir; aunque de todas maneras, sería lo mismo, porque necesitaríamos una tonelada para contener a tanto enemigo.

Hace rato que el Comité ha ordenado—después que entregó el último paquete de municiones—que se fuesen retirando según se terminaba. Y así se fué haciendo, puesto que no tiene ningún objeto de esperar el plomo enemigo sin poderse defender. Los escopeteros, agotados completamente los cartuchos, se han retirado. Ya hace tiempo que no se oye un tiro de escopeta.

Apenas se distinguen los bultos, a través de la débil luz crepuscular. Se ensanchan las sombras, cubriéndolo todo de espesa negrura. No obstante, el enemigo sigue atacando con el mismo tesón o mayor, si cabe. Nosotros, sin hacer puntería, disparamos también, mientras se hace o no la retirada.

Cierra la noche y salimos al alto del barrio. El tac, tac, tac, continúa desgarrando el aire que se agita contra las fachadas y ventanas, hecho un acordeón. Tiran sin que les hagamos frente ya.

—¡Tirar, tirar ahí hasta mañana!—gruñe Melchor—mientras las ametralladoras vomitan a todo trapo nubes de plomo sobre Sabugo.

El barrio presenta, a esta hora de la retirada una visión desolada, no por los destrozos que no se precisan por la oscuridad, sino por el silencio y la sombra que lo envuelve. Ni en las calles ni a través de las rendijas de puertas y ventanas, se atisba un rayo de luz. La soledad es completa.

Nos vamos concentrando todos los que quedamos. Caen las

primeras gotas de agua. Son como una delicia, en medio del calor y de la suciedad de nuestros rostros sudorosos. Los poros, resecos, se abren para absorberlas. El aire se agita en torbellino y silba furiosamente. Se ha desencadenado para contener la lluvia.

—¿Tenemos muchas bajas?—pregunta Braulio.

Nos miramos unos a otros, como interrogándonos; pero ninguno contesta afirmativamente. Llegan otros compañeros y dicen que ya no quedan más en el frente. El camarada Ortiz, dirigiéndose a todos, dice:

—Camaradas: Aquí con estas cuatro armas sin municiones, ya no podemos hacer nada. Vamos a incorporarnos a Trubia que es el sitio más cerca que tenemos. Son veinticinco o treinta kilómetros de distancia que esta noche podemos salvar para mañana a primera hora presentarnos allá.

—¿Y los prisioneros?—pregunta Combila.

—Los prisioneros—contesta,—para llevarlos con nosotros son un engorro demasiado pesado, sobre todo de noche y por esos montes que hemos de atravesar. Por lo tanto, a las criadas las vamos a dejar en libertad, que hagan lo que quieran; a la mujer y a la hija de Pedregal las dejaremos en las afueras, en una casa conocida, conminándolas a que se oculten en ella hasta mañana a las seis o las siete de la tarde, para, en caso de que nosotros tengamos algún contratiempo por el camino, no sepa el enemigo el rumbo que hemos tomado. A Pedregal lo llevamos. Ya que sus sabuesos no lo han podido libertar, no lo vamos a hacer nosotros. Tiene que comparecer ante el Tribunal Revolucionario, para que responda, como parte integrante que es, y al mismo tiempo dirigente del sistema capitalista, de los atropellos e injusticias que con nosotros comete ese sistema. Y después, el Tribunal acordará lo que se ha de hacer con él. ¿Qué os parece?

—Que está bien—responde Combila. Ahora que, si lo queréis matar también lo apruebo. No vaya a ser que fracase la revolución, y luego se ría de nuestra benignidad.

—En ese caso, en Trubia decidirán su suerte — objeta Braulio.

—Pues vamos—ordena Ortiz.

Echamos a andar camino de la casa prisión de la familia Pedregal. No se oyen más voces que la de los fusiles, y el tac, tac, tac, de las ametralladoras que todavía siguen disparando.

Penetramos en el domicilio, y el camarada Ortiz, dirigiéndose a las criadas, les dice:

—Vosotras, como sois de nuestra clase, quedáis en libertad.

Una criada emocionada le abraza al oir estas palabras.

—Y ustedes—continúa dirigiéndose a la mujer e hija del prisionero—, prepárense para seguirnos.

Después de un pequeño intervalo para cambiarse de ropa y calzado, salimos fuera con nuestras prisioneras. La noche se presenta oscura. Está lloviendo y al mismo tiempo, fuertes ráfagas de viento soplan un remolino, azotando con furia los árboles de la Quinta. Allá abajo, se oye el restallido seco y sordo de algún disparo de fusil. Han cesado las ametralladoras. Ya no ensordecen con su tac, tac, tac,; pero yo lo llevo en los oídos, tableteándomelos.

Nos alejamos dejando a nuestra espalda a Avilés envuelto en la oscuridad y el silencio. No se percibe, entre los rugidos del viento, ni el eco de una voz. Y sin embargo, allí queda el enemigo. A un extremo, junto a la ría, el ejército, al otro el Ayuntamiento, el Versalles avilesino. En medio Sabugo el rojo; el que durante el combate de toda la tarde ha impedido a los dos bandos establecer contacto, manteniéndolos a raya, rechazándolos, hasta que agotó el último cartucho. Después de todo, analizando esto, dan ganas de reir.

El tac, tac, tac, de una ametralladora vuelve a quebrantar el silencio, tiene un sonido macabro, siniestro. Resuenan los estampidos, bajo la oquedad de la noche con una potencia que ensordece el espacio. Alguna sombra o ruido están ametrallando, creyendo que somos nosotros. Si siguen así, llegaremos a Trubia, y todavía ellos continúan atacando a Sabugo.

Bajo el viento y la lluvia, a trechos pertinaz, envueltos en la lúgubre oscuridad, caminamos en dirección al Caliero. Con el camino mojado y resbaladizo, lleno de accidentes y de pozos encharcados, la marcha se hace dificultosa para nuestras prisioneras, que no están acostumbradas más que a pisar aceras cuando van a misa y a pasear en coche. Nosotros, viendo la dificultad con que caminan, tropezando en cuantas piedras sobresalen o ruedan sueltas por el suelo, precipitarse por los desniveles lo mismo que si fuesen a caer, en un acto de galantería burguesa, les ofrecemos nuestro brazo para que se apoyen en él y no se les haga tan duro el camino. Aunque la burguesía nos pinta tan fieros, tan salvajes, tenemos nuestro *corazoncito*. Somos tan estúpidos que algunas veces llegamos a tener compasión del enemigo y, sobre todo, si éste es débil.

Ellas conversan con cierta franqueza o familiaridad. Como testigos presenciales del encuentro que hemos sostenido con el enemigo al ver la retirada, a esta hora intempestiva, se dan cuenta de nuestra derrota. La mujer de Pedregal nos dice.

—En caso de que ustedes pierdan yo intercederé en su fa-

vor, por el buen comportamiento que han observado con nosotros.

—¡Gracias! ¡No hace falta!—le replica vivamente Ortiz. Aun no hemos perdido; pero en caso de que perdamos no acostumbramos nosotros a pedir clemencia al enemigo.

—Si no es clemencia—objeta ella dolorida por la respuesta.

—¡Ni clemencia ni nada!—le rebate de nuevo Ortiz.

Llegamos a Caliero, las dejamos en una casa, y les decimos que, si quieren que a Pedregal no le suceda nada, tienen que permanecer aquí encerradas hasta mañana a las siete de la tarde. En caso contrario, tomaremos represalias con él. Nos dan palabra (como no, por palabras nunca se queda mal) de permanecer encerradas todo el tiempo que queramos.

Como llevamos todo el día sin comer, el hambre nos acosa. Comemos algo para reponer las energías medio agotadas y emprendemos la marcha camino de Miranda, para recoger el prisionero y llevarlo con nosotros a Trubia. La derrota, si así se quiere llamar la retirada, no nos produce la menor desmoralización. La teníamos por descontada en vista de la escasez de armas y municiones para vencer a tan numeroso enemigo. Y ahora caminamos con la esperanza puesta en Trubia, donde nos incorporaremos de nuevo a la lucha o les pediremos armamento adecuado para volver a combatirlo. Consideramos la retirada como un accidente pasajero, como el que pierde para ganar más. Bien es verdad que nosotros no somos un ejército mercenario; somos un ejército de clase y en éstos las derrotas podrán producir alguna pesadilla; pero jamás producen desmoralización. Y las pesadillas se borran al menor contagio, como las sombras ante los rayos del sol.

Bajo la cerrazón de la noche; el viento y la lluvia, que nos impide caminar todo lo deprisa que quisiéramos, vamos haciendo comentarios sobre la jornada del día, las incidencias del combate y la retirada. De esta manera, el tiempo pasa, se deja terreno atrás y se hace menos aburrida la marcha. El camarada Combila, siempre de un humor cien por cien, dice bromeando:

—¡No hay que apurarse por ésto camaradas! Hace unos días leí una especie de historia de la revolución rusa, escrita por un «bailaor» de flamenco, y no recuerdo bien en este momento, si fueron ciento o ciento diez, las veces que el Ejército Rojo tuvo que abandonar la capital de Ukrania, ante un enemigo más poderoso que él; pero la volvió a reconquistar definitivamente, a punta de machete. Quiero deciros con ésto que, si hoy tenemos que abandonar a Avilés, mañana lo reconquistaremos a punta de machete también, como los bolcheviques a Kiev.

—Pues en menuda fuente recoges tú datos históricos—le replica Braulio—. En la de un «bailaor» de flamenco. Así serán ellos.

¿Qué te van a decir esos petimetres de la burguesía, si en el momento que oyen cuatro tiros o tienen que formar cola para coger un kilo de pan, se llevan las manos a la cabeza escandalizados, diciendo que es un atropello? Son un producto del régimen burgués que los alimenta, y el día que éste desaparezca, ellos desaparecen también, porque no sirven más que para hacer genuflexiones grotescas y limpiar los zapatos a alguna cupletista.

—¡Has tenido una gran ocurencia!—corrobora Melchor. Mereces un premio. ¿Qué se puede esperar de lo que diga un flamenco de esos en materia de revolución?

El popular barrio de Miranda parece sumido en un sueño letárgico a nuestra llegada. Los edificios bajo las sombras de la noche, la lluvia y viento que los azota tienen un aspecto sombrío. Penetramos en la casa prisión y le decimos a Pedregal, que se disponga a partir inmediatamente con nosotros.

—A estas horas, y con esta noche—objeta—, ¿dónde me quieren llevar ustedes?

—A estas horas y con esta noche y sin más réplica—le contesta el camarada Ortiz.

—Bueno, les seguiré—pero tengan en cuenta que no puedo caminar mucho, y voy a serles un estorbo.

—¿Qué burgués será el que no nos estorbe en estos momentos—dice Combila, dirigiéndose a mí con una sonrisa irónica.

—El que sea revolucionario—le contesto.

—¡Qué pocos hay! No recuerdo bien; pero me parece que oí decir, que primero entraba un camello por el ojo de una aguja que un rico en el cielo. Y esto viene aquí como anillo al dedo, diría Sancho.

Primero entra un burgués por el ojo de un camello, que en el campo revolucionario.

—Sabes que te pareces algo a Sancho Panza—le digo bromeando—, en la estatura, en la fisonomía y en lo socarrón.

—¡Me cago en D..., no me jodas! ¡Mira que tengo el fusil en la mano!

—Eso no tiene mal que parecer. Sancho era un campesino que ya en aquellos tiempos reclamaba salario por su trabajo de escudero.

—¡Sí, sí; pero también era un tragón! Y si renunció al Gobierno de la Insula, fué porque el doctor no lo dejaba hartarse.

—Eso es una prueba evidente de que el hambre que pasan las clases llamadas humildes en España, tiene una historia

más larga que el cristianismo. El hambre en España, es algo consubstancial con los regímenes que se han vivido. No comen, lo que se llama comer, más que los toreros, las putas de alto copete los obispos, los señores feudales y cuatro grandes burgueses. La otra burguesía, la media y la que fluctúa entre la media y la grande, tampoco come. Su negocio no da para comer y vestir con lujo. Y prefiere esto último, para poder codearse con los de «arriba», frecuentando los salones de la «gran» sociedad, donde entre sedas, fracs y champán, se derrocha en orgía permanente, lo que se roba al pueblo trabajador.

Esto trajo la República y elevó al poder a unos burgueses que creía sinceros, no como los otros; pero la cabrita tira al monte. Y estos burgueses, que el pueblo ingenuo creía sinceros, una vez en el poder, lo que hicieron fué afianzar más aún aquel estado de cosas, apuntalándolo con nuevos resortes, mientras el pueblo, lo mismo que antes, se muere de hambre.

—Sí, pero ahora van a ir todos a tomar por el culo: no va a quedar títere con cabeza. Ya somos mayores de edad para que nos vuelvan a engañar con promesas. Ahora serán los fusiles los que dirán lo que ha de ser.

Salimos fuera y empredemos la marcha rumbo al Gorzoli,; para ganar la cumbre de esta cordillera, como primera etapa de la jornada. Sopla el viento con más suavidad. La furia con que rugía en un principio, ha desaparecido casi por completo. A penas se siente, a no ser al rozarnos sus alas. La oscuridad se hace más profunda, según salimos de la luz. Tienen un fondo impenetrable las cortinas de niebla que se posan sobre nuestros hombros.

Andamos con demasiada lentitud. A este paso tardaremos bastante tiempo en llegar a Trubia. Tratamos de acelerar la marcha; pero hay que desistir de ello. Pedregal renquea, diciendo que le duelo una pierna, que no puede caminar más de prisa.

—¡Estos jodíos burgueses—masculla Combila—no valen una perrona! Como no están acostumbrados más que a andar en coche, en el momento que caminan un par de kilómetros, aunque sea por carretera, se «rajan». Se acabó la buena vida «amigos».

El camarada Combila rezuma optimismo por los cuatro costados. Tiene una fe ciega en el triunfo de la revolución. Para él no tiene importancia que el ejército nos haya obligado a abandonar Avilés. «Mientras esté la fábrica de cañones en nuestro poder—dice cuando alguno siembra una pequeña duda—, no hay que apurarse. La artillería manda mucha fuerza».

A través de la marcha vamos dejando a un lado y a otro casas aisladas, pueblos pequeños, que no descubrimos por la

maldita niebla hasta que tropezamos con ellos o nos ladra algún perro, al sentir el rumor de nuestras voces o el ruido de nuestros pasos. El camarada Ortiz camina al lado de Pedregal; hablan de política. Han entablado un diálogo que nosotros escuchamos con atención, para ver qué argumentos esgrime el prisionero contra nuestro camarada. El dice que es y que siempre ha sido un demócrata, un benefactor del pueblo de Avilés, con el cual está muy encariñado. Ortiz le refuta, diciéndole que la democracia burguesa es el arte de engañar, de entretener al pueblo, desviándolo de su cauce, para que sea ciego instrumento de determinada tendencia política.

Las palabras, al salir de los labios, según se pronuncian, cobran, bajo la oscuridad y el silencio de la noche, un sonido claro y profundo que, traspasando las marañas de la niebla resuenan a distancia.

—¿Cómo no?—se oye decir al camarada Ortiz. La dictadura del proletariado, es más democrática que todas las democracias burguesas juntas.

—Por mucho que discutas no le convences—arguye Fernández.

—La mejor dialéctica es la tuya, ¿Eh?, camarada fusil—exclama Combila.

Poco a poco nos vamos acercando a la cordillera. Los que van delante, marcando la ruta, a cuatro pasos de nosotros apenas los divisamos: parecen bultos desprendidos de las sombras. El sudor combate la humedad de la llovizna y de la niebla, posada sobre nuestros hombros. Por tal motivo no sentimos frío, aunque las ropas van empapadas de agua, que entra por el cuello y sale por los pies, recorriendo todo el cuerpo, sin que los harapos absorban una gota. Es una ducha sobre la marcha, demasiado prolongada que, mientras se camine, no hay que temer. Lo malo será cuando paremos de andar, si no tenemos con que mudarnos. Esto tampoco nos debe de preocupar.

—¿Quién sabe cuándo podremos descansar? Mientras tanto el sudor la irá secando.

Llegamos a la cordillera del Gorzoli, donde no hay un mal camino de herradura, y al adentrarnos en ella, empieza la tragedia de la jornada. Se suceden los tropezones; las caídas menudean con inminente peligro de rodar al precipicio. Todos los obstáculos, pasos en falso, desniveles parece que van buscando a nuestros pies. Pedregal a cada instante se queja, diciendo que lo dejemos, que no puede más. Lo dejamos descansar un poco; pero como no estamos para descansos, en seguida le instamos a que continúe. Como le decían a Cristo cuando iba con la cruz a cuestas, así le decíamos a él: «Levántate y anda».

El rocío de la niebla, según vamos ganando altura, nos hiere los ojos, hinchados, enrojecidos. Paso la mano de vez en cuando para limpiar el agua y el sudor, y siento al pasarla un agudo resquemor, como si arrancase trozos de su delicada piel. Están en carne viva, al rojo, y huyen de todo contacto áspero. Son los órganos donde más estragos hace el cansancio y el desvelo.

Del fondo del barranco, a nuestra derecha, surge un sordo rumor, según doblamos una loma de la cordillera, en medio de la oscuridad, en las entrañas del abismo. Es la voz del viento que brama allá abajo, en la lúgubre profundidad, acorralado entre las faldas de las montañas. El agua de un arroyo o riachuelo canta también una canción cristalina al despeñarse por la pendiente. El claro y monótono murmullo del agua al chocar contra las piedras, deja en el silencio el acento inconfundible de su voz fresca, sonriente y cristalina.

Arrecia la llovizna. Las gotas de agua resbalan por nuestro rostro y al llegar a los labios las absorbemos con ansia de sedientos. Su contacto frío nos produce un sabor agridulce que deleita. Caminamos a traspiés por un estrecho sendero que serpentea la cordillera, entre rastrojos y matorrales, que no vemos hasta que nos dan en la cara, en el pecho o en las piernas, sacudiéndonos el agua en ellos depositada. La oscuridad es impenetrable. La marcha en medio de la niebla la soledad y el silencio que nos rodea, donde ni la brisa arrastra el más leve rumor, se hace dramática, espeluznante. Las tinieblas son el único horizonte que tenemos para el camino. Las vamos rasgando, al pasar en fila india, sin que apenas nos conozcamos unos a otros, a no ser por la voz.

Cerca ya de la cumbre, se desarrolla una escena bastante trágica. Pedregal se arroja al suelo, sin pedir el acostumbrado permiso, exclamando lastimeramente:

—¡Péguenme ustedes cuatro tiros y no me hagan sufrir más! ¡Quiero más morir que soportar este sufrimiento! ¡No puedo más! Si no me quieren dejar ustedes aquí, ¡mátenme, y así terminaré de una vez! Todo es preferible, hasta la muerte, a este sufrimiento que no puedo sobrellevar.

Su voz parece que sale a la fuerza, como si fuese arrancada a tirones. Tiene un acento de dolor que desgarra el silencio de la cumbre. Parece el lamento de un herido sobre la mesa de operaciones, rebelándose contra el bisturí. Somos tan idiotas que, al verlo implorar de esta manera, nos compadecemos de él.

—Ya falta poco, hombre—le dice Román—; un tirón más y ya estamos en la cumbre.

—¡Imposible! ¡Quiero más que me maten, que dar otro paso! No saben ustedes cómo estoy, esto es superior a mis fuerzas.

—Nosotros no matamos a nadie—le dice Melchor—, a no ser en la pelea. Y no empleamos los métodos expeditivos que emplean ustedes: la ley de fugas, por ejemplo.

—¡Ah! ¡Yo siempre la he condenado!—objeta.

—Sí, pero en falso—rebate Ortiz. Como todas las posiciones democráticas de ustedes. Fingen combatir lo que en realidad sostienen, y defienden ante el pueblo, cuando buscan sus votos, lo que en el fondo detestan. Ustedes son los artistas de la comedia cotidiana, en el teatro de la vida. Creen que los sostiene su arte, el arte de vivir engañando y es mentira: es el espectador ingenuo que aplaude las escenas de astrakán que se desarrollan en el escenario, porque no ve las que tienen lugar, detrás del telón o entre bastidores. Pero ahora se ha terminado la farsa.

Estas palabras deben ir produciendo la muerte con cuentagotas en el prisionero. El nos pide cuatro tiros y nosotros le espetamos un pequeño discurso.

Al mismo tiempo que Pedregal clama por la muerte, a un compañero nuestro, bastante delicado de salud, por cierto, le suceden dos cuartos de lo mismo. Se ve incapaz de ganar la cumbre. Cuatro días con sus noches, de ajetreo revolucionario, y ahora esta caminata, es algo superior a sus quebrantadas fuerzas físicas. No nos extraña lo que le está sucediendo: lo estamos esperando desde que salimos de Avilés. La fatiga se le atranca; respira con aceleración. Tose y vomita sangre, y cuando los excesos de tos se lo permite, exclama:

—¡Me muero! ¡No puedo más!

Y por el esfuerzo que hace al pronunciar estas palabras, vuelve a toser y vomitar.

—¡Anda la hostia!—exclama Combila al ver el cuadro. ¡A ver si vamos a tener que hacer aquí de enterradores!

El cuadro es demasiado impresionante. En medio de la abrupta cordillera, dos hombres sobre el camino, en lamentable estado físico, pidiendo uno cuatro tiros y el otro diciendo que se muere, es demasiado conmovedor. Puesto en el plan del dolor, soy incapaz de hacer distinciones. Me compadezco casi tanto del burgués como del compañero. Yo al enemigo prefiero matarlo, antes de que, con lágrimas de cocodrilo, me invoque palabras de compasión.

La niebla es más densa y corpórea, cuanto más altos estamos. Ahora cerca de la cumbre, su espesura extendida a lo largo de la cordillera, es igual a un obstáculo interpuesto en el camino. Tratamos de reanudar la marcha, y se vuelve a repetir, aunque fuese a propio intento, la tos y los vómitos, en uno, y los lamentos en otro, ¿Durarán hasta mañana? Como están tumbados en el suelo, empapados de agua, tememos que, con el descanso surja el frío, y luego les sea impo-

sible caminar. No los podemos hospitalizar, porque en toda la cordillera no hay una casa.

Por lo tanto no habrá más remedio que continuar, aunque sea llevándolos a cuestas.

—¿Qué hacemos?—pregunta Ortiz, en vista de que a los enfermos no hay Dios que los haga levantarse.

—Espera un poco a ver en qué para ésto—responde Alonso.

—¡Sí, sí!—aprueba Combila. Mientras tanto, yo voy cavando una fosa con el machete, porque éstos no salen más de aquí.

—Este carajo de Combila, siempre está con sus salidas—arguye Román. No sé cuándo le va a entrar la seriedad.

Ladra un perro allá lejos. Su voz, a través de la lejanía de la niebla y del silencio, es un aullido siniestro desgarrando el corazón de la noche. Ruge el viento en el fondo oscuro y sube gateando ladera arriba hasta llegar a nosotros. Suena ronco y lejano el bramido del mar. Como la parada se prolonga demasiado, pronto empezamos a sentir el frío. El cuerpo se queda rígido primero, y luego se agita poco a poco. Los músculos se contraen con el enfriamiento y cobran un movimiento rítmico que no podemos contener. Más que hombres parecemos peleles. Náufragos en medio de un mar de tormenta. Nuestros gestos, nuestras aptitudes, si se pudiesen observar, se parecerían a las de muñecos detrás de la pantalla cinematográfica. Yo creo que así estamos de ridículos.

—En marcha—ordena el camarada Ortiz. Si continuamos más aquí, luego no vamos a poder andar.

Pedregal vuelve a repetir «que le dejemos, que le es imposible caminar». El camarada Román le coge del brazo para levantarlo, diciéndole:

—Vamos, hombre; ya falta poco.

Se levanta, por fin, y reanudamos la marcha. Nuestro compañero, parece que está también en condiciones de reanudarla.

Estamos cerca de la cumbre. El camarada Ortiz dice que iremos a Las Regueras, donde hospitalizaremos a nuestro compañero y mañana, a primera hora, continuaremos viaje a Trubia. Con la marcha, los vaivenes y tropezones, el cuerpo reacciona y rompe a sudar de nuevo. Después de grandes dificultades, ganamos la deseada cumbre. Partiendo de los parietales, bajan resbalando por la cara las gotas de sudor en mezcolanza con las de la lluvia. Cuando llegan a los labios sedientos y las chupamos, creyendo que son de agua, las escupimos en seguida con repugnancia, al sentir su contacto caliente, espumoso. La llovizna ha aminorado, y entre la espesura de la niebla apenas se percibe.

Desde la cima del Gorzoli, se oyen allá lejos, en dirección de Oviedo fuertes cañonazos.

—Es la artillería roja de El Naranco—exclama el camarada Alonso. Sin duda está batiendo algún reducto de la capital.

—Lo que está es escupiendo saliva antiburguesa—advierte Combila.

Al sentir el bombardeo de nuestra artillería, una emoción intensa y viva, recorre todo nuestro cuerpo, reanimándolo. Desaparece el cansancia físico. Las huellas de la jornada, desaparecen, también entre el aire de las explosiones que sopla a través de la lejanía. Ni siquiera sentimos la humedad sobre nuestra piel. Es el antídoto a las calamidades del viaje, a los efectos de la retirada. La niebla, a ras del suelo, es el único testigo de este cambio brusco en nosotros operado. Aunque, como queda dicho, no existe en nosotros desmoralización, al sentir estos estampidos nos invade una ola de entusiasmo, de nueva fe en el triunfo. No lo podemos disimular. ¡Ah! En Oviedo se habla fuerte al enemigo. Si nosotros hubiésemos podido hablar así al que dejamos a la espalda.....

—Esto merece un descanso para hacer un pitillo—dice Combila a los que vamos detrás. Dejad a esos que caminen delante, que yo no sé qué me da ir desempeñando el papel de perdonavidas.

Paramos un poco, tumbados sobre el césped, húmedo y espinoso de la cordillera, Combila, Fernández, Alonso y yo. Los otros siguen sin detenerse, con Pedregal. El camarada Combila habla mientras fumamos:

—Verdaderamente yo no sé qué es lo que nos impide ser buenos revolucionarios; pero sé que no lo somos. Traemos con nosotros ese burgués que nos está pidiendo hasta por favor que le peguemos cuatro tiros, y no somos capaces de pegárselos. ¿Qué adelantamos nosotros con llevarlo a Trubia? Nos pide cuatro tiros, pues ¡toma! Y lo echamos a rodar por un despeñaperros de estos abajo, donde no lo encuentran ni los cuervos.

—Que lo juzgue primero el Tribunal Revolucionario—le contesta el camarada Fernández.

—¡Sí, sí; y mientras tanto, nosotros venimos aquí como presidiendo un duelo, cuando, si no fuese él, ya estábamos en Trubia!

—Con que lleguemos mañana a primera hora, es lo suficiente—le replico yo. ¿No oyes a nuestra artillería escupir sobre Oviedo? Algún burgués tiene a estas horas los pantalones bien ciscados.

—No algunos sino todos—afirma Combila sonriendo. Esto, a mí me presta más que Dios. Verlos correr con la mano echada al culo, da un gusto que nunca terminaremos de saborear?

—Bueno; vamos—ordena Alonso.

—No te apures—le objeta Combila. No hay prisa. Si no fuese por el frío me dormía aquí mismo. Tengo un sueño fenomenal.

—Es que luego—aclara Alonso—no vamos a alcanzar a esos.

Después de apurar la colilla, echamos a andar. Ahora el camino es casi llano, aunque algo accidentado. A pequeños intervalos retumban en el seno de la noche los cañonazos de las baterías rojas. El estampido, sordo, seco y prolongado, resuena como si saliese de una profundidad subterránea a explotar sobre la tierra.

—No se oyen ni los pasos de los otros—dice Fernández—; ya deben de ir muy lejos.

—Como sopla el viento en contra—le objeto y aleja los rumores no se les oye, aunque vayan cerca.

—Dales una voz Combila—ordena Alonso—, tú que tienes buenos pulmones.

Y sin hacerse esperar, lanza una llamada que desgarra el silencio.

—¡Camaradaaas!

—¡No jodas, hombre!—le interrumpe Alonso, bromeando. Tú lo mismo llamas camarada a Pedregal.

—Eso sí que no. No soy yo de los que se equivocan tan fácilmente. Como nadie contesta a la llamada, Combila vuelve a repetirla.

—¡Camaradaaas!

La voz cobra, en medio de la soledad, un sonido claro, que se va perdiendo poco a poco envuelto en el cortinaje de niebla. Un nuevo silencio es la respuesta. Sin duda se hallan ya detrás de alguna colina y no oyen nuestra voz.

—Vamos a disparar un tiro—dice Combila—, a ver si nos contestan.

—Dispáralo—ordena Alonso.

Combila levanta el cañón del fusil hacia las nubes y aprieta el gatillo. Un disparo rojizo ilumina las tinieblas. Parece un bólido diminuto. El estallido, por la proximidad, retumba con estridencia en los oídos.

—¿Pero es posible?—exclama Fernández. ¿Dónde se habrán metido?

—No te apures, camarada,—objeta Combila. Yo me alegro mucho no ir con ellos. Me hierve la sangre cuando oigo a Pedregal decir que le peguemos cuatro tiros y nos quedamos tan frescos..... Yo callo pero deduzco, que en estas circunstancias, la compasión es un acto que se puede calificar de contrarrevolucionario.

—Grandes ganas tienes de matarlo—le ataja Alonso.

—La revolución—ya lo decía Mirabeau—, no se hace con agua de rosas.

—Bueno, hombre. El Tribunal dirá lo que ha de ser, mientras tanto, no te impacientes. Todo tiene su fin.

—No es que me impaciente; pero me da por el saco que venga «miagando» por la muerte, como un gato cuando barrunta pescado, y nosotros haciendo de perdonavidas.

—El caso es dar ahora con el camino de Las Regueras—advierte Fernández—, porque del Gorzoli parten más senderos que calles de la Puerta del Sol.

—Si no damos con él—aclara Alonso—, bajamos a Santa Cruz. Casi nos tiene más cuenta. En el primer sendero que encontremos atravesando la cumbre, giramos a la izquierda y a los diez minutos estamos en Fanes. Allí dormimos algo si encontramos dónde, y mañana a primera hora cogemos el camino de Trubia. Todavía hemos de llegar primero que ellos.

Avanzamos un poco más, y nos deslizamos por el primer sendero, en la dirección indicada, pendiente abajo, entre bruscos desniveles y arbustos cargados de agua. Ahora la montaña nos resguarda del cierzo que viene del lado del mar, Vuelve a arreciar la llovizna. Las gotas de agua, menudas e invisibles, apenas se sienten cortar la espesura de la niebla. La artillería roja, desde El Naranco sigue bombardeando la capital.

—¡Arrear ahí hermanos, que allá vamos nosotros!—grita Combila, al sentir los cañonazos, en un momento de exaltación revolucionaria. Y después de una pausa, como si estuviese meditando lo que iba a decir, continúa.

—Pedregal, si se salva de ésta, que lo dudo, tiene margen para escribir un libro, que pudiera titular: *Prisionero de los Rojos o la odisea del Gorzoli.*

—No has buscado mal título—le digo—: es grande y sugestivo. Ahora que también yo dudo de que lo escriba. Esos cañonazos que se sienten son el clarín que anuncia su muerte. Y entonces cesará tu obsesión.

El pueblo de Fanes parece sepultado en un mar de silencio. Hasta la voz de los perros que ladran al sentir nuestros pasos, está exenta de esa fiereza o acometividad que los caracteriza. Sus ladridos tienen extraños acentos de ternura canina.

Avanzamos hasta la carretera y buscamos una tenada. (1) Una vez dentro nos desvestimos y colgamos la ropa para que se vaya secando. Yo hago una especie de tú-

(1) Pajar donde se recoge la hierba para el ganado durante la época del invierno.

nel por entre la hierba, y me meto en él. El sueño, a pesar de los pinchazos que recibe el cuerpo desnudo, se va apoderando poco a poco de uno. Cuando ya me voy quedando dormido, zumba en mis oídos, tableteándolos el tac, tac, tac de las ametralladoras. Paso así, varios minutos, hasta que por fin...

VI

Por las rendijas del tejado penetran los primeros rayos de luz.

—¡En pie!—exclama el camarada Alonso.

Nos levantamos. Al vestirnos, el cuerpo huye del contacto húmedo de la ropa. Salimos a la carretera y nos levamos en un arroyuelo. La mañana está fría y oscura. Tiene una palidez cenicienta que corona la niebla, posada a la falda de las colinas en forma de circunferencia.

—Ahora andando de aquí a Trubia—dice Combila—; es un paseo bastante regular. Cuando lleguemos allá no vamos a tener frío ni zapatos. Yo ya voy medio descalzo.

—No te apures—le replica Fernández—que ya nos calzaremos.

De pronto: como si fuese en el aire, saliendo de entre la niebla se percibe allá lejos, en dirección de Trubia, un ruido sordo que llama nuestra atención. Aguzamos el oído atentamente para cerciorarnos de lo que pueda ser, y unos bocinazos nos sacan de toda duda. Es un camión el que carraspea, cuesta arriba.

—¡A ver si nos vamos a encontrar con el enemigo ahora que estamos sin municiones—exclama Fernández.

—De dónde vienen no creo yo que lo sea—objetó. Pero no obstante, hay que cerciorarse quiénes son antes de que lleguen.

Combila se sube a un montículo sobre la carretera y avizora. En seguida baja diciendo:

—¡Son de los nuestros! Es una camioneta con bandera roja.

Al llegar cerca de nosotros les indicamos que paren. La camioneta no tiene caja, viene descubierta. En el parabrisas, y en rojos caracteres, trae las iniciales U. H. P. A un extremo del mismo iza una bandera roja de batalla. Trae un faro envuelto en un paño, rojo también. Vienen en ella, además del chofer, seis u ocho milicianos, armados de escopetas y fusiles, con los cañones apuntando a un lado y a otro de la carretera. Nos dicen que van a volar el puente del Fe-

rrorón y que luego regresarán a Trubia. Al decirles que nosotros también vamos para allá, nos mandan que los esperemos si queremos ir en camioneta, que ya han quedado de recoger otros dos más abajo. Y arrancan a toda prisa, sin más preámbulos.

Mientras vuelven, bajamos a una taberna que hay próxima para desayunar. En ella nos encontramos a los camaradas Esteban y Suárez.

—Poco poco nos vamos encontrando camaradas—dice Combila al verlos. Somos los residuos de un ejército derrotado; pero todavía no hemos entregado los fusiles.

Desayunamos todos juntos, y al abonar el importe el dueño se niega a cobrar. Insistimos, diciéndole que, mientras tengamos dinero ,abonaremos todo consumo que hagamos en los establecimientos que estén fuera del control revolucionario, si son de pequeños propietarios; el día que lo acabemos, las circunstancias determinarán.

—Siendo así—aclara—el día que necesiten algo, ya saben dónde me tienen. Pero lo que importa—concluye—es ganar.

Vuelve a llover como la noche pasada. La mañana presenta un aspecto invernal. Más que otoñal, parece decembrina. Suenan unos bocinazos.

—¡Ya están ahí!—exclama Alonso.

El motor cuesta abajo, no produce ese ruido tan característico, tan inconfundible y si no es por los bocinazos, apenas nos percibimos de la llegada, hasta que no la tenemos delante de las narices. Paran al vernos frente a la taberna, y subimos al vehículo. Una vez colocados en él lo mejor que podemos, emprende la marcha carretera adelante, sesgando el aire a través de la lluvia. Llevamos los fusiles terciados, apuntando a los cuatro puntos cardinales, con esa precaución que exigen las horas que vivimos.

Aunque la velocidad no es tan grande que digamos, como no lleva caja, en las curvas y cambios de marcha, nos bambolea, apiñándonos unos contra otros, expuestos a caer entre las ruedas o a un terraplén abajo. Con el viento que produce la velocidad, y el agua que a través de ella nos azota fuertemente la cara, a los cinco minutos de marcha, ya vamos todos tiritando, dando diente con diente, sobre todo nosotros, que llevamos la ropa mojada de la noche anterior.

Al llegar a Granda, hacemos una parada; nos bajamos de la camioneta y penetrando en un establecimiento pedimos unas botellas de coñac. Hay que combatir el frío, aunque sea por medio del alcohol. No hay más remedio. Es preferible estar un poco «alegres» a soportarlo. Tres o cuatro camaradas, con botellas y copas van repartiendo la bebida. Yo

bebo de unos y de otros sin parar. Apenas acabo de beber una copa, cuando pasa otro y pregunta:

—¿Tú bebiste?

—No.

—¡Pues bebe!

Y bebo una y otra vez. Prefiero la borrachera a este estado deplorable en que me encuentro. Los efectos de tanto copeo no se hacen esperar. El rostro, antes pálido y amoratado, comienza a enrojecerse y despide un calor de horno. Los músculos reaccionan a ojos vistas, y el pecho parece la caldera de una máquina a toda presión. Vale el alcohol para combatir el frío.

Consumido el líquido, abandonamos el establecimiento, montamos en la camioneta y continuamos la marcha, carretera abajo, hacia Trubia. En los pueblos que atravesamos, durante este trayecto, hay un entusiasmo revolucionario indescriptible, que produce honda emoción. Al sentir los bocinazos o el ruido del motor, mujeres, viejos y niños, abandonan sus casas y salen a nuestro encuentro: al ver que somos rojos, levantan el puño en alto y gritan fuertemente, casi todos a una:

—¡U. H. P.!

—¡Viva España Soviética!

—¡U. H. P.! ¡Viva la Revolución!

—¡Hay que acabar con todos los enemigos!

—¡Viva el Ejército Rojo!

Ensordecen las exclamaciones atropelladas, los gritos incoherentes y los vivas a la revolución. El desbordamiento popular rebasa los límites de lo imaginable. Hay que verlo y sentir sus palpitaciones y sus voces embriagadas por la emoción, para forjarse una idea. A mí, que estoy exento de todo sentimentalismo pequeño-burgués, me produce el efecto de un no sé qué incontenible. Se me enturbian los ojos, y brotan unas lágrimas que resbalan por la mejilla abajo, confundidas con las gotas de agua. Esto me da una rabia atroz: pero no lo puedo remediar.

Se colocan delante de la camioneta, obligándola a parar: se cuelgan de ella a un lado y a otro, y cogiéndonos por los brazos y las piernas, tiran de nosotros, diciendo:

—«Baiáivos» a tomar un poco de café, que tendréis frío.

Hacemos protestas de que tenemos prisa; pero de nada nos sirven.

—¡Hale, hale; que ya está *fecho!* En un instante lo tomáis.

Mientras unas insisten con porfía, se presentan otras con tazas y cafeteras, y en la misma camioneta, de pie unos, sentados y en cuclillas otros, tomamos el café. Es una oferta que no se puede despreciar. La parte laboriosa del pueblo

que por cualquier circunstancia no se incorpora a la lucha, siente un placer inmenso en aportar algo, según sus posibilidades, a los que se hallan incorporados. Así les pasa ahora a estas mujeres. Les presta más a éllas vernos tomar el café, que a nosotros que lo tomamos. El por qué que lo descifren los filósofos, ya que no sirven para otra cosa.

Al partir, se vuelven a levantar los puños, se crispan en alto, y los vivas a la Revolución, a la España Soviética, al Ejército Rojo confundidos con el U. H. P., que se destaca por su potente sonoridad, atruenan el aire. La ola de entusiasmo por la Revolución; la reacción del pueblo contra el estado de cosas existente, tienen su origen bien perfilado. El pueblo abraza la Revolución en el momento de la eclosión, como se abraza un sueño que le viene atosigando año tras año.

Por todo el camino hasta Trubia, en cuantos pueblos atravesamos, se repiten las mismas escenas. Con los puños en alto, gritan a nuestro paso:

—¡U. H. P.! ¡Viva la Revolución!

—¡U. H. P.!

—¡Viva el Ejército Rojo! ¡Viva Rusia, que nos guía!

La camioneta se desliza ahora por entre unos desfiladeros, hasta desembocar en una escampada a la orilla de El Nalón, como si fuese por un camino subterráneo, bajo montañas, árboles y niebla que lo hacen invisible a los cien metros de distancia. Las guardias rojas de puesto en la carretera, nos van dando el alto, según nos aproximamos a éllas, con los fusiles echados a la cara. Damos la contraseña:

—¡U. H. P.!

Bajan las armas. Avanzamos nosotros, y al pasar nos dicen:

—Salud camaradas.

Y a los doscientos metros, se repite la misma operación. Se justifican estas medidas de precaución, para que no se introduzcan espías en el interior de la posición revolucionaria, y luego dén informes al enemigo. A êste le sacará de sus casillas el que una fábrica de armas como la de Trubia esté en nuestro poder, y aunque no la pueda recuperar tratará de conocer, por todos los medios a su alcance los movimientos, los partes y las noticias que se reciben de un lado y de otro. Y así, teniendo los alrededores vigilados, es más difícil que se introduzca, a pesar de toda su astucia.

Al doblar una curva se presenta ante nuestros ojos, el ancho cauce de El Nalón. El agua, azul morada, es más clara que de ordinario. Como hay huelga y no trabajan en la mina, el carbón no la negrea tanto. No parece el río

vituminoso, negro y sucio que baña la cuenca minera del Valle de Langreo.

—¡El Nalón!—exclama Combila, al descubrirlo.

—No te has equivocado—le ataja Alonso. Conoces Geografía.

La fábrica funciona con la misma o parecida actividad de otros días, parece inmutable ante los acontecimientos. Aunque la dirección ha cambiado, no ha ocurrido lo mismo con el demás personal. Las manos que dirigen una máquina, la limpian, la engrasan y la purgan, son las mismas.

Los que manejan hierros, martillos, tuercas, tenazas y todo el mecanismo que la hace funcionar, están dentro de su entraña, pulsándola a cada momento. Es un nervio vital, sin el cual no hay progreso mecánico. No faltan y por eso en el interior se oyen canciones metálicas que arrancan los martillos sobre los yunques, sobre el acero, ruido de poleas, y entrechocar de engranajes y despiden humo plomizo las chimeneas.

Para la camioneta frente a la puerta principal y nos apeamos. Hay un hormiguero humano delante de ella. Gente de todos los alrededores se apiña para inquirir noticias, entablando los consabidos comentarios. Abundan las mujeres. Sobre el marco superior de la puerta se fijan los pasquines, escritos a máquina o impresos, con las noticias de última hora. Estas son bastante halagüeñas. Se ven milicianos con casco cubrecabezas, chaquetón de hule y el fusil terciado en la mano, entrar y salir de la fábrica corriendo de un lado a otro. perdidos en ese laberinto de órdenes, partes y noticias. Hay un ritmo febril en todos sus actos, gestos y actitudes.

Coches, camiones y camionetas afluyen a la entrada sin cesar. Llegan unos y salen otros como si estuviesen rodando un film cinematográfico. Todos traen en el parabrisas y en rojo las iniciales U. H. P., y el faro envuelto en un paño rojo, también. Al llegar, dan las tres pitadas con el claxon una por cada inicial, según la contraseña.

Pasamos al patio y preguntamos por el Comité. Se presenta un miembro de éste y el camarada Esteban informa ampliamente de todo lo acaecido y del por qué, al encontrarnos sin municiones nos presentamos en Trubia. Después de reflexionar un momento habla el miembro del Comité.

—Bueno; ya veremos lo que se hace. Primero voy a informar a los compañeros. Mientras lo hago, váis a ir

a comer algo y a cambiaros de calzado. Llama a un miliciano y le ordena:

—Lleva a estos camaradas a comer algo y luego al comercio para que escojan el calzado, que algunos buena falta tienen.

Salimos acompañados del miliciano, dirigiéndonos al puente. A un lado y a otro hay barricadas de chapa, con agujeros para apoyar el cañón del fusil. Lo atravesamos, internándonos en la población. Penetramos en un bar, y nos acomodamos alrededor de una mesa. El miliciano nos pregunta:

—¿Qué queréis tomar?

Nos consultamos.

—Café con leche—respondemos.

Luego de pedir tantos cafés como somos, se sienta con nosotros y se entabla un diálogo, en el cual se comenta la actualidad.

—Entonces ¿qué es lo que os ha pasado en Avilés?—nos pregunta.

—Pues nada—contesta Combila—, que se presentó ayer allí el ejército y nos obligó a tomar soleta. No teníamos una ametralladora. Con cuatro viejos mosquetones y unas docenas de balas, lo entretuvimos un poco; pero una vez que se agotaron, no hubo más remedio que tomar las de Villadiego.

—Pues también nosotros hemos sostenido un combate cerca de aquí con él. Ahora que le hicimos retroceder. Al ver que lo atacábamos fuertemente, levantó el petate y se fué con la música a otra parte.

—¡A Avilés!—exclama Combila.

Es el general Ochoa—continúa—el que viene al mando de esas fuerzas. Proceden de Galicia. Venían a ver si podían tomar la fábrica, para privarnos de este importante factor de guerra; pero está algo duro. Tenemos la artillería sobre los desfiladeros dominando todas las entradas de Trubia, y algunas ametralladoras más próximas a las vías de comunicación.

—Ya veo que tenéis de todo —interviene el camarada Esteban. Ahora que, lo que os hace mucha falta tener es cabeza militar: ésta, desgraciadamente, no lo tenéis.

—¿Por qué dices eso?

—¿Todavía lo preguntas?

—¡Claro! ¿No lo voy a preguntar?

Pues por la sencilla razón de que sois unos «genios» militares, entre comillas. Sostenéis un combate con el enemigo, le hacéis retroceder y luego no lo hostilizáis para que no se rehaga, sino que lo dejáis circular libremente, es como si no hubieséis hecho nada. Lo hicísteis retroceder aquí y se presentqó en Avilés sin saber nosotros una palabra. Allí no

teníamos desfiladeros artillados, ni artillería, ni ametralladoras, ni fusiles, como quien dice. Llegó de sopetón con las ametralladoras encima de los auto-cares y nada más descubrirnos, empezó a llover metralla sobre nuestra posición, que parecía aquello un diluvio universal de plomo. Y si vosotros al hacerlo retroceder, le hostilizáis, como se hace en toda guerra al enemigo, quizá lo hubieséis copado o al menos le desmoralizábais, impidiéndole rehacerse y continuar avanzando en otra dirección. Sin duda os emborrachó el triunfo y creísteis de buena fe que, al dar la vuelta regresaba otra vez a Galicia. ¿No es eso?

—¡Hombre, no; creimos que en todos los sitios harían lo mismo!

—¡Sí; con escopetas de la fuxé y perdigón de cazar tordos—interrumpe Combila—, le iban a rechazar por los pueblos que atravesaba!

El camarada Combila cada vez que interviene lo hace satíricamente.

Algunas veces está muy oportuno. Es un satírico redomado.

—Vamos por el calzado — ordena el miliciano de Trubia—, que nos estamos entreteniendo mucho.

Se levantan disponiéndose a salir.

—Yo os espero aquí—les digo.

—¿Cómo, no quieres zapatos nuevos?—me pregunta Combila.

—Todavía tengo éstos que tiran una temporada.

—Pues yo no me voy a poner poco contento con ellos. Traigo éstos que ya hace tiempo están pidiendo el relevo, y, con el tute que les dí anoche, bien creí que llegaba a Trubia descalzo.

—Pues aprovéchate—le digo—que la ocasión la pintan calva. Y además, si esto se prolonga buena falta te harán, no va a andar uno descalzo por las barricadas, trotando de un lado para otro.

Salen. Me recuesto en la silla y pido una copa de coñac que abono de mi bolsillo, por consumir algo mientras regresan. El bar está lleno de gente. Milicianos rojos que escoltan los camiones o camionetas que llegan a Trubia en busca de material bélico. Mientras los despachan, piden un vale al Comité o se acompañan de algún conocido para ir a comer. El vale es el justificante de su calidad de revolucionario ante el dueño del establecimiento.

Con las armas sobre las mesas (hule rojo) y siempre mirando para ellas, se habla de la revolución, se comentan los rumores y se hacen vaticinios sobre el rumbo de la misma.

—¡Aunque Companys haya capitulado—dice uno—, la revolución no hay fuerza que la detenga.

Otro, desde la puerta da una noticia:

—Camaradas: Ha sido tomada por los nuestros la fábrica de armas de Oviedo.

—¡Hurra! ¡Viva la Revolución!

El hurra es estruendoso: el viva atronador. Me levanto de la silla rápidamente, como si fuese movido por un resorte eléctrico y me sumo a los demás. Bajo la ola de entusiasmo confraternizamos en medio de una embriaguez de triunfo, de emancipación, de ideal. Yo ya no me acuerdo de Avilés. Un camarada comienza una canción revolucionaria. Por donde salga. Es igual. Los demás le acompañamos:

Arriba trabajadores.
Triunfe la lucha social;
¡Lucha social!
Viva, viva el ejército rojo;
¡viva!
Viva Rusia, Lenin y Carlos Marx.

Los vivas se repiten: Con emoción y energía salen roncas y fuertes las voces de los pechos. Explosiones de entusiasmo. Luego se comenta los avatares, colectivos o particulares de los días que llevamos de revolución. Uno, dice, mientras se limpia la cara con el pañuelo:

—Traigo una mojadura que no me tengo. Si me retuercen la ropa sacan más de dos calderos de agua. Estuve toda la noche, a pie firme salmonando tiros sin poder resguardarme de la lluvia, hasta cerca del amanecer que cazamos los «pacos» que hostilizaban. Pero nada más llegar a Oviedo me la cambio de pies a cabeza. No voy a andar yo así mientras los géneros se pudren en los almacenes.

—Eso no es nada—le ataja otro. Lo mismo que tú estoy yo. Llevé toda la noche al pie de un cañón, bombardeando. Me reventaron los oídos de tanto cañoneo, y para detrás, lloviendo sin parar. Por la mañana estábamos hechos unos pingajos. Lo que más siento son los oídos.

—Calla, hombre; no te apures—le dice el primero. Ahora podrás ir a un sanatorio.

Verdaderamente estamos todos «pingando», hechos unos peleles. Los que tienen la suerte de traer chaquetón de hule, parecen generales. Uno de éstos, al decirle que, con semejantes chaquetones se puede aguantar bien la lluvia, contesta bromeando:

—¡Aun hay clases!

Empieza a circular por el establecimiento un rumor. Todos prestamos atención. ¿De qué se trata?

—¿Será verdad?—pregunta un miliciano, dirigiéndose al grupo:

—¿Qué pasa?—le interroga uno.

—Dicen que ha reventado un cañón en El Naranco, y que hay muertos y heridos.

Callamos todos. Una sombra de dolor cruza nuestra cara. Es una noticia bastante desagradable, que levanta vivos comentarios entre los otros grupos del bar. Uno del nuestro rompe el silencio y exclama:

—¡Nos persigue la mala suerte! Ya nos tiroteamos unos a otros por una lamentable confusión, y ahora esto.

—¿Por qué sería?

—¡Quién sabe!

—Quizá haya sido por cargarlo mucho.

—Quizá.

—Sí; quizá. Porque otra cosa no se explica.

—Es lo más probable que haya sido la mucha carga. Aunque haya artilleros que los saben manejar, un descuido nadie está libre de tenerlo.

Cesan las voces altas, y los comentarios se hacen velados, mirándose unos a otros en actitud compungida, como si guardásemos un minuto de silencio por las víctimas de la explosión. Silencio expectante, que guardan hasta los que van entrando, sabedores ya de la noticia, sin duda alguna. Luego los comentarios. Son demasiados los hechos que se suceden, las preocupaciones del momento, la intensidad febril que se vive, para parar la atención solamente en un accidente acaecido sobre la marcha.

La obligación se impone, y los que van terminando la consumación, abandonan el establecimiento para entregarse a sus quehaceres, despidiéndose de los demás.

—Salud, camaradas.

Nadie se detiene más de lo debido. Al llegar a la fábrica, preguntan:

—¿Cuánto tiempo tardaréis en despacharme?

—Una hora u hora y media.

Mientras tanto van al establecimiento, toman un café o una copa, y antes de vencer el tiempo que les determinan, ya están otra vez de regreso.

Salen unos y entran otros, y en el bar, la animación es permanente. Las conversaciones de todos son idénticas; todas giran sobre la actualidad. Los grupos comentan las mismas noticias que ya hace rato comentaban otros; pero como son del día, están frescas y sugieren la mar de ideas, opiniones diversas, juicios hipotéticos que salen envueltos en una interrogante.

Entran más milicianos. Uno de ellos se dirige a mí, y abrazándome fraternalmente exclama:

—¡Camarada! ¿Tú aquí?

Lo miro fijamente. Con el casco cubrecabezas tapándole hasta los ojos y el chaquetón de hule abrochado al cuello, no «caigo» en él, como suele decirse. Al verme dudar interroga:

—¿No me conoces? Qué pronto pierdes tú la fisonomía de los compañeros. Soy.....

—¡Coño!—le atajo. ¡Cualquiera te conocía de la manera que estás! Sino es por la voz, ya podías pasar cincuenta veces delante de mí, que ninguna te reconocería.

—Pues yo te conocí nada más verte. Estás más moreno que antes.

Es Menéndez, viejo compañero mío de lucha en la Cuenca Minera durante la dictadura primorriverista. Hace años que no le veo, y ahora le encuentro algo envejecido. Entre el duro trabajo de la mina, las privaciones y sufrimientos que trae anejos la lucha social, acompañados de alguna que otra enfermedad inseparable del trabajador, por las condiciones antihigiénicas en que se desenvuelve su vida, terminan pronto con la juventud. Esta es una ráfaga que pasa demasiado pronto ante los ojos del explotado.

—¡Bien, hombre; bien!—le digo. Vamos a sentarnos un poco si no tienes prisa. Quiero que me cuentes algo de cómo se han desarrollado los primeros acontecimientos revolucionarios en la cuenca minera.

—Prisa no tengo. En un par de horas, por lo menos, no puedo marchar.

—¿A qué bajaste a Trubia?

—Bajé con un camión para llevar material a Campomanes.

—¿Y tú? ¿A qué has venido? ¿No vivías en Avilés?

—Sí; pero nos echó de allí el general Ochoa.

Nos sentamos y pedimos dos copas de coñac. En el bar sigue la extraordinaria animación. Parece un círculo político. Ruedan noticias y rumores, y no cesan los comentarios. El piso está encharcado de agua, que «pinga» de los cascos, de las chaquetas y de los pantalones. Entra uno y da una noticia que sin duda cree fresca.

—A los de Avilés, dicen que les dió buen tute el general Ochoa. Vienen para Trubia y traen detenido a Pedregal

Una espesa capa de humo que despiden los cigarros, se extiende sobre las cabezas a lo largo del local, hasta tropezar en el techo. Sube el humo en espiral y se apelotona y apelmaza, luego se extiende como una sábana, manteniéndose a flote, igual que la niebla encima de la montaña.

Otra noticia: esta es sensacional.

—La F. A. I.—dice uno al entrar—condena el movimiento y ordena la vuelta al trabajo, diciendo que no se presta a ser juguete de partidos políticos y elementos burgueses.

Estalla una carcajada general. Luego hay un silencio reflexivo.

—¿Pero es cierto eso?—pregunta una voz.

—Así se rumorea por ahí—contesta el de la noticia.

—Nada de extraño tiene—arguye otro. El anarquismo es una reminiscencia del viejo liberalismo del siglo pasado y tiene que responder a su esencia trasnochada. Capituló Companys, capituló la F. A. I. Las frases o palabras con que condenan el movimiento, son las de siempre. Los tópicos de su invariable léxico: «Como en el movimiento intervienen elementos políticos, yo me retiro». Y asunto concluído. Un estorbo menos. No hay que apurarse.

—¡Pero si aquí están luchando con nosotros!—advierte un tercero.

—Es la autonomía de las Federaciones—exclama el anterior

Esta noticia suscita nuevas discusiones, avivándolas con inusitado apasionamiento. La F. A. I. condenará el movimiento; pero a ella la condena el proletariado. En medio de los acalorados comentarios que se hacen sobre el particular, se crispan los puños y se chascan maldiciones condenando su actitud.

Después enfría la discusión, y hasta parece que pierde importancia. Es la impresión que produce de momento, la que pone los nervios en tensión. Por lo demás, tienen mucha fuerza los fusiles, para que los obreros pierdan el entusiasmo revolucionario ante semejante proceder.

Sale otro grupo del establecimiento. El deber está por encima de las noticias, de las tertulias y de los comentarios. Al fuego de las discusiones, ha sucedido una frialdad insólita que poco a poco se enseñorea del local, hasta convertirlo en una especie de confesionario, donde todo se habla a media voz. Arrimados al mostrador y con el codo apoyado en él, hay tres milicianos hablando en voz baja. En una mesa junto a la puerta, otros dos lo hacen suavemente también y mi compañero y yo a un extremo en el interior. Somos los únicos que hay en el establecimiento.

En seguida vuelven a entrar más. Se entra y se sale sin cesar. Este bar es más visitado que una exposición. Es la fonda donde come y desayuna todo miliciano que llega a Trubia. Por este motivo afluye tanta gente. Los que van entrando traen el ruido callejero, hablan en voz alta, forman grupos y al calor de éstos se animan de nuevo los comentarios, entre risas de optimismo y anécdotas humorísticas, que van desgranando los labios con regocijo ilimitado.

—¿Entonces cómo se han desarrollado los sucesos en la

cuenca minera?—pregunto a mi compañero Menéndez. Cuéntame algo.

—Allí empezamos el día cuatro, sobre la madrugada el ataque, con pistolas, escopetas, y algún que otro mosquetón. Donde hacían mucha resistencia, empleábamos dinamita. El día cinco, en la mayor parte de los sitios, ya éramos dueños de la situación, y marchamos sobre Oviedo. Por el camino sostuvimos grandes encuentros con el enemigo. Guardias civiles, de asalto, de seguridad—que yo no sé de dónde salen tantos, porque hay más que moscas en el verano—, salían a nuestro encuentro, para cortarnos el paso; pero eran barridos. Ser son buenos mozos, ahora que ésto no obsta para que chaqueteen cuando lo ven duro o sienten la dinamita. Entonces ya teníamos nosotros los fusiles de los cuarteles que habíamos asaltado y los que íbamos asaltando en la marcha.

En la Manzaneda y Oloniego, hubo combates bastante duros y prolongados. Nos estaban esperando, parapetados en sitios entratégicos guardia civil y de asalto, reforzada con el ejército. Los derrotamos y continuamos avanzando hasta San Lázaro, donde nos vuelven a presentar combate. Aquí fué algo serio. El enemigo afluía sin cesar, recibiendo refuerzos a cada minuto. Hubo que ir sacándolos casa por casa, chalet por chalet, en que estaban parapetados, a tiros de fusil y cartuchos de dinamita. Había que llegarse hasta sus parapetos y meter la dinamita por las ventanas. Temblaban los edificios al sentirse heridos por las explosiones, y el enemigo más que los edificios.

Los echamos de San Lázaro y entramos en Oviedo, barriendo por delante cuanto encontrábamos a nuestro paso: burgueses, fascistas, ejército y fuerza pública. Todos eran barridos por las ráfagas que levantaba la dinamita al explotar. Nosotros por nuestra parte también tuvimos bastantes bajas.

Los asaltos a los cuarteles y a los edificios donde se refugiaba el enemigo, en la cuenca minera los realizamos todos a base de dinamiteros. Avanzaban éstos bajo una lluvia de balas, hasta la puerta o ventana del cuartel o edificio, mientras otros disparaban protegiendo el avance; colocaban la dinamita suficiente, le prendían fuego y a los dos segundos la explosión. Algunas de estas explosiones eran seguidas del estruendo ruidoso que producían las fachadas al venirse abajo y de algún lamento que se escapaba del interior. Envueltos entre hormigón y trozos de techumbre, bajaban guerreras de asalto y tricornios de civiles.

Cuando el enemigo, acosado, viéndose en la imposibilidad de resistir, hacía señal de rendirse, entrábamos, recogíamos las armas, deteníamos a los ilesos y transportábamos los heridos a la cruz roja o botiquines de urgencia. Así un cuar-

tel y otro, hasta rendirlos todos y emprender la marcha sobre Oviedo.

Ahora estoy en Campomanes, donde también hay bastante «hule». Estamos en lucha permanente contra el ejército que, aunque le impedimos avanzar, nos cuesta gran trabajo coparlo. Es muy numeroso, y a cada momento le están llegando refuerzos. Entre éstos, la aviación, y la desigualdad de nuestro armamento, nos forman una barrera casi infranqueable. Ahora que, como avanzar, no le dejamos avanzar un paso. Lo tenemos acorralado, hostilizándolo constantemente. De esta manera le obligaremos a rendirse, ya que nos vemos en la imposibilidad de coparlos.

—Pues yo creí—le digo—que en la cuenca minera teníais armas a granel.

—¡Sí; no nos sobrarían! Las pocas que teníamos cuando emprendimos la marcha sobre Oviedo, tuvimos que arrancarlas *a puru huevu;* como se dice. Hubo que asaltar muchos cuarteles para hacerse con unos pocos de fusiles. Si no fue e por la dinamita...

Termina con esta frase cortada, que encierra un hecho ineluctable, vivo aún, lleno de grandeza, revolucionaria, que ha sido eje y motor a un mismo tiempo, del triunfo de la revolución en Asturias. Se queda un rato pensativo, con los ojos fijos en la pared, como si estuviese viendo rodar en una pantalla el metraje del film, en el cual él y los demás compañeros han sido protagonistas. Imágenes vivas de un sueño logrado, por fin, se entrecruzan y chocan atropelladamente en la retina, formando un contraste confuso, que la celeridad del momento no permite descifrar, entre la esperanza de ayer, llena de choques violentos con el enemigo, y la realidad de hoy, apenas alcanzada, prometiendo un mundo nuevo sin tricornios charolados, burgueses, obispos ni prostitutas.

—¿Tomamos otra copa?—le pregunto para sacarlo de su abstracción.

—No; me marcho a la fábrica. Voy a meterles prisa, a ver si me despachan pronto. Tenemos falta de material y cuanto primero llegue, mejor.

Siguen entrando y saliendo del establecimiento, como en el primer momento. Los grupos y los comentarios se suceden unos a otros. Todos ruedan enlazados sobre el punto culminante de la actualidad. Las noticias o rumores de última hora. Con profusión de detalles, se barajan los nombres de las provincias más importantes, donde el proletariado tiene más impulso, más vigor. Se deducen pronósticos halagüeños, se forjan ilusiones imperecederas y se respira un optimismo embriagador, en lo que respeto al movimiento, a pesar de sus reveses, a los cuales, sin duda, por la borrachera del triunfo en Asturias, apenas se le da importancia.

Llegan los compañeros que habían ido por calzado. Todos lo traen nuevo. Zapatos unos, y botas otros. Los que trae Combila son de charol y brillan más que un triconrio de guardia civil. Sonriendo, como siempre (es el hombre del buen humor; nunca se le ve enfadado), se dirige a mí, diciendo:

—Si descalzo estaba, descalzo estoy, porque estos zapatos no resisten el primer despliegue en guerrilla. No se puede calzar del 40. Se agotaron todos los de este número y no tuve más remedio que echar mano a éstos.

—Pues casi te tendría tanta cuenta haberlos dejado—le dice Menéndez—; para lo que te van a durar.

—Mientras dura la vida y dulzura, reza el refrán—replica.

—¿Cómo habéis tardado tanto?—les pregunto. Creí que os había tragado la tierra.

—Fuimos a afeitarnos—responde Fernández. Puesto que tenemos tiempo no vamos a andar con la barba de ocho días.

—Pues yo no me afeito hasta que no llegue la desmovilización. Las barbas imponen respeto al enemigo.

—¡Más le imponen los fusiles!—ataja Combila.—Yo creo que el afeitarse no sea un delito de lesa revolución.

—Bueno; me marcho—dice Menéndez. Salud y suerte camaradas. Y tú—termina, dirigiéndose a mí, hasta que nos veamos otra vez.

—Salud, y que sea pronto—le digo al estrecharle la mano.

—Debemos de ir aproximándonos a la fábrica—advierte el camarada Esteban. Quizá el Comité haya tomado ya alguna resolución respecto a nosotros, y no vaya a suceder que nos esté esperando. Entre uno y otro nos hemos entretenido mucho tiempo.

Salimos. Arrecia la lluvia, menuda y fina, como si fuese pasada por un tamiz antes de llegar a tierra. Saltan las gotas hacia arriba al chocar contra el negro asfalto de las calles.

Los vecinos de Trubia y de los alrededores, desafiando las inclemencias del tiempo, se estacionan en las calles formando numerosos grupos en los que predominan las mujeres. A la esquina de una calle, un grupo cada vez más numeroso, porque los que van llegando engrosan en él atraídos por la curiosidad, lee con avidez una octavilla, de letra impresa que hay fijada en la fachada principal de un edificio. Nos acercamos, por ver lo que dice. Con un enunciado en grandes caracteres, empieza así:

REPUBLICA OBRERA Y CAMPESINA

Luego sigue con letra más menuda:

«El Comité Revolucionario de Trubia. Al pueblo trabajador.

Compañeros: Proclamada la República Obrera y Campesina en la mayor parte de las provincias de España, este Comité hace saber al pueblo laborioso, que su misión en estos momentos difíciles que atravesamos, es velar por sus garantías sin desmayos ni flaquezas. Todo trabajador debe convertirse en un defensor de la naciente República, velando por el orden revolucionario, sin perder de vista al enemigo».

Y termina con el siguiente párrafo:

«Se castigará inexorablemente a todos los que aprovechándose de las circunstancias, se entreguen a actos que el espíritu revolucionario del Pueblo repudia».

Firma el Comité Revolucionario de Trubia.

—Eso está bien—exclama uno del grupo, después de haberla leído.

La niebla, apoyada sobre las eminencias de los desfiladeros limita todos los horizontes, excepto la línea, recta y curva que sigue el curso de El Nalón en dirección a San Esteban de Pravia. Lo ciega todo alrededor, en semicircunferencia, con sus cortinas grieses, plomizas y pegajosas. Aislan el centro de Trubia con el paisaje del exterior. Parece que quieren ocultar a nuestra artillería de la aviación o al enemigo de nuestra artillería.

Atravesamos el puente y penetramos otra vez en la fábrica. La gente sin hacer caso de la llovizna se apelotona a la puerta, donde también hay otra octavilla, cuyo contenido es el mismo de la que dejamos leída. Entre el corto espacio del extremo del puente a la fábrica y a todo lo largo de la fachada principal de la misma, no se puede dar un paso entre gente, coches, camiones y camionetas. Se aguanta la lluvia con una pasividad absoluta. Los que traen paraguas lo cierran al llegar, porque abiertos estorban al continuo ajetreo. La atención está puesta en las noticias que salen de adentro. Se cuchichea, se habla a media voz en todos los grupos; pero en el momento que aparece en la puerta algún miembro del comité todas las miradas convergen hacia él y quedan pendientes de su palabra. De los ojos que parecen flechas por la manera escrutante de mirar, parte un deseo, un anhelo, una obsesión: deseo de noticias, anhelo de noticias, obsesión de noticias. Se desean a cada hora, a cada minuto; a cada segundo.

Ahora, esperando en el patio de la fábrica, órdenes del Comité para ver dónde nos destaca, me recuerda, por su parecido, aunque es completamente distinto, un episodio de tantos que acaecen en la vida de uno, a los cuales no se les da importancia por creerlos insignificantes; pero que forman una larga cadena en la vida de todo trabajador.

Fué hace años, cuando ingresé en filas, el día que se sortearon los reclutas de mi quinta en Oviedo. En el patio del

cuartel de Santa Clara, entre una compacta y joven muchedumbre, bulliciosa, alegre, e insconsciente, esperaba, lo mismo que ahora, el punto de destino. Inclinado sobre un balcón, a unos seis u ocho metros de altura, un sargento, viejo, con la cara surcada de arrugas, cantaba los números y destinos de los impacientes reclutas:

—«Número 80, del Concejo M. A la península. Número 30, del Concejo C. al Africa.

Y así, modulando la voz, al pasar del número y Concejo al del destino, continuaba desgañitándose el viejo sargento de la cara surcada. Los quintos, una vez sorteados, abandonábamos el patio para respirar el aire callejero, más agradable que el del cuartel.

Ahora, aunque esperamos la orden de destino, no la esperamos forzada a regañadientes, como cuando quintos, sino todo lo contrario. Entonces íbamos a remolque a defender, a servir—¡qué absurdo!—al irreconciliable enemigo de clase. Ahora la cosa cambia completamente; ahora vamos voluntarios, animosos, porque sabemos a qué vamos y por qué vamos.

Tres o cuatro milicianos, apartan a un lado y a otro la gente apiñada a la entrada, cobijada bajo el arco. La aglomeración estorba para cargar material en un camión que espera reculado a la puerta. Unos cuantos obreros forman una fila que llega casi desde el interior de la fábrica al vehículo, atravesando el patio. Faltan algunos para completarla. Y un miliciano, que sin duda es jefe a pesar de que no lleva brazalete rojo, dice:

—¡A ver quién echa una mano aquí!

Combila y yo que estamos próximos a la fila nos colocamos en ella, cerca uno de otro. En seguida empiezan a pasar por nuestras manos proyectiles de artillería de diferente peso y tamaño: color de bronce, de quince a veinte centímetros de perímetro por el centro, aguzados a un extremo y planos a otro.

—¡Echa *pa llá hermanu*—me dice Combila, al mismo tiempo que me larga uno—, que éstos van a surtir tanto o más efecto que los libros de Lenin! Son textos de bronce que entran por la cabeza de los burgueses mejor que la teoría revolucionaria Leninista.

—¡Sí; pero no ves! ¡Les falta espoleta!

—¡Cóño, ni siquiera me fijaba! Tan entusiasmado estaba con ellos que, de lo que menos me acordaba era de la espoleta. ¿Cómo no los harán con ella?

—¡Véte tú a saber el motivo!

—Pues así, mal negocio.

—Optaremos por la teoría del mal menor. Si no tienen espoleta, buenos son sin ella.

—¡Para hacer agujeros! De todas formas, quizá no nos hagan mucha falta. Las noticias que circulan son bastante

buenas, y sin duda, a estas horas, ya tendremos en nuestras manos todo lo que nos sea necesario, sino aquí en otras provincias.

—No sueñes. ¿Ya no te acuerdas de ayer.....? Además, las noticias que circulan no son tan gratas. Companys ya capituló en Cataluña, según se dice por ahí, y la F. A. I. ha condenado el movimiento y ordena la vuelta al trabajo. No quiero decirte que por esto se pierda la revolución; pero es un revés.

—¡Mala bomba los mate! Eso estaba visto, ahora que no lo queríamos creer; pero déjalos que, lo mismo unos que otros, pagarán cara su traición. Eso es imperdonable.

Cargado el camión, se deshace la fila y vuelven a producirse las aglomeraciones a la entrada, bajo el arco y en el patio. El camarada Esteban, se aproxima a nosotros para darnos cuenta de una nueva entrevista que ha tenido con el Comité.

—Nos mandan esperar todavía—nos dice. No sabemos si nos mandarán para Oviedo o a vigilar estos montes de los alrededores, por si la columna de Ochoa se dirige hacia aquí desde Avilés; desde luego, para un sitio o para otro salimos hoy, Depende de la situación en que se encuentre la capital, de donde esperan órdenes.

—Lo que estaría bien—interviene el camarada Alonso—era que nos diesen un cañón de esos ligeros y un par de ametralladoras para volver sobre Avilés y presentarle combate allí a aquella columna. Sería lo más práctico. Así les cortábamos el paso definitivamente.

—Eso les he dicho yo; y me contestaron que esperásemos, que ellos no podían resolver nada sobre el particular. Poseen un optimismo bárbaro, irreflexivo. Les hice algunas observaciones conducentes a evitar el peligro que se cernía sobre Trubia u Oviedo si dejábamos concentrarse al enemigo, y se echaron a reir.

«Aquí no entra ni Dios», me objetaron. Pierde cuidado que el enemigo por muy numeroso que sea, no se aproxima. En cuanto a Oviedo, allí decidirán lo que se ha de hacer. Armas para volver a tomar a Avilés ya os daremos las suficientes; pero tener paciencia que en este momento no podemos decidir. Quizá vayáis destacados a Ovideo. Esperad un poco más». Y de esto no los sacas.

Otro camión a la puerta de la fábrica. Los milicianos vuelven a apartar la gente, deshaciendo los grupos que estorban. Ahora no es para cargarlo, sino para descargarlo. Viene lleno de fusiles nuevos, flamantes y relucientes, de la fábrica de La Vega, tomada esta mañana. Brilla la grasa en los cañones, en los cerrojos y en las culatas de fina y pulida madera. El tapón de los cañones es de un metal

brillante y transparente, cuyo cuerpo delgado, en forma de capote, despide reflejos, como si fuesen sacados a través del sol.

La llegada del camión con estas armas, produce en la multitud concentrada en los alrededores de la fábrica, según va corriendo la noticia de boca en boca, una emoción indescriptible que la transfigura. Se precipitan sobre él, abriéndose paso a codazos unos contra otros, para contemplar con satisfacción este trofeo de guerra. Todo el mundo sabe ya en Trubia que ha sido tomada esta mañana la fábrica de armas de Oviedo; pero una fuerza irresistible impulsa a la muchedumbre a palpar con sus propios ojos una prueba tan irrefutable de dicha operación militar revolucionaria. Y además, se siente orgullo colectivo, contemplar de cerca, lo que ha sido arrancando en lucha encarnizada al enemigo.

A mi me seducen también estos fusiles nuevos chorreando grasa por todas sus piezas. Cuánta diferencia hay de éllos a mi viejo mosquetón ferruñoso y oxidado, inservible, que no puede rendir el trabajo que en estos momentos se le exige. Y sin preámbulos, deseando poseer uno de estos nuevos, me dirijo al que parece jefe y le digo:

—Oye, camarada, yo necesito un fusil de esos. Este mio no vale nada; tengo tanta confianza en él, como en la democracia burguesa.

—Sí, hombre, sí; no faltaba más. Habiendo como los hay ahora, ¿por qué andar con viejos armatostes que sólo sirven para meter miedo? Escoge el que quieras; y si no espera. Me parece que váis a salir pronto destacados y entonces se os dará fusil a todo el que lo necesite.

—De acuerdo. ¿Saldremos en seguida? ¿Sabes para dónde vamos?

—Fijamente no sé nada. Depende de la razón que traigan los emisarios que hace un momento han salido para Oviedo.

—Entonces hay para rato todavía.

—Eso depende...

Se aleja sin terminar, porque le llaman a un extremo del patio, donde unos milicianos trubiecos discuten, sin que al parecer se entiendan.

Decrece la lluvia y la animación aumenta de más en más. El hormiguero humano cubre la carretera hasta la mitad del puente. Los rumores de la multitud, espaciados y diversos, flotan en el aire que los balancea de un lado a otro. El bullicio es inmenso. Entre pasos, apretones, cuchicheos y risas, apenas se percibe nada en concreto. Unas voces ahogan a otras y continúan sucediéndose en medio de este clamor humano, que reabsorbe con fuerza centrípeta cuanto gira a su alrededor.

Esta animación extraordinaria, este entusiasmo que contagia y emborracha por la franqueza con que se desborda, im-

prime al día—gris y oscuro, cargado de niebla que lo nubla y ennegrece—, una nota de triunfo que se desparrama por todos los ámbitos con fuerza arrolladora. El pueblo sabe festejar a su manera, con su entusiasmo peculiar, el día que, después de muchos años de lucha, rompe las cadenas que le oprimen.

El ruido de engranajes, hierros y poleas en el interior de la fábrica, con el movimiento del personal de un departamento a otro, dice bien a las claras que en ella se trabaja a un ritmo acelerado. De cuando en cuando, se oyen detonaciones en el Probadero. Al sentir la detonación, los que no están al tanto, empiezan a mirar a un lado y a otro, creyendo que es la artillería emplazada en los desfiladeros, que hace fuego contra el enemigo. Una vez enterados de lo que es, cesan las miradas y las preocupaciones surgidas de momento y se entregan de nuevo a los comentarios.

En un camión de los que nos han «cedido» los de asalto, llegan a la puerta de la fábrica unos cuantos milicianos, cantando la Joven Guardia:

Más hambre no hemos de sufrir.
Los que trabajen comerán.
La explotación va a concluir.
Nuestras las fábricas serán.

Que esté en guardia.
Que esté en guardia.
Siempre en guardia.

Surge una ola de aplausos. Con los puños crispados en alto, se dan vivas ensordecedores.

—¡Viva la Revolución!

—¡Viva el Ejército Rojo!

—¡Viva España Soviética!

—¡Viva Rusia que nos guía!

Los vivas se suceden y confunden atropelladamente, bajo el griterío ensordecedor del desbordamiento popular, que no cesa de manifestarse ante cualquier hecho que redunde en beneficio de la Revolución, carne del pueblo, fiesta del pueblo, deseo del pueblo.

Ante el recibimiento dispensado a su llegada, los milicianos de pie sobre el camión comienzan de nuevo la canción.

Somos la Joven Guardia.
Que va forjando el porvenir.
Nos templó la miseria.
Sabremos vencer o morir.

Noble es la causa de librar.
Al hombre de su esclavitud.
Quizá el camino hay que regar.
Con sangre de la juventud.
Que esté en Guardia...

El espectáculo es imponente, emocionante. Más de un centenar de voces acompañan a los milicianos. Una nube de puños cerrados se agita sobre las cabezas. Los vivas se repiten sin cesar con acusado frenesí. La embriaguez del triunfo se manifiesta con caracteres bien definidos, inconfundibles; la alegría, la sonrisa y la canción a flor de labio, son sus características. El alborozo no tiene límites, rebasa todo lo imaginable, su fuerza espansiva. Se ha roto el dique de contención, y el desbordamiento arrasa con su fuerza ciega, desencadenada, los obstáculos que se interponen en su camino, tanto de un orden como de otro. ¿Al servicio de quién están los fusiles, del proletariado o de la burguesía? Del proletariado. Solamente este cambio brusco lo ha subvertido todo, lo moral y lo material en el término de unos días. La fuerza de la razón no existe. Es una engañifa de los filósofos a sueldo de la burguesía. Es la razón de la fuerza la que ha imperado, impera e imperará mucho tiempo todavía.

Llegan a Trubia más compañeros de Avilés, que han pernoctado la noche pasada en los pueblos de sus alrededores, y que hoy han hecho el recorrido andando para incorporarse aquí al movimiento.

—¿Hace mucho que llegásteis?—nos preguntan.

—Por la mañana—contesta Combila.

—Y a Pedregal, ¿lo habéis traído aquí?

—No, pero lo traerán. Nos hemos separado anoche en el Gorzoli. Lo llevaron por Las Regueras. Aun no han llegado. Anoche, por el camino se puso enfermo el compañero Graciano; y el prisionero pedía que le pegásemos cuatro tiros, porque no podía, según él, soportar aquel calvario. La cordillera parecía la sala de un hospital de tantos lamentos. No os digo nada; una comedia.

—¿Ya os presentásteis al Comité?

—Sí; nada más llegar.

—¿Nos presentaremos nosotros también?

—No hace falta—interviene el camarada Esteban. Ya lo hemos informado nosotros de todo; y ahora, cuando nos avisen para destacarnos, les decimos que han llegado más compañeros. A no ser que tengáis falta de ropa o calzado.

—Estamos arreglados. Nos han dado ropa por el camino, y aunque no es muy buena, para el trato que le vamos a dar, sirve como si fuese de pana.

Tres milicianos reparten pan y chorizos. Es la comida del

medio día. Aunque ya pasan de las dos de la tarde, hay que tener en cuenta que las circunstancias impiden llevar las cosas con regularidad. Es mucho el ajetreo para que así se lleven. El continuo movimiento; la llegada incesante de coches y camiones, metiendo prisa para regresar pronto a su destino, acompañados de otros trabajos inherentes a la insurrección, absorben por completo toda la actividad de los responsables, quedando las cuestiones de detalle relegadas a segundo lugar.

Después de comer salimos de la fábrica para dar una vuelta por los alrededores, Alonso, Combila y yo. Se aburre uno algo entre tanta gente, apretones y codazos. Fuera de la fábrica en algún recodo, nada fácil de divisar a cierta distancia o tapados con lonas para ocultarlos de la aviación, se vé algún cañón ligero y ametralladoras. Los artilleros sentados al pie de sus piezas, fuman y platican animadamente, esperando la hora de romper fuego. La satisfacción dibuja en sus rostros rasgos indelebles de optimismo. Están risueños y animados, como si la gran batalla estuviese ya ganada en toda la península. Esto es lo que se necesita en todo miliciano: decisión en el combate y fe ciega en la victoria.

—Si nosotros hubiésemos tenido en Avilés algún bicho de éstos—dice Combila apuntando para un cañón—, no estábamos aquí a estas horas.

—Pero como no lo teníamos estamos—le replica Alonso.

—Vaya Perogrullada. Quiero decir que, aquí abundan y un poco más repartidos estarían mejor. Si aquí hay, por ejemplo, diez o doce, quedarse con seis u ocho. Aunque la fábrica es un factor de guerra muy importante en nuestro poder, hay que fortificar también las vías de comunicación, donde el enemigo se estrelle y no avance.

Damos unos pasos hacia la izquierda y nos aproximamos donde hay un cañón y al lado tres milicianos.

—Salud, camaradas, —les decimos.

—Salud y revolución—nos contestan.

—¿Qué se cuenta de bueno?—pregunta Combila.

—Que está mal día—responde uno. Y ahora, la tarde menos mal; pero lo que es, la mañana estuvo perra de verdad.

Y se generaliza una conversación que, como es natural, gira alrededor del movimiento, punto neurálgico de todos los comentarios. La riqueza de una insurrección, no estriba solamente en que tiende a emancipar una clase oprimida. Dentro de esa riqueza nace otra, aunque desde luego, mucho más secundaria: la riqueza de los comentarios de la manera de difundir y propalar los rumores, la de la importancia que se da a las noticias. La imaginación popular se desborda, fantaseándolas un cien por cien.

—Aquí—dice un artillero, contestando a una pregunta de

Alonso, sobre la toma de la fábrica por los revolucionarios—, hemos eliminado a unos jefes que a todo trance se oponían a la rendición. Los otros al ver el camino que llevaban sus compañeros, se rindieron en seguida. No hay mejor cosa que cortar por lo sano. Se trabó un tiroteo de parte y parte cuando la toma, bastante regular. El patio de la fábrica y el taller de montaje fueron teatro de la insurrección. En el patio cayeron dos heridos y uno muerto, por parte del enemigo. Luego sacamos un cañón, e hicimos un disparo y todo nuestro. A los dos minutos ya teníamos el pueblo en masa con nosotros, animándonos con su entusiasmo y pidiéndonos armas. Nunca creí que la revolución era un anhelo tan grande, tan arraigado en la entraña del pueblo, hasta que no lo he visto con mis propios ojos. Los que permanecen en estado latente, sin definirse o destacarse en la lucha cotidiana, al estallar el movimiento se desbordan con ímpetu arrollador. Casi nos dejan a nosotros cien metros atrás.

Tiene razón este miliciano. Obreros que nunca se habían visto por los Sindicatos, en reuniones o que ni siquiera estaban sindicados, en la insurrección, nos dan un ejemplo admirable. Ellos también sufren los latigazos del sistema, y aunque por desconocimiento político no se preocupan de la lucha cotidiana, a la hora de la eclosión, son elementos valiosos, de un heroismo ilimitado.

Regresamos a la fábrica. La animación de los grupos sigue creciendo a medida que pasa la tarde. Ya han llegado los emisarios de Oviedo; pero aun no nos han dicho nada sobre nuestro desplazamiento; han pasado a reunirse con el Comité, según dice el camarada Esteban y sin duda lo están deliberando.

—¿Sabes si han llegado los que fueron por Las Regueras?—le preguntó a Fernández.

—No; todavía no aparecieron.

—¿Les pasaría algo?

—Pierde cuidado.

—Los de Avilés. Todos aquí—dice una voz desde el centro del patio.

Es un miembro del Comité el que nos llama. Convergemos hacia él.

—¿Cuántos sois?

Nos contamos.

—Catorce—responde el camarada Esteban—; pero todavía han de llegar más.

—Los que no tengan fusil que lo cojan ahí—dice el miembro del Comité, indicando una pila de éllos.

—Yo necesito también uno—le digo—, porque éste que tengo está todo estropeado; no sirve para nada.

—Coge otro y deja ese ahí para arreglarlo.

—¿Para dónde vamos, para Oviedo?—le pregunta Alonso.

—No, no hace falta. En Oviedo ya no entra ni Dios. Váis a vigilar esos montes de los alrededores por si el general Ochoa se dirige de Avilés aquí. Todos los movimientos que sepáis de su columna es necesario que lo comuniquéis inmediatamente a este Comité.

—Lo que daría mejor resultado—le objeta el camarada Alonso—, sería que nos diéseis armamento adecuado: dos ametralladoras, cincuenta o sesenta fusiles y si es posible un cañón, para volver sobre Avilês y presentarle la batalla allí. Y si no lo derrotamos al menos, le impedimos avanzar.

—No disponemos de ese armamento ahora. Hay otras cosas de más urgencia que atender. Todavía queda algún reducto en Oviedo que, en el momento que caiga en nuestras manos, ya podemos desplazar armas, o inclusive milicianos a donde sea necesario. Entonces volveréis sobre Avilés con el armamento suficiente para recuperarlo. No seáis impacientes.

—Bueno, bueno,—interviene el camarada Esteban. Lo que vosotros digáis. Nosotros hemos venido a incorporarnos aquí y estamos a vuestra disposición.

—Bien: pues váis a salir inmediatamente en una camioneta hasta donde creáis conveniente que os lleve. Coger algún fusil de más para armar a los que se vayan incorporando. Y aquí tenéis municiones, unas bombas y un poco de dinamita, por si os hace falte. Tener cuidado con las municiones que escasean mucho. No malgastar un tiro, que es un tesoro.

Salimos y montamos en la comioneta que nos espera a la puerta. La muchedumbre, al vernos partir prorrumpe en los consabidos vivas con los puños en alto. Cuando este oleaje decrece algo y arranca la camioneta, suena, cantada a coro una estrofa de La Joven Guardia.

Somos la joven guardia,
Que va forjando el porvenir.
Nos templó la miseria;
Sabremos vencer o morir.

VII

Bajo las cortinas de niebla que coronan las lomas, cae la tarde envuelta en las sombras opacas que la ciñen y ondulan como una madeja extendida en forma de circunferencia. Nada se divisa a una distancia que exceda de los cien metros, a

cuyo alcance, el tope ciego de la neblina, limita todos los horizontes. Caminamos hacia el monte y a medida que subimos, se acentúa de más en más el espesor de la niebla. La carretera, blanca y sin polvo, se extiende en las pequeñas rectas, en forma de túnel, bajo la comba de cortinas azulencas. Al doblar las curvas la camioneta, parece que se precipita en un negro abismo que la traga en la obscuridad de sus entrañas, sin darse cuenta ni el conductor ni los ocupantes.

Gotean las ramas de los árboles sobre la lona del vehículo, el agua en ellas depositada, produciendo un ruido blando y espaciado, hasta que alguna sacudida del viento altera su ritmo normal. Y luego vuelven a gotear, de trecho en trecho con precisión casi metemática.

La brisa, húmeda y fría llega a nosotros a través de la cumbre y nos roza la epidermis con sus alas de hielo. Sopla en dirección contraria y la velocidad la hace cortante como un hilo.

En medio del silencio que nos circunda, de una densidad inaprensible, carraspea el motor cuesta arriba, con esa dificultad del viejo inservible, a quien se exige más rendimiento del que buenamente puede dar. Hay en sus ruidos, secos y metálicos, quejidos de impotencia.

La camioneta es un cacharro, viejo y destartalado, sin pintura, con la caja abollada, y llena de golpes y los cierres gastados, substituídos por cuerdas y correas. Se ha requisado de lo mismo que otros armatostes, por la necesidad apremiante del momento. Su único mérito lo tiene en el parabrisas, donde lleva las iniciales de nuestra contraseña: U. H. P.

Con los cañones de los fusiles sobre el borde de la carrocería, apuntando a un lado y a otro, vamos atravesando, a una marcha lenta los mismos pueblos que por la mañana camino de Trubia. Al sentir los estertores del motor, los habitantes salen en grupos invadiendo la carretera, y nos reciben con los puños en alto, entre vivas y cantos revolucionarios. Las voces parecen más bien, por su fuerza expansiva, torrentes desbordados arrasando una llanura. La potencia del sonido es el huracán que destruye, que arrolla, que invade. Tiene acentos de fe, de firmeza, de triunfo.

Como vamos de prisa no nos detenemos, a pesar de los ruegos, súplicas y ofrecimientos. A todo trance quieren que nos detengamos un poco.

—¡Cinco minutos!—ruega una voz femenina.

—¡Cinco minutos na más!—insisten varias a un tiempo.

Pero no puede ser. Y la camioneta acelera la marcha.

Después de atravesar La Venta, en una pequeña recta, descubrimos un coche que avanza en dirección contraria. Del interior del mismo sale una mano por la ventanilla, indicándonos que paremos. Lo hacemos así, y el coche para también

algo distante. Se baja de él un miembro del Comité Revolucionario de Las Regueras, conocido nuestro. Nos saludamos y pregunta qué a dónde vamos destacados. Le ponemos al corriente de nuestra misión y al despedirse, nos dice sonriendo:

—Llevamos aquí un pez «gordu».

—¿Quién es?—preguntamos.

—¡Pedregal!

—¡Ese es nuestro prisionero de guerra!—exclamamos todos a un tiempo.

—Ya lo sé. Van aquí compañeros vuestros que me lo han dicho todo.

—Cuidarlo bien que no se escape—: le dice Combila, cuando se aleja.

—No tengáis miedo que ya le buscaremos buena jaula.

Parte el coche camino de Trubia y nosotros continuamos el nuestro, sin la incertidumbre de lo que pudiera haber ocurrido a los compañeros que la noche anterior habían ido por Las Regueras. Ya van camino de Trubia con el prisionero.

Al llegar a Viedes encontramos otro destacamento rojo, que procede de San Claudio y viene destinado a inspeccionar estos contornos. Lo componen ocho o diez milicianos al mando de un jefe, que se distingue de los demás por un brazalete de percalina roja que lleva en un brazo. Como es ya casi noche cerrada, decidimos pernoctar aquí, para lo cual buscamos una casa que reuna las condiciones necesarias. La encontramos a la salida del pueblo, a la orilla de la carretera, y en ella depositamos, excepto los fusiles, todos los bagajes que traemos. Organizamos las guardias por turnos, y a los que no nos toca hacer el primer cuarto, nos ponemos a limpiar los fusiles, y a examinar los percutores por si están inutilizados. Después cenamos y el menú de la cena se compone de pan, chorizos y galletas que portan los de San Claudio, pues nosotros de víveres venimos desvalijados. Debemos de ser los más tontos. Siempre nos pasa lo mismo. Luego hacemos dos ollas grandes de café, para que dure toda la noche. Yo después de cenar, como no me toca guardia hasta el último cuarto, me retiro a descansar para ir desquitando lo atrasado. Me sigue Combila, a quien también le toca la misma guardia que a mí. Los demás que quedan francos de servicio no quieren acostarse. Tan grande es su sueño que, para dormir dos o tres horas solamente, prefieren no empezar. Yo difiero algo de esta tesis, y escalera arriba me meto en la tenada, sin hacer caso de los que nos abuchean, diciéndonos que, en tiempos de revolución no se debe de dormir.

—Que no duerman ellos si no quieren—arguye Combila. Mientras echa hierba atrás para hacerse la cama.

Temblando de frío despierto a altas horas de la noche y

me levanto. Combila al sentirme, pregunta medio dormido o soñando quizá.

—¿Ya nos llamaron; ya es hora?

—No; no han llamado aún; pero yo estoy muerto de frío y voy a bajar.

—Y yo, que también tengo lo mío.

—Debe de estar cayendo una helada de las de órdago a la grande, porque es demasiado el frío que hace.

—Vale más que así sea. Yo prefiero las heladas a la lluvia permanente.

Llega hasta la tenada el murmullo de risas y voces de los que quedaron de velada en la cocina; llega sordo a través de las paredes. Bajamos, entrando en el local. Una tufarada nauseabunda de humo de cigarros y vaho de respiración, en hedionda mezcolanza es lo primero que nos recibe al entrar. Este recibimiento no es muy grato a la nariz, por cuanto que resopla, repeliéndolo violentamente al principio; luego se va adaptando poco a poco a este olor. Una capa de humo, flota sobre las cabezas a lo largo y ancho del local, bamboleándose de un sitio a otro. Como tienen la cocina con lumbre, la temperatura es bastante elevada, y si no fuese por la atmósfera enrarecida, daría gusto dormir aquí. No obstante, algunos están tumbados por los rincones y roncan satisfechos de haber cogido el sueño entre el ruido de los demás.

—¿Qué; ya os hartásteis de dormir, que despertáis sin que os llamasen?—nos dicen al entrar.

—¿Qué hora es?—pregunta Combila.

—Las dos—responde Alonso. Aun os falta una hora para la guardia.

—¿Hay café?—vuelve a preguntar.

—Para los que duermen no hay nada—exclama uno guiñando el ojo.

—¡Eso lo veremos!—replica.

Después de unas cuantas zalemas de todos los gustos, dice el mismo:

—¡Sí, hombre; no lo va haber! ¡Todo lo que queráis!

Tomamos café y copa, con lo que el cuerpo, entre este líquido y el calor del fuego entra en reacción que da gusto.

Un joven miliciano, barbilampiño, de diez y seis o diecisiete años del grupo de San Claudio, empieza a contarnos anécdotas de la toma de Oviedo por los rojos, en la cual, según dice, tomó parte muy activa. Aunque las cuenta con gran seriedad, nos parece que exagera al relatar sus hazañas. Nos resistimos a creerlas, sobre todo por el número de guardias de asalto que ha matado. Nada menos que tres han caído por su mano en el primer encuentro que tomó parte contra la fuerza pública.

—«Sí, hombre, sí—afirma cuando le contradecimos. Los

tres cayeron en el campo de San Francisco. Estaba yo en él atrincherado, cuando veo que tratan de aproximarse unos cuantos guardias. Doy la voz de alarma a los compañeros, echo el fusil a la cara, y ¡zás!, uno que rueda patas arriba. Vuelvo a cargar el fusil, y ¡zas! otro que lleva el mismo camino. Hago la misma operación con un tercero que no dice ni pío. Si viérais con qué rapidez se retiraron los restantes. Escabulléndose entre los árboles. Por más disparos que les hice, no vi caer a ninguno de ellos».

Y hace ademanes con el fusil como si estuviese realizando la reconstrucción de los hechos. Como nos ve sonreir, para convencernos recurre al testimonio del jefe. Este corrobora y afirma:

—Así es. Aquí donde lo véis tan chiquillo, que parece haber dejado ayer la teta, es de los de pelo en pecho.

Llega la hora de nuestra guardia y abandonamos Combila y yo la casa convertida en campamento, trasladándonos a un montículo que dista unos quinientos metros de la misma, donde están los que vamos a relevar. El tiempo está cambiado completamente. Hiela y una brisa polar sopla en dirección nordeste. El cielo está despejado y cubierto de estrellas, cuya luz clarea la noche con sus reflejos que permiten distinguir los objetos a cierta distancia.

—¡Alto! ¿Quién va?—Nos sorprenden al aproximarnos.

—El relevo—contestamos.

—¡Ya era hora! ¡Aquí no para ni Dios de frío!

—¿Hay novedad?

—*Sin novedad en el frente*, camaradas.

—Pues os podéis retirar—les digo. Hay en la casa café y lumbre, para que os calentéis por dentro y por fuera, antes de ir a dormir.

—¿A dormir? ¿Para qué?—dice uno de ellos. Para dormir una hora o dos, quiero más no probarlo.

—Entonces, ¿Quién lo impide?

—Si salimos por la mañana, de cinco a seis, con todo el equipo.

—¿Quién ha ordenado eso, si yo no sé, ni me han dicho nada?

—Así se acordó mientras vosotros dormíais. Nosotros regresamos a San Claudio y vosotros partís a primera hora. Bueno, que os divirtáis. No os entretenemos más.

El frío, bajo la noche estrellada, la soledad y el silencio que nos rodea, cada vez adquiere mayor intensidad. Más que a paso lento, con ritmo acelerado, se va adueñando de nosotros, hasta convertirnos en estatuas. Los músculos se ponen rígidos; inertes. La humedad de veinticuatro horas que llevamos en la ropa, se pega a la piel por los efectos de la helada, como cola a la madera.

Hay un silencio profundo, insondable, a nuestro alrededor, en medio del cual, los contornos que se perfilan por medio de la luz que irradian las estrellas sobresalen con majestad de monstruo. De noche parecen gigantes. La obscuridad que los cubre, los agranda y prolonga, cual cuerpos elásticos.

La brisa arrastra ecos lejanos. Trae algunas veces la canción, suave y fina, del cristal que arranca de la arboleda al chocar contra el ramaje; otras el rumor de la hojarasca que desprende de los árboles y zarandea de trecho en trecho.

Esto de las guardias nocturnas, en un paisaje solitario es de una monotonía insoportable. Aburren al más pacienzudo. Los relojes deben de estar detenidos por una mano invisible. Viene a romper de vez en cuando, esta monotonía algún eco, rumor o ruido extraño, en dirección impreciosa, que infunde en la noche cierto recelo. El centinela al oirlos, quita el seguro al fusil, y con él echado a la cara avizora en todas las direcciones, creyendo que son pasos del enemigo que se aproxima. Aguza más el oído al ver que no concreta nada y ausculta alrededor, y... ¡nada! Es el viento que tiene ganas de dar la lata. Entonces baja el fusil, echa el seguro y vuelta a la inmovilidad, a entregarse otra vez a la monotonía de las horas que transcurren detenidas.

La artillería roja desde El Naranco, dispara algún cañonazo que otro sobre la capital. Sin duda está bombardeando algún reducto donde se ha hecho fuerte el enemigo. La noche se estremece bajo los bramidos de las baterías. Los estampidos fuertes y prolongados, retumban con estrépito en medio de la soledad. Este bombardeo acompañado del que hay a nuestra espalda, aunque más distante—el de los barcos de guerra en aguas de Gijón—rompen el silencio que nos envuelve y anima la noche, haciéndola más entretenida.

En Oviedo, que descubrimos perfectamente, por el alumbrado eléctrico que lo rodea de una circunferencia blanca y azul, se oye de ralo en ralo algún disparo de fusil. El restallido, seco y claro, llega hasta nosotros amortiguado por la distancia. Deben de ser tiros de «paqueo», inevitable en toda contienda.

Los barcos de guerra, desde Gijón, escrutan la inmensidad con sus potentes reflectores. Proyectan su luz sobre una longitud incalculable bañándola en azul, rojo y anaranjado. Penetra en los valles y sube lomas arriba con una agilidad asombrosa. Parece un monstruo devorando las montañas, a las que abraza para que no le rehuyan. Giran a un lado y a otro, desprendiendo destellos de luz en los accidentes del terreno. Cuando los tenemos enfocados nos ciegan y deslumbran. Clarean la noche y perfilan los contornos con sus reflejos.

Por las detonaciones lejanas que se perciben, casi dos a un mismo tiempo—el cañonazo y luego la explosión—, se des-

prende que están bombardeando a Gijón. Algún barrio, donde los compañeros se habrán hecho fuertes, estarán haciendo añicos sus cañonazos.

—Eso es algo serio—exclama Combila, sin salir de su asombro embelesado, con los reflejos.

—¿El qué?

—Los reflectores: los hay que tienen más de cuarenta kilómetros de alcance.

—Más serios son los cañones, y a esa distancia no los temo.

—¡Vaya Mediterráneo que has descubierto! De buena duda me has sacado. Digo que esos reflectores son algo serio, porque descubren nuestras posiciones y las bombardean a su antojo.

La artillería de El Naranco sigue funcionando a pequeños intervalos. Algunas veces sus cañonazos se confunden con los del enemigo. Parece que han establecido un pugilato para ver quién bombardea más y mejor; los rojos a Oviedo y los blancos a Gijón. En este concierto de metralla, en medio de la noche y bajo el firmamento claro, límpido y estrellado, se está decidiendo la suerte de dos mundos, cuya pugna eterna, se encuentra en este momento en estado de erupción. El mundo viejo se revuelve como un cerdo en el charcal de su propia corrupción, y lanza gruñidos de impotencia, aullidos de chacal, contra el mundo nuevo, viril y pujante que se subleva contra la podredumbre, antes de perecer asfixiado en sus fétidas miasmas.

Enmudece el aire y la tierra; apenas se siente el débil eco de los rumores, ahogado por las explosiones que ensordecen el espacio a esta hora de la madrugada, cuando el horizonte se tiñe de naranja y el alba empieza a despuntar, asomando la nieve de su ropaje, que descubre el blanco verde de la helada sobre los ribazos y en las hondonadas.

Hace un frío intensísimo que no podemos combatir debido a la inmovilidad a que estamos sometidos; no podemos pasear por la dificultad del terreno, cuyos desniveles son demasiados bruscos. Combila se entretiene embelesado con los reflectores, que no cesan de girar y girar, proyectando su luz blanca, azul y mate, en todos los alrededores y latitudes. Las estrellas parpadean al retirarse y hacen guiños como si estuviesen dotadas de sentido humano.

En Oviedo los disparos de fusil, acostumbrados los oídos al estruendo de la artillería, suenan como esos restallones que tanto agrada a los chiquillos jugar con ellos. Hasta parecen inofensivos. Ahora menudean; esto ya no es «paqueo». Algún combate se debe de estar librando porque la intensidad de los disparos, acompañada con alguna que otra explosión lo dicen bien a las claras. La artillería de El Naranco tampoco se duerme.

—¿No sientes frío?—me pregunta Combila.

—Me parece que ya estoy en el tercer estado de él, o sea cuando los músculos se van quedando rígidos. ¿Y tú?

—Yo estoy que no me aguanto. Tiemblo como una vara verde.

—Vamos a bajar a la carretera para pasearnos un poco.

—No estará demás, que yo, si no fuera que me entretienen algo los tiros y el movimiento de los reflectores, no sería capaz de aguantarme aquí.

Bajamos del montículo y nos ponemos a pasear. Sopla una brisa fría y fina que nos hiere la cara con sus alas de hielo. Como saliendo a las penumbras de un abismo, aparece allá lejos, una luz lívida y mortecina, que avanza en nuestra dirección. Se pierde de cuando en cuando en las curvas y recodos del camino, y vuelve a reaparecer de nuevo, cada vez más próxima.

—¿Será algún espía?—advierte Combila.

—No creo que se atrevan a presentarse de esa manera. Debe de ser algún obrero de la fábrica de Trubia que va al trabajo en bicicleta.

La artillería de El Naranco, canta sobre el amanecer con gruesa voz triunfante. En la capital los disparos de fusil también acusan un acento de triunfo. Los reflectores giran y giran sin cesar, cubriendo las lomas de blancura. La luz se aproxima. Parapetados la esperamos.

—¡Alto! ¿Quién va?

—¡U. H. P.! ¡U. H. P.!

Esta madrugada antes de emprender la marcha, hemos nombrado al camarada Esteban jefe del destacamento. Resultaba un poco anómalo que en un grupo numeroso como el nuestro no existiese un jefe responsable. Aunque parezca mentira, en esta materia, los jefes son tan necesarios como los simples soldados. Sin ellos no hay trabajo centralizado posible.

Distribuído en tres escuadras con su correspondiente cabo cada una, avanzamos ahora por los montes de Llanera, en dirección a Avilés, donde hemos dejado al enemigo, no hace aún cuarenta y ocho horas. A la llovizna y niebla anterior, que ya nos tenían más que aburridos, ha sucedido un día espléndido, con un sol relumbrante que, a esta hora del mediodía baña las cumbres y el fondo verde de los campos. Fué ayer y nadie se acuerda ni de la lluvia ni de la niebla; parece que ya hace un siglo que pasó. Esto no tiene nada de extraño. Se vive más en dos días de revolución, que en veinte años de esta vida estúpida que algunos llaman normal. Se suceden ante uno tantas cosas. Es uno actor de tantas escenas

que, a la vuelta de un sueño parece que ya ha pasado un siglo.

Sobre la cima de un montículo, oteamos con unos prismáticos que, aunque no miden la distancia tienen un alcance bastante considerable. Una llanura accidentada se extiende ante nuestra vista; pero no descubrimos ningún objetivo. Seguimos hasta la próxima cumbre o colina, desde la cual volvemos a otear.

El camino sinuoso y las espinas de las argomas y rastrojos que nos lacera la carne con sus agudas puntadas, son las únicas calamidades de la marcha. Al mismo tiempo de la exploración, hacemos instrucción de guerrillas. No está mal como entretenimiento; pero resulta un poco pesado después de haber cumplido los treinta años. Ahora, según la vamos haciendo, me doy cuenta de lo astuta que es la burguesía al llamarnos a filas en el albor de nuestra juventud. A esa edad no se cansa, y se obedece como autómatas, porque la conciencia no está bastante despierta todavía.

El sol pica y nos hace sudar. Cuando atravesamos un valle o ladeamos la falda de alguna loma, donde no ejerce su influencia, es como si nos adentrásemos en una zona de temperatura semiglacial. Una brisa húmeda, surge del fondo y acaricia nuestra piel, por la que resbalan gotas de sudor.

Explorando en un amplio frente, llegamos hasta el límite de nuestro cometido y hacemos un alto en el camino, para ver qué rumbo tomar. En un trayecto bastante largo no se columbra al enemigo. Sin duda se halla en Avilés todavía. Nuestra misión, por el momento, es vigilar sus pasos por si trata de aproximarse a Trubia en esta dirección. Por ahora, media una distancia enorme y esto nos permite alguna holgura. A la sombra de unos castaños, puntualizamos lo que se ha de hacer. Se acuerda pernoctar esta noche en Fanes sin perder de vista la carretera. Nos volvemos a distribuir. Una escuadra con los gemelos, marcha al Gorzoli para, desde esta eminencia escrutar la lejanía. Los gemelos son los reflectores diurnos, muy útiles y prácticos para la guerra.

Con la marcha y el aire—oxígeno puro que se respira—, se nos abren las ganas de comer, adormecidas durante estos días. La alimentación es un problema que no sé cómo lo vamos a resolver mientras deambulamos por estos contornos. Tendremos que recurrir a los campesinos, muy a pesar nuestro. No queremos que despierte en éllos ni el más mínimo recelo hacia la revolución; ellos la ven a través de nosotros, de nuestros actos, y si cometemos alguno que no sea de su agrado, ya los tenemos en contra. Los de por aquí son pequeños propietarios casi todos, y por ahora ven con simpatía el movimiento. Esto es un buen síntoma y hay que procurar que no se evapore. Pero a pesar de todo esto, tenemos hambre, y por consiguiente, necesidad de comer.

Los campesinos no son tacaños; nos ofrecen voluntariamente su comida que nosotros rechazamos en algunos casos, pidiéndoles solamente un poco de pan y cebollas para ir tirando. Ya vendrán tiempos mejores. Combila que conoce algo estos lugares, en seguida descubre un botín.

—Aquella casa blanca—dice—es la del cura. Vamos a comer allá, que esos lo ganan bien descansados.

Ninguno opone reparos, por tratarse de quien se trata, y nos dirigimos todos a ella, penetrando en el interior sin pedir permiso. Dos mujeres que están en la cocina, al vernos reciben un susto bastante regular y empiezan a mirarse una a otra y las dos a nosotros. Una es entrada en edad, la otra más joven. La primera, sin duda, es el ama; la segunda... ¡quién sabe! Será a lo mejor su hija, aunque el vulgo la llame sobrina, porque estos individuos, ya desde tiempo inmemorial tienen la manía de llamar a sus hijos, sobrinos; y por tanto, no sabe uno a qué carta quedarse.

Como tardan en salir de su asombro o temor, Combila dice dirigiéndose a la vieja:

—No se asuste, señora. Sólo venimos a comer. ¿Tiene algo por ahí preparado?

—¡Sí, sí; todo lo que quieran!—responde aceleradamente. ¡Siéntense, siéntense, que voy a prepararles comida en un momento!

—¿Pero no la tienen preparada?—les vuelve a preguntar Combila.

—Tenemos pote de calabazón; pero a ustedes no les gustará.

—¡Póngalo a ver!—les decimos.

Mientras pone la mesa la vieja un poco más dueña de sí misma, rompe a hablar con nosotros, contándonos que no es muy boyante la situación económica de los curas de aldea.

—Es mayor el ruido que las nueces—arguye.

La joven, hija o sobrina, pasado el susto del primer momento, abandona el mutismo y entra en la conversación.

—Sí—corrobora las palabras de la vieja—: desde que vino la República estamos tan pobres como cualquier pequeño labrador. Por decir que nos vamos sosteniendo y a duras penas.

—¿Qué? ¿Dónde está el cura?—pregunta Rodrigo.

—Está de viaje—responde la dueña.

—¿De viaje?—exclama Combila.

—¡Sí, sí!—afirma la joven.

—Estará por ahí escondido en algún rincón—objeta Combila.

—No, no; pueden mirar, si quieren, la casa.

Luego lanza una exclamación que nos hace mucha gracia:

—¡Jesús! ¡Dios ponga paz a ésto!

Al vernos sonreir retira la vista avergonzada. La sobrina sonríe también por lo bajo, con mal disimulada malicia, qui-

zá de la vergüenza que le da a la vieja nuestra actitud por su, para nosotros, absurda exclamación.

Terminado el calabazón, trata de hacernos una tortilla; pero no la aceptamos.

—Voy a hacerles una tortilla de chorizo y jamón, «pa detrás».

—No; deje; no se moleste—le dice Rodrigo. Por ahora estamos satisfechos.

Combila guiña el ojo y dice sonriendo:

—Luego se quejan de que lo pasan mal y tienen hasta jamón, cuando nosotros no lo vemos más que colgado en los almacenes. A esta gente hay que entenderla. Por el miedo son capaces de darte hasta un ojo de la cara; pero estoy por apostar que, en el momento que salgamos de aquí, si llega un pobre pidiendo, no le dan un pedazo de pan. Lo mandan con Dios y mañana vuelven a la iglesia a rogar.

La vieja lo oye y hace protestas, diciendo que siempre fueron muy caritativos. Hay que tener en cuenta que semejantes manifestaciones es lo primero que te escupe el enemigo en la cara cuando se encuentra en estado de inferioridad. Salimos y ya afuera Combila se deshace en risa.

—¡Aquí me las den todas!—exclama. ¡Menudo susto les hemos dado! Yo creí que se morían cuando nos vieron entrar. Al ver nuestro proceder, de seguro que están haciéndose cruces y preguntándose interiormente:

—«¿Pero qué clase de revolucionarios son éstos, que no nos violaron, robaron y atropellaron»? ¡Con el concepto que tiene de nosotros toda esa clerigalla!

—Pues que vayan cogiendo puntos—le respondo.

—¿A ver si te vas a creer tú—replica—que te lo agradecen. El solo hecho de haber entrado en su casa, ya lo toman como un sacrilegio que jamás te perdonarán.

—Pues entonces que tomen por el...

Al atardecer caemos sobre Fanes, punto convenido para pernoctar esta noche y establecemos nuestro cuartel en la capilla, donde al penetrar, después de forzar la puerta, nos recibe una virgen con las manos en actitud implorante. Yo la contemplo unos segundos: no por nada, sino porque me recuerda otra, con el mismo o parecido vestuario y en la misma o parecida actitud: la virgen del pueblo donde transcurrió mi infancia. Mi malicia, respecto a la religión y a las mujeres estaba a la misma altura. No me fiaba ni de Dios. Tanto caso hacía de la escritura sagrada, cuando encontraba en ella, apesar de los pocos años, párrafos tan incongruentes como el de que la virgen había engendrado y continuaba siendo virgen, como de lo que decían nuestras mujeres de aldea ante un próximo alumbramiento, sobre el encargo de los niños a París. Ahora al recordarlo, delante de

este pedazo de madera, sonrío y me pregunto: ¿Continuarán engañando y atemorizando a los niños, en los pueblos donde no hay carretera, fábricas ni ferrocarril y el cura ejerce funciones de virrey? Sin duda alguna. A pesar de que el tiempo no transcurre en balde, la religión pesa sobre la ignorancia más de lo que nos figuramos.

Nos repartimos a cenar por las casas. Los vecinos rivalizan en ofertas y atenciones. Los hay que nos ofrecen hasta corderos. Nosotros los rechazamos; no queremos gravar demasiado su por demás exigua economía. Con un plato de cocido, leche y pan nos damos por contentos.

Luego de cenar se determinan los puntos de vigilancia y se distribuyen las guardias. Hace poco que se ha retirado la luna del primer cuarto creciente, quedando la noche envuelta en la más completa oscuridad. Las baterías de El Naranco disparan a menudo rasgando la densidad del silencio nocturno y los reflectores, desde Gijón, cubren de blancura la inmensidad. De principio imponen cierto respeto por el resplandor que proyectan en el seno de la noche; después nos familiarizamos con ellos, sirviéndonos de entretenimiento durante las guardias. No se oyen tiros hacia la parte de Oviedo. Estamos más lejos de él que ayer, y quizás éste sea el motivo por el cual no se sienten los restallidos de fusil. El silencio es profundo y la oscuridad impenetrable, lo envuelve todo—noche, tierra y hombres—en una reconditez absoluta. A dos pasos no se distingue nada. El aire se mueve silenciosamente como arrastrado en llantas de goma.

Llega el relevo y nos retiramos a descansar al pabellón tenada. De ésta apenas nos acostamos sale un rumor monótono y desigual que se eleva hacia el tejado, con intención de salir por los intersticios al exterior. Es el ronquido de los durmientes, sordo y prolongado como el ruido de una carreta por engrasar. Algunos respiran débilmente, medio asfixiados por el polvillo de la hierba, seco y pegajoso. Como el cansancio es grande a poco de acostarme me quedo dormido.

Por la mañana, cuando nos despiertan, el sol penetra por entre las rendijas del tejado, proyectándose en líneas cuadriculares. Toses y espectoraciones se suceden a la incorporación. El polvillo de la hierba se ha introducido en la garganta y dificulta la respiración. Garraspeamos lo mismo que asmáticos. Más que milicianos rojos, parecemos internos de un pabellón de tuberculosos, por la manera de lanzar esputos que tenemos. Los bronquios se irritan dándonos una completa sensación de enfermos. Después de lavarnos vamos a desayunar cada cual donde ha cenado. La brisa fresca de la mañana trae rumores de más allá que arranca de las cumbres; luego los diluye en el vacío que va poblando de ecos im-

perceptibles. No se oye un cañonazo. Parece que no estamos en revolución. La artillería de El Naranco, de día se enmudece, como si el chillar de noche fuese su única misión.

Bajo la tranquilidad aparente, incolora que nos circunda, nos reunimos en la capilla para tratar de la manutención. El camarada Combila hace uso de la palabra:

Yo opino—comienza—que nosotros no debemos de comer a costa de estos campesinos. Son pobres, y si se pierde la revolución...

—¡No podemos sentar eso como precedente!—le interrumpe el camarada Alonso. Aquí no hay nada perdido ni que perder, sino que ganar.

—Rectifico, camaradas. Quiero decir que podemos resolver la situación sin recurrir a esos extremos.

—¿Qué resoluciones aportas tu?— Le pregunta el camarada Esteban.

—Una que creo más justa.

—¡Habla pronto!

—No lejos de aquí existe un burgués semifeudal que es médico y milita en las filas del fascio. Tiene unas cuantas cabezas de ganado. Podemos ir allá y cogerle una o dos, las que creamos conveniente, y así podremos comer algo que nos sostenga, porque si hemos de decir la verdad, ya desde el día cinco andamos a menos de media ración. Y, ésto, a pesar de todo lo que digáis en contra, no lo creo nada justo por dos razones: Primera: ¿cómo nos vamos a batir contra el enemigo, si no podemos sostener los pantalones?, y segunda, que no encuentro nada revolucionario, pasar hambre cuando a nuestro lado hay opulentos burgueses todavía. Si aun no hemos tenido tiempo de ir a la expropiación de las grandes propiedades por medio de decretos leyes, tenemos los fusiles en la mano, que son la verdadera ley que existe.

—¡Muy bien!—le dice Fernández. ¡Estás como dios!

—¿Qué hacemos?—pregunta Alonso.

—Lo que propone Combila—responde Esteban. Yo lo apruebo sin más discusiones.

Y sin más preámbulos nos dirigimos a la casa de dicho fascista.

—Traemos orden del Comité Revolucionario—le decimos al llegar— para llevar un ternero de su hacienda.

—El ganado no es mío ahora—nos contesta. Hace tiempo que lo he traspasado al casero (Colono), y por tanto, es de su propiedad.

—Con que del casero ¿eh?—le objeta Combila con un deje irónico en la voz.

—Si ustedes no me quieren creer—vuelve a decir—, hagan lo que quieran; ahí tienen la cuadra.

Llega el casero en este momento y me dirijo a él.

—¡Oiga, paisano: haga el favor!

—¿Qué «quier»—arguye con voz temerosa.

—Primeramente, que no se asuste ni tenga miedo. Este fusil no se emplea contra ustedes—le digo mostrándoselo. Es un camarada más que nos ayudará grandemente a emanciparnos de la tutela que nos oprime y expolia. Ahora bien: usted va a decirme la verdad. Necesitamos saber si el ganado es suyo o del burgués que vive en esa casa.

—Non, el ganao ya fai tiempu que ye mío—contesta con aplomo y en asturiano.

El burgués se ha retirado, no se le vé el hocico. Combila y Fernández que me acompañan en esta misión, salen de la cuadra con un ternero.

—Bueno, paisano le vuelvo a decir—; usted se empeña en no decir la verdad, y nosotros le llevamos el animal.

—Non, yo la verdá ya-i la dixe. Si ustedes non la quieren creer, yo qu yes voy a facer.

Se presenta una hija, y dirigiéndose al padre, le pregunta:

—¿Qué, van a llevamos el xatu?

—Sí, fia; ¿nos le ves?

—¡Yera (era) lo que nos faltaba!—exclama, rompiendo a llorar.

Esta exclamación, tan sincera como espontánea, nos hace cambiar de parecer. Para mí encierra, acompañada del llanto, toda una tragedia económica. ¿Quién sabe la situación, que atraviesan estos campesinos, bajo las garras del usurero. Por este motivo, optamos por dejárselo, y emprendemos el regreso al campamento para dar cuenta de lo ocurrido.

Después de informar, nos mandan a buscar otro a la hacienda de un concejal reformista y rico porpietario, agrícola y urbano. Caminamos carretera abajo más de un kilómetro, hasta llegar al domicilio del rico concejal reformista. El sol de media mañana, calienta y brilla, sacando vivos reflejos de los cañones y cerrojos de los fusiles. Nos desviamos un poco de la carretera y damos de narices ante la puerta de una casa. Es la que buscamos. Aparece una mujer en el umbral y nos pregunta:

—¿Qué quieren?

—De parte del Comité Revolucionario que nos entregue usted un ternero—le contesta Combila. Es para aprovisionar un destacamento rojo aquí arriba destacado. Ustedes están ricos; pueden bien, y nosotros no tenemos que comer. Además, ahora dicen que llegó el reparto—termina diciéndole con sorna las últimas palabras.

—Si nosotros somos tan «probes» como vosotros—gruñe la mujer. ¿De qué le vamos a tener?

—Bueno, bueno—interviene Fernández—; a callar que no

estamos para cuentos de la buena pipa. De sobra sabemos nosotros cuál es la situación económica de ustedes, y creemos que, por llevar un ternero—aunque le llevemos diez—, no van ir por eso a mendigar. Todavía les quedan miles de duros dedicados a la usura y en acciones que les producen estupendos dividendos, mientras que nosotros andamos a medio comer.

Combila y Fernández sin más requisitos, entran en la cuadra y sacan un ternero. Le atamos una cuerda a los cuernos, para sujetarlo mejor y emprendemos el regreso, con la pieza.

—Ahora parecemos tratantes—exclama Combila, según vamos empujando el animal carretera adelante. Aunque no tenemos cartera con billetes, hay fusiles para pagar esta clase de mercancía. El fusil es el papel moneda para efectuar estos pagos.

Nada más llegar lo matamos y nos ponemos a desollarlo.

—Cuánto más gusto daría desollar un burgués, dice Fernández, mientras con un cuchillo va desgarrando el vientre del animal.

—Un burgués—interviene Alonso—no merece la pena desollarlo. Su piel no sirve ni para forrar alpargatas. Es tan fina, está tan poco curtida que al menor rasguño se pica:

—Pues una chuleta de solomillo de burgués—advierte Combila—no debe de saber del todo mal, siendo tan fina.

—¡Qué lo coma dios!—exclama Esteban—que yo temo reventar con ella! Esos están tan podridos física, como moralmente.

Se juntan a nosotros más compañeros que proceden de Avilés. Poco a poco, el destacamento va creciendo. Ya no hay fusiles para todos.

Después de comer, un joven, que nos merece toda confianza, llega hasta la capilla para darnos la noticia de que la columna del general Ochoa, iba esta mañana en dirección de Oviedo por la carretera que une a Avilés con la capital. Afirma que la ha visto cuando subía por la cuesta llamada la Miranda.

Buscamos una bicicleta, e inmeditamente parte en ella un miliciano para Trubia. Hay que poner al Comité en antecedentes del rumbo que lleva el enemigo. Aunque ya es algo tarde, no hay más remedio que hacerlo, puesto que al partir nosotros de Trubia, nos ha encarecido que lo tuviésemos al corriente de todos los movimientos del ejército que quedaba en Avilés. A pesar de que el camino que lleva el enemigo, está fuera de nuestra «jurisdicción», queremos ponerle sobre aviso, para que tome las medidas que crea pertinentes.

Sobre las cuatro de la tarde llega al campamento el miliciano que a medio día enviamos a Trubia. Le acompañan Braulio, Ortiz y los demás que han llevado a Pedregal por

Las Regueras. Vienen a incorporarse al destacamento y traen orden del Comité de que nos repleguemos a La Venta y permanezcamos allí destacados, como puesto de avanzada de la posición de Trubia. Buscamos una caballería para transportar el ternero; colocamos un animal sobre otro y emprendemos la marcha carretera abajo, formados de a dos. Un grupo delante y otro detrás; el convoy en medio. A un lado y a otro de la carretera, los campesinos, con la cerviz doblada sobre el terruño, se dedican a la recolección del maíz, sin perder un minuto. Para ellos el buen tiempo es un tesoro. De cuando en cuando, pasan el dorso de la mano por la frente, para limpiarse el sudor y la sacuden con violencia. Representan un cuadro vivo de la famosa e histórica sentencia: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente».

Aunque los diversos colores de nuestros uniformes, deslucen algo la marcha, caminando así formados, damos la impresión de estar realizando un desfile militar. Suenan firmes y a compás los pasos sobre el afirmado de la carretera, levantando columnas de polvo que flotan en el aire, encima de nuestras cabezas, hiriéndonos la vista con persistencia sistemática. Los oblicuos rayos del sol, sacan reflejos de aluminio de los cañones de los fusiles que llevamos en banderola. La puesta del sol baña en un tinte anaranjado la tarde que se desploma en un éxtasis sensual. Allá en el horizonte el sol periclita, rodeado de nubes multicolores que lo acorralan en un círculo reducido.

—Sabes qué para no haber ido al servicio, marcas bastante bien el paso—dice Combila a Suárez.

—Es por intuición—responde éste sonriendo.

VIII

LA PRIMERA RETIRADA

La Venta es una posición estratégica por el cruce de carreteras entre Trubia y Oviedo, por la parte de San Claudio. A nuestra espalda queda Santullano de Las Regueras y enfrente, un poco hacia la derecha, se levanta El Naranco cubierto de pinos, cuya cumbre semeja el lomo de un elefante. Detrás de nosotros, se eleva la eminencia de un desfiladero de los que rodean a Trubia, donde tenemos emplazada la artillería, con el objeto de dominar esta entrada.

Estamos cerca de Oviedo; pero no lo alcanzamos con la vista por una elevación que se interpone entre él y nosotros. Sólo divisamos a San Claudio. Desde lejos parece que está enclavado a la falda de El Naranco, con las chimeneas apuntando para el cielo y echando humo ceniciento. La carretera se extiende de la Venta a Oviedo en una badeada llanura, serpenteando los accidentes del terreno, hasta perderse en el corazón de la capital.

Desde que hemos llegado aquí los aviones no dejan de lanzar zumbidos en el espacio, ensordeciéndolo todo con su estrépito. El aire está preñado de ruidos de motores. Llevamos hoy todo el día viéndolos cruzar de Oviedo a Trubia y de Trubia a Oviedo. Evolucionan sobre la fábrica y los desfiladeros de los alrededores, para descubrir nuestra artillería y bombardearla como objetivo principal. Coche o camión que divisen camino de Trubia lo bombardean. A todo trance quieren aislar la fábrica del resto de los demás frentes, impidiendo, con barreras de metralla, todo aprovisionamiento. Como tenemos orden de no hacerles fuego—con fusiles nada o casi nada se les puede hacer—, para no malgastar inútilmente municiones, cuando los descubrimos cerca de nosotros nos ocultamos debajo de los árboles si estamos a campo raso, nos

arrojamos al suelo con el fusil debajo del cuerpo, para que el sol no saque reflejos de los cañones y nos denuncien.

El camarada Alonso nos da instrucciones contra el bombardeo. De un día a otro, quizá mañana mismo, tendremos que operar bajo sus efectos y no sabemos una «papa» cómo quién dice, para esquivarlo en lo posible. Nos reune a todos y cogiendo una piedra que envuelve en un papel blanco, nos dice:

—Si la aviación ataca con gases, sin careta nada se puede hacer; pero si lanza granadas no habiendo mucha aglomeración, se pueden esquivar si no son muchos los aparatos con un poco de serenidad. Por ejemplo, en un grupo como este, si llegase ahora un avión y empezase a bombardear, ¿Qué haríais?

—¡Fuego!—responde Combila.

—¡Vaya, carajo! Yo os digo en caso de esquivarlo, porque habrá ocasiones en que será igual hacerles fuego que no, y habrá otras en que hacerlo sería una imprudencia. Cuando las circunstancias lo aconsejen así, hay que procurar no ser víctimas propiciatorias.

—Y ¿qué remedio hay para eso?—pregunta Melchor.

—Esto y mucha serenidad: Yo soy el avión, esta piedra la bomba. La voy a tirar al alto; cuando la veáis bajar, echáis todos a correr, separados, procurando tiraros a tierra un poco antes de caer la bomba. La primera vez, yo os daré la voz.

Hace un esfuerzo y lanza la piedra al alto. Ruido de pasos que se arrastra en todas las direcciones.

—¡A tierra!—ordena.

Nuevo ruido, blando y seco de cuerpos que chocan contra el suelo. Y así, una y otra vez.

—Me cago en d...! ¡Esto es una comedia!—ruge el cojo. Tú estarías en Africa, operando cerca de la aviación, pero para comediante no tenías precio. ¿Crees tú que somos monos para andar jugando con nosotros? Véte al carajo tú y tu táctica defensiva. Si nos coge la aviación y hay que morir se muere. Alguna vez ha de ser; pero haciendo fuego como dice Combila.

Hemos mandado por más fusiles a Trubia. Han llegado, aisladamente varios obreros de Avilés que piden armas para incorporarse a nosotros. Mientras las haya, hay que armar a todo cristo que sea explotado. Los que llegan de Avilés nos dicen que el enemigo ha sufrido quince bajas en el encuentro que sostuvimos con él en la tarde del lunes pasado. Nosotros, según dicen, hemos sufrido dos bajas, de milicianos. Inocentes mataron más.

—No estuvo del todo mal—arguye Ortiz. Le causamos quince bajas y lo entretuvimos cerca de dos días, mientras tanto

en Oviedo se ha asaltado la fábrica de armas y nos hemos surtido de éllas. Si no lo entretenemos esos dos días, hubiese sido un revés.

Cae la tarde. Oscurece. Esta noche no me toca hacer guardia. Hay muchos «quintos» que todavía no han pelado ninguna y bueno es que se vayan acostumbrando a ver los reflectores y a oir la artillería de El Naranco, que de noche funciona de lo lindo. Nada más cenar me tumbo sobre un montón de paja que hay debajo de un tendejón. Nos levantaremos tiesos de frío; pero ¡qué se va a hacer! La noche aburre, se hace interminable sin dormir.

La llama viva de los reflectores llega hasta el tendejón, me molesta, impidiéndome el sueño. Le vuelvo la espalda y echo un saco sobre la cabeza. Detrás de mí es acuestán más y pronto empieza la canción de los ronquidos, monótona y prolongada como el murmullo de una fuente.

Hacia media noche me despierta el camarada Alonso.

—Pero ¿qué pasa?—le pregunto. ¿No habíamos quedado en que esta noche no haría guardia?

—Sí; pero ahora vamos a montar nosotros la guardia de honor. ¡Anda!

Le sigo hasta un extremo del campamento, donde ya se encuentran Esteban, Ortiz, Braulio y Rodrigo. ¿Qué ocurrirá—me pregunto interiormente, para que se reuna de imprevisto y a esta hora intempestiva el Estado Mayor del Radio Comunista de Avilés?

Nos sentamos. La luna se esconde detrás de una montaña de nubes, dejándonos envueltos en la oscuridad plomiza de la noche. Un rumor sordo, confuso, indescifrable arrastra el aire hacia Oviedo. La artillería de El Naranco rompe la densidad del silencio con el estruendo de sus cañonazos. Hay una soledad que espanta a nuestro derredor. Se sienten claros, en medio de esta soledad los pasos de los centinelas por las carreteras. Lo demás todo duerme, sumido en un letargo mortal, menos nosotros y el aire que dialoga con las ramas de los castaños.

El camarada Esteban hace uso de la palabra:

—Camaradas: La situación se presenta crítica por demás. Las provincias no han respondido y Asturias se encuentra llena de fuerzas enemigas y entrando sin parar. En vista de esto el Comité Provincial ha abandonado el movimiento, quedando éste dirigido por otro Comité que ordena se luche hasta el último momento. Ahora bien; lo que debemos de analizar, para prevenirnos contra cualquier eventualidad que se presente, son las consecuencias que puede traer tras de sí, esta retirada, porque no cabe duda, que ha de traerlas. La desmoralización, en mayor o menor grado, ha de sobrevenir. Nosotros debemos de ponernos a la altura de las circunstan-

cias, para contrarrestarla, esgrimiendo todos los argumentos que creamos convenientes. Primeramente, no dar cuenta de ella a nadie; como que no sabemos nada. Cuando empieza a propalarse, quitarle importancia, diciendo que es un accidente sobre la marcha que, tarde o temprano, había de ocurrir.

La luna sale de su escondite, volviendo a proyectar sobre la tierra un manantial de luz. Se oyen disparos de fusil en Oviedo. Las baterías de El Naranco braman en furiosos estallidos contra la ciudad, donde la burguesía aterrada, se esconde en los cuchitriles. Los reflectores llamean sobre las lejanas crestas de las cumbres que resplandecen bajo la llama viva de sus fulgores. Parece que están ardiendo. Permanecemos encerrados en un mutismo que desconcierta. El silencio es denso y mudo, como una montaña.

—Y ¿cuándo lo han abandonado?—pregunta Rodrigo rompiendo nuestra mudez.

—Hoy—responde Esteban. Al oscurecer llego aquí un emisario con la orden de retirada. La medité un poco. Luego supe por rumores que circulan por ahí, que la orden partía del primer Comité y que éste ya había sido sustituído por otro. Por tal motivo, no he dicho ni una palabra hasta ahora.

—Pues lo que debías de haber hecho—le replica Ortiz—, era haberlo detenido, para darle nosotros retirada y media. Ellos si lo quieren abandonar todo, que lo abandonen; pero que no recorran los frentes sembrando el desconcierto, al mismo tiempo que ya se han puesto otros al frente de la insurrección.

—Para contrarrestar ese desconcierto estamos nosotros—advierte Esteban. Con ese objeto nos reunimos. Y no discutimos más. Una vez enterados de lo ocurrido, todos sabemos nuestra misión.

Nos retiramos. La luna se vuelve a esconder, no tras de nubes, sino definitivamente. Vuelvo al tendejón y me tumbo otra vez sobre la paja. Los compañeros duermen todos a pierna suelta, y algunos roncan produciendo un ruido como gruñidos de cerdo.

—Dormid tranquilos—les digo, por lo bajo—que no hay novedad.

Uno sueña, y pronuncia palabras incoherentes. De pronto despierta sobresaltado exclamando:

—¡Un tiru, un tiru!

Sacude a los otros para despertarlos y los pregunta:

—¿No oísteis un tiru?

—¿En dónde?—interroga uno.

—Por ahí cerca.

—Sería en Oviedo, advierte otro incorporándose.

Yo me finjo dormido y escucho, y para que así me crean, ronco algo, también.

—No—le rebate el que cree haberlo sentido. Fué por aquí cerca.

—¿Avisaron las guardias?

Nadie responde afirmativamente, y él vuelve a afirmar que lo ha oído.

—Entonces, soñástelo—le dice otro irónicamente. Mira, mira, si tienes miedo deja el fusil y márchate para casa, que no estamos para que nos dé nadie la lata.

—Miedo lo tendrás tú—ataja.

Intervengo para cortar el incidente, y finalmente les digo que duerman tranquilos que, si llega a ocurrir algo ya avisarán.

Vuelve a reinar silencio en el tendejón. Trato de dormirme; pero no soy capaz. Al cerebro le da la manía de pensar en la revolución y sus vicisitudes. La retirada del Comité me hace meditar hondamente.

En Asturias se retiran. Companys capitula en Cataluña con la Esquerra y la F. A. I. condena el movimiento. Vaya trío. El trío de la capitulación. Mucho ruido y pocas nueces. Pero no es ese el caso: el caso es que estamos solos aquí en Asturias, donde la voz cantante es la nuestra, rodeados por el enemigo contra el cual tendremos que librar grandes batallas, que sino, marcharíamos sobre otras regiones. levantando al proletariado a nuestro paso y enseñándole el camino del triunfo, de la revolución. Pero esto será pedir peras al olmo. Bastante tenemos para nosotros aquí.

Cuando mañana o pasado, empiece a circular el rumor.... ¿cuántas maldiciones recogerá el vacío? ¿Contra quién? ¿Por qué?..... Alguno, el más humorista, Combila quizá, al enterarse, dirá con cierta ironía, preñada de interno dolor:

—No cabe duda. La II Internacional conduce al proletariado de victoria en victoria, al poder. Y si no que lo digan nuestros camaradas italianos, alemanes, y austriacos. Nosotros nos reservamos la opinión para mañana.

Cada vez que doy vueltas sobre el camastro, quiebran, con débiles quejidos, las pajas bajo el peso del cuerpo. Al sentirlas reflexiono:

Nada de extraño tiene que se rompan estos cuerpos sin consistencia. Más fuerte era la II Internacional y se ha roto en toda la línea, no por un peso extraño, sino roída por el gusano de seda de su dirección, que la ha incapacitado para resistir el menor embate, circunscribiéndole a servir de apéndice, a los fines de una democracia utópica, puesto que no existe ni en el papel.

El campamento duerme el sueño profundo de lo inerte. No se oye más ruido que el que producen las guardias por las carreteras y el monólogo de la brisa, tierno y suave como un suspiro. Mis compañeros han vuelto a coger el sueño y ron-

can, sacudiendo las pajas con el aire del resoplido, fuerte y prolongado. Hace rato que no se siente un tiro ni en Oviedo ni en El Naranco. Si no fuese por los reflectores eléctricos que juguetean sobre las cumbres, nadie diría que estamos en plena insurrección, por la tranquilidad que reina a esta hora de la madrugada.

Poco a poco se van despejando las nubes en el horizonte y el alba resplandece en medio de un círculo de nubecillas rojas que empurpuran. La tierra adquiere un color plomizo que palidece con las primeras luces de la mañana. Todo despierta sonriente, alegre y risueño. El Naranco sacude la modorra y brama su artillería. A medida que transcurre el tiempo, desaparece en la púrpura del horizonte. Clarea la mañana y el sol retoza en el fondo del firmamento con inquietud de recién nacido.

Nos levantamos con más frío que calor. De los compañeros parten algunas indirectas contra el que soñó con tiros anoche.

—¿Qué?—le dice uno— ¿no has sentido más tiros?

Finge no darse por aludido, con admirable indiferencia.

—¿No oyes, hombre?—le vuelve a decir. ¿Qué si no has oído más tiros?

—¿Quieren hacer el favor.....?

Los campesinos se desplazan al trabajo bien de madrugada. La tierra los absorbe, los traga mejor dicho, durante el día. Con la cabeza inclinada sobre ella están toda la jornada dale que dale. Cuando hay nutrido tiroteo, o pasa zumbando un avión, la levantan con inquietud y atisban embelesados. De los tiros sueltos ya no hacen caso. Sacuden un poco los hombros como si los sobrecogiese el disparo y continúan tan tranquilos.

Nos distribuimos en grupos alrededor del campamento. De día, como divisamos las cuatro entradas, no ponemos más que uno de guardia en cada una, y esto por formulismo. En Oviedo empiezan a menudear los disparos de fusil, también se siente el tableteo de una ametralladora. La mañana se anima entre rumores de la brisa; los tiros que suenan lejanos y el sol que comienza a picar. Estamos en un grupo lo menos catorce. Yo con la espalda vuelta a los demás, un poco abstraído, con la vista hundida hacia Oviedo, donde el fuego de fusil y ametralladora se intensifica cada vez más, escucho los comentarios que se suscitan en el grupo. Huelga decir que todos se hacen sobre el movimiento. Aun no están enterados de la desbandada del Estado mayor. Por ahora comentan noticias pasadas de moda, fuera de actualidad, encuadradas dentro de la revolución. Algunas, para mí son frescas, aunque tardías, pues hechos posteriores las han echado por tierra.

—Creo que Companys—dice uno— ha declarado la República federal en Cataluña.

—Eso ya lo dirán los fusiles—replica otro—cuando nosotros atravesemos el Ebro. Entonces se decidirá si la República ha de ser federal o soviética.

Doy media vuelta y me quedo de cara al grupo. La discusión me interesa, no por la República federal, pues de sobra sé que Companys ya ha capitulado, sino por esa réplica que se hace a su proclamación. Para mi es interesante, porque sale de los labios no comunistas, y éste es un buen síntoma. Aunque el movimiento lo hayan desencadenado los socialistas, el proletariado ve su salvación en el régimen soviético.

Siguen las réplicas y contrarréplicas.

—Pero qué mas da que proclame o haya proclamado la República federal—interviene Combila—, si ya ha capitulado ante el general Batet.

Hay un momento de asombro, de sorpresa. A algunos la noticia, de refresco, les produce el efecto de una bomba. No estaban en el secreto y ésto los desconcierta.

—¡La cabrita tira al monte!—exclama uno, con marcada indiferencia.

Y esto no nos debe extrañar. Antes de rendirse a nosotros, de ser absorbidos por nuestra fuerza, se ha entregado a los suyos, aunque sepa que lo fusilen. Todo primero que nosotros nos adelantemos, que salgamos de los límites que nos tienen marcados.

—Pero el caso no es sólo eso—vuelve a decir Combila—; el caso es que la F. A. I., también condena el movimiento y ordena a los suyos la vuelta al trabajo.

—¡Mira a los anarquistas!—exclama Melchor. ¿Quién lo iba a esperar de ellos? Si antes del movimiento, me lo juran a pies juntos, no soy capaz de creerlo.

—Dónde no hay táctica ni teoría revolucionaria—arguye Fernández, es de esperar eso y algo más.

—Eso—aclara el cojo—es una quijotada de la F. A. I.

Reimos la ocurrencia.

—¿De qué os reís?—interroga. La F. A. I. representa en nuestros días, a las mil maravillas, el papel del Quijote. Cabalga sobre la luna para «desfacer» los «entuertos» que existen sobre la tierra. Para ella no hay clases. Su objetivo es emancipar la humanidad. ¿Cuál? La libertad es su Dulcinea, aunque la disfrute Romanones, y de Sancho o Escudero, le sirve resignadamente, sin reclamar salario, la C. N. T.

—Eso no es manera de enfocar el problema—le replica Ortiz.

Una escuadrilla de aviones avanza en dirección a Trubia. Hienden el espacio los ruidos de motores que rugen con estrépito desarticulado. El sol brilla sobre las alas y las héli-

ces, sacando reflejos de metal. Los aparatos proyectan su sombra, movible y oscura, en la tierra.

—Estos algo traen por aquí—advierte Ortiz. Como no vengan explorando y marcando el rumbo al enemigo. Así hicieron en Avilés.

Pasan sobre nosotros. El estrépito nos ensordece. Parece que se hunde el firmamento. Evolucionan sobre las casas y arrojan octavillas impresas, y siguen camino de Occidente, reluciendo bajo el sol hasta perderse en la lejanía, donde ya no se oye el trepidar. El viento bambolea las octavillas, suspendidas en el vacío. Se diseminan y vuelven a juntarse, tardando en bajar a tierra. Su escaso peso las hace estar a merced de caprichos ajenos. Caen, por fin, después de una serie de jeroglíficos que ya no podemos soportar. Nos abalanzamos sobre éllas y las leemos con avidez:

—«Rendíos rebeldes asturianos. En las demás provincias no hay nada. Ya ha sido sofocada la rebelión. Sólo sois vosotros. Rendíos, rebeldes asturianos que no os pasará nada».

Este llamamiento a deponer las armas nos produce una carcajada general. Miramos la dirección de los aviones que ya remontan el horizonte y les gritamos fuertemente, como aquel histórico sargento:

—¡Mierda! ¡Rendíos vosotros!

En seguida se cursan órdenes y se moviliza el destacamento. Hay que hacer una exploración, por si detrás de los aparatos viene el enemigo. Salimos en guerrillas provistos de gemelos, a inspeccionar los alrededores. En Oviedo se recrudece el tiroteo. El fuego es nutrido de fusil y ametralladora. Estas con su inconfundible tac, tac, tac, pueblan el aire de sonoros restallidos. Varias escuadrillas de aviación lo cruzan de parte a parte, bombardeándolo con intensidad. Entre explosión y explosión, cantan las ametralladoras. La capital ofrece un aspecto trágico a través de la distancia que nos separa de ella, El aire y la tierra, parece que chocan y arden y estallan entre el ruido de tanta metralla.

Al no descubrir nada, regresamos al campamento. El sol quema y escuece la piel, en el cuello y en las axilas. Más que sol otoñal, es un torrente de fuego que se desploma sobre la tierra agrietada, abrasada y reseca por la llama de sus fulgores. Las sombras de los arbustos tiemblan estremecidas, al compás de la brisa que las bambolea. El aire tibio y sofocante, arrastra un olor a humo que atufa la nariz y dificulta la respiración.

Otra escuadrilla de aviones, o mejor dicho la misma, porque viene en dirección de Occidente y es igual número de aparatos nos sorprende en pleno campo, al regresar de la exploración. Desplegamos, separándonos y nos arrojamos al suelo. Vuelan bastante bajos. Si nos descubren entre los helechos,

con la cara besando la tierra ardiente, seremos blancos de sus ametralladoras. Con los fusiles tapados, para que los cañones no brillen y nos delaten, esperamos, impacientes que pasen. Rugen sobre nuestras cabezas. Su estridencia nos produce escalofríos. La sombra negra que proyectan sobre la tierra ha pasado sobre nosotros también, alejándose el peligro y el pánico.

Después que pasan. Combila se levanta el primero y les apunta con el fusil.

—¡No dispares!...exclama Ortiz.

—Tengo una gana de tumbar uno que no veo—arguye.

—Como no te tumben ellos a tí.....—le replica. Con el fusil y a distancia, bastante les vas a hacer.

—Daría un ojo de la cara por echar uno a tierra.

Reagrupados otra vez, vuelven a surgir los comentarios. Los que no están al corriente de lo que sucede. no barruntan nada malo; respiran optimismo por todos los poros. Yo casi nunca intervengo en las discusiones. Me mantengo un poco alejado, finjo cierta indiferencia, para observar mejor los estados de opinión.

—¡Qué coincidencia!—exclama uno—. Otro Octubre Rojo.

Qué paradoja encierra esta frase. El Estado Mayor en franquía y los milicianos soñando con otro Octubre Rojo.

—Se dice por ahí—interviene otro—que las granadas de nuestra artillería no tienen espoleta.

—No hay que darle tanta importancia a eso—ataja Melchor—. Si se pudiese combatir con armas iguales, ¿dónde estaríamos ya? A esta hora no habría un rincón de España donde no ondease nuestra bandera. Nuestra moral debe de suplir la deficiencia y desigualdad de armamento. Lo más temible es la aviación, y se la hace frente. *A grandes males, grandes remedios.*

Llega otro miliciano y da otra noticia:

—¿Sabéis lo que dice el ministro de la Gobernación por la radio?

—¿Pero todavía habla el Gobierno desde Madrid?—exclama Ortiz, dirigiéndose al que acaba de llegar.

—Al parecer—le responde.

—¿Pero qué harán los madrileños—vuelve a exclamar—, que a estas horas todavía no han arrojado al Gobierno al Manzanares? ¿Qué esperarán?

—¡Vete tú a saber!—arguye Combila—. En Madrid son muy diplomáticos y quizás se crean que les van a entregar el Poder lo mismo que lo entregaron los otros el 14 de abril.

—No cabe duda—aclara Melchor—. Tendremos que invadir Castilla y continuar hasta los Pirineos, desencadenando la revolución a nuestro paso.

—Esto se justifica—interviene Ortiz de nuevo—y se debe al fenómeno de la desorganización revolucionaria que padecemos en España.

—Entonces, ¿qué es lo que dice el ministro de la Gobernación por radio?—pregunta Combila al recién llegado.

—«Que en toda España hay tranquilidad, después que ha sido abortada la criminal intentona, que unos antipatriotas desencadenaron para estrangular a España, hundiéndola en el desprestigio».

La noticia produce, de momento, cierta estupefacción; pero pasa pronto, sin detenerse, como un relámpago. En Oviedo continúa el tableteo de las ametralladoras y el bombardeo de la aviación. Hay tranquilidad en España..., según dice el Gobierno.

—¿Y de quién es esa radio?—pregunta Ortiz.

—Es del dueño de la taberna que hay a la entrada del pueblo—responde Gaspar.

—Pues hay que intervenirla. El Gobierno, si quiere hablar, que se dirija a los burgueses del barrio de Salamanca. Allí le escucharán con placer y hasta puede que le aplaudan.

—En lugar de intervenirla—aclara Gaspar—sería mejor ponerla con las estaciones francesas. Así estábamos al tanto del movimiento en provincias y nos ciscábamos en las noticias del todavía Gobierno español. Yo comprendo algo el francés.

—¡Sí, sí!—aprueba Combila—. A mí me agradan mucho los noticias del extranjero. Casi siempre son favorables a los rebeldes.

—Entonces—ordena Ortiz dirigiéndose a Gaspar—: Vete tú allá, con otro, si quieres, y le dices que queda terminantemente prohibido recoger las noticias que lanza el Gobierno.

—Voy yo contigo—exclama Combila—. Vamos a ver qué dicen de nosotros los franceses.

Parten Gaspar y Combila, desapareciendo entre las sombras de los árboles. Permanecemos un momento silenciosos, con la vista extendida a lo largo y la atención puesta en Oviedo. Sobre éste, la aviación ruge con estridencia, zigzagueándole a escasos metros de altura. Menudea el bombardeo y el aire se agita allá lejos, entre explosión y explosión. El enemigo arrecia en el ataque contra la capital. Es un plato un poco duro, a pesar de que dispone de abundante armamento y aviación. La resistencia, por las trazas, es heroica; pero si el asedio dura muchos días y continuamos permaneciendo aislados, no cabe duda que lo tomarán. Si estallase el movimiento en otras dos provincias más, pronto dejaría de hablar el Gobierno desde el Ministerio de Gobernación.

Nos avisan de que vayamos a comer. Salimos corriendo. Es la llamada a la que se presta más atención y primero se

obedece. Después de comer nos volvemos a desparramar por los alrededores del campamento. El calor sofocante de media mañana ha desaparecido. La temperatura ha descendido, casi bruscamente. Ahora sopla una brisa norteña bajo la aparente tranquilidad que circunda las primeras horas de la tarde. Calma gris, indolente, que se proyecta sobre las sombras de los desfiladeros, y penetra en el fondo de los valles, dándoles una sensación de quietud ficticia, que los adormece en un éxtasis paradisíaco. Ruge la aviación y levantan nubes de humo y polvo las explosiones. Retumban los estampidos como truenos de tempestad.

—En Oviedo—dice uno—nuestros compañeros las deben de estar pasando putas, mientras que a nosotros nos tienen aquí tomando el sol panza arriba.

—Si llegamos a hacer falta, ya nos avisarán—le responde otro. Saben donde estamos. Además, este frente, por muy duro que sea lo que ocurre allí, escasamente lo abandonen. Es una avanzadilla muy estratégica de la fábrica de Trubia, y no la van a abandonar estando el enemigo tan cerca.

—No obstante eso—le objeta—, aquí estamos muchos.

—No tantos. De noche hay bastante que vigilar. En todo caso, ya decidirán los jefes.

Llegan Combila y Gaspar.

—¿Qué dice la radio?—les pregunta Ortiz.

—¡Sandeces!—responde Combila—. Dice el ministro de la Gobernación que en Asturias los jefes han escapado cargados de millones, y que los demás revoltosos huyen a la desbandada, abandonando muertos y heridos, armas y municiones. Tanta risa me dió, que escupí en la radio, creyendo que le escupía a él en la cara.

—¿Y no la pusísteis con alguna estación francesa?—pregunta Fernández.

—Sí—responde Gaspar.

—¿Y qué dicen allí?

—Las noticias que he podido entender son bastante contradictorias. Según ellos, Margarita Nelken avanza sobre Asturias al frente de una columna de cincuenta mil campesinos.

—A ver si nos va a salir esa señora un nuevo Cid Campeador—exclama Ortiz.

—Todo eso es pura mentira—ataja Braulio—. ¿Cómo es posible que avancen sobre Asturias, si no son capaces de cortar el paso al enemigo? El que avanza sobre Asturias es éste y no la Nelken con sus campesinos; a pesar de todo lo que digan las estaciones francesas. Una prueba de ello es que en Madrid el Gobierno todavía sigue siendo dueño de la situación.

—Que se aproveche de ella—exclama Rodrigo—. Para lo que le va a durar...

—También quise entender—continúa Gaspar—que Indalecio Prieto había llegado huído a Francia.

—¡Eso sí será verdad!—asiente Melchor—. Ese nada más que oyó explotar por radio el primer cartucho de dinamita en Asturias, cogió el rápido de la frontera, diciendo: «¡Ahí os queda eso! ¡Desenredarlo!».

—¿Y será verdad—pregunta Combila, con cierta ingenua seriedad—lo que dice el ministro...?

—Ex ministro, tú—le ataja el cojo, bromeando. ¿O todavía reconoces autoridad a ésos?

—Yo—replica—, maldito que poder burgués reconozco, y sobre todo, en estos momentos.

Llegan otros dos compañeros de Avilés y antes de acercarse a nosotros salimos a su encuentro, ansiosos de saber algo de allí. Por tal motivo se suspenden toda clase de comentarios que nos habían sugerido las noticias contradictorias comunicadas por la radio.

El sol se inclina y pega de lado en su ruta descendente. Las crestas de los desfiladeros de los montículos y de las cumbres adquieren un color rosáceo cuando empieza a atardecer. Del fondo de los barrancos y describiendo una marcha ascendente, el sol va ganando a paso lento las cimas de las cumbres, y descansa sobre éstas, en un desaliento mortal, de fatiga y cansancio.

—¿Qué se dice de nuevo por Avilés?—pregunta Ortiz a los dos compañeros que acaban de llegar.

—¡Nada! Allí campan los fascistas por sus respetos. Las calles son de ellos. Andan armados de escopetas en compañía de la fuerza pública, metiendo en la cárcel a quien se les antoja.

—Déjalos, que pronto se les va a acabar. Luego ya irán ellos a la cárcel—les responde uno.

—Al que han dado una buena paliza en la Corredoria —dice el otro—fué al general Ochoa. Creo que le desbarataron la columna; muchos tuvieron que regresar a Avilés andando; otros se quedaron por el camino, maltrechos, sin coches y ni autocares. Dicen que ha sido un desastre para el enemigo. Las ambulancias de la Cruz Roja no cesan un momento de transportar heridos al hospital de Avilés.

—¡Por ahí me las den todas!—exclama Combila.

—Eso es un leve preludio de lo que les tocará—advierte Braulio.

Volvemos a remontarnos sobre la carretera. En Oviedo el combate decrece, pierde intensidad.

—También se dice por Avilés—aclara uno de los llegados—, que en Gijón han desembarcado el tercio y los moros.

—Esa noticia ya es vieja—responde Combila. Ya lo hemos sabido ayer.

Hoy nos hemos hecho con un coche para nuestro servicio. Yo no sé por qué arte de magia ha sido. En las revoluciones, en las guerras, las cosas se suceden como por encantamiento, dirían los antiguos.

Y pobre de aquel que trate de estar al corriente de todos los pormenores. Se volvería loco irremisiblemente. Unos dicen que ha sido quitado a los que huían y otros que nos lo han dado de Trubia para que, cuando tuviésemos algo que comunicar, lo hiciesemos rápidamente. Sea por lo que fuere, que a mí no me interesa, el caso es que tenemos un coche de cinco o seis plazas a nuestra disposición.

Y esto nos da cierto realce. Un destacamento sin coche, para transmitir los partes con rapidez, hace el ridículo, en estos tiempos de tracción mecánica y locomoción cerebral.

Oviedo reposa envuelto en nubes de humo, extenuado por el cansancio del combate. Se oye de vez en cuando alguna descarga aislada; pero esto nada dice después de lo que hemos presenciado durante todo el día. Bajo las sombras grises que lo rodean, huyen los timoratos, los neutros. Lo abandonan en caravana como si fuesen en peregrinación, a implorar a una virgen desconocida, para que los curase el miedo a la revolución. Traen con ellos muchos chiquillos. Esto sería humanitario, si no les sirviese de pretexto para huir de la quema.

Por la carretera que se extiende desde La Venta a la capital, avanza hacia nosotros una compacta muchedumbre, arrastrándose lentamente, como un rebaño. La diversidad del colorido de la indumentaria, se destaca con viveza entre las nubes de polvo, blanco y grisáceo que levanta a su paso. Echamos los gemelos a la cara para ver qué clase de gente se aproxima: si es burguesa o proletaria. Predomina en su mayor parte esta última, por sus trazas y vestuario. Vienen algunas mujeres que desdicen algo. A distancia parecen burguesas. Quién sabe lo que serán. Al acercarse y divisarnos, agitan pañuelos blancos con las manos. Les hacemos señas para que continúen. Y empiezan a llegar hasta nosotros mujeres pálidas, ojerosas, con los párpados hinchados por el desvelo y algún que otro susto. Traen de la mano, unas y a hombros otras, chiquillos famélicos, enfermizos. Vienen hombres que, aunque entrados en edad, todavía podían coger un fusil. Casi todos vienen provistos de una autorización para que los dejemos circular libremente; pero lo que más se remarca en ellos, es la catástrofe moral sellada en la frente.

Marcha una caravana y llega otra. La carretera se convierte en un hormiguero humano. De Oviedo sale gente sin cesar. Yo de los niños, al principio me compadezco, me da lástima verlos en semejante situación. Luego reflexiono: «De todas maneras, bueno es que se vayan acostumbrando a los tiros, a la guerra. Este puñetero mundo no es más que una

perfecta lucha, y asi se entrena para mañana, en caso de que perdamos esta».

Estas desbandadas son el síntoma, el retrato o el espejo, mejor dicho, de la situación que atravesamos. Y determina una reacción violenta en nosotros. La marcha de los acontecimientos influye mucho sobre el proceder de la masa y del individuo. Según veo pasar ahora a algunas burguesas o semiburguesas, de cutis fino sonrosado, compungidas y temerosas, con esa hipocresía del que espera mejor ocasión para la revancha, me dan ganas de gritarles:

—¡Hala, so zorras! ¡A dar el «dengue» por ahí!

Pero como traen pase no quiero quebrantar la disciplina, aunque me pese mañana, si perdemos.

La débil luz crespuscular, se va extinguiendo poco a poco, y el campamento queda envuelto en las primeras sombras del anochecer. Ahora empieza a bramar la artillería de El Naranco. Ataca con ímpetu juvenil, de desquite. Los primeros cañonazos, rasgan las cortinas azulencas del crepúsculo, adormecidas en la penumbra del oscurecer.

Empieza a circular con insistencia un rumor por el campamento. Lo acogemos con mal disimulada alegría. Se dice que en el ataque a Oviedo, el enemigo ha sido rechazado valientemente, haciéndole numerosas bajas.

—¡Ah!—se oye exclamar a alguno—. ¡Si se recibiesen noticias de toda España, como éstas! ¿Quién nos vería? ¡La tierra temblaría bajo nuestros pies, y con sólo nuestro aliento huiría el enemigo! Yo dudo de semejante éxito. Estoy al corriente de la situación; pero finjo creerlo y sonrío para no dar lugar a sospechas. Y de la duda, si alguna tengo, me saca muy pronto el camarada Esteban, que va pasando revista y no de comisario, sino de comunistas. Nos hace una seña y le seguimos. «Alguna guardia de honor vamos a montar»—me digo interiormente. Un poco alejados, Esteban nos dice—: Esto, camaradas, va de mal en peor. El enemigo ha tomado la fábrica de armas de La Vega, y la situación en Oviedo es más crítica de lo que nos podemos imaginar. Se cree, según rumores, que ésta noche rodearán estos alrededores para mañana, a primera hora, organizar el asalto a la fábrica de Trubia. Y una vez las dos fábricas en su poder, sin tener nosotros dónde nos provean de material, darnos la batalla en toda la provincia. Acabo de llegar de Trubia, donde el Comité me ha puesto al corriente sobre el particular. Tienen confidencias de que esta noche el enemigo dirigirá sus pasos hacia aquí. Por tal motivo, nosotros vamos a distribuir las guardias en dos o tres kilómetros de longitud. Luego, cuando se destinen se darán instrucciones concretas.

Quedamos un poco perplejos, ante semejante revelación. El enemigo ha tomado la fábrica de armas de Oviedo, parece

que exclamamos todos sin mover los labios, mirándonos con una frialdad que espanta. ¿Qué ha ocurrido aquí? Esto es un desastre. Aquella frase de «en Oviedo no entra ni Dios», que repetían en Trubia de boca en boca, con ingenuidad infantil, se ha venido a tierra.

—Entonces, ¿cómo ha sido eso?—pregunto al camarada Esteban.

—La bombardearon y no hubo más remedio que abandonarla. Mañana se emprenderá un ataque a fondo, para reconquistarla de nuevo. Quizá sea inútil el empeño. La aviación nos abrasa, y para contra escasean mucho las municiones. Las granadas de nuestras baterías no tienen espoleta, y sin ella poco pueden hacer. El enemigo es numerosísimo y está bien dotado de todo; pero no obstante, sino fuese por la aviación, todavía se le mantenía a raya.

—Y de provincias ¿no se sabe nada?—interroga Ortiz—. ¿No se tienen noticias favorables por nuestra vía de comunicación?

—No estoy enterado, ni nada me han dicho. Desde luego, no hay que pensar en eso, puesto que el enemigo avanza sobre Asturias en todas las direcciones, incluso por vía marítima. A pesar de todo, hay orden de resistir tenazmente, hasta última hora; hasta que se agote el último cartucho. Nadie nos puede negar que de la noche a la mañana, el proletariado de algunas regiones, al ver la batalla que se está librando en Asturias, se lance a la calle por encima de la cobardía de sus jefes y se tuerza el rumbo de los acontecimientos. Por este motivo, aunque la situación se hace insostenible, hay que sacar fuerzas de flaqueza para contener al enemigo, hasta ver en qué para esto.

—En una austriacada—objeta Ortiz.

—¡No seas tan pesimista, hombre—le ataja Combilla—, que todavía estamos sobre las armas! ¿Quien quita que sea verdad que viene la Nelken con sus cincuenta mil campesinos?

—¡Y un jamón!—replica—. ¿Todavía seguís soñando? Lucharemos hasta última hora, como es nuestro deber; pero tened en cuenta que esto desemboca en una austriacada. Lo presentí desde el primer momento. *A las revoluciones no se puede jugar*. Pero en fin, con lamentaciones nada se adelanta. Sobre los escombros de esta derrota, organizaremos la futura insurrección.

—Yo—arguye Esteban—, a pesar del cariz que toma esto, todavía me siento algo optimista. ¿Quién me puede negar que no dé una pequeña vuelta y...?

—Y nada—interrumpe Ortiz, sin dejarlo terminar. Cada uno puede tener el optimismo o pesimismo que crea conveniente. A nadie se fuerza; pero la situación hay que examinarla serenamente, con frialdad, pensando sus pros y sus con-

tras. Y según se presenta hoy, todo optimismo no deja de ser una chiquillada.

Los reflectores comienzan a llamear sobre las cumbres de la lejanía, introduciéndose en las hendiduras, serpenteando las laderas, hasta que coronan otra vez algún montículo. Dan virajes rápidos y se entierran tras de alguna eminencia reapareciendo al segundo proyectados en línea recta por ellos delineada.

Vamos a cenar, pera ir luego cada uno a su destino. Por entre las ranuras de las ramas penetra la luz lunar, clareando el campamento. Los reflejos planteados brillan sobre el césped y las sombras de los árboles adquieren una longitud, que se proyecta fuera del recinto. Cuando estamos cenando, llegan, por no sé que conducto, unas octavillas impresas en Oviedo por el Comité Central Revolucionario. Su texto es algo peripatético. Hacen un desesperado llamamiento a las armas, que deja entrever, después que se medita un poco, la gravedad del momento que se atraviesa. A continuación dice que el movimiento marcha bien en las principales provincias, y que han sido tomadas algunas bases de aviación. Y termina con un viva a la República Obrera y Campesina.

Esto, con la noticia anteriormente circulada, sobre la derrota que había sufrido el enemigo en su ataque a Oviedo, produce gran entusiasmo; a pesar de que ya empezaron a circular ciertos rumores sordos de cuál era nuestra situación. Las noticias que nos dan las octavillas son, desde luego, falsas. Ellas mismas se delatan por su contextura lagrimeante. Procedimientos heroicos a los cuales hay que recurrir cuando las circunstancias así lo exigen. Y no vale negar, surten el efecto apetecido. Cicatrizan con toda urgencia el más leve síntoma de desmoralización. Aunque ésta no se había manifestado en lo más mínimo, ¿quién puede asegurar que no surja de un momento a otro? Por eso estas octavillas están bien. Llegan, y apenas se leen levantan oleadas de optimismo. Hacen mella hasta en los que estamos al corriente de cuanto sucede. ¡Hay que fingir tanto en este mundo! No vamos a ser nosotros, precisamente los que demos sensación de derrota, aunque en el fondo exista. Nuestro deber es muy otro. ¡Siempre adelante!

IX

OVIEDO. — LA DERROTA

Esta noche se ha movilizado todo el destacamento. Nadie está franco. En previsión del ataque nocturno a la posición de Trubia, se han distribuído las guardias estratégicamente, a todo lo largo del frente, en un trayecto de tres o cuatro kilómetros, metidas por las hondonadas, cubriendo los senderos y sobre las crestas de las colinas, dominando la lejanía. A una eminencia de ésta llegamos Ortiz y yo. Ortiz es el encargado de distribuir y controlar las guardias en el frente Noroeste.

—Tú te quedas aquí en esta avanzadilla—me dice cuando llegamos a la cima de una colina—. Cuando veas que se aproxima el enemigo, disparas un tiro de señal y te repliegas al compamento; pero antes de disparar, cerciórate bien, no te equivoques. En el campamento, sino estamos nosotros allí, disparas otros dos seguidos, para avisar a nuestra artillería, y echas a correr camino de Trubia, hasta donde nos encuentres, sin detenerte un momento. Al sentir los últimos disparos, nuestras baterías romperán fuego, según la consigna y muy fácil, si nos descuidamos, sea alguno de nosotros la primer víctima. Vamos a establecer un contacto permanente con Trubia—continúa—para movilizar, a la vista del enemigo, todas las fuerzas defensivas de la posición. Por este motivo te quedas solo. Al mismo tiempo vigilas mejor; nadie te entretiene.

Bueno, no te digo más; no vayas a producir una alarma injustificada. En tu serenidad confío.

Al quedarme solo, el silencio que me rodea adquiere un hondo sentido de tristeza. La luna vierte su lívida luz sobre la tierra, cubriéndola de parda blancura, con leves espacios de oscuridad, que se perfilan a lo lejos, en las quebraduras

del terreno, donde el viento se agita batiendo sus alas. La sensación de soledad que dan estos alrededores es mayestática. sepulcral, de cementerio. Allá abajo, a mi espalda se divisa Santullano de Las Regueras por unas débiles lucecillas que parecen los cirios de un entierro. Una profundidad sombría lo envuelve. No parece un pueblo, sino un subterráneo con pequeñas aberturas, por donde salen rayos de luz.

Frente a mí está Oviedo, bullicioso y alumbrado, en pie de guerra, donde ya el clásico «paqueo» funciona sin cesar. Hacia la derecha, se yergue imponente, bajo la luz lunar que la agiganta, la elevada cumbre de El Naranco. La sombra de su prominencia cae sobre la capital, proyectada por la luna.

Si en toda guerra influye mucho la Geografía, según los técnicos, ésta la debíamos de ganar nosotros por nuestra posición de El Naranco. Y sin embargo... Hay otras posiciones geográficas, que aún no hemos conquistado y que son, precisamente, las que más nos perjudican.

El aire trae hasta mí el eco ininteligible de los rumores de Oviedo, como una voz perdida en la llanura de un desierto. Esta altura es más que regular, parece de eminencia. Mi sombra se proyecta vertiente abajo, alargada por la luna. La soledad conmueve, y bajo ella se perciben las pulsaciones de la noche, como un lento y suave martilleo en el corazón de la tierra. Siento unos ruidos extraños y tomo mis precauciones, aunque por este lado no hay nada que temer. Si fuese por el contrario, debido al nerviosismo, ya estaría haciendo disparos. Estos estados de excitación son peligrosos; ¿pero quién los evita en estas circunstancias? Ni la serenidad más absoluta les pone freno. En el peligro del hombre ante la muerte, el instinto, aunque no reflexiona, reacciona y da un salto hacia atrás. Mantiene un pugilato con el cerebro, hasta que por fin, vencido, se somete.

El ruido se precisa más cerca. Avizoro de nuevo. Una sombra gatea ladera arriba. Debe ser Ortiz, que viene, sin duda, con intención de sorprenderme. Al llegar cerca me tumbo para que se desoriente. Ya sobre la cima mira a los alrededores y llama:

—¡Guardia!

Es Braulio.

—¡Adelante!—digo y me levanto.

¿Eres tú Rivero?

—Sí; ¿no me ves?

—¿Qué hay por ahí?

—Sin novedad en el frente Noroeste, mi comandante.

—Hosties. Esta comandancia me parece a mí que va a ir pronto a tomar por el culo.

—¿Tan malas nuevas traes, hombre? ¿Qué circula de nuevo, para que tú, siempre tan optimista, te muestres así?—le

digo para zaherirle, fingiendo una indiferencia absoluta.

—Nada. Hasta el tiempo se ha vuelto contra nosotros. Siempre por esta época hay temporal de lluvias y vendaval, y ahora mira que espléndido. Parece que estamos en agosto. Así la aviación nos abrasa y además no tenemos un mal cañón antiaéreo.

—Será un mandato de Dios—le digo con sorna, al verlo tan desesperado.

—¡Y de su madre!

—¿Dónde está Ortiz? ¿No estaba él encargado de este frente?

—Bajó a Trubia. Luego vendrá.

—Y ¿qué se sabe de nuevo? ¿Circula algo, aunque sea un infundio, favorable a nosotros? ¿Qué hay del ataque? ¿Se sabe algo en concreto?

—¡Nada! Que lo estamos esperando de un momento a otro.

—Bueno, y ¿qué?

—¿Qué...?

—De Oviedo, ¿se sabe algo?

—Que está rodeado de fuerza enemiga, y la que está llegando a cada instante por todas las vías de comunicación. Se calcula en más de cuarenta mil hombres las fuerzas del enemigo, que han entrado en Asturias, provistas de material ultramoderno: carros de asalto, artillería, caballería, aviación, gases asfixiantes, bombas incendiarias, balas explosivas, lanzabombas y cinco o seis barcos de guerra en Gijón. Todo para cuatro escopeteros. Y si no fuese por la aviación...

—¿Y qué dicen nuestros Comités superiores?

—Qué hay que hacer frente a todos sin desmayos.

—Bravo. ¡Quedar no quedará de nosotros ni la ceniza, porque volará entre las explosiones. Que no me hablen de los tiempos heroicos de la antigüedad; los héroes somos nosotros. Te aseguro que con nuestro hecho pasamos a la historia.

Sí, salga cara o salga cruz, a la historia hemos de pasar; pero eso no nos seduce. Necesitamos algo más.

—¿No sientes deseos de supervivencia histórica ahora que estamos a dos pasos de la muerte?—le pregunto con cierta seriedad, que en el fondo es excepticismo.

—Tú parece que tomas esto a broma. Déjate de filosofar. ¿Te ha dado instrucciones Ortiz?

—Cuando llegué aquí sí. Ahora que no sé a que instrucciones te referirás tú. El me las dió referentes a la guardia.

—Bueno, basta. Hasta luego.

Se aleja vertiente abajo, sumiéndose entre las sombras de los arbustos. El aire pasa ingrávido, monologando una canción de misterio. La noche avanza envuelta en sombras y la luna, agotada, fenece allá en el lejano horizonte. Los latidos

de la tierra adquieren una intensidad dramática, bajo la oscuridad profunda, sin luna y sin estrellas. En medio de este mar de tinieblas, el ánimo se sobrecoge, los ojos avizoran y los oídos escrutan para percibir los rumores en la lejanía. ¿Aprovechará esta hora el enemigo para avanzar protegido por la oscuridad? El momento de peligro presiento que se acerca. El viento ruge sobre las lomas y arrastra, silabeante, una canción que martillea en mis oídos, con mal disimulada intención: «artillería, carros de asalto, aviación».

—¿Bueno, y qué?—le digo desde el fondo de la subconsciencia—. ¿También tú te has pasado al enemigo, que gozas por zaherirme?

Las baterías de El Naranco, rompen la densidad del silencio con sendos cañonazos. La noche retumba y se estremece con las explosiones, y el aire se retuerce herido por la metralla. A mi espalda los reflectores escrutan las montañas sembrándolas de luz. Desde una distancia que pudiéramos llamar kilométrica, las enfocan, eclipsan, y deslumbran con el vivo y anaranjado resplandor de sus reflejos. Braman de nuevo las baterías de El Naranco. El viento resbala deslizándose, suavemente y luego ruge allá abajo en el fondo oscuro de la noche. Esta avanza sin sentirse. Yo no sé, que es lo que me pasa, que esta guardia no me aburre como otras tantas. Estoy bajo una tensión nerviosa permanente. Los pies como el hielo y la cabeza echando fuego. Llama en frío. El cuerpo se estremece en escalofríos. Ardo en un laberinto de interrogaciones. ¿Quién las contestará? Ni las pulsaciones de la tierra ni los rugidos del viento, responden afirmativamente. ¿Quién las responderá?

—¡Yo!—dicen los reflectores, desde Gijón.

—¡Yo!—gritan con fuerza las baterías de El Naranco.

Un ejército de cuarenta mil hombres, con aviación, carros de asalto y artillería. ¿Y nosotros? Las granadas de nuestras baterías sin espoleta. La catástrofe moral en Oviedo, porque eso ha engendrado la primer retirada. Aunque se trate de soslayar, la traen sellada en la frente, esas desbandadas, que esta tarde circulaban por la carretera, con los ojos de luto y el pase en la mano. Y nosotros por aquí diseminados con el fusil al hombro y un cargador o dos en los bolsillos. Dicen que no hay más y recomiendan, hasta por favor, que no se malgaste un tiro.

¡Ah! Si tuviese una estación de Radio, lanzaría desde aquí, un llamamiento apremiante a todos los trabajadores de España para que saliesen en nuestra ayuda:

«Campesinos de Castilla, Extremadura y Andalucía. Trabajadores de Madrid, Barcelona y Bilbao... ¿Cuántas provincias más tiene España? Hace falta saber Geografía para llamar a todas. De niños, en la escuela, el maestro nos ha-

blaba de unos cuantos reinados, entre ellos el de León y de las dos Castillas. De la batalla de Covadonga, y de los franceses que matamos en la guerra de la Independencia. También me decían, si mal no recuerdo que España confinaba al norte con el Cantábrico, mezclándome la historia con la geografía, con lo cual conseguía dejarnos más mioies que estábamos. ¡Ah, qué plaga de maestros! Parecían antidiluvianos. Toda su enseñanza se reducía al catecismo, llevarnos a la iglesia a adorar la religión. Por aquella época no debían de haberse inventado todavía las matemáticas, la geografía ni la gramática. Y a los doce o catorce años a trabajar, sin saber como se escribía el nombre propio, aunque sí muchas cosas de campanario. Luego más tarde—qué triste es recordarlo—, fuimos aprendiendo geografía, esa geografía de España, que se escribe cotidianamente con sangre de nuestra sangre: Monte Arruit y Annual, Xahuen. Geografía africana, 1921. Después de la República, Arnedo. Salvaleón, Zurita. Castilblanco..... ¡Basta, basta! Vale más no recordarlo ¡Qué triste recordar como aprendemos geografía los trabajadores en España! ¡Qué caro nos sale su estudio.

Esta pequeña disgresión me ha alejado, involuntariamente del llamamiento, del S. O. S. apremiante:

«Trabajadores de España. (¿Me oirán?) ¿Llevará el viento mi voz a todos los rincones? ¿Penetrará en el cerebro de los explotados? ¿Los inflamará el corazón a los oprimidos? ¡Cuántas interrogaciones en el vacío de la noche, triste y fría. oscura y misteriosa, como una interrogante más! A pesar de todo, teniendo una estación de Radio. ¿Quién se resistiría a hacer un llamamiento, desde esta cumbre a todos los trabajadores, contándoles nuestra situación. Las ondas remontarían las alturas del Pajares y recorrerían España de punta a punta. Harían estremecerse a los compañeros, por su fuerza magnética, lanzándolos a la lucha. Ondas de guerra llamando a la guerra:

—«¡Trabajadores! ¡Hermanos! ¡Camaradas! ¡Acudir en nuestra ayuda! ¡No permitáis que el enemigo nos aplaste! ¡Este nos tiene acorralados; nos achicharra! ¡Está dotado de buen armamento y nosotros ya estamos sin municiones! Apoderaos de las industrias donde las hacen y de los almacenes donde las depositan y mandadnos convoyes de ellas, como podáis! ¡Lanzaos a la calle! ¡No esperéis más! Nuestra situación es muy crítica! ¡Este llamamietno os lo dice bien a las claras! ¡Acudid en nuestra ayuda, ahora mismo! ¡Si tardáis dos días más, ya no veréis más que el cadáver de nuestra insurrección! ¡No permitáis que los buitres del fascismo se ceben a picotazos sobre él! ¡Romped, saltad, por encima de la cobardía y traición de los jefes que os lo impiden; ¡Tened en cuenta que la derrota nos ha de alcanzar a todos! ¡El mo-

mento es crítico! ¡Salid! ¡Empuñad las armas, cortad el paso al enemigo! ¡Mandadnos municiones! ¡Pronto, de prisa! ¡No esperéis a mañana!»

¡Qué bien estaría este llamamiento! Daría un mentis rotundo a las informaciones de Gobernación. Levantaría en vilo al proletariado, y la revolución tomaría otro rumbo. Pero, ¿quién tiene la culpa de esta inhibición? ¿Quién la puede justificar más que una táctica absurda y una completa desorganización? Si. No se concibe de otra manera que venga a parar en esto la rebeldía del proletariado español. Rebelión sin encauzar, que las capillitas ahondaban de más en más, obstaculizando los aglutinantes para poder así vivir de la historia, como si ésta no caminase. Creen que permanece estancada en el fango gris de sus mediocres mentalidades. Y la historia camina. ¡Y a qué paso! El rumbo de ella se puede torcer; pero detenerlo, ¡imposible!

Es poco decir que aquí hubo traición; hubo negación, cobardía, renunciamiento. ¿Qué dirán ahora los burócratas de cuello duro y alfiler a la corbata? ¿Qué dirán los entusiastas de la cultura helénica y de la filosofía kantiana? ¿Volverán con el sonsonete de emanciparnos, los primeros por el camino de la revisión del marxismo, y los segundos por medio de textos de intrincada metafísica? ¡Quién sabe lo que ocurrirá mañana, después de este derrumbe! La única confianza que tengo es que la rebeldía se centuplica en cada represión, y que la sangre no será derramada en balde. Servirá de aglutinante, para que en la próxima contienda no se repita este espectáculo. La voz de los caídos así lo exige. Y que no nos vuelvan con polémicas, sobre cual es el mejor camino, la mejor táctica. Que tengan en cuenta que nosotros andamos por aquí muertos de hambre con el fusil al hombro, expuestos a ser ametrallados de un momento a otro. Que sirva esto de ejemplo. Camino sólo hay uno; no puede haber dos ni tampoco tres.

La oscuridad es de una profundidad impenetrable. Se hace más densa y tupida, a medida que pasan las horas. El viento ruge silabeando y perturba el silencio mortal de las cumbres. Todo duerme sumido en un sueño letárgico, de siglos. Hasta la artillería de El Naranco se ha dormido también. ¿Agotaría las municiones? ¿Qué le habrá ocurrido que hace más de una hora que no dispara?

Siento otra vez pasos cerca, en dirección del campamento. Las pisadas chascan la débil capa de hielo, produciendo un ruido sordo y blando. La negrura no permite ver ningún bulto ni movimiento; pero tampoco me sobresalto porque de este lado no hay el menor peligro. Es Ortiz.

—¿Tienes frío?—me pregunta al llegar.

—Y calor al mismo tiempo.

—¿Conque se come eso?

—Con fiebre.

—La fiebre es producto de las cavilaciones que te sugiere la soledad, acompañadas de unas pequeñas dosis de miedo.

—Quizá no te equivoques; pero hay otros factores que influyen mucho sobre este caso: el hambre, el frío, el cansancio. Sino fuese por el ideal que nos sostiene, no sé que sería de nosotros. No obstante, el físico atenazado, flaquea, de cuando en cuando.

—Eso es puro pesimismo engendrado por el rumbo que toman los acontecimientos.

—Todo influye, aunque esto último lo tenía por descontado. Algo me habías de contagiar tú.

—Yo lo previne; pero ¿qué quieres? Con lamentaciones tardías no se adelanta nada.

Hay una pausa. Nos recogemos en nuestro interior, como si no tuviésemos nada que contarnos, habiendo tan rico material de discusión. De pies, los dos casi pegados, dando cara a Oviedo, parecemos dos estatuas, por la inmovilidad en que permanecemos, con las culatas de los fusiles en el suelo y las manos sobre la boca del cañón. La brisa aletea sobre nuestra frente. Parece una mariposa. La acompaña un murmullo susurrante, que deja en nuestros oídos, como si estuviese en el secreto de nuestras meditaciones.

A nuestras espaldas los reflectores (hogueras portátiles), encienden la oscuridad. Sus reflejos recorren con increíble rapidez una inmensa semicircunferencia, blanqueándola de níquel. Y así toda la noche y todas las noches.

—¿Y qué noticias hay por ahí?—le pregunto a Ortiz, rompiendo el mutismo—. ¿Qué se dice por Trubia?

—Nada. Están esperando al enemigo.

—¿No será un bulo como tantos, el ataque de esta noche? Mucho me extraña que el enemigo se determine a avanzar por estos montes?

—Quizá lo sea. En caso de ser cierto, ya lo tendríamos por aquí.

—Y de provincias, ¿se sabe algo?

—Tampoco se sabe nada.

—Pero esto, ¿será posible? Tantos días como llevamos de insurrección, y que no se haya tirado a la calle ninguna provincia? ¿Y a qué se debe esto?

—Me extraña esa pregunta en un comunista. De sobra sabes tú en qué circunstancias fuimos a la revolución. Luego no te deben de extrañar los resultados.

—Pero...

—No hay pero que valga—ataja—. Sin organización y ofensiva, no puede haber triunfo posible. Es inútil darle vueltas al asunto, buscando culpas donde no las hay. Que-

remos culpar al proletariado de otras provincias de ser él, el causante de todo esto y nada más absurdo. Las causas hay que buscarlas donde radican, en el tronco, no en la rama.

—Si lo dices respecto a mí, pierdes el tiempo. Eso ya lo tengo olvidado de puro sabido.

—Luego entonces, ¿a qué vienen esas interrogaciones?

—¿Qué quieres, que presencie el desarrollo de los acontecimientos encerrado en una estúpida mudez? ¿No tengo yo derecho a opinar? ¿O vamos a dejarlo para que mañana opinen los que no han olido la pólvora? La opinión de esos puede ser todo lo autorizada que se quiera; pero la nuestra es mucho más.

—Eso, entre nosotros, ni se discute.

Otra pausa. Las baterías de El Naranco, que permanecían enmudecidas, bajo el tedio de la noche, vuelven a romper fuego. La tierra se estremece con el estruendo de las explosiones, como partida en grandes trozos, cada uno de los cuales rueda a la deriva, al perder el contacto de los demás. Los cañonazos son sordos y resuenan lejos en el fondo oscuro de tinieblas. Oviedo arde en un bullicioso run, run, que el viento arrastra hasta nosotros. La oscuridad le da un aire de tristeza, y las luces temblorosas, parecen lágrimas resbalando lentamente, por las fachadas de sus muros cenicientos. El Naranco se eleva sobre él y domina su medula. Las sombras que lo ocultan son la enredadera que los engrandecen y revisten de monstruo, por cuyos cauces lanza aullidos de plomo, que aterran la capital.

—A pesar de todo eso perdemos—dice Ortiz, queriendo indicar el estruendo de nuestra artillería.

—Pero, ¿ya se sabe de fijo?—interrogó.

—De fijo, no; pero al no salir otras provincias, ¿qué quieres vaticinar más que la derrota?

—Pues yo tengo una *corazonada*—le replico subrayando la frase, para ver que dice.

—A buena hora te acuerdas tú de corazonadas. Ahora hay que confiar en la organización. Si ésta ofrece garantías, bien; sino, de corazonadas no sacarás más que los pies fríos y la cabeza caliente.

—Pues ya hace rato que estoy bajo ese estado. Quizá sean los efectos de la corazonada.

Siempre has de tener una salida. Pareces discípulo de Combila.

—Bueno, dejemos eso. ¿Qué se habla por Trubia de la situación de Oviedo?

—¡Que es bastante jodido! Hay mucho enemigo rodeando sus puertas. Y entre ellos el Tercio y los moros. Estos ven-

drán con grandes deseos de vengar los desafueros de la colonización.

—En eso te doy la razón; pero verán que tienen nuestro apoyo en su lucha por la independencia.

—Aún no lo ven claro, y además, son asalariados. No esperes por lo tanto que se pongan de nuestro lado los de Africa, cuando los de aquí tenemos que someterlos a tiro limpio.

—Oye: a propósito de la traída de esas fuerzas, ¿te recuerdas del movimiento de diciembre del año 30?

—No me voy a recordar. Estaba yo entonces en el servicio.

—Bueno; lo que te quiero decir respecto a la llegada a España del Tercio en aquella fecha, para sofocar el chispazo revolucionario. ¿No recuerdas aquel famoso manifiesto, firmado por aquél no menos famoso Comité revolucionario, en el cual decían que la traída del Tercio era una vergüenza, una deshonra, un deshonor para España? Pues algunos de sus firmantes están en el poder hoy. Hay que vivir para ver.

—Te extraña eso, camarada. Es la dialéctica burguesa. La burguesía recurre a los procedimientos más innobles, a condición de salvar sus privilegios.

—No es que me extrañe, a pesar de que el contraste no es para menos; porque estos que tanto gritaban en aquella época, además de traer el Tercio, trajeron también los moros.

—Sobre eso no merece la pena discutir. La burguesía es una, haya república o monarquía. Suelen distinguirse algo sus formas de Gobierno: democracia y absolutismo; pero en el fondo es la misma. En España la democracia no echa raíces, y sino, ya ves adonde llegó la República del 14 de abril. Y sin embargo, la revolución democrática está por hacer.

—La haremos nosotros y entonces implantaremos en España la democracia, nuestra democracia.

—Como no sea de otra, de esta lo pongo en duda. Toman mal cariz las cosas para sentirse optimista.

Unos minutos de nuevo silencio. Los sentidos se encierran en una pesadilla atroz que la oscuridad reviste de tragedia. Braman enloquecidas las baterías de El Naranco. La noche tiembla bajo el efecto de las explosiones. La capital despierta agitada antes que las primeras luces del amanecer perfilen sus contornos. Los reflectores blanquean de algodón la espesura de tinieblas, que se ciernen sobre la madrugada. Paz sobresaltada y serena agitación presiden los últimos estertores de la noche.

—El enemigo ya no viene—interrumpe Ortiz, nuestro silencio—. Todos son cuentos que siembran la duda y el desconcierto, y hacemos caso de ellos por si resultan verdad. Nuestro trabajo de espionaje es bien deficiente.

—Será nulo, o no existirá—objeto—. ¿Crees tú que exista,

después de lo que nos ha acontecido? El espionaje es un arma imprescindible en toda guerra; pero me parece que nosotros —quizá por exceso de romanticismo guerrero—lo subestimamos.

—Yo no sé nada; aunque me extraña que no exista. Desde luego, las cosas que pasan ponen a uno fuera de toda duda. Si hoy no viene el enemigo, es que tiene pensado atacar otra vez a Oviedo, para ver si lo toman.

—Pero, ¿quién os ha contado de que venía esta noche para atacar a Trubia?

—Nos lo dijeron ayer en la fábrica.

—Que entre nosotros circulen noticias o rumores fantásticos, bueno, porque el pueblo es muy dado a exagerar; pero que nuestros jefes superiores no estén al tanto de los movimientos del enemigo, es algo que da pena.

—No se pueden hacer conjeturas. Quizá el enemigo haya cambiado de parecer a última hora.

—De todas maneras es igual. La derrota es eminente, según tus impresiones. ¿No es eso?

—Hasta el final, nada se sabe. Cuando mandan resistir, alguna esperanza hay.

—¿De provincias?

—Por supuesto. Ya sabes tú que nosotros no confiamos en la providencia.

—Ni en la luna.

—Por eso mismo. Y aunque salga fallida, no hay que apurarse. Resistir hasta lo último, es nuestro deber. ¿Qué perdemos? La insurrección en sí, encierra un triunfo después de estrangulada. Ella marca el camino que ha de seguir la futura, eliminando muchos estorbos, entre ellos a los causantes de esta derrota. ¿Que se ha derramado mucha sangre? No hay parto sin ella; y la revolución es un parto social. Si no triunfa, se convierte en aborto. Y además, como decía Marx, los trabajadores sólo tienen unas cadenas que perder, en cambio, es muy grande el mundo que tenemos que ganar.

Por encima de El Naranco el horizonte se tiñe de rojo, y como saliendo a empujones, brota el vendaje de nieve del amanecer sobre nubes ensangrentadas. Clarea la mañana, y la tierra se descubre ante nosotros, pálida y porosa, rezumando la humedad del rocío. Las cumbres se yerguen de nuevo, majestuosas e imponentes. La de El Naranco se destaca de las demás, por su mole de gigante. En el fondo, flotan cortinas de niebla suspendidas en el vacío. El tac, tac, de una ametralladora en Oviedo, desgarra el aire frío del amanecer.

—Temprano empiezan—le digo a Ortiz, al oír el tableteo.

—Sí; no sé porque se me figura que hoy va a ser un día decisivo.

Nuestras baterías también sacuden la modorra y aprovechan estas primeras horas de la mañana, antes de que aparezca la aviación, para lanzar certeros cañonazos sobre la capital, que se agita en un bullicio inmenso, lo mismo que anoche.

Bajamos al campamento. Permanece adormecido, y envuelto en las sombras de sus seculares y antiestéticos castaños. La rosada reluce sobre la pradera. Nos lavamos para entrar en reacción. Van llegando poco a poco y en grupos los demás compañeros. El fresco de la noche ha dejado sus huellas en nuestras caras. Una palidez amoratada, nos denuncia ante la faz del día el recuerdo de la guardia.

—Lo que estaría bien—dice uno—era hacer un poco de gimnasia para quitar el frío.

—Espera que venga el enemigo—le interrumpe Combila—, que ya lo quitaremos. No hay mejor cosa para quitarlo que entrar en fuego. Yo anoche me desesperaba, viendo pasar las horas sin que se columbrase. Tenía una gana de danza que no os digo. Mata a un caballo, cuanto más a un hombre, una noche de guardia solo.

—Y para contra prohibían fumar—exclama otro.

—Pues yo fumé—objeta—. Para dar una chupada o encender el cigarro me tapaba con la chaqueta y ¡tira pa lante! ¡Cualquiera se resiste!

La noticia de la retirada del Comité va la saben todos los milicianos. Sin duda anoche o ayer tarde ha circulado por el campamento, sin que uno se percibiese. Ahora suscita alguna discusión. Es la primera vez que oigo hablar de ella a los compañeros. Algunos se resisten a creerlo; otros no le dan importancia. A los más no les preocupa. Les tiene sin cuidado que la dirección del movimiento esté en unas manos que en otras. «El caso es ganar»—arguyen—. También se está al corriente de la crítica situación que atraviesa la capital. Aunque anoche se hubiese establecido un correo directo con ella, no se podía estar más al tanto de noticias. Se sabe todo, lo atrasado y lo reciente.

—Creo que ha sido incendiada la Universidad—dice Gaspar—. Se había refugiado en ella el enemigo y no hubo más remedio...

—Bueno—le objeta Fernández. Es la ley del recíproco. Nosotros no vamos contra la Ciencia; pero sí en circunstancias es obligado hacer eso, se hace. ¿No tuvieron que bombardear los rusos el palacio del Kremlin, que importa mucho más que ese vetusto caserón, que llamamos Universidad de Oviedo? Para lo que nos ha servido a nosotros, buena pena vamos a tener por sus textos. Nunca han salido de ella más que loros y picapleitos. Y además, ellos nos enseñan con sus procederes. La ley del recíproco, como digo. Cuando van a nuestros sin-

dicatos, que son nuestras queridas universidades, a clausurarlos o a practicar algún registro, a culatazos violentan nuestros muebles, si por coincidencia no se encuentran las llaves allí. Si perdemos, ¡que se joda la Universidad! y si ganamos, ¿Para qué queremos sus textos? Unicamente para reliquia arqueológica. Así, ocupan un lugar menos en el museo de estúpidas antigüedades.

—Hablas como un libro antidiluviano—le interrumpe Combila—. De la cultura burguesa, hay que aprovechar todo lo aprovechable. Y no te digo esto por el incendio, que si hay que incendiar, se incendia lo que sea necesario aun cuando sea una Universidad, sino por tu manera de apreciar la Ciencia. Esta ni es burguesa ni es proletaria. Es lo mismo que una fábrica, de la cual nos tenemos que apoderar, para que sirva a nuestros fines, y no sea monopolio de nuestros pisaverdes.

—Bueno, hombre: si en algo metí la pata rectifico; pero conste, siento cierto odio hacia la ciencia burguesa.

Un ruido lejano de motores llega hasta el campamento y suspende, inopinadamente las científicas discusiones. Son las primeras escuadrillas de aviación, que vuelan hoy sobre Oviedo.

—Ahí tienes la ciencia burguesa—exclama Fernández, al descubrir los aviones. dirigiéndose a Combila—. Mira para que te sirve, aprovecha ahí lo aprovechable.

—Te creeras tú que si triunfamos no vamos a tener después aviación, porque ahora nos combata y perjudica grandemente. ¿No la tienen en Rusia?

—Sí: pero allí está el proletariado en el Poder.

—¡He ahí el problema!: EL PODER.

Los aparatos evolucionan sobre Oviedo, y comienzan a bombardearlo. A las primeras explosiones responden ráfagas de ametralladoras y tiroteo de fusil. Luego rompen fuego las baterías. No son las de El Naranco. Son las del enemigo, esperaba la llegada de la aviación para entrar en combate. Sin ella poco podría hacer, a pesar de todo su moderno armamento.

Dos aviones remontan el vuelo y, casi pegados, cogen la dirección de Trubia. Al pasar sobre nosotros nos ocultamos bajo los árboles a despecho de Combila, que a todo trance quiere hacerles frente, por ver si echa uno abajo. Arrojan octavillas, donde descubre viviendas y siguen rumbo a occidente. Arrebatamos los papeles en el aire, para luego reírnos de la literatura oficial y fanfarrona.

«Rebeldes asturianos, rendiós. Estáis solos. (Así decían ayer.) Vuestros jefes os han abandonado, llevándose los millones de los Bancos.»

—Pero dejaron los fusiles—les grita Combila, dirigiéndoles una mirada de rencor.

Los aparatos descienden algo sobre Trubia y vuelven a remontar el vuelo, hasta que se pierden en la lejanía, donde a penas se percibe el ruido de los motores. Nos quedamos un poco pensativos, mirándonos con ojos interrogantes. Nadie acierta a hablar. En Oviedo empieza a tomar incremento el combate. El fuego de artillería, fusil y ametralladora, se intensifica. La aviación zigzaguea sobre él bombardeándolo. Los motores rugen en el aire con estridencia de terremoto.

—Pero, ¿será verdad eso de que se llevaron el dinero de los Bancos los del primer Comité, cuando se fugaron?—pregunta Gaspar—. Ya lo decía ayer por radio el ministro de la Gobernación.

—¡Basta que lo digan esos para que sea mentira!—le responde Braulio.

—Y si lo llevaron. ¿Qué?—ataja Rosendo—. ¡Que lo disfruten muchos años, y que saquen con ello billete de ida!

Llega al campamento una orden terminente: que se detenga, sin hacer caso de súplicas, todo coche en el cual se sospeche huyen miembros del primer Comité o jefes conocidos.

—¡Que los fusilen!—exclamamos todos.

También llegan nuevas de Oviedo, según las cuales, la situación se hace allí insostenible, por la escasez de municiones y por haber copado el enemigo alguna posición revolucionaria en la primer desbandada, y que no se ha podido volver a conquistar. Esto produce una excitación de violencia contra los jefes, contra la mala dirección. Los semblantes, antes risueños, se vuelven hoscos y taciturnos. Una sombra de tristeza cruza el campamento. Desaparece la alegría, los dichos y las bromas, y se reflexiona con la cabeza inclinada, mirándonos a hurtadillas.

De pronto, como brotando del fondo de la tierra, surge un interrogante:

—¿Qué hacemos aquí?—exclama Melchor—. Nuestros hermanos batiéndose en Oviedo y nosotros a la sombra de los castaños? ¿Quién ordena o manda esto? ¿Los jefes no dicen nada?

—Los jefes—responde el camarada Esteban—, tienen orden de permanecer aquí, hasta que el Comité de Trubia ordene otra cosa.

—Pues hay que decirle a ese Comité—replica—, que aquí no resolvemos ningún problema, un día y otro sin hacer nada.

—Bajaré a Trubia, y le expondré el caso para ver que determina.

Los camaradas Esteban y Alonso, salen inmediatamente en coche para Trubia. El campamento se convierte en una accidentada asamblea, donde todo son apóstrofes, amenazas y mal-

diciones, claras y rotundas. Se chascan en el aire y ruedan frases y epitetos de todos los gustos y medidas. Yo por disciplina no apoyo el tumulto; pero en el fondo, veo que tienen razón los que lo promueven. Han ocurrido tantas cosas, que no tenía más remedio que surgir este revuelo. El malestar latente, por los muchos chascos ocurridos, y que se habían propalado a título de rumor, se manifiesta ahora de manera incontenible. Y bajo las sombras de los árboles, que la brisa matinal balancea, parece delinearse una sublevación roja. ¿Contra quién?

Braulio consigue, a fuerza de razonamientos, apaciguar los ánimos, pero en el fondo queda el germen en plena ebullición. ¿Cuánto tardará en volver a desbordarse?

El camarada Ortiz es objeto de algunas risas, por parte de los compañeros. Trae unos pantalones sin botones en la bragueta, y al menor esfuerzo o movimiento, enseña los testículos al sol. Gaspar se desprende de un imperdible que lleva en la solapa y se lo da, diciéndole:

—Toma, tapa eso; escandalizas hasta los fusiles.

—¡No hagas caso!—le advierte Combila—. Estamos en la hora de lucirlos. Ya que nos faltan cabezas..., que nos sobren testículos.

Reímos por el aserto, y mientras esperamos con impaciencia a que regresen de Trubia, discurrimos matando el tiempo, hablando de tonterías, método característico entre nosotros, cuando las horas se vuelven siglos.

—¿A que no sabéis cuál es el animal más amigo del hombre?—pregunta Rodrigo.

—El perro—responde Gaspar—, porque le pega y le lame luego la mano, sino por agradecimiento, por fidelidad.

—¡No, hombre; eso es lacayismo, no amistad!

—Entonces, ¿cuál es?

—¡El piojo, que no se despega de uno hasta que muere!

—¡No jodas!—exclama Fernández—. ¿Sabías todo eso y callabas? Tú también mereces un premio por tu descubrimiento.

—¡No, no—ataja Gaspar—; que deje los piojos allá, que no los llame! Todavía no nos pican, y no vaya a ser que, al mentarlos, hagan acto de presencia.

—Para lo que vamos a tardar en palparlos—objeta Combila—, lo mismo da un día antes que después.

La conversación cambia de giro y de tono atraídos por el ruido del combate en la capital, con los ojos tendidos hacia ella, se habla ahora de la encarnizada batalla que se está librando. A pesar de todo, todavía se manifiesta cierto optimismo. Lo que menos se piensa es de la derrota, que se cierne sobre nuestras espaldas, o si se piensa, se calla. Nuestra potencia combativa, radica más en la moral que en las armas,

aunque con moral sólo... Bien es verdad que este optimismo dimana, de que en realidad, no se sabe el grado de magnitud que alcanza a la catastrófica situación. Se dice que es bastante mala; pero al mismo tiempo se duda con las órdenes que se dan, llenas de aliento, para hacer una resistencia heroica, de la cual depende el triunfo. Las octavillas que anoche circularon por el campamento, son el fiel reflejo de la dramática situación que atravesamos. Y sin embargo, todavía se confía. Para flaquear, bastan nuestros Estados mayores, que son las mayores calamidades, que nos pudieron haber caído en la insurrección.

Oviedo arde bajo el estruendo de la artillería y de la aviación, que lo foguean por sus cuatro puntos cardinales. Y entre el humo, que se eleva como una montaña plomiza, cantan fusiles y ametralladoras su bacanal de metralla, de plomo, con ser de sangre de exterminio.

—Esto se pone serio—dice Melchor—. Dejamos concentrarse al enemigo, creyendo que todo era una romería y ahora pagamos las consecuencias.

—Eso es obra de nuestros jefes superiores. Con ello nos demuestran que no sirven ni para avituallamiento de la retaguardia.

—Bueno, ya vendrán tiempos de dilucidar conductas—arguye Fernández.

Regresan de Trubia Esteban y Alonso.

—¿Qué?—les preguntamos—. ¿Traéis alguna orden?

—Ninguna—responde Esteban—. En Trubia no había más que dos miembros del Comité; los demás están para Oviedo. Y como es natural, estos dos no se determinan a dar ninguna orden de movilización, porque están entrando enemigos a todas horas, y bien pudiera ser que se dirigieran aquí para tomar la fábrica. Nos dicen que no nos movamos hasta nueva orden.

—¡El enemigo está allí; míralu—ruge Melchor, indicando a Oviedo—. ¡Todos los días nos estáis diciendo que viene, que viene, y todavía no ha aparecido! Y mientras tanto, nuestros compañeros matándose contra él en Oviedo.

Estamos de protección de carretera—aclara Combila, bromeando.

—¡Aquí—continúa Melchor—no se puede hacer caso de Comités ni de María Santísima! ¡Ni dios sabe dónde tiene la cabeza! ¡Hay que ir a Oviedo, a enterarse de lo que ocurre allí y si hacemos falta venir a buscarnos en seguida!

—¡Pero ven acá, hombre!—objeta Esteban—. En caso de un ataque a la posición de Trubia, ¿conque se defienden sus entradas?

—¡Nada, nada! ¡Siempre estáis diciendo lo mismo!

Los demás apoyamos a Melchor en la necesidad de ir a

Oviedo para informase allí ampliamente de todo cuanto ocurre. Y entonces el camarada Esteban, dice, que si es con el consentimiento de todos, él está dispuesto a dejar sin efecto las órdenes recibidas, e ir a Oviedo para ver que decide, sobre nosotros el Comité Central.

—Sí, sí—asienten varias voces.

—Pues bien; de acuerdo. Ahora mismo salimos.

Manda a el chofer que dé vuelta al coche, y le ponemos sobre la cubierta un paño blanco con una cruz roja en el centro, para despistar a la aviación, como que es una ambulancia, y salimos en dirección de Oviedo, Esteban y Alonso, responsables de la misión; Combila, Fernández y yo, de fusileros de escolta.

X

La carretera, reseca y polvorienta, se abre serpenteada de arbustos y matorrales, por entre una sinuosa llanura. El coche, a una marcha bastante acelerada, va dejando atrás nubes de polvo, que levanta con la velocidad, y le siguen en remolino, que ciega el trayecto recorrido. A un lado y a otro, campos y maizales, abrasados por el calor, relucen como un ascua de oro, bajo el sol de la mañana. Parecen de estaño. Con los cañones de los fusiles sobre las ventanillas, apuntando a ambos flancos, encerrados en un silencio sepulcral. No hablamos una palabra; apenas nos miramos. La vista se pierde allá lejos, y el ruido del bombardeo, a medida que nos acercamos, absorbe nuestros sentidos.

En los baches, el coche pega un salto hacia arriba y los muelles de los asientos, suben y bajan, balanceándonos en el interior. Los cañones martillean sobre los bordes de las ventanillas. Ruge el motor suavemente en los repechos, temiendo delatarse al enemigo. Y en los desniveles, se desliza silenciosamente, como si la carretera fuese asfaltada y sus llantas de algodón.

Zumba en el aire el ruido estridente de un avión que avanza hacia nosotros. Nos ha descubierto desde lejos y viene a explorar. Ocultamos los cañones, para ver si le engañamos con el truco de la Cruz Roja que llevamos en la cubierta. Si no nos descubre el U. H. P. del parabrisas, quizá lo consigamos fácilmente. El chófer modera la marcha. El avión desciende y zigzaguea sobre el coche, lo mismo que

un pájaro cuando ronda a la hembra en celo. El camarada Alonso ordena al chófer que vuelva a forzar la marcha y el coche arranca de estampida; pero al minuto se presenta delante, en el aire, el avión. A una nueva orden, para el coche de repente y el avión sigue adelante y vuelve a retroceder y zigzaguear sobre el coche.

—Nos ha descubierto—dice Alonso—y nos va a bombardear. Abrir las puertas y a la menor indicación, todos a la cuneta.

El aparato caracolea haciendo cabriolas. Nosotros vamos despacio, con un pie colgando y el otro sobre las aletas, dispuestos a arrojarnos en el momento preciso. Las sombras de sus alas se proyectan movibles en la carretera. Un águila gigante volando a ras del suelo. El ruido tan próximo, nos aturde y sobrecoge. Ruge con un estrépito que la proximidad centuplica. Parece que se derrumba el firmamento sobre nosotros. El momento es de una angustia atroz. ¿Nos bombardeará? ¿Nos dejará circular libremente?

—¡A tierra! ¡Pronto!—ordena Alonso—. Están observando para bombardear.

Salvamos la distancia de un salto, y en un dos por tres ya estamos en la cuneta agazapados a un lado y otro de la carretera. El avión desciende cada vez más, hasta rozar las copas de los árboles. Combila levanta la cabeza sobre la arista de la cuneta y apunta con el fusil.

—¡No dispares!—le grita Alonso.

Al vernos desaparecer, el avión despliega y remonta el vuelo alejándose. Desaparecido el peligro salimos a la carretera, montamos en el coche y continuamos la marcha. Pronto vuelve a zumbar el motor. Ya lo tenemos otra vez sobre nosotros. Nos volvemos a tirar a tierra, acurrucados en la cuneta; casi metidos por los bardales, vigilamos sus movimientos. Se oye un ruido blando y extraño. Alguna bomba ha caído en el campo y no explota. Luego nos deja atontecidos una explosión enorme. ¡Rrrap! y un enjambre de esquirlas que sale zumbando. La explosión, tan próxima, ensordece y el pánico se apodera de uno. Las esquirlas, diseminadas y mezcladas con ruidos de cristales, rugen entre los arbustos que desgarran, hasta clavarse en la tierra.

—¡Es un trimotor!—exclama Fernández.

—¡Es la puta que lu parió! gruñe Combila, al mismo tiempo que le dispara dos tiros.

—¡No dispares, hombre, no dispares!—le vuelve a reprender Alonso—. ¡No ves que van chapados y que desde abajo nada se les puede hacer!

—¡Déjame de bobadas!—le replica—. ¡Yo no voy a morir sin defenderme teniendo el arma en la mano!

El avión se aleja, ganando altura. Volvemos a salir a la

carretera. El único que ha salido mal parado, ha sido el coche. El parabrisas está hecho añicos, el radiador abollado y la carrocería, llena de agujeros, parece una criba. En los topes de defensa, las esquirlas han dejado sus huellas. Nuestro rojo U. H. P., se ha hecho pedazos. Mientras no se deshaga su origen, este es un accidente de poca importancia.

—De todas maneras—dice el camarada Esteban, refiriéndose al coche—no podíamos continuar en él.

Se aproxima otra vez el avión y nos escondemos entre los arbustos, tras de las "sebes", donde quiera que nos ocultemos a su vista. Da dos o tres vueltas por encima del coche, evoluciona y despliega camino de Oviedo. Las ansias de hacerle una descarga son incontenibles. ¡Si se les pudiera hacer algún daño! Después del efecto que me ha producido la explosión, yo también, como dice Combila, daría un ojo de la cara por echar uno abajo.

—Mira a ver si funciona este armatoste—le dice Esteban al chófer—. Nosotros vamos a continuar andando. Si para el oscurecer no estamos en el campamento, es que hemos muerto todos. Das la novedad.

A medida que nos aproximamos a Oviedo, las baterías del enemigo lo pueblan de explosiones. Atruenan el aire los múltiples estampidos. El tac, tac, tac, de las ametralladoras cubre los espacios entre explosión y explosión. Nos quedamos un momento pensativos, interrogándonos con la vista, que mira recelosa: «¿Qué hacer? ¿Continuamos?» ¿La guerra tiene momentos espeluznantes o es espeluznante toda ella en sí? El aspecto que ofrece la capital, bajo el estruendo mortífero de la aviación y de la artillería, es de lo más catastrófico que se puede imaginar. El camarada Combila, resuelve enérgicamente:

—¡Adelante! ¡Alguna vez se ha de morir!

—¡Sí, vale más morir que sobrevivir la derrota!—arguye Fernández.

—¡Eso nunca!—replica—. ¡Si esta se pierde, otra se ganará!

A pocos pasos de nosotros, mirándola a distancia, la guerra descorre su antifaz y descubre, apocalíptica, insaciable, sus fauces sangrientas. Quince o veinte aviones vuelan a ras de los tejados cosiendo el aire. El ruido de tantos motores, atontece los sentidos con su estridencia pertinaz.

¡Rrrap, rrrap!—estallan las granadas casi seguidas, acompañadas del permanente rrr, rrr, rrr, metálico de la aviación zumbando en el espacio.

Avanzamos agachados, con el fusil terciado en la mano, salvando los claros lo mejor posible, para no ser blanco de balas perdidas ni tampoco de la aviación. La línea de fuego está todavía a más de medio kilómetro de donde nos encon-

tramos; pero el enemigo lo bombardea todo, colocando sus granadas sobre el perímetro de la capital.

—¡Alto!

Una guardia, al sentir nuestros pasos, abandona su refugio y echando las armas a la cara, nos pide la contraseña.

—¡U. H. P.!—respondemos.

—Ya no es U. H. P.—dice uno—. Ahora es H. P. S., que quiere decir: HERMANOS PROLETARIOS, SALUD. ¿Adónde vaís?—pregunta el mismo.

—A entrevistarnos con el Comité—responde Esteban.

—Ir por ahí, que hay menos peligro.

—¿Cómo está la situación?—le pregunta Fernández.

—¡Bastante crítica!

Seguimos nuestro rumbo, cogiendo la dirección indicada, esquivando a cada paso la aviación. Agazapados tras de los muros y de portal en portal, vamos ganando terreno, encontrando grandes dificultades, hasta que entramos en el casco de la capital.

—¡Alto!—nos grita otra guardia encañonándonos.

—¡H. P. S.!—respondemos, dando la nueva contraseña.

—¡Qué H. P. S. ni que María Santísima—refunfuña uno, malhumorado—. ¿Creeis que con dar la contraseña ya está todo arreglado?

Esta guardia se halla bajo los efectos de un nerviosismo atroz. Tienen todos sus componentes los ojos desencajados, de mirada hosca y fulminante. Los labios resecos, agrietados, en cuyas resquebraduras se va depositando la suciedad y el polvillo, hasta formar una corteza delineada sobre el labio inferior. Parece que no han comido ni dormido, lo menos en ocho días. Se sostienen de pie, como todo miliciano, no por un falso alarde de resistencia física, sino por esa fiebre de lucha, anidada en el interior de cada uno y que ahora, al desparramarse acarrea tras de sí la fiebre calenturienta que va minando el organismo extenuado.

—¿A dónde vaís?—nos preguntan.

—Vamos a ver si podemos entrevistarnos con el Comité—le responde Esteban, lo mismo que a la guardia anterior.

—¿Qué Comité?—interroga uno—. Porque aquí hay uno cada día.

—¡Esto ya no lo entiende ni mi madre!—exclama Combila.

—¿Traeis pase?—nos vuelve a preguntar el mismo.

—¡No!

—Entonces, ¿cómo os atrevéis a entrar en Oviedo sin una autorización que os garantice? ¿No sabéis que, debido a la situación, hay orden de fusilar a todo cristo que sea sospechoso?

—Pero nosotros no lo somos—media Fernández.

—¿Quién lo prueba?

—Yo soy jefe de grupo—ataja Esteban.

—Eso es poco, camarada; eso se dice muy pronto; pero no te veo ninguna distinción que lo pueda garantizar. Sospecha no me admitís ninguna. Basta veros para darse cuenta quiénes sois. Ahora bien; vuestro atrevimiento rebasa los límites de lo presumible. Con el enemigo a la puerta y espías en el interior, entráis en Oviedo al buen tun tun, lo mismo que si vinieseis a San Mateo. Tan desprovistos venís, que no sé si os recibirá el Comité. Las circunstancias exigen muchos requisitos. No creáis que esto es una romería.

—No—le responde Esteban. Conozco yo a varios miembros y estoy seguro que, cuando se enteren de nuestra llegada, nos reciben.

—Bueno, seguid y cuidado con el cielo que graniza.

—¡Ya, ya!—asiente Combila.

Nos despedimos:

—Salud.

—Salud.

En este momento llega una mujer entrada en edad, con las manos echadas a la cabeza y dando voces horrorizada:

—¡Virgen santísima! ¡Acaba de matar ahí abajo, una bomba dos hombres!

—¡Maldita sea!—le grita uno enfurecido—. ¡Calle la boca y métase en casa! ¡Nadie le llama a usted aquí!

Es lo menos que se puede pedir; que se metan en casa y no desmoralicen con sus gritos de espanto. Si no tienen el ánimo suficientemente fuerte para ver la sangre correr sin alterarse, que no salgan a la calle. La mujer desaparece sin proferir otra palabra. Nosotros continuamos. Estallan granadas aquí y allá. Zumban las esquirlas, y los cristales, hechos añicos, ruedan por el suelo bajo el claro estrépito del vidrio. Las fachadas presentan sendos desgarrones arrancados por la metralla. Los tejados, hundidos por el bombardeo aéreo, exhiben paños blancos de gran tamaño. ¿Bandera de paz? Esto no nos conviene, porque significa el triunfo del enemigo. Silban los obuses de las baterías. ¡Ufff!, de pronto ¡rrrra! y una granizada de balines que se desparrama en todas las direcciones, sembrándola de agudos silbidos.

Hay un vaho caliente que asfixia; humo de pólvora, recalentado por el sol que tuesta, se respira por las calles. Hoyos de explosiones, desgarrones en el pavimento, charcos de sangre sobre ellos. Los edificios, ensombrecidos y humeantes, tiemblan bajo la amenaza de la aviación. Las escuadrillas, a ras de los tejados, son el diluvio que azota a Oviedo. El rrr, rrr rrr, de los motores, gravitando en el

espacio, aturde. Menudean las explosiones, de aviación y artillería. ¡Krrap!, ¡rrrap! El aire se agita, sacudido con violencia y envía ráfagas de polvo y rebozo de cal, que levantan los estallidos. Vuelan trozos de hormigón, marcos de ventanas, tejas y ladrillos de chimeneas, todo envuelto en laberinto que desconcierta y aterra. La tierra se agita y trepida, el espacio retumba y el aire se retuerce guillotinado, con el estruendo del bombardeo que sufre la capital.

—¡Esto—arguye Combila—pone los pelos de punta a Dios.

—¡Y la carne de gallina a cualquier mortal!—le objeto yo.

—¡Que lo digas!—asiente.

Tumbado panza arriba, en medio de la calle, un muerto mira al sol con estúpida indiferencia. La muerte le ha sorprendido en una posición bastante grotesca. Tiene la faz contrahecha por una mueca de horror.

—Ese es un burgués—dice el camarada Esteban—. ¿No veis qué barrigona y qué cutis fino tiene?

—Hasta que no los veamos a todos así—exclama Alonso—, no habrá tranquilidad posible!

—¡Pégale una patada en el culo—le digo a Combila—, a ver si todavía se levanta pidiendo orden y Guardia Civil!

Sin esperar más preambulos, se aproxima a él y, poniéndole un pie sobre el muslo, lo zarandea un poco y le dice:

—¿Que, hijo de p..., te ha llegado la hora, eh?

Lo deja como arrepentido y, aproximándose de nuevo a nosotros, exclama:

—¡Hasta la sangre que "echa" no es como la nuestra: es más azul!

—¡Ya darían algo ésos por tener la sangre roja—arguye Fernández.

Los milicianos deshacen los grupos que se forman atraídos por el deseo de comentarios. Hay que circular rápidamente. Cuando un avión cubre una calle, se vuelca la gente a la desbandada, buscando los escondites. Desde algunos balcones y portales, se hace fuego a los aparatos con ametralladora y fusil. Esto agrada mucho a Combila, que aprovecha la ocasión para saciar su sed. Goza más haciéndoles fuego que si le tocara una lotería.

—¡Así—le gruñe Alonso—; gasta municiones en balde, que luego vamos a reclamar al maestro armero!

—¡Coño!—exclama—. ¿No veis a los demás? Puede ser que, si echase uno abajo, me felicitases por ello.

—Pierde cuidado. Esas felicitaciones no las vas a recibir.

El sol azulea y enrojece las calles, donde las manchas de sangre brillan sobre el pavimento abollado, levantado a trozos por el bombardeo. Sangre roja, joven aun, que se vierte sin vanas pretensiones, en las aceras de la avenida de la Revolución. Al verla resbalar en el asfalto, casi coagulada o rellenando los pequeños hoyos, me vienen a la memoria los versos de la joven guardia:

Quizá el camino hay que regar
Con sangre de la juventud.

Aquí está el camino regado ya, y con sangre de la juventud. Ahora sólo falta el triunfo, que parece huir, y no de la sangre, precisamente.

La brisa—humo calcinado—arrastra vagos lamentos que se difuminan aventados por el estruendo de las explosiones. El sol palidece y tiembla ante el huracán de proyectiles que acribilla el aire y la tierra, lo inerte y lo vivo. Del ceño adusto de las fachadas, saca reflejos rojizos, apergaminados, color de fuego y de bronce. Cantan las ametralladoras, enviando ráfagas aceleradas contra la ciudad que se debate en una resistencia heroica, atacada por aire y por tierra. El tableteo mecánico de las máquinas ruge de impotencia al estrellarse contra una muralla.

Otros dos muertos en medio de la calle. El charco de sangre que los rodea, parece una corona de flores rojas adornando una sepultura. Si no fuese por la cara contrahecha y despedazada que presentan, resulta hasta bello ver un cadáver rodeado de sangre. ¿Serán los que decía aquella mujer? Por la posición en que se encuentran, parece que los ha sorprendido la muerte en actitud de huir, y esto hace sospechar que fuese la aviación. Uno tiene las manos echadas al vientre, la cabeza inclinada hacia éste, los dientes apretados y un rictus de dolor en la comisura de los labios. Todo ello demuestra que la agonía ha sido horrible. Al verlo así, deduce uno que es mil veces preferible la muerte instantánea, en un segundo, al calvario de morir lentamente. El otro tiene la cara ensangrentada, toda deshecha. Los desgarrones del cuero cabelludo y masa encefálica, esparcidos a su alrededor, denuncian al bombardeo aéreo como autor de este crimen. Una ambulancia roja los recoge, y dos milicianos barren un poco las manchas de sangre.

Siguen bramando las baterías. Los obuses silban en el aire y rugen con estridencia los motores de la aviación. Oviedo arde acribillado por la metralla. Débil y ensangrentado, sangre derramada por sus defensores, se ve imposibilitado de oponer resistencia eficaz al avance del enemigo.

Podrá resistir un día o dos más, dicen todos; pero, al fin, no tendrá más remedio que rendirse.

Calle arriba, vienen dos compañeros de la ambulancia transportando un herido. Lo traen sin camilla, en una postura bastante incómoda para su estado. Como hay que ir esquivando la aviación al mismo tiempo, corren de un lado a otro, metiéndose en los portales cuando el peligro es inminente. El herido se retuerce. Los músculos de la cara se le contraen, en el flujo y reflujo del sufrimiento atroz. No llora ni se lamenta; ruge de ira:

—¡Esos hijos de p...! ¡Sólo pido que me venguéis, camaradas!

Lleva el cuerpo deshecho por dos explosivas.

—¡Animo, camaradas!—gime débilmente, desde el fondo comprensible de su conciencia de clase.

Pasa, bajo, un avión y nos metemos en un portal. Los de la ambulancia depositan al herido en el suelo, para descansar un momento.

—¡Dejadme morir aquí!—suplica.

Luego delira, a dos pasos de la muerte, bajo los efectos de fiebre del combate.

—¿Dónde quedó mi fusil?—pregunta, tratando de incorporarse.

Se desploma sin proferir una queja, un grito, y se queda mirándonos, como si fuésemos extraños a la causa por la cual muere.

—Este ya "está"—dice uno de la ambulancia.

Abandonamos el portal y continuamos calle abajo. Menudean las explosiones en el aire, en la tierra, sobre los edificios. Ensordece el ruido de motores y el tableteo de las ametralladoras. Oleadas de humo y polvo se agitan con los estampidos. Regueros de sangre cuajada por el sol. Trozos, partículas de miembros humanos sembrados en el asfalto. Las calles presentan un cuadro sombrío Las nubes de metralla siembran la muerte a cada paso.

—Nunca creí—dice Combila—que iba a estar tan cerca de la muerte con tanta serenidad. La estoy viendo venir de un momento a otro y no retrocedo. Cuánto influye sobre uno el ideal. El es el que determina todos nuestros actos; él nos dice que la revolución no es posible sin verter mucha sangre, y se vierte con arrogancia. Que sepan los burgueses que nosotros damos lo que tenemos por lo que nos pertenece, sin regatear nada.

—Ya era hora de que hablases seriamente—aclara Fernández—. Ya me tenías frito con tus humoradas. Reflexionas a la hora de morir, como los crápulas que se arrepienten de sus felonías, para ganar el cielo; pero tú no lo ganas.

—¡Ni lo ambiciono! ¿Para qué quiero yo esa estela azul? Si fuese roja, todavía. Yo prefiero la tierra. Al cielo, que vayan los sietemesinos de la burguesía.

Al doblar una esquina, damos vista a un montón de cadáveres, tumbados sobre la acera, en diferentes posiciones. Un gran charco de sangre los rodea. Este cuadro subleva y enardece la sangre no derramada todavía, produciendo un reactivo de violencia, que se acumula sobre la frente. Los nervios se agitan en una tensión que impide circular la sangre por las arterias. Es tal la nerviosidad que se va apoderando de mí al contemplarlo, que, en este momento, no dudaría en pasar cien veces a cuchillo, aunque fuese a mi padre, puesto en la acera de enfrente.

Esto no puede ser. ¿Por qué hemos sido tan estúpidos? ¿Por qué no matamos nosotros, como ellos matan ahora? Estos compañeros no han muerto en el frente, haciendo fuego al enemigo. No tienen armas. Sin duda, los sorprendió la aviación, formando un grupo en el cual comentaban sus cosas, ajenos al movimiento. Y, sin embargo, ¡qué muerte llevaron!

Deambulamos de un sitio para otro, sin que nadie nos dé noticias concretas del paradero del Comité. Unos dicen que estará hacia la línea de fuego; otros, que debe estar reunido. En una calle y en otra, edificios demolidos, tambaleantes; tejados hundidos, sábanas blancas junto al negro desgarrón. Nubes de humo plomizo, ceniciento, flotando sobre ellas, a pocos metros de altura. Algunas, casi apagadas, se elevan en espiral, formando una especie de círculo en su marcha ascendente. Galerías sin cristales, fachadas acribilladas por la metralla. Y en el suelo, regando el asfalto que derrite el sol, las manchas rojas, de sangre proletaria, festonean, con huellas inmortales, el camino de la Revolución. El aire arrastra el eco de una canción que se difumina en el vacío tormentoso de la capital. Late en las sienes y martillea en los oídos. El sonido me seduce, por lo realista, y los labios se entreabren, para acompañarla, dándole más valor:

Noble es la causa de librar
Al hombre de su esclavitud.
Quizá el camino hay que regar
Con sangre de la juventud.

Aquí está escrita, en cuatro versos, toda una profecía. La causa es noble, sí, y el camino hay que regarlo con sangre. Sin ésta nada se puede hacer. La causa, noble y grande, lo exige todo. En razón directa con su grandeza están sus

exigencias. Una prueba de ello es lo que estamos viendo, mejor dicho, viviendo, desde hace unos días, como protagonistas de este drama social.

El sol calcina las espaldas y brilla en el pavimento, al que da una blancura casi de nieve. El firmamento, límpido y azul, de algodón, se extiende sobre nosotros a una altura inaccesible contemplándonos indiferente. Después de todo, ¿qué le importa a él nuestras luchas? Del suelo se levanta un vaho, un sopor que asfixia.

El aire, caliente, rueda en torbellino, sacudido por las ráfagas de aquí y de allá. Cruzan, rápidos y a escasa altura, los aviones. Unos tras de otros, entrecruzándose. Parece que van a chocar; pero no ocurre así. Se ladean un poco cuando descubren algún objetivo, y, tac, tac, tac, sueltan una lluvia de balas que se estrellan contra el suelo, girando locas por él, hasta que tropiezan contra el borde de las aceras. Sin duda, les parece poco el bombardeo, que también traen ametralladoras en los aparatos.

El rrrr rrr..., trepidando en el espacio, enloquece con su estridencia grave y sonora. Son los dueños del aire, y su voz de metal es un aullido amenazante. La última conquista de la ciencia estrangula nuestra insurrección, que ha nacido estrangulada ya, como quien dice, por su inorganización. Si algunos días de existencia ha tenido se deben al impulso vigoroso de las masas, que pusieron todo lo que tenían que poner a su servicio, y algo más si se quiere; pero ya lo decía el Maestro: sin organización no hay triunfo posible.

* * *

Mientras que el enemigo incendia, destruye y mata, el frente rojo le opone una resistencia increíble, desesperada y heroica, que no podrá durar mucho tiempo ante la avalancha que le viene encima.

—¡No se puede resistir más con este armamento!—se oye decir a los milicianos, en un sitio y en otro.

Sin barricadas, todo destruído, los edificios incendiados, echando humo, parapetándose dondequiera y comoquiera, en las casas que humean, tras de paredones, tumbados, inclusive, sobre las aceras, los defensores de la capital roja contienen al enemigo en su avance. Barreras de metralla se cruzan entre los escasos metros que hay de frente a frente.

La confusión de los estampidos es enorme. Se pierde el sentido, toda noción de realidad. Los estallidos ensordecen,

el cerebro se atrofia y el polvillo ciega los ojos. En medio del aturdimiento de disparos, humo y explosiones, desaparece el pánico y se espera la muerte, porque ya nadie piensa en salir vivo de aquí. La aviación ruge, lanza bombas y zumban esquirlas, balines y piedras, confundidos en el aire caliente que asfixia. A nuestro lado una ametralladora se agita escupiendo metralla precipitadamente. Gira de un lado a otro sobre el trípode, como un abanico, y saltan los casquillos formando una comba continua desde la máquina al suelo. Un miliciano prepara los peines, mientras que otro la hace girar, taladrando nubes de humo y ráfagas de viento. Braman las baterías y los obuses al explotar. La aviación trepida coronándolo todo de granadas. El menudeo de las explosiones, seguidas, casi permanente, impide precisar con exactitud cuáles son aéreas y cuáles son terrestres.

Enfrente de nosotros, a unos quinientos metros escasos, se descubre el enemigo que ataca por este sector. Despliegues y repliegues, tácticas envolventes; movimientos que se perciben a través de las capas de neblina, densa y plomiza. Por este lado no avanza; lo mantiene a raya la ametralladora. Sobre nosotros diluvia un sin fin de metralla. Nos enfilan con baterías y ametralladoras que recorren todo el frente, cosiéndolo, achicharrándolo, sembrándolo de chasquidos de rebotes y silbidos de balines.

Tenemos de barricada un monstruo de acero con talones de Aquiles: un camión blindado que no sirve más que para esto. Tiene las llantas perforadas. El enemigo, al darse cuenta de que no eran macizas, lo primero que hizo fué inutilizarlas, barrenándolas con certeros disparos, para que estos monstruos no pudiesen caminar.

El sol relumbra bajo el cielo resplandeciente y proyecta sus rayos, que calcinan, a través de las macizas columnas de humo y polvo, entremezcladas y confundidas, sobre la tierra que quema, abrasada por su fuego y el de las explosiones. Bramidos de baterías y zumbidos de motores, cruzan el aire ensordeciéndole. Una ametralladora nos envía constantes ráfagas que se estrellan contra el acero del camión blindado. Quieren acallar la nuestra, que les impide avanzar. Las balas perforan las chapas o pasan de resbalón, según cojan el metal. Aúllan dejando las huellas de los impactos, como si sacase virutas al resbalar. El blindaje está lleno de rasguños y agujeros. Más que macizo, parece una criba.

Ruido sordo, continuo, de entrechocar. Los carros pueblan el aire de constante crujidos metálicos. Trepan, arrastrándose de un lado a otro; buscando nuestras barricadas.

A la sombra de ellos, el enemigo traza su táctica y sus despliegues; pero algún impedimento los detiene. No avanzan. Su paso es demasiado lento, y no en línea recta. Al rodar, trepando en sus maniobras, se descubren, por su vestimenta, que ofrece un fuerte contraste, a primera vista, entre el color y el paisaje, las caras negras y barbudas de los regulares. Nunca más apropiado que ahora aquel dicho o refrán de "moros a la vista". Moros en tierras de Pelayo. Nuestros católicos los echaron y nuestros católicos los vuelven a traer. Los discípulos de Cristo son así. Piden ayuda a los moros para matar a cristianos.

La línea de fuego enemiga forma un semicírculo envolvente, que abarca de un extremo a otro de la capital. Los disparos, las explosiones, se oyen a lo largo de dos o tres kilómetros. En todo este trayecto, no cesa el bombardeo contra edificios, hombres y sombras. Las ametralladoras cantan aquí y allá, en ruda competencia. Sus ráfagas acuchillan el aire, el polvo y el humo. Apenas se perciben, entre tanto tiroteo, los chasquidos de los rebotes en las fachadas, en los parapetos.

Nuestra ametralladora cose las densas nubes que se levantan sobre el frente enemigo. Hace fuego raso, para impedir que avancen los cuerpos que se arrastran pegados al suelo. Se le ayuda eficazmente con certeros disparos de fusil. Gritos y voces. Ruidos inherentes a los combates. En nuestro frente, el griterío delata el nerviosismo de las horas que vivimos. Las casas están vacías o semivacías. Han huído casi todos los moradores. La aviación produce grandes estragos, y el elemento civil, con esto y temiendo la entrada de las tropas invasoras, lo abandona todo a la desbandada. Muchos perecen en la huída. Bajo el aturdimiento de que son presa, no aciertan a resguardarse del plomo enemigo.

Llega, corriendo, un miliciano y pregunta si hay municiones. Nadie le contesta. La atención está puesta en los movimientos del frente contrario, que se perfilan allá abajo, a poca distancia, en declive. Repliegues y contrarrepliegues, bajo las nubes plomizas de sus propias explosiones. Los aviones cruzan nuestro frente cubriéndolo de metralla y abriendo paso a las vanguardias. Las granadas levantan tierra y piedra al explotar; las esquirlas rugen como enjambres.

Al ver que no tiene respuesta, el miliciano insiste:

—¿No podéis darme unos paquetes de municiones? Estamos aquí al lado, y vamos a tener que retirarnos por falta de ella.

—¡Mira a ver si te los pueden dar los moros—le responde el de la ametralladora, sin dejar de tabletear—,

que nosotros, a este tren, no tardaremos en arrear en banda. Las estamos acabando. Si no nos traen más, pronto lo abandonaremos todo.

Ante esta negativa, el miliciano se aleja. Al atravesar la calle, cae rodando sobre el pavimento. Nosotros apenas nos fijamos en esto. Creemos que lo hace para atravesarla arrollándose, costumbre muy extendida estos días, burlando así las balas del enemigo. Unos agudos quejidos nos vuelven a la realidad. Cayó herido. Se le retira inmediatamente. La sangre florece, al brotar, en la ropa y resbala con abundancia. El herido tuerce el gesto. agarrotado por el dolor, y exclama:

—¡Pa mí ya tengo bastante!

Luego reacciona, blasfemando y lanzando amenazas contra el enemigo. Dos compañeros desaparecen con él camino del hospital. Oscurece el cielo sobre el frente y los alrededores. Las cortinas de humo, suspendidas en el vacío, se interponen como una barrera entre el firmamento y la tierra. El sol brilla allá lejos y los campos relucen abrasados. La cumbre de El Naranco proyecta su sombra hasta la entrada de Oviedo, por la parte del Mediodía. Es una mancha, grande y oscura, que decrece a medida que va dando la cara al sol.

Enfrente de nosotros, y a la derecha, arde la llanura poblada de tiros. Salta y se estremece, levantando tierra con las explosiones. El aire, denso y pesado, enrarecido, sopla dejando una estela de pólvora a la altura de la nariz. Hace un calor sofocante que galvaniza el paisaje. Se desploma ingrávido, atenazando en su persistencia. Es igual huirle que no. Dondequiera sigue a uno. Resguardados del sol, la tierra quema. Es demasiado el fuego—de arriba y de abajo—, que se derrite sobre el estrecho círculo de la capital, para que así no sea.

El compañero que maneja la ametralladora, ruge furioso ante la impotencia de la máquina para despejar el campo enemigo. Este avanza tras del humo de las explosiones que cosen nuestro frente con granizadas de metralla.

—¿Quién resiste esto ahora?—exclama, haciendo girar la pieza que baila sobre el trípode, echando chispas por la boca—. La culpa de todo esto—continúa—, la tiene bien sé yo quién. Se ponen al frente de un movimiento, cuando, en realidad, por la inteligencia que han demostrado para dirigirlo, debían de ir a la cola.

Desmontan el cañón para refrigerarlo y le ponen otro.

—¡Tienes razón, camarada!—asiente el compañero que prepara los peines—. Han demostrado no servir ni para acemileros. ¿A quién se le ocurre dejar que el enemigo

se concentre de esta manera, pudiendo haber volado todos los caminos, impidiéndole el acceso.

—Eso ha sido, como lo de la catedral. Desde ella se nos achicharra noche y día, y, apesar de esto, nos impiden volarla, porque es una joya de arte.

—¡Una mierda! El arte, los artistas, somos nosotros, que vamos a forjar un mundo más bello que cien mil catedrales.

Este diálogo, en medio del fragor del combate, encierra una realidad dramática que conmueve. Ante él, surgen las interrogaciones: ¿Quiénes sirven para generales: los que dejan concentrarse el enemigo, pudiendo impedirlo, o los que presienten y despuntan el peligro de la concentración? ¿Qué tiene más valor para nosotros: la vida del hombre que lucha para forjar un mundo nuevo o un viejo caserón, que será todo lo artístico que se quiera, pero que sólo sirve para recreo de turistas y amparo de inmundicias? Conviene meditar esto. La opinión del proletariado, no hace falta que se emita. Queda bastante bien definida con el diálogo que acabamos de presenciar.

Cada vez ataca el enemigo con mayor empuje en este sector. Rugen baterías, carros y ametralladoras. Silban los obuses en el aire, ¡ufff!, y las ráfagas de plomo coronan nuestro frente en abanico. Una avalancha de humo, tierra y metralla se viene encima, precediendo al enemigo. La aviación zigzaguea, ensordeciendo. Obstruye los oídos, martillea en el interior. La fuerza expansiva de las explosiones levanta latigazos de polvillo que ciegan, hieren y aturden.

Hemos abandonado la barricada del camión. Era imposible resistir más allí. Sólo quedaron los dos compañeros de la ametralladora. Ahora estamos en el bajo de una casa. Apenas asomamos la cabeza para disparar; llegan los ramalazos de humo y polvo buscando nuestro sojos. Los obuses estallan al estrellarse contra las paredes, y vuelan tejas, esquinas y ladrillos. Tiembla la tierra y el firmamento se oscurece y hunde bajo el estrépito de la aviación. Yo también digo como el compañero de la ametralladora:

"—¿Quién resiste esto ahora?"

XI

Ordenes, voces. Aceleramiento que denuncia el estado de excitación que se va apoderando del frente rojo. Huyen los moradores que aún se resistían, presa de un pánico atroz. Griterío. Aturdimiento. Desmoralización. Corren de izquierda a derecha sin saber qué rumbo tomar. Abandonan sus domicilios, incendiados y derruídos, y, una vez en la calle, huyendo de las explosiones que se suceden sin interrupción, van de portal en portal, ciegos, tropezando contra las paredes, arrastrando los chiquillos, cogidos de la mano. Las mujeres exclaman, aterradas:

—¡No sé qué va a ser de nosotros!

—¡Callar la boca, que no se muere más que una vez! —les responden, serenos, algunos milicianos.

Lamentos y maldiciones. Puños que se levantan, amenazantes, en el desconcierto moral de la huída. Ruidos de carreras, portales llenos de fugitivos. El panorama es imponente. Diluvia metralla sin parar. La aviación, gravitando en el aire, no cesa de bombardear. Rrr, rrr, rrr. ¡Rrrap, rrrap! Nubes de polvo, humo y esquirlas. Ayes y gritos. Algarabía de sustos, de miedo, de horror. Baterías y ametralladoras, braman allá abajo, enviando la muerte sobre la ciudad, envuelta en terribles estampidos.

En medio del nerviosismo en que se agita la población y de la barahunda estridente del bombardeo que lo ensordece todo, circula precipitadamente una orden:

—¡Retirada, retirada!

Pasan unos y otros, repitiendo la misma palabra:

—¡Retirada, retirada!

La orden adquiere, según se va transmitiendo de boca en boca, hondo sentido de tragedia. Se repite sobre la marcha, sin dar explicaciones a nadie:

—¡Retirada, retirada!

Y nada más. Todo el que ha presenciado el ataque a Oviedo de estos dos últimos días, y esté en antecedentes del armamento de que se disponía para la resistencia, no la encuentra nada extraña. El armamento del enemigo es muy superior al nuestro. El nada en la abundancia, y a nosotros nos ahoga la estrechez. Y, además, dispone de aviación.

En la huída, la gente se desborda por las calles, en una

avalancha de gritos, caídas y blasfemias. Maldiciones y amenazas para un próximo no lejano. Nos precipitamos fuera de Oviedo. Algunos, al caer heridos, abandonan el fusil para poder resarcirse mejor. Los recogen otros que van cargados con dos o tres. Prefieren morir antes de dejar abandonada un arma. Se les ayuda, de vez en cuando, para aliviarles algo del peso.

El suelo, recalentado por el sol y la metralla, se reblandece y suenan sordos, sobre él, los pasos de la multitud que cada vez engrosa más. La retirada tiene tanto de desbandada como de manifestación tumultuaria. Por entre el griterío que recorre la ola humana, se chascan maldiciones, se lanzan amenazas y se hacen conjeturas que resultan paradójicas entre tanto desconcierto.

—¡Esto fué una verbena—dice uno—; ahora falta la romería!

—Sí—afirma otro—; el ensayo antes del debut ha sido esto.

Al sentir estas frases sueltas, yo me interrogo interiormente:

—¿Vamos a una revolución o regresamos de una derrota? ¿Qué significa este optimismo, en medio de esta desbandada?

Para mí significa que el proletariado es invencible. Podrá salir derrotado de ésta; pero en su fe resplandece la esperanza del triunfo. Lo dicen esas frases, esas maldiciones, esas amenazas que se chascan en el aire. La derrota, la desbandada, no significa vencimiento; significa un repliegue, nada más.

Nos alcanza el compañero de la ametralladora, que había quedado cubriendo la retirada. Viene jadeante con la máquina a cuestas.

—¡Déjala—le dice uno—, que la aviación nos caza a tiros y con ella no la puedes esquivar!

—¡Primero abandono a mi madre!—arguye, sin dejar de correr—. No se sabe el valor de una ametralladora en estos tiempos. ¡Toma, llévame el trípode!

—¿Dónde quedó el que estaba contigo?—le pregunta Combila.

—¡Cosido a la pared por una nube de plomo! Al quedar solo, cogí la máquina y escapé. ¡Ya era más que imposible sostenerse allí!

La aviación, al darse cuenta de la retirada, nos persigue, batiéndonos con fuego de ametralladora. Ráfagas aceleradas, tac, tac, se oyen a izquierda y a derecha. Las detonaciones suenan claras en el aire, y las balas que pasan silbando cerca de los oídos, sip, sip, sip, levantan tierra y polvo delante de nosotros. Corremos atropellándonos,

pasando unos por encima de otros. Los que caen heridos, quedan atrás, bien tumbados o bien nos siguen renqueando, arrastrándose a la cola, chascando amenazas y maldiciones. No se hace caso de súplicas ni de llamamientos. Los pies rugen contra el suelo y levantan un rumor ronco al compás de las carreras. Los labios desgranan amenazas y juramentos.

Todos caminamos hacia San Lázaro, donde queda establecido el nuevo frente revolucionario. El repliegue no pasa de aquí. El bombardeo, aero-terrestre, sigue con la misma intensidad. La capital es un montón de ruinas humeantes.

A la salida de San Lázaro, junto a un camión cargado de ametralladoras, que tratan, según parece, de distribuir, no sé con qué fines, topamos con dos miembros del Comité Central, en compañía de otro del de Trubia.

—¿Qué hacéis por aquí?—pregunta este último al vernos.

—Hemos venido a Oviedo—le responde Esteban—, para recibir órdenes directas de este Comité, porque allí la gente protesta de lo que está aconteciendo; pero ya he visto lo que sucede, y...

—¿Y qué?—le ataja, sin dejarlo terminar.

—¡Nada! Vosotros diréis.

—¿Cuántos sois?

—Unos treinta.

—¿Tenéis mucha munición?

—Diez o quince cartuchos de fusil cada uno.

—Pues regresad a donde estabais y esperad allí órdenes. En caso de que vaya el enemigo antes de que las recibáis, no le hagáis frente. Tened mucho cuidado con las municiones. No malgastéis ni una bala.

—¿No nos podéis dejar una ametralladora de ésas?—les pregunta Alonso.

—¿Para qué, si no hay municiones? Vamos a ver si reunimos todas las que haya desparramadas por ahí y organizamos un ejército para emprender la ofensiva de nuevo. De momento, nada podemos hacer.

—Y de provincias, ¿hay alguna esperanza?—le pregunta Esteban.

—De provincias, no me hables. Deben de creer que la revolución les va a caer el cielo en una granizada.

—De modo que volvemos para allá y esperamos allí órdenes.

—¡Sí, sí! Y preparaos para la lucha, que, como consigamos organizar un ejército rojo, va a arder Asturias de punta a punta.

Bajo una impresión desoladora emprendemos el regreso. El sol brilla derramando torrentes de luz; pero el paisaje

adquiere ahora un tinte gris que lo ensombrece todo. Nubes de humo cabalgando sobre las techumbres, a merced del aire que las agita. Ramalazos de polvillo que sacuden las explosiones y ciegan las calles. El espacio se quiebra en restallidos y amenaza hundirse sobre la ciudad.

A toda carrera vamos ganando las afueras de la capital. El corazón palpita, jadeante, dentro del pecho por saltar fuera. Se estremece con violencia en cada parada que hacemos para coger orientación. Al atravesar una escampada, silba una granizada de balas. Pasan altas. Un poco más lejos, suena el tableteo de una ametralladora, tac, tac, tac.

—¡A tierra, que nos tienen enfilados!—exclama Alonso. Ruido rápido de golpes blandos contra el suelo, duro y caliente y algún juramento que se pierde en el vacío. Aguantamos cuerpo a tierra, con la cara apretada fuertemente contra ella, impelidos por ese instinto que llaman de conservación, mientras las balas pasan silbando a estrellarse contra un paredón a unos treinta metros de nosotros, donde chascan los rebotes.

—¿Cuándo callará esa puta de ametralladora?—gruñe Fernández.

—Saca un lápiz y toma nota de las que pasan—bromea Combila.

—¡Mierda!

—¡Pa quien la está manejando!

—¡Anda, hazle fuego! ¿No decías tú que no podías morir sin defenderte, teniendo el arma en la mano? Pues ahora tienes buena ocasión.

—Sí; pero, como no la veo, ¿sobre quién quieres que dispare?

—A bulto, en la dirección de donde vienen las balas.

—No sabes que no se puede malgastar municiones.

—Mejor os fuera callar la boca—interviene Esteban.

—Aquí—advierte Alonso—, aunque estamos a salvo de la ametralladora, no tenemos seguridad ninguna. Si nos descubre un avión, nos hace tortilla. Vamos a ver si ganamos la otra orilla arrastrándonos como podamos.

No esperamos más explicaciones. Gateando y en cuclillas, con las rodillas pegando en la barba, vamos salvando la distancia hasta dar la vuelta al paredón, donde chascan los rebotes, y seguimos caminando.

—¡No se gana para sustos!—exclama Combila—. ¡Vaya apuro que pasamos!

—Y date por contento que no haya sido más que eso —aclaro yo.

—¡Ya, ya!

La ametralladora, al darse cuenta de nuestra huída, tra-

ta, vanamente, de darnos caza enviando sus ráfagas tras de nosotros. Las balas continúan pasando altas, y esto favorece la evasión, a campo traviesa, medio ahogados por la fatiga, con la boca abierta y la lengua fuera, respirando trabajosamente.

El sol de la tarde, cuyos rayos ya empiezan a inclinarse sobre el firmamento empurpura los confines del horizonte que se dilatan en la inmensidad inasequible y lejana. El aire puro y fresco de las afueras tonifica y facilita la respiración. La Naturaleza adquiere un sentido más humano, fuera de la zona del combate, donde el humo y el polvo ciegan y los estampidos ensordecen.

El sol se descompone sobre las cumbres, cubriéndolas de azules irisaciones y el horizonte enrojece, con la puesta. La tarde, color malva, sucumbe, enterrándose bajo las primeras sombras crepusculares. En Oviedo decrece el bombardeo, pierde intensidad, aunque se oye, de cuando en cuando, algún disparo de fusil. Esto quiere decir que el enemigo ya se ha adueñado de él.

—Bueno; y ahora, ¿qué decimos allá?—pregunta Esteban, según vamos caminando—; porque hay que tener en cuenta lo que nos han dicho y ordenado en Oviedo.

—¡Claro, claro!—asiente Fernández.

—Lo más práctico—advierte Combila—será decir que ha sido rechazado el enemigo. Después de todo, es bueno seguir manteniendo la ilusión del triunfo.

—Yo creo — aclaro — que lo mejor es decir la verdad. Como la han de saber pronto, no merece la pena mentir.

—¡Buena gana tienes de amargar la existencia tan de sopetón—me replica—. Vale más esperar un poco, a ver en qué para esto.

—Como queráis—cedo transigiendo—. A última hora, lo mismo da uno que otro. Va a tener la misma importancia.

Discutiendo sobre si sería o no conveniente decir la verdad de cuanto ocurre en Oviedo, llegamos al campamento a última hora de la tarde.

—Qué. ¿Vamos para Oviedo?—nos preguntan al llegar.

—¡Ya no hace falta!—les responde Combila—. El enemigo ha sido rechazado y hemos vuelto a tomar la fábrica de armas de La Vega.

Melchor sonríe irónicamente, queriendo decir que no cree en semejante paparrucha. Y Combila, al darse cuenta, da más explicaciones sobre la "derrota" del enemigo, que rebusca en el fondo de su imaginación, tan pródiga de humorismo:

—Sí, hombre; sí;—le espeta—. ¿No ves que ya ha cesado el tiroteo? El enemigo ha sido rechazado hasta Lugones, lo menos.

* * *

Cae la tarde. Las primeras sombras de la noche rodean el campamento. Las crestas de los desfiladeros se van sumiendo poco a poco en la más densa oscuridad, en medio de la cual se van distribuyendo las guardias nocturnas. Hay un silencio que desconcierta. Las órdenes que se transmiten, a media voz, veladas por una enervante emoción, dejan entrever los primeros síntomas del fracaso. Aunque no hemos dicho la verdad más que a tres o cuatro, parece que todo el mundo está al tanto de lo que ocurre. Lo deben de leer en nuestros oscuros y taciturnos semblantes. Es inútil negar; de nada nos sirve.

Hago esta guardia en compañía del camarada Suárez, el cojo, en el frente noroeste; no tan lejos como ayer, a la salida del campamento, sobre un montículo, al borde de la carretera. El aire frío de la noche se arrastra sobre las cumbres y arranca agudos lamentos que se pierden en el vacío oscuro y solitario. Parece el clamor implorante de la ciudad, que sufre la arremetida brutal del enemigo. Trae todavía olor a sangre caliente. Recuerdo vivo y perenne. Acicate que estimula para volver de nuevo a la lucha. Pero el gráfico de la derrota se delinea sangrante en el fondo del cerebro, como una alucinación, que excita a reflexionar. Me siento sobre la culata del fusil, apoyo el codo en la rodilla y la cabeza en la palma de la mano—resolución que se adopta en las tremendas inquietudes. El peso de la derrota me hace meditar. Me sumo en hondas meditaciones sobre la experiencia que podremos sacar de ella para el futuro. Derrotas he sufrido tantas en mi vida de obrero revolucionario, que, una más o menos, aunque sea de mayor envergadura, ¿qué efecto me puede hacer? A mí, la burguesía podrá aniquilarme con su aparato represivo; desmoralizarme, nunca. De algo nos ha de servir el temple de acero que se adquiere a través de la lucha. Pero, a pesar de todo, momentáneamente, me abruma el peso de la catástrofe.

Sumido en estas meditaciones, hago un recuento retrospectivo y empiezan a desfilar por la mente, como en rodaje cinematográfico, hechos y fechas, apuntes históricos de las luchas heroicas del proletariado astur y en particular de los mineros.

Toda una epopeya, más grande y real que la Ilíada de Homero. Este es el siglo heroico del proletariado. Y, sin embargo, qué pocas plumas—¿verdad, señores periodistas, escritores e historiadores?—se han preocupado de él. Como

no olía a agua de rosas, ni los mineros os podían hacer gobernadores de provincia, ¿para qué? El argumento no se cotizaba entre vuestros selectos lectores y, además, lo repelían vuestras estilográficas garantizadas. Vuestras plumas se adaptan mejor a hacer la apología de alguna atrevida y sensual cupletista, describiendo sus joyas y vestidos, aunque os callaseis los amantes de turno, para evitar duelos entre los rivales. También se presta vuestra pluma para ensalzar y elevar hasta la cumbre al político más miope y ramplón. Este promete... y la tentación es irresistible. Y, mientras tanto, el pueblo hambriento, que lucha contra la opresión y por un mejor vivir, ¡que lo parta un rayo! ¿No es así, señores periodistas, escritores e historiadores? ¡Ja, ja, ja, qué risa y pena me da de vuestras ilustres mediocridades! ¿Que haremos mañana de vosotros? ¿Serviréis para barrenderos? Es un oficio demasiado digno... ¿Quién os verá, ahora, lanzar baba pestilente sobre el cadáver de nuestra insurrección? Vuestras plumas son los cuervos que se posarán sobre él; pero los picotazos no nos herirán, aunque flagelen más que latigazos materiales. Parece que ya os estoy oyendo decir:

"Esos antipatriotas, que han querido asesinar a España; que han violado, matado y escarnecido a seres indefensos; que han atropellado la autoridad, quebrantado su prestigio (¿no es así vuestro estilo?), merecen un castigo ejemplar, para que semejantes hechos no se vuelvan a repetir jamás. Los mártires del orden deben de ser espléndidamente recompensados por los Poderes constituídos. Las turbas, la plebe, la chusma incendiaria y envilecida (¡quién os verá lanzar adjetivos!), debe de recibir un escarmiento, por el sacrilegio cometido al levantarse en armas contra la sociedad, contra la civilización occidental y cristiana."

Sigue el metraje histórico desfilando. Afluyen a la mente recuerdos, trozos de lucha de clases, enlazados en larga cadena: 1917. Huelga revolucionaria. Yo era un niño de unos quince años. Hacía unos meses que había comenzado a trabajar en la mina, en la cuenca hullera que baña el Nalón. El trabajo era duro y penoso en grado superlativo para los novicios, que tardamos en adaptarnos al ritmo acelerado en que se realiza, en medio de la oscuridad. Se hablaba del Socialismo, de revolución y de Carlos Marx. También sonaban los nombres de algunos políticos coetáneos. De vez en cuando, paraba de trabajar y me quedaba, alelado, escuchando aquellas conversaciones. Me gustaban; pero el picador, al no sentir el ruido de la pala o el del carbón al pozo abajo, gruñía enfurecido:

—¡Echa carbón, «guaje»; me cago en d...!

En agosto de aquel año, estalla el movimiento que se

conoce con el nombre histórico de 1917. La multitud proletaria invade las calles tumultuariamente. Se asaltan armerías y se desarma al enemigo. Como a los pocos días empezó a sentirse el hambre, también se asaltaron comercios y tahonas. Se cruza en tiros de parte y parte y, como ahora, brillaba sobre las aceras la sangre proletaria. Yo seguía a la multitud. No comprendía lo que significaba aquello; pero me gustaba.

—¡Fulano—decía una voz—no quiere abrir la panadería!

Y, acto seguido, una avalancha humana se dirigía al lugar de la industria citada y, a golpes, echaba abajo la puerta y el artículo alimenticio a la calle. Aunque, por mi edad, no cogí un arma en la mano, puede decirse que en aquel movimiento fué donde empecé a actuar. Mi primer debut en la lucha social.

Vino después la represión, cruenta, salvaje. El enemigo es insaciable—¡qué poco aprendemos de él; jamás se harta de sangre proletaria!—. Y las calles, que habían sido nuestras, fueron inundadas por militares y, en sus bocas y puntos estratégicos, fueron emplazadas piezas de artillería y ametralladoras. Y los cañones de los fusiles apuntaban a los transeúntes. Se publicaban bandos militares, en los cuales se excitaba a la tropa para que se cazase a los mineros a tiros. Todo aquello, ¿para qué? Alardes vanos. Síntomas de impotencia.

1917. 1934. Agosto. Octubre. Burguete. Ochoa. Dos fechas históricas, y dos generales, históricos también. Y, en el interregno de estas dos fechas, ¿cuántas luchas no se desarrollaron? ¿Cuánto heroísmo no han derramado los mineros, luchando diariamente contra tirios y troyanos? ¿Cuántos ejemplos no han dado al resto del proletariado español? Y, si hay alguien que lo dude, aquí está ¡OCTUBRE!—caliente y sangrante, oliendo a pólvora—marcando el camino que se ha de seguir para triunfar.

La brisa, helada y fina, va deshilvanando recuerdos, hechos, datos y fechas de las batallas libradas en los diez y siete años que median de fecha a fecha, de 1917 a 1934. ¿Se deleitará en recordármelos, creyendo que me zahiere, o soy yo el que siente deleite al refrescarlos, bajo este laberinto de sugestiones. Me siento como abatido, sin fuerzas, pensando en la ola de acontecimientos que traerá consigo la represión. Esto sé que es pasajero. Mañana, de seguro, que ya no me encuentro así. ¿Hay horas en que el hombre flaquea al ver rodar por tierra el esfuerzo, el anhelo de toda una vida? Estas horas, si las hay, las estoy viviendo yo, después de haber visto el fracaso de la insurrección, al sentir sobre mis espaldas el peso abrumador

de la derrota. Quiérase o no, se siente, y con angustia que mortifica.

Estamos todavía sobre las armas. Nos han mandado esperar aquí hasta nueva orden, mientras se organiza un ejército rojo, para emprender la reconquista de Oviedo. Pero esto... después de lo que he visto hoy, no lo creo. No hay municiones, y sin ellas, ¿a dónde se va a ir? Desde luego, que al enemigo no le vamos a tirar con corcho.

Qué larga cadena esta de la lucha de clase. ¿Cuántos eslabones tiene? ¿Cuándo llegaremos al fin? Después de 1917, cuántas batallas no se han librado en esa cuenca minera, cantera inagotable de heroísmo revolucionario. Tras una serie de huelgas, viene 1923. Golpe de Estado. Dictadura. Cárceles, palos, delaciones. Y llegamos batallando, sin flaquear, a 1930. Movimiento de diciembre. Tiros y sangre proletaria en las calles y en el campo español. Otro fracaso que nos acarrea la cobardía de las alturas. Y, de sopetón, desembocamos en 1931. Elecciones. Destronamiento de la Monarquía y proclamación de la República. Desbordamiento popular. Ingenuo entusiasmo. Canciones alusivas al monarca y vivas al nuevo régimen, sueño dorado de una parte del proletariado español; pero, a los dos días, hambre, metralla, procesos. Y otra vez la sangre proletaria, tiñendo en rojo las calles y los campos de España. Desilusión. Cambio de táctica. Hacia la revolución social. ¡Octubre! Y ahora, cuando creíamos el triunfo en la mano, otra vez la derrota. ¿Quién resiste esto? En verdad, es algo fuerte este archivo, para que no quebrante a uno la cabeza. Yo no sé si soy un hombre de treinta años o un viejo y maltrecho jirón de la historia de la lucha de clases. Al recordarlo, parece que dudo de mí mismo. ¿Ha sido un sueño fantástico estos diez y siete años de lucha, de sacrificios, de batalla tras batalla? No; ha sido una realidad. Siempre en la brecha, alentando y animando, sin abandonar el camino emprendido, con más firmeza y seguridad, después de cada descalabro sufrido. No hay como acostumbrarse a no retroceder por abrupta que sea la ruta emprendida. ¡Siempre adelante! ¡Hasta el fin! Sí, hasta el fin; pero, ¿por qué llevamos tantos palos? ¿Por qué no nos ha de servir de experiencia el fracaso en varios países la táctica del colaboracionismo reformista, para adaptar al nuestro la otra táctica, la del triunfo? ¿Por qué no se da el brazo a torcer y se reconoce lealmente el error cometido? ¿Por qué se posponen los intereses de la revolución a los del Partido?

¡Esto no puede ser! Hay que exigir responsabilidades. A quien sea y contra quien sea. La sangre derramada así lo exige. La revolución es un interés sagrado y común que

no puede estar a merced y capricho de determinada capilla. Es de todos y para todos los explotados. Nadie tiene derecho a su potestad, y menos los fracasados.

Asoma la luna en lo alto del firmamento, y su palidez yodada se filtra a través de las sombras, hasta proyectar sobre la tierra sus lívidos reflejos. La oscuridad, antes profunda, se va dilatando y las eminencias de los desfiladeros vuelven a reaparecer, mudas, quietas, soberbias y gigantes, como pirámides, elevando el pico hacia las nubes. Un rumor sordo se agita en la noche y se estremece en el vacío, entre las pulsaciones de la tierra. Parte de la ciudad y llega susurrante. Cada vez toma mayor incremento, se hace más ruidoso; se convierte en clamor. Es el grito de dolor que arranca la fusta de la represión y que la distancia transforma en un eco sordo y prolongado.

¡Oviedo tomado por el enemigo! ¡Hemos sido derrotados! ¿Cómo es posible esto? ¿Por qué lo hemos sido? ¿Por qué es derrotado el proletariado español? Esa ola de huelgas, esa corriente de rebeldía que hacía estremecerse a España de punta a punta, ¿cómo es posible que haya desembocado en una derrota? ¿Quién tiene la culpa de esto? ¡Ah, proletariado español, qué valiente eres, pero cuantas derrotas sufres! En razón directa con tu rebeldía están tus derrotas. Y estas ¿por qué? Por tu desorganización. Abandona de una vez el fetichismo. No creas en dioses terrenales y emprende la senda del triunfo. Camino, sólo hay uno. Sírvate de ejemplo esta derrota, ya que no te ha servido la sufrida por nuestros hermanos en otros países. ¿Te servirá de ejemplo?

Si echamos una ojeada sobre el panorama político de Europa, ¡qué cuadro más trágico nos ofrece. Casi toda ella bajo las garras del fascismo o de la más negra reacción. El proletariado asesinado en las calles y pudriéndose en presidios y campos de concentración. Todo por haber vuelto la espalda a la luz que nos venía de Oriente, alumbrándonos el camino. Se quiso hacer de los ex Imperios centrales la panacea universal del proletariado, adormeciéndole y concitándole contra Oriente, y lo que se hizo fué una pista para que el enemigo avanzase con menos dificultad.

Italia, Polonia, Bulgaria, Alemania, Austria y ahora España. ¡España!, donde también la F. A. I.—rebeldía condensada en las tres letras—nos sale condenando el movimiento que tiende a nuestra emancipación.

El proletariado de casi toda Europa, abatido. Este es el fruto de la táctica de los grandes analfabetos. Nuestra Internacional, llamándoles, años y años, al verdadero camino, y ellos erre que erre, sin dar el brazo a torcer, diciendo que no tenían nada que aprender de Rusia, puesto

que la "democracia" era el camino más práctico para llegar a la emancipación de la clase que representaban. Y, ahora, esa clase, muriéndose de hambre bajo el yugo de la reacción. ¡Ah! Cuántos hay que fusilar en este mundo. Instintivamente palpo el fusil y encuentro el cañón frío.

—No te apures, camarada—le digo quedamente—. Algún día te calentarás y, al arrullo de tu voz triunfante, el proletariado despertará de una vez. ¡Para siempre!

Se apodera de mí una excitación nerviosa, acarreada, sin duda, por los efectos de la derrota y de este recordatorio. Sufrimiento moral. Siento un frío que me agarrota. Por entre las negras cortinas de sombras, veo visiones de represión, que me espantan y me hacen cerrar los ojos maquinalmente. Ley de fuga. Fusilamientos en masa. Sangre, mucha sangre. Pero que sepa el enemigo que esa sangre, sobre la cual sonríe el vencedor, se ha adelantado a cavarle su sepultura. Porque servirá de aglutinante a las diversas tendencias ideológicas del proletariado, y desde él al triunfo, al triunfo.

¡Qué sonido más extraño tiene esta palabra a la hora de la derrota! Parece que suena a algo inasequible que ha rondado nuestros oídos, sin determinarse a entrar en ellos, dejándonos su música en el interior.

Me levanto. No soy capaz de permanecer sentado. Siento un aguijoneamiento que me mortifica. La sangre hierve en las venas. Cojo el fusil y le dirijo una mirada compasiva e interrogante: «¿Fracasaste tú o yo, compañero?» Ninguno de los dos. El silencio que nos circunda es imponente. El aire fresco de la noche es un sedante que purifica; un contraveneno a este estado de nerviosismo. Yo bien comprendo que el golpe es tremendo; pero de nada sirve cohibirse, quebrantarse. "A grandes males, grandes remedios." En proporción con el golpe, hay que buscar un lenitivo para contrarrestar sus efectos. Y este lenitivo no puede ser otro que volver a empezar de nuevo. No hay duda sobre el "¿Qué hacer?" Con este arsenal de experiencia, iremos a donde se nos antoje. El camino ya lo hemos señalado.

Me vuelvo a sentar. Todas las posiciones resultan incómodas. Este cúmulo de hostigaciones me sobresalta. Hago esfuerzos para dirigir el pensamiento hacia otros horizontes; pero es inútil. Por dondequiera me encuentro con el tope de la derrota. gravitando en el vacío de las reflexiones. La derrota. Es de mucho volumen esta palabra, para que pueda uno emanciparse de ella, así como así. Al pronunciarla, el cuerpo sufre un estremecimiento y la tierra tiembla bajo los pies.

Mi compañero el cojo está callado y meditabundo. En

algo debe de estar pensando, al adoptar esta actitud, tan recogida en sí.

—¿Duermes?—le pregunto, para entrar en conversación y sustraerme algo de este laberinto de interrogantes, de visiones, de cuadros dantescos.

—¡No hombre! ¿Cómo crees tú que voy a dormir estando de guardia?

—¿Traes tabaco?—le vuelvo a preguntar.

—¡Ni pizca! A este paso, me parece a mí, que vamos a dejar todos los vicios, hasta el de comer. Yo he comido más cebollas en estos días que en toda mi vida. Y, hoy, ni siquiera eso hay. Todavía estoy con un poco de café y agua que me dieron por desayuno. Hemos "confiscado" un ternero; pero de nada nos ha servido. Somos tantos, y, además, los "allegados".

—Pues yo también estoy con el desayuno, y maldita la gana que tengo de comer. No obstante, no te preocupes, que pronto comeremos rancho y no de mili...

—¿Entonces? ¿Hay malas noticias?

—Como que está todo perdido. Dicen que van a organizar un ejército, para volver sobre Oviedo; pero esto hay que verlo para creerlo. No hay municiones.

Nos quedamos callados, mirando el firmamento estrellado.

—Está una noche muy guapa—le digo.

—No me preocupan las estrellas. Si perdemos, las vamos a ver más de lo que sería nuestro gusto.

—¡No será tanto, hombre!

—¡Fíate de Dios y no corras!

En todo caso a ti te licenciaremos dos o tres días antes.

—¿Por qué?

—Como estás cojo...

XII

Segunda quincena de octubre. El aire tibio de la tarde, envuelto en los últimos rayos del sol, arranca y zarandea las hojas de los árboles. El ruido de la hojarasca, es un agudo lamento de senectud, de vencimiento que se estremece, bajo los estertores del día que fenece. Ruedan agitadas y a trechos suspendidas en el vacío, sin norte ni orientación, en el sentido que las empujan. Los árboles despojados de las ramas que los embellecen, adquieren una figura

escuálida, esquelética y fría. Perdida la ornamentación, parecen momias mirando al cielo.

Segunda quincena de octubre. Aire tibio en la tarde otoñal. El sol azulea los campos y cubre de púrpura la cumbre le El Naranco, ahora enmudecida. Su figura de elefante, poblada de pinos, sin artillería roja, sin cañonazos que la hacían estremecerse ha quedado convertida, no en muralla china, sino en una eminencia física que ya tiene su historia.

Segunda quincena de octubre. Lo mismo que las hojas ruedan por el suelo las ilusiones en el triunfo. También las arrastra y zarandea el viento, aunque las haya arrancado el fracaso. Se van despojando una a una, hasta dejar el corazón vacío. En medio del dolor que produce la derrota, quién no se acuerda de «Juguetes del viento son...?

Perdidas y encontradas, porque el mismo fracaso las hace renacer, a pesar del reciente desprendimiento. La ilusión en el triunfo de la revolución, más que consubstancial, es inseparable en el proletariado. Sin ella no sería proletariado, no podría vivir. Quedaría convertido en una masa amorfa, roído por las ratas de su propia inactividad. La ilusión en nuestro porvenir, permanece intacta con la derrota y a pesar de la derrota. Ilusión real, no quimérica.

¿Que hemos sufrido un descalabro? Y eso ¿qué puede ser más que un accidente? Parodiando al otro diremos que esto han sido quince días que han estremecido a España, y que han desembocado en nuestro 1905. ¡Para lo que va a tardar en venir el otro octubre, el triunfal! Con la experiencia adquirida en esta lucha, ¿quién nos va a derrotar en la próxima?

Burguesía española, que sonríes triunfante sobre el cadáver de nuestra insurrección: El proletariado astur te desafía para un próximo no lejano, y ten en cuenta que, en la futura, no hemos de ser tan cándidos.

* * *

Ayer y hoy por la mañana ha habido intenso bombardeo. Estampidos densos y sonores han vuelto a desgarrar el aire, después de unas horas de expectante tranquilidad. Aunque estamos al margen de lo que en realidad ocurre se deduce que ha debido de emprenderse la ofensiva de que nos han hablado, sobre Oviedo. Artillería y aviación, han vuelto a crujir, sembrando la capital de metralla y el espacio de estridencias sonoras. Este acontecimiento me llena de dudas. Vale más dejarlo que siga su curso, como lo han seguido todos, sin tratar de coordinarlo. Aquí todo ha ido mal coor-

dinado. Y si la lógica se impone... Pero es el caso que no sabemos nada.

Ya no se oyen tiros en Oviedo. El silencio es de una quietud monástica. El aire gime al resbalar sobre las cumbres, que la puesta del sol baña en el azul que colorea la tarde. Por las curvas ascendentes, zigzaguean lentamente los rayos del sol. El horizonte por donde se va escondiendo, enrojece como una estría, como nuestra causa. El fondo verde de los campos se recoge y cambia de color ante la desaparición del astro que los vivifica. Se pone pizarroso. La comba del crepúsculo empieza a envolver la tarde. Cortinajes de ceniza. Negrean las nubes en el firmamento y las primeras sombras del anochecer se proyectan a lo largo del campamento.

Calma en la tarde. Oscurece. Silencio profundo. No se oye un tiro en Oviedo y esto es el mal agüero de nuestra superstición. Hay dentro de esta quietud que galvaniza y adormece una tristeza desconsoladora, que desgarra la materia llena de sugestiones, herida por el fracaso. Las lomas se esconden tras el velo oscuro de la noche. Se allanan los accidentes del terreno. hasta convertirse en una planicie aterciopelada. La tierra palpita y se estremece, bajo el peso de nuestras meditaciones, trágicas y sombrías. Nadie se sustrae a ellas. ¡Qué horas estas de intensa emoción!

A un lado del campamento, con la cabeza inclinada, la mirada turbia interrogando al suelo, mudo y oscuro y las manos apoyadas sobre el cañón del fusil, estamos montando la última guardia de honor de nuestra malograda insurrección, Ortiz, Alonso, Braulio Esteban, Rodrigo, el joven socialista Fernández y yo. Se montan las guardias de honor cada vez que hay malas noticias. Cuando veo al camarada Esteban ir por los grupos llamándonos, sin pronunciar palabra, con un movimiento de cabeza, me digo, sin que me cause ya ninguna sensación:

—Malas circulan cuando hay guardia de honor o reunión de alto mando.

Ha llegado la noticia y el camarada Esteban informa:

—Ha fracasado el intento de reconquistar de nuevo a Oviedo, cuya ofensiva ha sido emprendida, según me han informado y que nosotros hemos podido comprobar por el bombardeo. La orden que me han dado en vista de este fracaso, es categórica y terminante: Recoger todas las armas y esconderlas en sitio seguro y que cada uno se escabulla como pueda, mientras se organiza un servicio secreto que facilite documentación para pasar al extranjero o a donde sea. De esto no tardará el Socorro Rojo en hacerse cargo. Pronto enviará emisarios, puesto que aquí quedaremos en cuadro, debido a la represión,

—¡Todo perdido!—exclama Fernández.

—¡Menos el hecho de la insurrección—replica Braulio—, que es un triunfo a pesar de la derrota!

—Una austriacada, como tú decías, Ortiz—aclara Alonso, dirigiéndose al aludido.

—Algo más—refuta éste—. Ese intento de reconquista, me ha hecho variar de criterio, porque encierra un valor revolucionario inapreciable, fuera del alcance de toda imaginación. Esto ha sido más que una austriacada camaradas. Después de la derrota sufrida, volver al segundo día, a intentar ganar lo perdido, sin municiones y con un armamento escaso e ineficaz, y en medio del desconcierto que ha producido la huída del primer Comité, es algo tan grande, tan magnífico que, lo confieso sinceramente, estaba muy lejos de preverlo.

—En efecto—asiente Fernández—. Los mineros merecen que se les levante un monumento que se eleve por encima del Pajares, para que lo contemplen los trabajadores de toda España. Su heroísmo es tan grande, que se debe de eternizar de algún modo o manera.

—Y ahora—advierte el camarada Esteban— convenía dirigirles la palabra a los compañeros, explicándoles la retirada.

—¡Sí, sí!—aprueba Ortiz—. Los vamos a reunir y les hablas tú en estos tres términos: Que la derrota se debe a la desorganización revolucionaria; que la retirada no significa vencimiento, sino una tregua en la lucha, y que, para vencer no hay más que un camino: el que tiene trazado nuestra Internacional. ¿Conformes?

—En todo—aprobamos.

Puestos de acuerdo, nos dirigimos hacia donde los milicianos, agrupados, discuten acaloradamente. El oleaje de las discusiones levanta un murmullo insistente, que se eleva como un clamor de la tierra contra los causantes de la derrota. El aire lo agita y diluye en el vacío. Las estrellas parpadean en el firmamento y derraman débiles rayos de luz botones de fuego en la oscuridad. La luna pronto empezará a clarear la noche. Los reflectores bañan en azul la inmensidad. Silencio y soledad. El aire dialoga con los árboles.

Comunicamos la noticia a los compañeros. Protestas, amenazas, apóstrofes y maldiciones. Se habla atropelladamente, no se coordina nada. El lenguaje es rudo y violento:

—¡Esto ha sido una traición!

—¿A ver por qué no han salido las demás provincias?

—¡Esto algún día se ha de poner en claro! ¡Así no ha de quedar!

La luna asoma por entre las nubes que ensombrecían la tierra y empieza a clarear presidiendo el tumulto. La brisa

arrastra las maldiciones y juramentos hasta perderse el eco en la lejanía.

—Yo, no me rindo!—ruge Melchor—. ¡Salí de casa para vencer o morir y moriré de frente, dando el pecho! Conmigo la burguesía no se ensaña ni espero que me aplique la ley de fuga. ¡Ah! ¿Quién los verá ahora triturarnos y reírse de nosotros? ¡No, yo no me rindo, mientras tenga un átomo de vida para manejar el fusil!

Combila pierde el humorismo y argumenta, dirigiéndose a Melchor:

—Comprendo tus razones, camarada, pero son inútiles. Es la fuerza de los hechos consumados la que se impone.

—¡No hay fuerza ni hechos! ¡Yo no me rindo! ¡Prefiero mil veces la muerte a caer en manos de la burguesía! Ella, que es tan sanguinaria, ¡con qué deleite nos triturará ahora! Ya la estoy viendo clavar sus colmillos de cerdo en nuestra carne lacerada.

—¡No hay que desesperarse, hombre! ¡Quizá podremos escapar, pasar la frontera, quién sabe...! Ahora el caso es salvar el pellejo. Y además, nada adelantas con tu gesto; al contrario, pierdes la vida inútilmente y se pierde el fusil, que es muy importante conservarlo. No hay que darle ese gusto al enemigo, eso es lo que él quisiera, cazarnos como a fieras.

Melchor medita un momento con la vista fija en las estrellas que rutilan en el firmamento, y luego razona:

—Después de todo, tienes razón: nada adelanto. Sufriremos la represión, si caemos en manos del enemigo, pensando en la revancha, que no se hará esperar y conservaremos el fusil, que es lo más esencial. Si tenemos la suerte de salir con vida, bien; si no, ¡qué le vamos a hacer!

Se empiezan hacer cálculos sobre las probabilidades de la evasión. Se barajan los nombres de las direcciones a tomar.

—Yo voy a ver si paso a Galicia y de allí a Portugal—dice Braulio. ¿Quieres venir conmigo, Rivero?

—No, chico—le respondo—. Tanto me da caer en manos de Gil-Robles como en las de Carmona. Si pudiéramos pasar a Francia, todavía. Allí, aunque país burgués, tenemos el histórico y famoso triángulo que, después de todo, ofrece una pequeña garantía; pero a Portugal ¡qué vaya Dios y su Madre!

—Pues yo, a condición de salir de ésta, me meto igual en la boca del lobo. La represión va a ser muy dura. La ley de fugas será plato del día durante una larga temporada.

—Procuraremos evitarla; pero no metiéndonos en ese infierno que llaman Portugal.

El problema de la evasión crea serias dificultades. Es el problema irresolvible que se presenta a última hora. No

tenemos una peseta, y sin ella ¿a dónde se va a ir? He aquí una interrogante de difícil contestación. En vista de esto, algunos alegan que, como no tienen antecedentes ni significación política, regresarán a su domicilio y esperarán los acontecimientos. De poco les podrá valer el argumento.

El compañero Gaspar se lamenta gimoteando, al pensar en las consecuencias que traerá consigo la derrota.

—¡Ah!—exclama—. ¡Pobres de nuestras madres, hermanas y compañeras! ¡Cómo tendrán que prostituirse, para ganar que comer! ¡No sé lo que va a ser de ellas!

—¡No llores, me cago en la.....! — le responde Melchor con la violencia. Tomaremos hasta..... si a ello nos obligan; pero siempre con la cabeza erguida y el puñal en la mano, para clavarlo en el corazón de la burguesía en el momento propicio! ¡Recurriremos a todo, antes de proferir un lamento, de prosternarnos ante el enemigo, pidiéndole clemencia!

La luna refulge en el firmamento y sus reflejos plateados cubren el campamento de amarillenta luz, hasta convertirlo casi en un patio soleado. Las sombras de los castaños se entrecruzan, como enredaderas, aislando el trecho que toman del reflejo lunar. La noche, blanca y silenciosa, parece dormida en un sueño de eternidad. El aire muge en su fondo oscuro, acorralado entre las laderas. Quietud, soledad y silencio en la noche fría, clara y serena. Los reflectores proyectan su luz sobre la inmensidad. El camarada Esteban va a hablar. Expectación.

—Camaradas:

La voz se pierde entre las sombras lunares y resuena el eco a distancia.

—Los acontecimientos—continúa—se han desarrollado de una manera desfavorable a nuestra causa en una plano nacional. Aunque en Asturias hemos triunfado, al no ser secundados por algunas provincias de las más importantes, agotadas las municiones y sin los elementos de guerra necesarios para hacer una resistencia eficaz, no hemos tenido más remedio que capitular. Ahora bien; creo que entre nosotros no hará falta aclarar que esta derrota no significa vencimiento. El proletariado podrá ser derrotado en alguna que otra revuelta; pero vencido, ¡jamás!

Las causas del fracaso no las vayamos a buscar en la inhibición de las demás provincias, que no radican ahí. Se deben a la desorganización del movimiento y a un fenómeno internacional, del cual España no se podía sustraer, por la preponderancia en ella de la II Internacional. También se deben, en parte, a la táctica del gesto y nada más, de nuestros ilusos anarquistas, que han tenido la procacidad "revolucionaria" de condenar y sabotear este movimiento.

Yo me voy a abstener de hacer una crítica, porque no considero el momento oportuno, de las dos tácticas y de las dos conductas! pero sí he de manifestar que, si esto no le sirve de escarmiento; que si a pesar de ello continúa en sus andadas, sin querer reconocer el verdadero camino revolucionario, el único, puesto que no puede haber más que uno, tendremos que arrojarlos por la borda y decirles que es muy roja nuestra sangre, para que cuatro analfabetos comercien con ella.

La voz cobra mayor sonoridad e inflexiones de violencia, al finalizar este párrafo. Sale como un torrente, de la garganta al exterior. Y van cayendo de los labios, bajo el silencio que nos rodea, frases y conceptos, argumentos irrebatibles, métodos de lucha, técnica revolucionaria.

—Sí, camaradas. La sangre de Octubre está pidiendo a gritos la unión del proletariado; pero no una unión ficticia, anodina y estólida, sin contenido revolucionario, sino una unión eficaz, dirigida por una táctica justa, donde no exista más interés que el de la revolución. Y entonces el triunfo nos sonreirá.

La sangre de Octubre, así lo exige, camaradas. No la traicionemos que es nuestra, de nuestros hermanos. Que nos sirva de puente para sellar nuestra unión. Por debajo pasará el río, rojo de ella. Encima nos abrazaremos nosotros. Y en la corriente ahogaremos al enemigo.

Hoy más que nunca, U. H. P. Lo exige la sangre recién derramada, caliente aún que podemos llamar, SANGRE DE OCTUBRE. Todos juntos, adelante. Sobre los escombros de esta insurrección, levantemos los cimientos de la futura, sobre bases más firmes, sobre pilastras de acero.

Esta retirada no es más que una tregua; no significa vencimiento ni mucho menos. Es una tregua que se hace para reorganizar los cuadros y emprender de nuevo la batalla, organizada, no a la aventura. Y así no sufriremos más derrotas. Hemos roto una lanza, como el Quijote en los campos de Criptana. Aunque esto no es una quijotada sino una necesidad biológica, con raíces en la entraña del pueblo, nosotros tenemos que reaccionar con la misma virilidad que el personaje cervantino. El, al quedar desarmado, echó mano a una encina y se forjó otra lanza en seguida. Nosotros, al romper ésta, también debemos de echar mano a nuestra encina, a la Tercera Internacional; ella nos conducirá a la victoria.

Ir posando los fusiles, que los vamos a esconder para la próxima, y nada más, por el momento, camaradas.

Las últimas palabras tienen un deje triste de pesadumbre. Las acompaña el valor moral de la despedida en la derrota. Con la cabeza levantada, en la misma actitud, per-

manecemos un rato mirando hacia arriba. El firmamento está estrellado. En él brilla la luna. Su cara yodada parece una chapa circular de acero, puesta al rojo. La noche blanca, clarea la tierra. En el fondo, cortinas de nubes azulescas. Silencio profundo, subterráneo. En medio de él vamos depositando los fusiles en un montón. Yo, al posar el mío, le digo suavemente, presa de un sentimiento desconocido:

—¡Adiós, camarada! ¿Cuándo nos volveremos a ver?

La pistola no la entrego. ¿Quién sabe para lo que podrá servirme todavía? Por lo que pueda ocurrir, me la reservo.

Nos despedimos. Adioses, abrazos, apretones de manos. Emoción indescriptible.

—Salud y suerte—se oye decir.

Palabras trémulas, balbucientes, preñadas de ese sentimiento de camaradería, en unos; enérgicas y alentadoras en otros.

—Adiós a todos—exclama Gaspar.

—¡Qué adiós ni que mierda!—brama Melchor.—¡U. H. P. hasta la muerte, camaradas!

Aunque no hay lágrimas, porque el corazón ya está reseco y porque los revolucionarios no lloran, el cuadro, por lo emocionante, no es para menos.

La luna nos contempla con muda indiferencia. ¡Qué le importa nuestra derrota si hasta a ella no han de llegar las gotas de nuestro dolor! Los reflectores alumbran desde Gijón. Reflejos vivos, cambios de luz, combinaciones de color.

Yo, como ando medio desnudo, salgo con los que se dirigen a Avilés, para ver si puedo cambiar de ropa y después poner los pies en polvorosa.

—Teníamos gran interés—dice Gaspar según vamos caminando—en volver con armas suficientes para tomar de nuevo a Avilés; pero lo que vamos a tomar ahora, son las cárceles.

—No te preocupes, camarada—le ataja Combila. Las cárceles se hicieron para los hombres, no para las gallinas.

Los campesinos que viven a orilla de la carretera, ajenos a lo que ocurre, al sentir nuestros pasos, creyendo que vamos en patrulla, dan la contraseña, con cierta alarma:

—¡U. H. P.!

INDICE

Índice

Pág.

Prólogo 11

La retirada a Trubia 69

La primera retirada 121

Oviedo.—La derrota 137

Este libro terminó de imprimirse en la imprenta de «Editorial Cenit», el día 13 de abril de 1936

CUATRO LIBROS QUE RECOMENDAMOS:

EN LOS PUESTOS DE COMBATE DE LA REVOLUCION. — Por Bonch-Bruevich ... ... 7,50 ptas.

El autor de este libro, íntimamente allegado a Lenín en los años cumbre de la gran Revolución Rusa, relata en sus páginas la actividad de Vladimiro Ilitch en los grandes acontecimientos de aquel

movimiento. Entre otros interesantísimos epígrafes, figuran en el índice los siguientes: Cómo encontró Lenín su decreto sobre la tierra.—La organización de las fuerzas militares en los días de la Revolución de octubre.—La situación de la Prensa en los primeros días de la Revolución de octubre.—La nacionalización de los Bancos en Petrogrado.—El papel del clero en los primeros días de la Revolución.—Tras la vida de Lenín. — La Asamblea constituyente. — La cara terrible de la Revolución.—La entrada de Lenín en el Kremlin.—La entrevista de Lenín con los campesinos.—Lenín y los burócratas del Soviet, etc.

EL ACORAZADO «POTEMKIN». — Por F. Slang ... ... 6,50 ptas.

Historia de la sublevación de la escuadra rusa a la vista de Odesa en el año 1905.

HISTORIA DE LA COMMUNE DE PARIS.—Por Lissagaray. 25 ptas.

«La derrota de la Communa infligió al movimiento obrero francés un retroceso de muchos años. Pero sus luchas y sus víctimas no fueron estériles. Detrás de aquel primer combate intrépido en las avanzadas, vino la época de la revolución proletaria. Las enseñanzas pagadas con la sangre de tantos miles de hombres, dieron sus frutos más tarde en los numerosos alzamientos del proletariado. Y donde quiera que los obreros alcen la mano hacia el Poder, resplandece ante ellos, guiándoles, el nombre de la Communa de París, y el recuerdo del heroísmo de estos precursores, los que abrieron la primera brecha en la fortaleza del régimen capitalista, es el orgullo de los trabajadores de todos los países del mundo.» (Del prólogo de K. H. Wolff a nuestra edición).

ENSAYO MARXISTA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.—Por Fedor Ganz,
3 ptas.

Un sintético estudio de nuestra historia que abarca desde la Inquisición a la República de trabajadores.

LA GUERRA DE CAMPESINOS EN ALEMANIA.—Por Federico Engels,
4 ptas.

El insigne colaborador de Carlos Marx recoge en este fundamental trabajo el estudio de las sublevaciones campesinas en Alemania que culminaron en el año 1525..

Pedidos a
Editorial Cenit
Apartado de Correos 1229
Madrid

Catálogo general de Editorial Cenit S. A.

La literatura inspirada en un ideal de progreso, y los mejores novelistas internacionales, en la Colección:

"NOVELISTAS NUEVOS"

Mi madre, por Cheng Tcheng (204 págs.), 5 ptas.
Manhattan Transfer, por John dos Passos, 2.ª edición (426 páginas), 6 ptas.
Mi madre y yo a través de la revolución china, por Cheng Tcheng (208 págs.), 5 ptas.
Un libertino, por Herman Kesten (248 págs.), 5 ptas.
Demian, por Hermann Hesse (231 págs), 5 ptas.
Codine, por Panait Istrati (208 págs), 5 ptas.
Cumbres de espanto, por C. F. Ramuz (252 págs.), 5 ptas.
A diestra y siniestra, por Joseph Roth (288 págs.), 5 ptas.
La risa negra, por Sherwood Anderson (244 págs.), 5 ptas.
Emigrantes, por Ferreira de Castro (306 págs.), 6 ptas.
El Angel Azul, por Heinrich Mann (230 págs)., 5 ptas.
Mijail, por Panait Istrati (222 págs.), 5 ptas.
El burgués, por Leonhard Frank (286 págs.), 6 ptas.

El Súbdito, por Heinrich Mann (451 págs), 7, 50 ptas.
Elevación, por Henri Barbusse (206 págs.), 5 ptas.
El lobo estepario, por Hermann Hesse (143 págs.), 6 ptas.
Edificación, por Leónidas Leonov (345 págs.). 7 ptas.
Mujeres y frailes, por J. Kallinikov (2 volúmenes de 404 páginas, en estuche de cartón). 16 ptas.
El infierno, por H. Barbusse (270 págs.), 6 ptas.
La nueva tierra, por Fedor Gladkov (265 págs.), 6 ptas.
El secreto de los rayos infrarrojos, por Alexis Tolstoi (296 páginas), 6 ptas.
Cemento, por Fedor Gladkov, 3.ª edición (343 págs.), 6 ptas.
El desfalco, por Valentín Kataev (242 págs.), 5 ptas.
El delator, por Liam O'Flaherty (227 págs.), 5 ptas.
Schkid. La república de los vagabundos, por Belik y Panteleev (423 págs.), 6 ptas.
Santa miseria, por Sillanpaa (251 págs.), 5 ptas.
Un patriota cien por cien, por Upton Sinclar. 2.ª edición (302 págs.), 6 ptas.
El torrente de hierro, por Alejandro Serafimovitch (241 páginas), 5 ptas.
El obrero, por Stijn Streuvels (203 págs.), 5 ptas.
Rojo contra rojo, por José Breitbach (264 págs.), 5 ptas.
Judíos sin dinero, por Michael Gold (312 págs.), 5 ptas.
El Tungsteno, por César Vallejo (206 págs.), 5 ptas.
Hija de la tierra, por Agnes Smedley (337 págs.), 6 ptas.
El pecado rojo, por Julia Peterkin (219 págs.), 5 ptas.
Hotel América, por María Lietner (225 págs.), 6 ptas.
O. P. (Orden público), por Ramón J. Sender (195 páginas), 5 pesetas.
La calle sin sol, por N. Tokunaga (251 págs.), 6 ptas.
Pasajeros de tercera, por Kurt Klaeber (270 págs.), 6 ptas.
La calle sin nombre, por Marcel Aymé (231 págs.), 6 ptas.
Ha nacido un niño, por Charles Yale Harrison (204 páginas), 5 pesetas.
De la mina al cementerio, por J. C. Grant (275 págs.), 6 ptas.
La Compañía (La novela del oficinista.), por Edwin Seaver (187 págs.), 5 ptas.

La duquesa fea, por Lion Feuchtwanger (280 págs.), 6 ptas.
El judío Süs, por Lion Feuchtwanger (400 págs.), 8 ptas.

OBRAS DE SINCLAIR LEWIS

(Premio Nobel norteamericano)

Babbit. 2.ª edición (419 págs.), 6 ptas.
Calle Mayor (556 págs.), 8 ptas.
Dr. Arrowsmith (La novela heroica del médico.) (647 páginas), 10 ptas.
Elmer Gantry (La religión industrializada en los Estados Unidos) (592 págs.), 10 ptas.

Las novelas de la guerra. Una selección de los 12 libros cumbres que reflejan el dolor le la guerra en todos los frentes y en todos los meridianos. (Estos 12 libros se ofrecen encuadernados, constituyendo la "Colección Guerra", dentro de una caja-estante de cartón, con impresiones estadísticas del desastre de 1914-18, al precio de 69 pesetas.)

Sobre el Don apacible, por Miguel Choloknov (447 páginas), 6 pesetas.
El fuego, por Henri Barbusse (309 págs.), 6 ptas.
El sargento Grischa, por Arnold Zweig. 2.ª edición (457 páginas), 6 ptas.
Cuatro de Infantería, por Ernst Johannsen (238 páginas), 5 pesetas.
Los que teníamos doce años, por Ernesto Glaeser, 3.ª edición (304 págs.), 5 ptas.
Paz, por Ernesto Glaeser (320 págs.), 6 ptas.
Los generales mueren en la cama, por Charles Yale Harrison (248 págs.), 5 ptas.
Imán (La novela le la guerra de Marruecos.), por Ramón J. Sender (277 págs)., 5 ptas.

El himno eslavo, por F. C. Weiskopf (214 págs.), 5 ptas.

Sangre en el trópico (Novela de la intervención yanqui en Nicaragua), por Hernán Robleto (278 págs.), 5 ptas.

La Internacional sangrienta de los armamentos, por Otto Lehmann. 2.ª edición (205 págs.), 4 ptas.

Después, por E. M. Remarque (300 págs.), 6 ptas.

Los más recios caracteres en la colección:

"VIDAS EXTRAORDINARIAS"

Los Borgia (Novela de una familia.), por Klabund (239 páginas), 5 ptas.

Mi vida, por Isadora Duncan. 2.ª edición (366 págs.), 6 ptas.

Mis andanzas por Europa, por Charlie Chaplin, edición ilustrada con 8 fotografías (285 págs.), 5 ptas.

Mi vida, por León Trotsky (612 págs., tamaño 4.ª y 15 láminas), 18 ptas.; encuadernado en tela, 22 ptas.

Memorias de un terrorista, por Boris Savinkov (444 páginas), 7,50 ptas.

Memorias del cura Gapón (255 págs.), 6 ptas.

El falso príncipe, por Harry Domela (276 págs.), 6 ptas.

Los reclusos de Schlusselburgo, por Vera Figner (256 páginas y 13 grabados), 6 ptas.

Zola, por H. Barbusse (242 págs.), 7.50 ptas.

Cómo me hice marxista, por A. Chapovalop (280 págs.), 6 ptas.

Stalin (un mundo nuevo visto a través de un hombre), por H. Barbusse (300 págs., tamaño 4.°, encuadernado), 20 pesetas.

COLECCION:

"LAS REALIDADES DEL CAPITALISMO"

El dinero en la política, por Richard Lewinson (289 páginas, en cuarto), 15 ptas.

El paraíso norteamericano, por Egon Erwin Kish, (313 páginas), 7 ptas.

Mussolini desenmascarado, por A. Kurella (274 páginas), 6 pesetas.

COLECCION: "CRITICA SOCIAL"

El problema religioso en Méjico, por Ramón J. Sender (230 páginas), 5 ptas.

La Revolución española (1808-1814, 1820-1823, 1840-1843), por Carlos Marx (196 págs.), 5 ptas.

Un notario español en Rusia, por Diego Hidalgo, cuarta edición (284 págs.), 5 ptas.

Hombres y máquinas, por Larisa Reissner (260 páginas), 5 ptas.

Tres días con los endemoniados, por Alardo Prats y Beltrán, edición ilustrada con 17 fotografías (205 págs.), 5 ptas.

Rocinante vuelve al camino, por John dos Passos (232 páginas), 5 ptas.

Los hombres en la cárcel, por Víctor Serge (312 páginas), 5 ptas.

Los hombres de la dictadura, por Joaquín Maurín (248 páginas), 5 ptas.

El aire podrido (El ambiente social de España durante la dictadura), por Angel Samblancat (260 págs.), 5 ptas.

Guía de locos, por Arthur Holitscher (224 págs.), 5 ptas.

Rusia, por Henri Barbusse (210 págs.), 5 ptas.

En los puestos de combate de la Revolución, por Bonch-Bruevich (404 págs.), 7.50 ptas.

La revolución permanente, por L. Trotsky (235 páginas), 5 pesetas.

Fin y principio (Las memorias de una ex condesa), por Herminia Zur Mühlen (222 págs.), 5 ptas.

Diario de una maestra (Apuntes de la vida escolar en Rusia), por B. Grigorieva (258 págs.), 6 ptas.

Memorias de un barbero (las actividades marxistas en la

Italia fascista), por G. Germanetto (294 págs.), 6 ptas.

La revolución española (De la monarquía absoluta a la revolución socialista), por J. Maurín (196 págs.), 5 ptas.

Revolución y contrarrevolución en China, por M. N. Roy (495 págs., tamaño cuarto), 20 ptas.

Historia de la revolución rusa (La revolución de febrero), por L. Trotsky (363 págs., tamaño cuarto), 16 ptas.

Historia de la revolución rusa (La revolución de octubre), por L. Trotsky (364 págs.), 18 ptas.

España, república de trabajadores, por E. Eremburg (233 páginas), 5 ptas.

Fábrica de sueños, por E. Eremburg (258 págs.), 6 ptas.

¡Huelga!, por Mary H. Vorse (288 págs.), 6 ptas.

El meridiano de Moscú o la Rusia que yo vi, por Luis Hoyos Cascón, prólogo de Diego Hidalgo (331 págs.), 6 ptas.

COLECCION: "EL TEATRO POLITICO"

Teatro de la revolución ("Dantón" y "Los lobos"), por Romain Rolland (198 págs.), 5 ptas.

El teatro político, por Erwin Piscator (272 págs., tamaño cuarto, 31 láminas), 18 ptas.

Hinkemann y los destructores de máquinas, por E. Toller (266 págs.) 5 ptas.

Tres dramas mexicanos ("Los que vuelven", "Masas" y "Justicia", S. A.), por Juan Bustillo Oro (259 páginas), 5 pesetas.

Teatro revolucionario mexicano ("Pánuco, 137", "Emiliano Zapata" y "Trópico"), por Mauricio Magdaleno (274 páginas), 5 ptas.

La pantalla y el telón (Cine y Teatro del porvenir), por Francisco Marroquín (221 págs.), 5 ptas.

COLECCION "DOCUMENTOS VIVOS"

El acorazado "Potemkín". Historia de la sublevación de la

escuadra rusa a la vista de Odesa en el año 1905, por F. Slang (160 págs., tres fotografías y 17 cuadros sacados de la película), 6.50 ptas.

El Plan quinquenal de los Soviets, por G. Grinko, tercera edición (327 págs. y 7 diagramas), 7 ptas.

El proceso Dreyfus, por el Dr. Bruno Weil (262 páginas), 6 pesetas.

Espías y saboteadores (El sabotaje del Plan quinquenal) (216 págs.), 5 ptas.

Cartas del frente y de la prisión, por Carlos Liebknecht (255 págs.), 5 ptas.

El trabajo rojo, por J. Kuczynski, Carlos Radek y otros (212 págs. y 8 láminas), 6 ptas.

Cartas íntimas, de Lenin (332 págs.), 6 ptas.

Cartas de la prisión, por Rosa Luxemburgo (257 páginas), 6 pesetas.

La conquista del trigo por los Soviets, por Anna Louise Strong (222 págs.), 6 ptas.

La mujer y el niño en la Unión Soviética, por el Dr. E. Conus (140 págs.), 4 ptas.

COLECCION: "LECTURAS POPULARES CENIT"

Cómo me hice marxista, por A. Chapovalov, 1.00 pta.

La Compañía (La novela del oficinista), por Edwin Seaver, 0.75 pesetas.

Un patriota cien por cien, por Upton Sinclair, 1.25 ptas.

¡Huelga!, por Mary H. Vorse, 1.25 ptas.

Cemento, por Fedor Gladkov, 1.35 ptas.

El fuego, por H. Barbusse, 1.75 ptas.

COLECCION "PANORAMA"

El Partido Socialista ante la realidad política española, por Gabriel Morón (202 págs.), 4 ptas.

La economía mundial y el Imperialismo, por Bujarin (N.); 2.ª edición (272 págs.), 4 ptas.

Carlos Marx (Ensayo para un juicio), segunda edición, por R. Wilbrandt (224 págs.), 4 ptas.

La ciencia en el país de los Soviets, por I. G. Crowther (177 págs. y profusión de grabados), 4 ptas.

¿Qué es una Constitución?, por Fernando Lasalle (160 páginas), 4 ptas.

COLECCION: "FOLKLORE"

Antología negra, por Blaise Cendrars; traducción de Manuel Azaña (372 págs.), 7.50 ptas.

COLECCION: "RAZAS, PAISAJES, PUEBLOS"

La isla mágica (Haití), por W. R. Seabrook, edición ilustrada con 8 láminas (284 (págs.), en cuarto, 12 ptas.

El despertar de Méjico, por Adolfo Reichwein. Lujoso volumen, tamaño cuarto, en papel couché, encuadernado en tela y con profusión de gráficos y fotografías, 20 ptas.

Lobagola, autobiografía de un salvaje africano (280 páginas), 6 ptas.

Siberia, una nueva América, por Otto Heller (228 páginas, 8 láminas y un mapa), 6 ptas.

La única colección en español de literatura infantil que habla al niño con el lenguaje de la verdad

"CUENTOS INFANTILES"

(Preciosos tomitos encuadernados, tamaño cuarto, con portada a todo color e ilustraciones en el texto.)

El reloj.

El acaparador.
¿Por quá?
Lo que cuentan los amigos de Perico.
Las gafas.
Alí, el tejedor de alfombras.
Said, el soñador.
El Castillo de la verdad.
El gorrión.
Cada volumen, 3.50 pesetas.
Los tres gordos, 7 pesetas.

La colección marxista de máxima autoridad científica

"BIBLIOTECA CARLOS MARX"

(Esmerada edición, en volúmenes tamaño cuarto, magníficamente encuadernados.)

Historia de la Commune de París, por Lissagaray (551 páginas), 25 ptas.

Carlos Marx (Historia de su vida), por Franz Mehring (576 págs.), 30 ptas.

El manifiesto comunista, por C. Marx y F. Engels; edición comentada con notas históricas y todos los documentos sobre los orígenes del Manifiesto y su trascendencia para la historia social (497 págs.), 25 ptas.

Anti Dühring (Filosofía, Economía política, Socialismo), por F. Engels (434 págs.), 23 ptas.

La revolución de 1917 (desde la caída del zarismo hasta las "Jornadas de julio"), tomo I, volumen 1, marzo-mayo, por V. I. Lenin (516 págs.), 25 ptas.

La revolución de 1917 (desde la caída del zarismo hasta las "Jornadas de julio"), tomo I, volumen 2, mayo-julio, por V. I. Lenin (483 págs.), 25 ptas.

La revolución de 1917 (preparando la toma del Poder), tomo II, julio-octubre, por V. I. Lenin (632 páginas), 35 pesetas.

La acumulación del capital, por Rosa Luxemburgo (576 páginas), 30 ptas.

El capital (crítica de la Economía política), por Carlos Marx, tomo I, volumen 1 (550 págs.), 30 ptas.

El capital (crítica de la Economía política), por Carlos Marx, tomo I, volumen 2 (550 págs.), 30 ptas.

"PANORAMA LITERARIO ESPAÑOL E HISPANO-AMERICANO"

Don Goyo (Novela americana), por D. Aguilera Malta (206 páginas), 5 ptas.

Los estrangulados (El imperialismo yanqui en Nicaragua), por Hernán Robleto, 5 ptas.

El conflicto del Chaco a la luz de la Historia, por Xesús Nieto Pena y Ramiro de Sás Murias (257 págs.), 5 ptas.

Mosko-Strom (El torbellino de las grandes metrópolis), por Rosa Arciniega (266 págs.), 6 ptas.

Vidas de celuloide (La novela de Hollywood), por Rosa Arciniega (254 págs.), 6 ptas.

Los Sangurimas (Novela montuvia ecuatoriana), por José de la Cuadra (170 págs.), 5 ptas.

"DIVULGACION"

Lenin, por W. Sorin (152 págs.), 4.50 ptas.

Ensayo marxista de la historia de España (De la Inquisición a la República de trabajadores), por Fedor Ganz, (94 págs.), 3 ptas.

Recuerdos sobre Lenin, por Clara Zetkin (112 páginas), 3.50 pesetas.

La guerra de campesinos en Alemania, por Federico Engels, (137 págs.), 4 ptas.

Manifiesto del Partido Comunista (documento histórico), por Carlos Marx y Federico Engels (98 págs.), 3 ptas.

1864-1866. Carlos Marx y los primeros tiempos de la Internacional, por Franz Mehring (92 págs.), 3.50 ptas.

La labor sediciosa del clero mexicano, por Emilio Portes Gil (190 págs.), 4.50 ptas.

Diez lecciones marxistas de Economía política, por H. Duncker, A. Goldschmidt, K. A. Wittfogel (320 págs.), 10 ptas.

Seis lecciones marxistas de Historia del movimiento obrero internacional, por H. Duncker, A. Goldschmidt, K. A. Wittfogel (192 págs.), 6 ptas.

El Materialismo Histórico, por N. Bujarin (384 págs.), tamaño cuarto, 15 ptas.

La situación del capitalismo y de la Unión Soviética, por J. Stalin (128 págs.), 3 ptas.

El Capital, por C. Marx (edición popular), tomo I, 20 ptas.

Una colección de tomitos de gran prestigio científico y de texto fácil que no debe faltar en ningún hogar

"BIBLIOTECA DE VULGARIZACION MEDICA"

Dirigida por el Dr. J. Planelles

El dolor de cabeza, por el Dr. M. Prados Such, ex Director del Sanatorio Psiquiátrico de San José, de Málaga. Del Instituto Cajal, 2.50 ptas.

La hernia, sus peligros y su tratamiento (con ligeras nociones de su tratamiento operatorio y de las operaciones en general), por el Dr. R. Resa, Profesor clínico de Terapéutica quirúrgica en la Facultad de Medicina de Madrid. 2.50 pesetas.

Las enfermedades venéreas y sus profilaxis, por el Dr. José Gay Prieto, Profesor de Dermatología y Sifilografía de la Facultad de Medicina de Granada, 2.50 ptas.

Las enfermedades de los ojos.—Las conjuntivitis, por el Dr. M. Marín Amat. De la Junta Central de la Lucha contra el Tracoma y otras causas de la ceguera. Tomo doble, 5 ptas.

Los purgantes, sus empleos y sus peligros, por el Dr. Juan Planelles Ripoll, ex pensionado para estudios de Farmacología y Terapéutica en Alemania y Holanda. 2.50 ptas.

Las fracturas, lo que debe hacerse y lo que no debe hacerse, por el Dr. José Blanc y Fortacín. Profesor agregado a la Facultad de Medicina. Cirujano del Hospital de la Beneficencia, 2.50 ptas.

La simulación de la enfermedad, por el Dr. A. Vallejo Nájera, Director del Sanatorio Psiquiátrico de San José (Ciempozuelos), 2.50 ptas.

Por qué la mujer no tiene hijos, por el Dr. Vital Aza, Director del Sanatorio Quirúrgico y Clínica de Maternidad "Santa Alicia", Académico de número de la Nacional de Medicina, 2.50 ptas.

La próstata y sus enfermedades, por el Dr. A. de la Peña, ex Ayudante de la Clínica Mayo, de Rochester (Estados Unidos), 2.50 ptas.

Enfermos del corazón, reales e imaginarios, por el Dr. L. Calandre, Jefe del Departamento de Cardiología del Hospital Central de la Cruz Roja, 2.50 ptas.

Baños de sol, de luz, de aire y de mar, por el Dr. R. Navarro Serret. Médico de la Beneficencia Municipal, Radiólogo Jefe del Hospital Obrero, 2.50 ptas.

Dolor, supuración e higiene del oído, por el Dr. M. Jiménez Quesada, 2.50 ptas.

La diarrea en el niño, con preceptos de higiene de alimentación infantil, por el Dr. S. Díaz Berrio, 2.50 ptas.

Las erupciones de la piel en los niños, por el Dr. E. Chacón Enríquez, 2.50 ptas.

La hipertensión, por el Dr. A. Crespo Alvarez, Profesor Auxiliar de la Facultad de Medicina de Madrid, 2.50 ptas.

Las lombrices y otros gusanos, por el Dr. Rodríguez Olleros, Profesor clínico de la Facultad de Medicina de Madrid, 2.50 pesetas.

Las hemorragias de la mujer; su significación y sus peligros, por el Dr. B. González Serra, 2.50 ptas.

La tuberculosis, cómo se contrae y cómo se evita, por el Dr. E. Moreno Cobos, Jefe del Servicio de aparatos respiratorios del Sanatorio de San José (Ciempozuelos), ex médico del Sanatorio de la Fuenfría, 2.50 ptas.

El estreñimiento, sus causas y manera de evitarlo, por el Dr. S. Montejo, 2.50 ptas.

La tuberculosis en el niño; contagio y profilaxis, por el Dr. R. Garelly, 2.50 ptas.

El factor sexual en el matrimonio (un libro para los que están casados o van a casarse) (encuadernado), por Helena Wright, 8 ptas.

Obras de José Carlos de Luna:

"POESIA"

La taberna de los tres reyes, 2.ª edición, 7 ptas.
El Cristo de los Gitanos, 7 ptas.
De cante grande y cante chico, 7 ptas.

OBRAS DE PASATIEMPO

¡Manos arriba! La quiromancia como pasatiempo, por Capini Vequin. Un tomito de 128 páginas, encuadernado, con unas páginas para registrar lo que dicen las manos de los amigos, 7 ptas.

Todos estos libros pueden conseguirse dirigiéndose a

EDITORIAL CENIT

Apartado de Correos 1229.—Madrid

3 0112 072349431

Printed in Spain

4 PESETAS